

Angela Bennett

*Un Amor
en los
Hamptons*



Serie Hamptons 1



*Un Amor
en los
Hamptons*

Angela Bennett

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Un amor en los Hamptons

©Angela Bennett, ®2020

Fecha de publicación: Febrero 2020

Diseño de portada: Nina Designs

A mi madre, porque siempre supo que yo podía hacerlo y tenía razón.

Maggie llegaba tarde al trabajo de nuevo. No entendía cómo era posible, pero le pasaba casi cada mañana. Programaba la alarma con suficiente antelación para poder realizar todas las tareas matutinas necesarias y llegar al trabajo a tiempo. Pero la realidad era que casi nunca lo conseguía. Bob, el empleado del Coffee Corner donde todas las mañanas compraba su café, se lo tenía siempre preparado a la hora que ella pasaba. Si no fuera por él seguramente la mayoría de los días no habría podido parar a comprarlo.

Aquella mañana casi le tiró el dinero a Bob mientras cogía su café y salía del local como una exhalación. Recorrió las dos calles que separaban el establecimiento de su oficina corriendo y haciendo malabares para que no se le derramara el café.

Llegó al edificio y se dispuso a esperar el ascensor, mientras impaciente daba pequeños sorbos al café. No podía estarse quieta, cambiaba el peso de un pie a otro cada cinco segundos mientras pensaba cómo era posible que ambos ascensores estuvieran ocupados y tardaran tanto, al fin y al cabo, el edificio sólo tenía diez plantas.

Ese lunes tenía una reunión importante. No sabía qué temas se iban a tratar porque Martin, su jefe y dueño de la empresa, no lo había especificado en su email de convocatoria de reunión. Sin embargo, sí había hecho hincapié en la importancia de esta. Así que Maggie estaba mucho más nerviosa que otros días por llegar con retraso.

Cuando llegó el ascensor se introdujo rápidamente y un hombre entró a continuación, el cual pulsó el número diez. Como era la misma planta a la que ella iba no se movió y siguió bebiendo su café. Pensó que quizá era un nuevo colaborador que su jefe había contratado, ya que su empresa ocupaba por completo la décima planta del edificio. El hombre era bastante alto, tenía una poblada barba oscura y el pelo demasiado largo para su gusto.

Andaba perdida en estas cavilaciones cuando de repente el ascensor se detuvo bruscamente haciendo que ambos se tambalearan. Perdió el equilibrio en dirección al hombre y consiguió a duras penas no volcarle encima el café, al mismo tiempo que se aferraba a su brazo para no caer. Él se volvió hacia ella, miró hacia donde se había agarrado a él y con mirada inquisidora preguntó:

—¿Has pulsado algún botón?

—No he pulsado nada —respondió.

El hombre la ignoró, volvió lentamente la cara hacia los botones del ascensor y empezó a presionarlos todos sin orden ni concierto, recreándose en el de emergencia. Maggie se apartó y apoyó la espalda en un lateral del ascensor observando al hombre, el cual aumentó la velocidad con la que pulsaba los botones. En un momento dado pasó de golpear los botones a asestar puñetazos a las paredes del aparato. Sin duda, su nerviosismo iba en aumento por lo que Maggie decidió intervenir.

—Debe ser una avería y la alarma ya se habrá activado. No tardarán en llegar.

El hombre volvió su rostro hacia ella. Sudaba profusamente y la mano que sostenía el café que llevaba le temblaba. En algún momento, entre golpe y golpe, se había aflojado la corbata.

—Lo sé, genio. El problema radica en CUÁNTO tiempo van a tardar en llegar —dijo apretando los dientes, para a continuación, apoyar la frente sobre el frío metal de la puerta del ascensor.

Maggie no era el tipo de persona que, en otras circunstancias, hubiera contestado a semejante desagradable respuesta. Pero estaba empezando a sentir calor y tanto golpe por parte del otro ser humano con el que compartía el espacio le estaba dando dolor de cabeza.

—El destrozar el ascensor y romperte los huesos de la mano no va a hacer que estemos menos tiempo aquí.

El hombre se volvió hacia ella, con una expresión de terror dibujada en la cara y alzando las manos gritó:

—¡No puedo estar aquí encerrado! ¡Tengo que salir INMEDIATAMENTE!

El café que él llevaba en las manos, de la misma cafetería donde ella lo había comprado, según pudo comprobar, salió volando hacia él mismo manchándole la camisa y la corbata. Maggie se quedó boquiabierta. Por un segundo la idea de que el hombre pudiera estrangularla se le cruzó por la mente. Era un tipo bastante alto y de constitución fuerte. Pero entonces se fijó en el miedo que los ojos de él desprendían. Eran de un color azul como el océano en alta mar e indicaban que estaba completamente aterrado.

—Tienes claustrofobia.

El hombre asintió, fue lo único que pudo hacer porque, como Maggie pudo comprobar, estaba hiperventilando. Tenía que hacer algo o ese hombre se iba a desplomar allí en el ascensor delante de ella. O lo que era peor, encima de ella. El espacio no era tan amplio como para que casi dos metros de hombre cayera cual largo era en el suelo del ascensor.

—De acuerdo, no tienes por qué preocuparte porque todo va a salir bien.. Vale, sé que es lo que todo el mundo dice en este tipo de situaciones, pero en esta ocasión es verdad. Mírame a los ojos.

Por un momento el hombre pareció desconcertado, pero inclinó la cabeza hacia abajo y lo hizo. Maggie se quedó ensimismada mirando esos profundos ojos azul oscuro. Se quedó sin aliento. Su mirada, a pesar del miedo, era hipnótica. En otras circunstancias se habría quedado sin habla, pero las sombras oscuras que rodeaban los ojos de él y el sudor que le caía por la frente indicaban que ese hombre estaba pasándolo verdaderamente mal.

—Me llamo Maggie, diría que estoy encantada de conocerte, pero no es el momento. Necesito que me digas tu nombre... si puedes —añadió cuando lo vio titubear.

—Alan.

—Bien Alan, vamos a hacer una cosa. Necesitamos ponernos más cómodos mientras esperamos, ¿vale? No dejes de mirarme a los ojos, ¿entendido?

Él volvió a asentir. Maggie le desanudó completamente la corbata y la metió en el bolsillo de la chaqueta de él, la cual también le quitó. Decidió desabotonarle un poco la camisa, al hacerlo le rozó la piel del cuello y sintió una descarga eléctrica que le hizo soltar la camisa y retirarse unos centímetros de él. Alan, que había estado mirándola a los ojos, desvió los suyos hacia las manos de ella con gesto contrariado.

Maggie inspiró y soltó el aire. «Solo ha sido electricidad estática», se dijo. Se acercó de nuevo y abrió el segundo botón de la camisa. Él la miraba de nuevo a los ojos. Se sentía bastante incómoda porque, al fin y al cabo, estaba desnudando a un hombre en un ascensor. Un hombre que por lo que se marcaba bajo la camisa, tenía un físico impresionante. Ella se quitó la chaqueta también, el calor dentro del ascensor empezaba a ser bastante sofocante y el hecho de estar toqueteando a semejante ejemplar masculino la ponía nerviosa.

—Quiero que conste que no te estoy tirando los tejos o intentando seducirte. Sólo creo que con menos ropa estaremos más cómodos. Porque yo no sé tú, pero yo estoy sudando como un cerdo.

Una ligera sonrisa asomó al rostro de Alan.

—¿Un cerdo?

—Sí, es algo que mi madre solía decir —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Los cerdos sudan?

—Pues la verdad es que no lo sé. Pero sí sé una cosa Alan: los dichos y refranes de mi madre jamás se rebatían en casa. —Y terminó la frase con un guiño.

La sonrisa de Alan se amplió y eso tranquilizó a Maggie al tiempo que la dejaba un poco trastocada. Ese hombre era una creación perfecta de la naturaleza y estaba segura de que esa leve sonrisa habría hecho en el pasado que más de una mujer se postrara literalmente a sus pies. Para su gusto le sobraba pelo, le vendría bien un buen corte y un afeitado. Dejó de lado esos pensamientos y se centró de nuevo en la situación, si estaba sonriendo quizá con suerte conseguiría que no se desmayara.

—¿Te parece si nos sentamos?

El hombre no opuso resistencia, y ambos se sentaron en el suelo apoyando la espalda en uno de los laterales con las piernas flexionadas, que era todo lo que el espacio les permitía, e intentando evitar el lugar donde había caído parte del café de él.

—¿Qué más decía tu madre? —preguntó Alan mientras continuaba mirándola a los ojos.

—Pues a ver... —Miles de recuerdos de su madre acudieron a su mente y desvió la mirada. No se dio cuenta de que se había quedado callada.

—No quería incomodarte, no tienes que hablar de tu madre si no quieres —dijo él y aspiró una gran bocanada de aire que no pareció ser suficiente para sus pulmones—. Es solo que escucharte hablar me ayuda a concentrarme en algo y olvidarme de que estamos aquí encerrados en este maldito ascensor y...

—¡No, no es eso! —lo interrumpió ella en cuanto escuchó el tono de pánico en las palabras de Alan—. Lo siento, es que me había perdido en mis pensamientos.

Él asintió y la miró expectante.

—Mi madre creía firmemente que donde comen dos, comen tres. De todas maneras, tenía la costumbre de cocinar mucha más cantidad de la necesaria, se pasaba días regalando cacerolas y tupperes a todos los vecinos. —Su madre no tenía remedio en ese aspecto y no había manera de hacerla cambiar.

—¿Tienes hermanos? —preguntó él.

—No, soy hija única. Por eso era una locura la cantidad de comida que hacía. En realidad, ella siempre quiso tener una gran familia.

Se quedaron un momento en silencio, cada uno pensando en comida, madres y familias numerosas.

—Mi madre era buena por naturaleza. Quiero decir que no había maldad en ella, ninguna. Era incapaz de dañar una mosca y creía en el perdón. Además, siempre añadía que el infierno estaba aquí en la Tierra, en nuestro presente. Que no existía un cielo y un infierno después de la muerte, lo cual era bastante contradictorio porque ella sí era creyente. Decía que todo lo que se hacía en esta vida se pagaba antes de irnos al otro mundo. Un pensamiento bastante budista, el karma y todo eso, aunque para ella no tenía nada que ver con una religión u otra, simplemente pensaba que la vida era así.

Se volvió hacia él y comprobó que seguía mirándola fijamente. Se dio cuenta de que respiraba con normalidad así que pensó que su pequeño discurso había servido para distraerlo. Esos ojos tan azules ejercían una inquietante atracción y Maggie volvió a perder el hilo de sus pensamientos, pero esta vez por una razón distinta. Ni siquiera se dio cuenta de que se había inclinado hacia él.

—Hablas de ella en pasado, deduzco que ya no...

—Mi madre hace tiempo que nos dejó —lo cortó Maggie y volvió a apoyar la espalda en el

ascensor.

Alan abrió la boca para disculparse por la intromisión en su vida privada cuando súbitamente se escucharon unos golpes fuera del ascensor. Después de unos cuantos chirridos y un par de parpadeo de luces, el aparato se puso en marcha.

—Bueno, pues parece que por fin vamos a salir de aquí —dijo Maggie.

Ambos se levantaron del suelo y recogieron sus ropas. Cuando se abrieron las puertas en la décima planta, un pequeño corrillo de personas los recibió justo ante el mostrador de recepción. Martin fue el primero que acudió hacia ellos y Maggie pensó que iba a preguntarle cómo estaba, pero se quedó allí plantada porque él se dirigió a Alan.

—Alan, estabas en el ascensor. ¡Es justo lo que imaginaba! Miré la hora cuando me avisaron de que había una avería en el ascensor, sé que tú llegas siempre puntual así que pensé que tenías que haberte quedado dentro. Siento que te hayas quedado encerrado en el ascensor, para algunas personas puede ser traumático —soltó, casi sin respirar, Martin.

Alan miró a Maggie con una expresión de recelo y ella lo entendió al momento. Sin darle la oportunidad de hablar dijo:

—Martin, la única que ha podido traumatizar a Alan he sido yo. Me puse tan histérica cuando el ascensor se detuvo que le derramé todo mi café encima —dijo fingiendo embarazo y añadió—: Como puedes ver, le he arruinado el traje. Lo siento mucho, de verdad —se disculpó ella mirando a Alan.

Alan fue a decir algo, pero Martin se le adelantó.

—Vaya Maggie, no había necesidad de ponerse nerviosa. Ha sido una simple avería —dijo un poco molesto—. Alan no te preocupes que nos haremos cargo de los gastos de la tintorería. Y ahora, si te parece bien, pasa a mi despacho. Tengo un baño privado donde puedes asearte un poco y cuando hayas terminado comenzaremos la reunión.

Tanto Alan como Martin se encaminaron por el pasillo hacia el despacho de este último. Antes de doblar la esquina, Martin le dijo a Maggie:

—Maggie, intenta adecentarte un poco. En breve pasaremos a la sala de juntas para la reunión.

Se quedó pasmada allí en la recepción de la oficina, sola, pues todo el mundo había vuelto a sus mesas y despachos, pensando que al parecer iba a tener una reunión de suma importancia con el hombre claustrofóbico al que le había contado cosas personales sobre su vida y por el que había mentido respecto al café.

Una pequeña mentirijilla para acumular buen karma, como su compañera Theresa diría. Además, Alan era un hombre muy apuesto, estaba segura de que sin esa barba tan poblada y la melena que le caía por los hombros, sería comparable a esos dioses cuya belleza los autores clásicos habían descrito en sus historias. Sin lugar a duda, su lunes había empezado de manera espectacular, se dijo a sí misma con sarcasmo.

Alan intentó recomponerse en el baño privado de Martin. Le temblaba el pulso y estaba completamente pálido. Se mojó la cara con agua fría varias veces y se sentó en el váter con la esperanza de normalizar su respiración. Había acudido a terapia durante años, y por norma general conseguía mantener la claustrofobia a raya si se encontraba en una situación en la que tuviera que estar en un espacio pequeño. Siempre que no fuera por mucho tiempo.

En el fondo sabía que no había sido sólo el hecho de quedar atrapado en un espacio tan reducido como era un ascensor. Su ánimo no estaba en su mejor momento, y tenía los nervios bastantes crispados desde hacía varios días. Penélope lo estaba volviendo loco con las mil ideas que tenía para la casa. Ideas que cambiaban de una hora a la siguiente, lo que no le dejaba tiempo a Alan a procesar ninguna de ellas.

Si no hubiera sido por la chica del ascensor... Maggie se llamaba. Su voz le había infundido una maravillosa calma, su tono había sido justo el adecuado. Su profunda mirada oscura le había transmitido tranquilidad y honestidad. No había nada artificioso en ella. No había podido dejar de mirarla a los ojos todo el tiempo, sus ojos negros habían supuesto una isla en la que poder aislarse del ahogo que la claustrofobia le estaba provocando.

Nunca le había pasado eso con nadie. Había notado una conexión especial en el momento en que sus miradas habían coincidido. Quizá se debiera al momento de pánico en el que se encontraba, pero para él había sido su tabla de salvación. Y estaba el calambre que había sentido cuando ella lo había tocado. Sabía que había sido un roce inintencionado, pero el calambre le había recorrido todo el cuerpo y lo había dejado confundido.

Inspiró y espiró varias veces profunda y lentamente como había aprendido en terapia y salió del baño. Fue hacia el pasillo donde Martin lo esperaba con una sonrisa que le ocupaba la mayor parte de la cara. Le recordó a un San Bernardo, y ese pensamiento le ayudó a tranquilizarse del todo, y tuvo que abstenerse de soltar una carcajada al imaginarse a Martin como un perro gigante y sonriente.

En el preciso momento en que Maggie salía del baño, Martin la llamó desde la sala de juntas. Alan se había sentado ya en una de las sillas y la observó a través del cristal de la sala. La chica paró un momento en su mesa para tomar su cuaderno y un bolígrafo. Cogió su taza de café, se dio cuenta de que estaba frío y la volvió a depositar en la mesa con un gesto de resignación. Alan sonrió, y la siguió con la mirada hasta que entró en la habitación.

No era muy alta, pero sin embargo no llevaba tacones altos. Tenía el pelo largo y rizado de un negro azabache, y unas curvas generosas que el traje de chaqueta y pantalón que llevaba no lograban ocultar. Era totalmente distinta a Penélope y no solo en lo físico. Intentó imaginarse cómo habría actuado ella en esa misma situación, y estaba totalmente seguro de que habría desdeñado su actitud por considerarlo débil.

Maggie tenía algo diferente. Su manera de tratarlo en el ascensor había sido totalmente inesperada. No sólo por el hecho de que supiera cómo tranquilizarlo, lo que le indicaba que había debido de tratar con personas claustrofóbicas anteriormente, sino que no había actuado como la mayoría de las chicas y mujeres lo hacían ante él. Estaba cansado de que todo el mundo lo valorara por su físico, y esta chica había demostrado una cierta indiferencia hacia él, incluso cuando se miraron a los ojos.

—Bien, ahora que ya estamos todos, empecemos. Ya hemos hecho perder bastante tiempo a Alan.

El aludido hizo un intento de protestar para aclarar que no había sido culpa de nadie, pero el dueño de la empresa lo interrumpió y continuó hablando.

—Alan, quiero agradecerte la confianza que has depositado en nuestra pequeña empresa. Nos sentimos muy honrados de que nos hayas elegido para algo tan personal como es decorar tu futura casa. Te aseguro que pondremos todos nuestros recursos y nuestros mejores profesionales a tu disposición. Vamos a trabajar de manera incansable para que todo quede a vuestro gusto.

Alan se sintió molesto ante tanta adulación, y por el rabillo del ojo vio que la chica se removió en su silla visiblemente incómoda. Había firmado un contrato con ellos, el peloteo era innecesario.

—Aunque ya os habéis conocido, te haré la presentación oficial: esta es Margaret, una de nuestras más prometedoras diseñadoras de interiores. La hemos asignado a tu proyecto para que se dedique en exclusividad a ello. —Volvió a sonreír y las comisuras de los labios casi les llegaron a las orejas.

—Puedes llamarme Maggie. Es como todo el mundo me llama en realidad. Además, nos hemos presentado en el ascensor —aclaró ella.

Alan agarró el vaso de agua que tenía delante y bebió para evitar reírse y se dio cuenta de que Maggie lo estaba mirando de manera interrogante, lo cual le provocó más ganas de reír. Siguió bebiendo hasta que se terminó el vaso y Martin continuó hablando, ignorando a propósito la intervención de Maggie y volviéndola a llamar por su nombre completo.

—Margaret, ya he anotado en tu agenda la primera reunión con Alan y Penélope para mañana a las tres de la tarde. Yo ya tengo los planos de la casa, que ahora te entregaré para que te familiarices con la distribución y así te sea más fácil entender que es lo que necesitan ellos. —Se volvió hacia Alan y le dijo—: Aunque ella se va a hacer cargo de todo a partir de ahora, tienes mi móvil personal. No dudes en llamarme si surge cualquier circunstancia, o si quieres comentar algo conmigo personalmente. Como te he dicho Alan, nuestra empresa entera se va a volcar con vuestra casa.

Alan estaba ya cansado de tanto halago y devoción demostrada en tan poco tiempo. Quería volver a su apartamento y descansar. Por lo que se levantó, sorprendiendo a Martin, y decidió despedirse.

—Estupendo Martin, te agradezco tu implicación en mi proyecto. Como ya tenemos acordada la primera reunión, creo que podemos dejarlo aquí y mañana comenzar a tratar los temas de la reforma. —Le dio un apretón de manos al dueño de la empresa y se giró hacia la chica—. Ha sido un placer Maggie, estoy deseando empezar a trabajar contigo. —Le dio la mano a ella también, poniendo énfasis en el diminutivo de su nombre y con un gesto de asentimiento dejó la sala de juntas y se dirigió hacia las escaleras.

No se volvió para mirar atrás, si lo hubiera hecho habría sido testigo de la expresión perpleja en la cara de Martin y la sonrisa que intentaba ocultar Maggie.

A la mañana siguiente, Maggie llegó a la oficina quince minutos tarde y muy cansada. Era solo martes y ya estaba agotada, iba a ser una semana muy larga. No había dormido bien, se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. No podía quitarse de la cabeza ese par de ojos azules.

Se pasó toda la mañana preparándose para la reunión. Al parecer, Alan se había comprado una casa en la zona más exclusiva de los Hamptons. Era una casa enorme y antigua, situada en East Hampton y por lo que Maggie había podido ver en las fotos que le había facilitado su jefe, esa enorme mansión necesitaba muchas reformas. Daba la impresión de que nadie hubiera cambiado nada desde su construcción.

Comió en su mesa y continuó trabajando, intentando concentrarse en lo que estaba haciendo. Por alguna razón, estaba nerviosa por la reunión, y se había repetido varias veces que no era por Alan y que era solo por el hecho de que fuera el primer proyecto en el que ella iba a ser la responsable absoluta. En el tiempo que llevaba trabajando en el estudio de Martin siempre había sido la asistente de alguno de los otros dos diseñadores de interiores que la empresa tenía.

Estaba tan absorta en la lista que estaba confeccionando de posibles cambios y reestructuración de habitaciones que ni se percató de los susurros y cuchicheos de sus compañeros. Hasta que Martin la llamó por la línea interna para advertirle de que sus clientes ya se encontraban en la sala de juntas. Cogió su cuaderno, los planos y las fotos y se dirigió allí con paso firme.

Al llegar a la sala se encontró con que su jefe seguía allí, estaba de pie comentando algo con una chica que estaba a su lado. La chica era muy alta, casi tanto como Alan, y tenía una larga melena rubia que parecía brillar con el sol que entraba por la ventana. Maggie no entendía mucho de las últimas tendencias en moda, pero su instinto le dijo que iba vestida a la última y los zapatos de tacón que llevaba tenían pinta de costar más que lo que ella cobraba en un mes. La chica era despampanante, como una modelo sacada de un anuncio de perfumes. Supuso que debía ser la tal Penélope de la que Martin había hablado el día anterior.

—Margaret, por fin has llegado. No está bien hacer esperar a los clientes, sobre todo si son tan importantes como Alan y Penélope.

Maggie miró el reloj que había en la sala y dijo:

—Faltan diez minutos para las tres.

Alan, que ya se había sentado, empezó a toser y se volvió hacia la ventana cubriéndose la boca con la mano. Maggie habría jurado que se estaba riendo.

—Bah, eso son nimiedades. Margaret te presento a Penélope, la novia de Alan. Tiene muchas ganas de comentar contigo todas las ideas que tiene en relación con la casa.

La aludida dio un paso al frente que a Maggie le pareció como un paso de danza. Esa chica tenía belleza y elegancia. «¿Cómo pueden existir mujeres así?», se preguntó.

—Soy la prometida de Alan —aclaró Penélope y alargó el brazo para dar la mano a Maggie con un movimiento que le mostró a esta el enorme anillo de compromiso que llevaba.

—Un placer —murmuró Maggie y tomó asiento frente a Alan, el cual la observaba fijamente.

Penélope se sentó junto a su prometido. Martin hizo amago de sentarse, pero cuando estaba a mitad del proceso Alan lo interrumpió.

—Martin, sabemos que estás muy ocupado y no queremos quitarte tiempo. Como bien me

explicaste ayer, Maggie se va a encargar de nuestra reforma, por lo que no veo necesario entretenerme y apartarte de tus obligaciones. Si nos surge cualquier cuestión, te avisaremos. —Y añadió una sonrisa que no le dejó más opción al dueño de la empresa que devolverla, asentir y dejar la sala. Maggie estuvo a punto de aplaudir a Alan por su magnífica diplomacia, pero se contuvo.

—Bueno, creo que deberíamos empezar por analizar los planos de la casa y ver la distribución actual. Creo que se deberían mover algunos muros y derribar otros, siempre teniendo en cuenta qué es lo que necesitáis en materia de habitaciones u otros espacios que queráis tener, aunque habrá que tener en cuenta los muros de carga, por supuesto —dijo Maggie eficientemente y extendió los planos de la casa sobre la mesa para así poder señalar los cambios que ella había desarrollado y poder explicárselos a ambos.

∞

Una hora después, Maggie estaba a punto de estrangular a Penélope con el cable del teléfono que había en la mesa de la sala de juntas. La chica rubia había descartado una tras otra todas las propuestas que ella le había hecho. A Alan parecían haberle gustado algunas de sus ideas, pero Penélope lo había acallado de manera sutil y había desechado la opción de instalar una cosa u otra, mover un muro o no, o cualquiera que fuera la idea que hubieran estado comentando en ese momento. Maggie se preguntó por enésima vez cómo era posible que este hombre aguantara a esta chica tan caprichosa. La casa era de Alan, la había comprado él. Lo sabía porque todos los documentos que le había hecho llegar su jefe atestiguan la titularidad de la propiedad. Sin embargo, su prometida no parecía tener intención de dejarle decidir nada en relación con la reforma de la misma.

La negativa de Penélope a instalar un armario empotrado a la entrada de la vivienda para dejar abrigos y zapatos fue determinante para Maggie. Otro “no” más de la chica que tenía sentada enfrente y sería el fin de su paciencia, lo cual seguramente no terminaría bien, por lo que decidió que iba a dar por terminada la reunión. En ese preciso instante, Martin hizo su aparición en la sala y Maggie casi suspiró de alivio. Una vez más, al volver la cabeza se encontró con la mirada penetrante de Alan. Había estado mirándola sin descanso durante toda la reunión, casi ni había vuelto la cabeza hacia su prometida y Maggie estaba demasiado nerviosa y cansada para intentar discernir el significado de esa persistente mirada. Lo dejaría para después, ahora solo quería que la reunión terminara.

—Espero que la reunión haya ido bien y las ideas hayan fluido —dijo Martin.

—Oh Martin, ha ido fenomenal —contestó Penélope. —Creo que Maggie ha comprendido lo que quiero.... queremos, —se corrigió y miró a Alan con una deslumbrante sonrisa—, para nuestra casa. Estamos deseando que empiecen los cambios. —Y dirigió otra radiante sonrisa al dueño de la empresa.

Martin la miró embelesado asintiendo. Maggie pensó que su jefe parecía un sabueso babeando por una golosina. También se le cruzó por la mente que esos dientes tan blancos de Penélope no podían ser naturales. Sacudió inconscientemente la cabeza para apartar esos pensamientos, la chica no le caía bien pero no podía dejar que sus sentimientos interfirieran en su trabajo.

Levantó la mirada y nuevamente pilló a Alan observándola atentamente y sin hacer el mínimo esfuerzo por disimular. Iba a preguntarle si había algún problema que quisiera comentarle cuando Martin interrumpió sus pensamientos y soltó la bomba.

—Así que ya tengo el hotel reservado para Maggie, y el coche de alquiler gestionado, para todo el tiempo que la reforma requiera su presencia allí. ¿Os parece bien que empecemos el lunes próximo? Para entonces ya tendremos a la empresa de construcción contratada, y los albañiles listos para comenzar a tirar paredes —dijo riéndose de su propio chiste, y el cual nadie pareció encontrar divertido.

—¿Un hotel para mí? —preguntó Maggie con incredulidad y desconcierto.

—Sí, sí, pero no te preocupes por eso ahora. Comentaremos los detalles más tarde cuando Alan y Penélope se hayan marchado.

Una vez más, fue Alan el primero en levantarse y finalizar la reunión. Maggie se lo agradeció en silencio. Penélope se despidió de todos con su enorme sonrisa y Alan sólo hizo un gesto con la cabeza. También parecía agotado, y Maggie lo entendía. La reunión había consistido en un monólogo sin fin de Penélope diciendo lo que quería, dónde lo quería y cómo lo quería. ¿Cómo podía este chico querer tener a alguien así a su lado? A no ser que fuera de la misma pasta que ella, hechos el uno para el otro. Pero algo en Maggie le decía que Alan era diferente.

Con estas reflexiones se dirigió al despacho de su jefe para aclarar las cuestiones en relación con las palabras clave “hotel” y “coche de alquiler”. Se olía que no suponían nada bueno para ella.

El taxi se desplazaba lentamente por las calles de Manhattan en dirección norte. Habían tenido suerte de encontrar uno que no estuviera ocupado, considerando que era hora punta, pero precisamente por ese motivo el tráfico era una pesadilla. Alan estaba deseando llegar a casa de Penélope y dejarla allí. Volvería a su apartamento en metro, no le importaba usar el transporte público, era su prometida quien se negaba a pisar los escalones de una estación de metro.

Llegaron a la dirección de ella después de haber pasado todo el camino en silencio, a Alan no le apetecía hablar y sabía que si lo hacía estando enfadado terminarían discutiendo. Penélope no parecía haberse percatado de su estado de ánimo, así que cuando se bajaron del taxi después de que Alan pagara el viaje, se dirigió a él con una sonrisa.

—Ha sido una reunión muy fructífera, creo que le ha quedado claro a esa decoradora lo que queremos y que nuestro estilo es más elegante, sus sugerencias e ideas no estaban a la altura de nuestro estatus, querido —dijo con suficiencia.

Alan la miró mientras ella asentía satisfecha.

—En fin, subamos y seguiremos hablando en mi apartamento.

—Penélope estoy cansado y quiero volver a casa, recuerda que llegué el domingo de Bangkok. —Se excusó él.

—Vamos Alan, tengo una botella de Moët Chandon que compré la semana pasada. La tenía reservada para hoy, sube y celebremos que en un par de meses tendremos una magnífica casa en la costa. —Le dio un leve tirón del brazo y Alan se dejó arrastrar. No quería que ella le hiciera una escena en la calle, aunque temía lo que se avecinaba.

Una vez arriba, Alan se dejó caer en el sofá blanco de piel que Penélope tenía en su salón y resopló, estaba cansado y no quería seguir hablando sobre la reforma de la casa con ella. En realidad, no quería hablar con ella de nada que tuviera que ver con la casa.

Su prometida apareció descalza y con dos copas de champán de las cuales le ofreció una a él. Alan se la bebió entera de un trago, lo que hizo que ella riera.

—Vaya, debes estar muy estresado. Pocas veces bebes alcohol de esa manera —dijo al tiempo que soltaba una risita.

—Penélope tenemos que hablar. —Se volvió hacia ella con el semblante serio, ella fue a decir algo, pero él la detuvo con un gesto de la mano—. Esa casa es mía, y quiero ser yo el que tome las decisiones al respecto. No he querido decir nada en la reunión porque odio dar un espectáculo, pero no me has dejado comentar ni expresar mi opinión. —Fue elevando el tono conforme hablaba, el enfado empezaba a acrecentarse en su interior—. No es la primera vez que lo haces y no lo soporto.

Alan se levantó bruscamente y fue hacia los grandes ventanales que enmarcaban el salón del dúplex. Se pasó ambas manos por el pelo en un intento de serenarse.

—Pero Alan, va a ser nuestra casa —dijo Penélope poniendo énfasis en la palabra “nuestra”—. Solo quiero que sea perfecta.

Él se volvió, dándole la espalda a las ventanas y la miró atentamente. Penélope era una mujer caprichosa, acostumbrada a una vida de lujos para la que las apariencias lo eran todo. Así la habían criado, igual que habían hecho con él. La diferencia radicaba en que él había conseguido ver más allá de ese mundo. Él sabía que había cosas más importantes en la vida que la clase social, el origen familiar, los eventos de organizaciones benéficas, las propiedades o los matrimonios ventajosos.

Miró a su prometida y por enésima vez desde hacía varios meses se preguntó por qué le había pedido matrimonio. Se había dejado llevar por su madre, después de todo lo que ambos habían pasado quería hacerla feliz. La muerte de su padre no parecía haber hecho que ella sonriera más. Así que compró el anillo y se lo pidió en una cena. No se puso de rodillas ni se lo escondió en el postre con la connivencia del maître del restaurante, simplemente se lo sacó del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió a ella. A Penélope no pareció importarle y ya había dicho “sí” antes siquiera de abrir la pequeña caja de terciopelo que guardaba el anillo.

—Penélope, no sé si deberíamos seguir con el compromiso. No creo que seamos compatibles ni que compartamos los mismos objetivos en la vida —dijo con sinceridad.

El rostro de ella mudó a una expresión de perplejidad, dejó lentamente la copa de champán en la mesa auxiliar y su boca se abrió de forma desmesurada mostrando así su sorpresa.

—¿Qué estás diciendo Alan? —Se levantó y fue hacia él.

—Quizá deberíamos dejarlo Pe. —La llamó con el diminutivo que había usado para referirse a ella en los primeros tiempos cuando habían empezado a salir.

—¿Pero, por qué? Estás muy estresado por la compra de la casa y la reforma, pero para eso estoy yo. No tienes que preocuparte de nada, yo me encargaré —dijo mientras le echaba los brazos al cuello y se pegaba a él.

—No, Penélope, no quiero que te ocupes tú de la casa, ni de la reforma ni de la decoración. —Su tono de voz había subido. Se deshizo de los brazos de ella y dio un paso hacia atrás con gesto irritado.

—Nos queremos Alan, llevamos dos años juntos y vamos a casarnos. No entiendo a qué viene todo esto —dijo ella pensativa—. Has tenido mucho estrés últimamente, quizá necesitas un tiempo para asimilar tu nueva vida. Nuestra nueva vida.

—Penélope, necesito espacio. Esto no va a ninguna parte desde hace tiempo.

—Sí, sí, tener tu espacio te vendrá bien. Tómame unos días, así yo podré dedicarme a algunas cosas que también he dejado de lado. Desconectemos el uno del otro, y cuando volvamos a vernos los dos estaremos más relajados para seguir con nuestros planes. —Penélope parecía entusiasmada con la idea.

Era inútil hablar con ella, pensó. Alan llevaba varios meses intentando tener esta conversación, pero entre los viajes que él tenía por trabajo y el cansancio que acumulaba por el mismo, sumado a la pericia de ella para cambiar de tema, nunca había conseguido el momento para contarle lo que pensaba de su relación.

—Está bien Pe, me voy. Hablaremos en unas semanas. —Se despidió mientras se encaminaba hacia la entrada del apartamento.

—Genial, tómame unos días y nos vemos el fin de semana. —Escuchó que ella decía mientras se cerraba la puerta tras él.

Negó con la cabeza, inspiró y soltó el aire. Mientras esperaba el ascensor se dijo a sí mismo que romper con ella iba a ser muy difícil, principalmente porque ella se negaba a ver la situación real de su relación. O quizá fingía no darse cuenta. Alan no estaba seguro de ello, pero lo que sí sabía es que necesitaba alejarse de Penélope un buen tiempo.

El viernes de la misma semana de la reunión, sobre las once de la mañana, Maggie llegaba al hotel que le había reservado la empresa en East Hampton.

El resultado de la conversación que había tenido con Martin después de la reunión había sido claro: tenía que desplazarse a pie de obra. No literalmente, pero la quería cerca, por lo tanto, la mejor solución era que se alojara en un hotel el tiempo que durara la reforma. El cliente era muy importante para la empresa y su jefe quería que fuera todo como la seda. Teniendo a Maggie instalada en el mismo pueblo podría atender cualquier problema que pudiera surgir. La empresa le había reservado el hotel, un coche de alquiler para desplazarse cuando lo necesitara e incluso Martin la había sorprendido con una tarjeta de crédito platino para que la usara en todos los gastos que pudiera tener.

Maggie se quedó pasmada ante la visión de la tarjeta de crédito y tuvo que preguntar tres veces si estaba seguro de que era para ella. Después de la confirmación de su jefe, ella quiso que le explicara en qué gastos podía emplearla. Cuando él le contestó que, para cualquier cosa, Maggie insistió sobre ello y pidió una lista de los gastos para los que tenía permitido usarla. Aquello terminó con la poca paciencia que Martin solía tener.

—Maggie, úsala para cualquier cosa que necesites. El presupuesto es ilimitado. Comer, beber, libros, ropa interior, un sombrero para la playa.... ¡Lo que quieras! ¿Sabes lo importante que es este cliente? ¿Sabes lo que va a suponer para la empresa que este proyecto salga bien? Nos va a catapultar a la fama, vamos a superar a cualquier otro estudio de reformas y decoración de interiores. Las tiendas de decoración van a matar porque trabajemos con ellos. Así que, por última vez te lo digo, usa la tarjeta para lo que quieras. Y ahora sal de mi despacho.

Después de aquello, Maggie no se atrevió a preguntar nada más, pero tenía claro que usaría la tarjeta para lo que ella considerara gastos imprescindibles. ¡Y por supuesto no iba a comprarse ropa interior con ella! Solo pensar en Phillip, el contable de la empresa, registrando un gasto de la tarjeta realizado en Victoria's Secret hacía que se sonrojara.

El hotel, que se llamaba The Cottage Inn, resultó ser un establecimiento encantador, elegante y con una decoración muy acorde con su ubicación. Era una auténtica casa de los Hamptons, con su exterior de madera blanca y un porche delantero que invitaba a sentarse en la mecedora allí instalada con una limonada y disfrutar de las noches de verano.

Un jardín muy bien cuidado rodeaba la vivienda y un pequeño camino unía la acera con la escalera de entrada. Era un lugar histórico, la familia dueña de la casa había llegado a Estados Unidos en el siglo XVII y se había establecido allí construyendo su casa familiar, según había podido averiguar Maggie por la información que el hotel facilitaba en su web. La diseñadora se sintió cómoda en el momento en el que puso un pie dentro, era un lugar acogedor que, aunque modernizado, conservaba de alguna manera su encanto original. Ahogó un suspiro al pensar en lo que iba a costarle a la empresa su estancia allí, el hotel era considerado el mejor alojamiento de East Hampton. No acababa de comprender por qué Martin estaba empeñado en gastar tanto dinero en un cliente.

Se sintió aliviada cuando comprobó que la habitación que le habían reservado no era una suite de lujo, aunque a pesar de ello aquello era el sitio más distinguido en el que se había alojado en su vida. Colocó sus cosas y salió a pasear, quería conocer el pueblo y poder ubicar sin problemas posibles lugares para comer, así como visitar la oficina de turismo también. Estaba segura de que tendría bastante tiempo libre por las tardes, una vez que los albañiles terminaran su

jornada en la casa.

Encontró un restaurante mejicano pequeño donde comió unos tacos deliciosos. El personal fue muy amable y decidió que volvería, además le encantaba la comida mejicana. Una vez salió del restaurante decidió caminar hasta la casa que tenía que reformar y decorar, se sabía de memoria la dirección por todo el tiempo que se había pasado revisando los planos y la documentación, así que dirigió sus pasos hacia allí.

Quedó maravillada al llegar a la verja de entrada a la propiedad, era una casa magnífica. Sin duda había conocido tiempos mejores, pero estaba segura de que cuando terminaran con ella, esa casa sería una de las más envidiadas de la zona.

Observó que había pintadas negras en el muro que delimitaba la propiedad. Maggie pensó que probablemente habían usado pintura en aerosol de ese color. Los mensajes que podía leer más claramente eran “Vete”, “Esta no es tu casa” y “Ladrón”. No había imaginado que pudiera haber en los Hamptons ese tipo de delincuencia contra la propiedad posible, pero seguramente habían sido un grupo de adolescentes aburridos.

Empujó con fuerza la verja, la cual chirrió y le dejó manchas de óxido en las manos, y entró a la rotonda que conformaba la parte delantera de la casa. El centro de esta lo formaba un enorme círculo de hierba, que en su día debió ser un césped bien cuidado. El camino que iba desde la entrada hasta la casa y que rodeaba la rotonda era empedrado y tampoco estaba en muy buen estado. Se adentró caminando con cuidado mientras se fijaba en los setos que había en los laterales y los cuales también habían crecido de manera salvaje. Un buen paisajista podría convertir esa entrada en algo espectacular que dejara con la boca abierta a cualquier visitante. Anotó mentalmente buscar paisajistas locales, ya que pensó que una persona de la zona sabría sacarle partido a la flora autóctona, así como conocer cuáles serían las plantas más resistentes al clima de la costa.

No fue hasta que casi tropezó con él, cuando se dio cuenta de que había un coche aparcado justo en la puerta de la casa. Se quedó sorprendida pues no esperaba que nadie estuviera allí, al fijarse en el coche se preguntó quién podría ser. Los antiguos propietarios habían vendido la vivienda porque necesitaban el dinero, y el coche que tenía delante era un Tesla último modelo. Maggie no entendía mucho de coches, pero sabía lo que costaba un Tesla. Y también sabía que eran coches completamente eléctricos.

Entró en la casa intentando hacer el máximo ruido posible para no asustar a quien quiera que estuviera allí. Al llegar al salón vio como Alan se asomaba desde las puertas venecianas que daban al jardín trasero y se quedaba sorprendido al verla. Ella también se quedó inmóvil y totalmente desconcertada.

—Hola Alan, ¿qué tal estás? —preguntó ella con una sonrisa, intentando recomponerse. La presencia de él la intimidaba, no había podido dejar de pensar en su primer encuentro en el ascensor y pudo sentir el tremendo atractivo que de él emanaba.

Alan se quedó mirándola fijamente, no contestó y entró en el salón completamente. Maggie iba a volver a decir algo, puesto que su silencio estaba causándole que se sintiera intranquila, pero él se le adelantó.

—No esperaba verte —dijo mirándola con una expresión que no dejaba lugar a dudas de su sorpresa.

—Lo siento, no pretendía colarme en la casa. He llegado hoy y no tenía nada que hacer después de cenar —explicó nerviosa.

—¿Por qué te disculpas?

Maggie no supo que contestar a eso. Se quedó allí sin saber muy bien qué hacer. Decidió

que la situación era un tanto extraña, y que lo mejor que podía hacer era marcharse. Podría ver la casa tranquilamente el lunes cuando llegara Greg.

—Gracias —dijo Alan y añadió—: Quería darte las gracias, no sabía cuándo tendría la oportunidad, así que me alegro de que hayamos coincidido a solas.

Alan vio la confusión en el rostro de ella, y supo que no sabía a qué se refería.

—Por lo que hiciste por mí en el ascensor — explicó—. En realidad no sé cómo agradecértelo, si no hubieras estado, seguramente habría hecho el ridículo más espantoso de la historia y habría estado en todas las revistas al día siguiente.

—Bueno, no entiendo por qué iba a salir en las revistas el ataque de pánico de una persona claustrofóbica. —Se encogió de hombros sin entender lo que él había dicho—. Pero me alegro de haberte sido de ayuda —añadió ella con una sonrisa.

Alan se acercó más a ella hasta que casi no quedó espacio entre ambos. El nerviosismo de Maggie aumentó, empezó a retorcer la correa de su bolso sin saber muy bien qué hacer con las manos. El tamaño de él impresionaba y no entendía su acercamiento, no dejaba de observarla con su intensa mirada y lo único que tenía claro era que él estaba demasiado cerca.

—Tienes una voz tan dulce que creo que calmaría a cualquier fiera que estuviera a punto de devorarte —dijo en voz más baja mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Maggie abrió la boca para decir algo, pero no consiguió que sonido alguno saliera de ella. El contacto de la mano de él en su rostro había dejado una sensación abrasadora en su piel. Era mucho más atractivo de lo que recordaba de su encuentro en el ascensor, y ese casi susurro con el que le había hablado le había erizado la piel. Seguían mirándose a los ojos, y ella era incapaz de apartar la vista.

De repente la expresión de él cambió, frunció el ceño y dio un paso hacia atrás. Su mirada mostró preocupación y sorpresa.

—Lo siento, no pretendía... Yo no quería... —No terminó ninguna frase y después de un titubeo añadió—: Tengo que irme, hablamos pronto. Hasta luego Maggie.

Alan salió de la casa con rapidez dejando a Maggie estupefacta, sonrojada y sin entender nada de lo que había pasado.

El lunes Maggie llegó a la casa en coche y aparcó detrás de una camioneta roja que reconoció al instante. Al salir del vehículo vio a Greg en los escalones de entrada a la casa y le sonrió. Fue a su encuentro y él la envolvió en un enorme abrazo. Maggie se sintió mejor al instante, era el efecto que Greg siempre tenía en ella.

—Me alegro mucho de verte Mags —dijo mientras la repasaba con la mirada de arriba abajo—. Tienes muy buen aspecto —añadió.

Ella sonrió, conocer a Greg era lo mejor que le había pasado desde que había empezado a trabajar en el estudio de Martin.

Greg era constructor y trabajaba para empresas como la de Maggie llevando a cabo los proyectos de renovación y decoración para los que lo contrataban. Era un gran profesional, muy dedicado a su trabajo y obsesionado con la perfección de manera casi enfermiza, lo que lo convertía en alguien con quien todos los arquitectos y empresas de decoración de interiores querían trabajar. Maggie congenió con él desde el primer momento, Greg no era solo un excelente profesional sino también una maravillosa persona. Era generoso, amable y siempre dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. En el trabajo era exigente pero justo, y sus trabajadores lo respetaban porque siempre reconocía el trabajo bien hecho y la dedicación de aquellos que lo hacían para él. Le llevaba diez años, y para ella era como el hermano mayor que nunca había tenido, en realidad lo adoraba y lo consideraba su mejor amigo.

—¿Te llegaron los planos de la casa y las reformas acordadas con el propietario? —preguntó ella.

—Sí, me ha llegado todo y ya he revisado la casa. He señalado las paredes que hay que demoler y también he comprobado el cuadro de la luz, siento decirte que hay que cambiarlo y seguramente todo el cableado eléctrico de la casa. —Paró para tomar aire y señaló hacia abajo—. La fontanería no puedo comprobarla hasta que no abramos el suelo, pero deduzco que no estará en demasiado buen estado. Esta casa tiene más de cien años y si no se ha reformado nunca, nos vamos a encontrar con muchas sorpresas desagradables. Espero que tu cliente sea consciente de ello.

—¿Pero ya te ha dado tiempo de comprobar todo eso y sacar esas conclusiones? —preguntó Maggie anonadada.

—Llevo aquí desde las ocho de la mañana, Mags —dijo con una sonrisa—. Ya sabes que me gusta hacer una primera visita a los edificios por mi cuenta, antes de que mi equipo llegue y empiece a trabajar. Vamos, entremos.

Greg abrió la puerta y dejó pasar a Maggie, entraron a una pequeña habitación que hacía de recibidor y cuyo tamaño era claustrofóbico. Greg percibió la expresión de horror de ella y rio.

—Sin duda, esto hay que reformarlo entero.

—Pero en los planos no se indicaba que aquí hubiera estas paredes —dijo ella contrariada—. Estuve aquí el viernes cuando llegué, y me sorprendió entrar y encontrarme con tantas paredes que no aparecían en ningún plano —le explicó—. De todas formas, incluso sin saberlo, le propuse al propietario colocar aquí un armario empotrado que sirva para dejar abrigos y zapatos, ese tipo de cosas. Aunque a su prometida no pareció gustarle la idea —dijo con una mueca de desagrado lo cual hizo reír a Greg.

—Hay más sorpresas en la casa que no aparecen en los planos. Sígueme y te iré explicando.

Dedicaron el resto de la mañana a ver la casa y anotar todo lo que tenía que ser modificado del proyecto original según Greg, porque el estado de la casa era muy diferente al mostrado en los planos. La vivienda no había sido remodelada ni una sola vez a lo largo de los años, y tampoco había sido cuidada por los propietarios que habían pasado por ella anteriormente. Maggie pensó que la casa era un desastre, y que renovarla y adecuarla a los gustos de la prometida de Alan iba a ser un reto. Además, iba a costar mucho más de lo presupuestado originalmente. No le quedaba más remedio que llamar e informar a Alan de todo. Decidió que lo haría después de comer.

—Bueno Maggie, mañana estaré aquí a las ocho con mi equipo para empezar con lo básico, supongo que vendrás, ¿verdad? —preguntó Greg.

—Sí. Mi idea es estar aquí todos los días. No tiene sentido que Martin me haya enviado a East Hampton para quedarme en el hotel —contestó encogiéndose de hombros.

Greg volvió a reír, conocía a Martin y sabía que si había considerado a estos clientes como especiales, haría todo lo posible para que fueran tratados de esa manera.

—Es una buena propiedad —dijo Greg mirando la fachada de la casa—. Debe de haberle costado una buena fortuna al que la ha comprado.

—En realidad, según la información que me ha proporcionado Martin, ha sido una ganga. La vivienda pertenecía a los descendientes de la familia que originalmente la construyó a principios del siglo XX. La propiedad ha ido pasando de padres a hijos durante generaciones, pero al parecer, su último propietario no ha manejado las finanzas familiares de manera adecuada. Según mi jefe, ha dilapidado la fortuna y no le ha quedado más remedio que vender la casa y los terrenos —explicó Maggie y añadió—: El precio de venta ha sido ridículo si lo comparas con la media de esta zona. East Hampton es uno de los pueblos más exclusivos de todos los Hamptons.

—Entonces, por lo que veo, tu cliente ha tenido mucha suerte —afirmó Greg.

Maggie asintió mientras contemplaba la gran casa que tenía ante sí. Sin duda, había sido una buena oportunidad para Alan, y sentía que esa casa era justo lo que él necesitaba.

Una pizza y un helado después, Maggie paseaba por una zona de tiendas en una calle que desembocaba a un paseo marítimo reluciente. Tanto el suelo de madera como las barandillas estaban pintados de un blanco cegador y había macetas con coloridos geranios colgadas de las farolas. Era el típico lugar de los Hamptons pensado por y para los ricos que pasaban allí los veranos y los fines de semana durante el resto del año.

Maggie cogió aire y decidió que tenía que llamar a Alan, no podía demorarlo más puesto que tenía que comunicarle los descubrimientos de Greg sobre la casa. Marcó el número de su cliente, pero después de dos tonos de llamada saltó el buzón de voz: “Soy Alan Lewis, deja tu nombre y número de teléfono y te llamaré en cuanto pueda”. Se estremeció al escuchar esa voz tan profunda que no había podido olvidar desde el incidente en el ascensor. Se repitió a sí misma que estaba prometido. Prometido con esa rubia de cuerpo perfecto, ropa a la última moda y movimientos sofisticados. La vibración de su teléfono la sacó de sus pensamientos.

—Maggie Evans. —La misma voz profunda en la que había estado pensando le contestó al otro lado del aparato.

—Hola Maggie, soy Alan. Disculpa que no haya contestado a tu llamada, estoy en el trabajo y suelo ignorar todas las llamadas para evitar interrupciones —Sonaba... ¿arrepentido? — No esperaba que me llamaras tan pronto —añadió.

—No te preocupes, no es urgente —dijo con un deje de nerviosismo. Se dijo a sí misma que no era por él, sino por las noticias que tenía que trasladarle—. Bueno, quizá sí es urgente. He estado en la casa esta mañana con el constructor, la ha revisado de arriba abajo y parece que las condiciones en las que está son bastante peores de lo que pensábamos.

—¿Peor?

—La casa tiene más de cien años y... —Dudó momentáneamente, por algún motivo no quería darle malas noticias, pero se obligó a seguir—. Hemos descubierto que no se ha hecho ni una sola reforma desde su construcción —concluyó.

La línea se quedó en silencio y Maggie lo oyó inspirar y expulsar el aire.

—Lo que me estás diciendo es que hay que tirar la casa entera abajo y renovar todo.

—Solo el interior —aclaró Maggie intentando quitarle hierro al asunto. Había visto la ilusión en los ojos de él cuando habían hablado sobre la casa en la reunión en la oficina—. Lo siento mucho, quizá podríamos hablar con los anteriores propietarios y reclamarles parte de los arreglos. O si no quieres ya la casa, presentar una demanda para que te devuelvan el dinero por haber sido una venta fraudulenta...

—No, de eso nada —la interrumpió él—. Esa casa es mía y la vamos a arreglar... si tú me ayudas —dijo dubitativo.

A Maggie le pareció notar algo más en la última frase. Por supuesto que lo ayudaría, si él todavía quería reformar y quedarse la casa, ella lo haría. Había firmado un contrato con su empresa. Pero había un tono de anhelo en la forma en que él lo había expresado.

—Por supuesto Alan, para eso estoy. Si quieres continuar, ahí estaré yo contigo.

—Estupendo, no podría hacerlo con nadie más — dijo dejando sin aliento, por un momento, a Maggie. No había ninguna duda sobre el énfasis que él había puesto en la palabra “nadie”—. El viernes estaré de vuelta en la ciudad, iré directamente a East Hampton y hablaremos. ¿Te viene bien que cenemos?

—Por... por supuesto —contestó ella con un leve tartamudeo.

—Estupendo. Tengo que dejarte ahora Maggie, me reclaman en el trabajo. Nos vemos el viernes, te enviaré un mensaje con el lugar y la hora —dijo con entusiasmo y añadió—: Cuida de mi casa estos días.

No le dio tiempo a decir “adiós”, él colgó y la dejó con la palabra en la boca y el corazón latiéndole muy deprisa.

Una cena. Con Alan. Algo en esa ecuación la ponía nerviosa. Intentó descartar su inquietud con la idea de que era una cena de negocios, iban a hablar de su casa, era trabajo. Pero él la trastocaba, y no era solo por su apariencia física, la cual por supuesto era asombrosa. Había algo en su forma de mirarla y de hablarle que hacía que ella se sintiera diferente. Y por supuesto, estaba el “incidente”, como había empezado a llamarlo, de la última vez que habían coincidido.

Puso rumbo al hotel dispuesta a acostarse temprano. Desde que llegó a ese pueblo no había conseguido dormir una noche entera, y desde luego no era porque la cama no fuera cómoda.

El resto de la semana Maggie la pasó de un lado a otro, visitando los pueblos cercanos e indagando mucho por la zona. Encontró una paisajista con muy buenas referencias en Montauk, un pueblo cerca de East Hampton. Se reunió dos veces con ella para tomar café y quedó encantada. Amanda Jackson resultó ser una estupenda profesional con muy buenas ideas, aunque un tanto tímida. Le facilitó una copia de los planos de la casa, así como de las dos áreas que Maggie tenía en mente restaurar: la entrada de la vivienda y el jardín posterior, del que salía un camino privado de madera que desembocaba en la playa. No se podía negar que la propiedad era un sueño, o lo sería una vez terminaran las obras.

Como Greg adelantó el primer día, al abrir el suelo de la planta baja descubrieron que la fontanería era un desastre y había que reemplazar todas las tuberías. Maggie decidió que, puesto que el viernes había quedado con Alan, no lo llamaría y esperaría para contarle las malas noticias en persona. Habían hablado un par de veces por teléfono para pequeñas cosas, pero prefería informarle de lo importante cuando lo viera.

El miércoles recibió un mensaje de Alan el cual le indicaba que llegaría el viernes a East Hampton a las cinco de la tarde y que podían quedar en la casa. Maggie suspiró aliviada, era una hora demasiado temprana para cenar y con un poco de suerte no tendría que hacerlo con él. Se le formaba un nudo en el estómago cada vez que pensaba en la cena y no estaba segura de cómo debía comportarse después de lo que había pasado la última vez que se habían visto.

—Mejor así. En la casa me sentiré más cómoda hablando de trabajo —se dijo en voz alta. Aunque incluso a ella misma le sonó falso. No creía que volviera a estar serena en presencia de Alan en lo que le quedara de vida.

∞

El viernes a las cinco Alan atravesó la verja de entrada a la propiedad, recorrió el corto sendero de piedras que rodeaba la glorieta de entrada a la casa y conforme se acercaba a ella vio como Maggie abrazaba a un hombre, el cual supuso que sería el constructor con el que parecía tener tanta confianza. En la reunión que habían tenido en la oficina y las dos veces que habían hablado por teléfono, ella no había dejado de mencionar a Greg como si fuera el Dios de la Construcción.

Se dio cuenta de que estaba apretando el volante con fuerza, y comprendió, con estupefacción, que estaba celoso. Paró el coche y reflexionó unos segundos mientras contemplaba como Maggie y el hombre hablaban. ¿Qué le estaba pasando? Había intentado entender su propio comportamiento de la última vez que se habían visto en esa misma casa, y no había conseguido llegar a ninguna conclusión.

Cuando ambos se volvieron hacia su coche, se bajó y fue hacia ellos.

—Hola Maggie, ¿cómo estás? —saludó al tiempo que miraba al hombre inquisitivamente.

—Hola Alan, estoy bien, gracias por preguntar —contestó Maggie y con una sonrisa se volvió hacia el otro hombre—. Te presento a Greg, nuestro constructor, del que te he hablado varias veces y que está haciendo maravillas en esta casa.

Alan frunció el ceño ante el halago que ella le había dedicado al otro hombre. Le estrechó la mano mientras lo evaluaba.

—Hola Alan, encantado de conocerte por fin. Maggie me ha hablado de ti y espero poder dejar tu casa tal y como quieres que sea —dijo un sonriente Greg.

—Gracias Greg. Maggie también me ha hablado bastante de ti. —No pudo evitar un deje

molesto en sus palabras y no le importó lo más mínimo que lo pudieran haber notado—. ¿Cómo van las obras?

—Bien Alan, vamos un poco despacio por alguna de las sorpresas que nos hemos encontrado —contestó y añadió sonriendo—: En realidad es Maggie la que hace que todo vaya como la seda, a pesar de los contratiempos. Es una maravilla trabajar con ella.

Alan volvió a sentir la misma punzada de antes en su interior. Greg miraba embelesado a Maggie y ella le devolvía la sonrisa de manera radiante.

Además estaba el asunto de los halagos, algo que parecía no dejar de hacer ninguno de los dos. Maggie solo hablaba alabanzas sobre Greg, y por lo que estaba comprobando en ese momento, él hacía lo mismo con ella. ¿Estarían saliendo? La idea apareció de repente en su cerebro y no le gustó. No podían estar saliendo, trabajaban juntos y él era mucho mayor que ella. Alan maldijo en su interior, incluso a él mismo sus propios pensamientos le parecieron infantiles.

Sentía la necesidad de que ella lo mirara de igual forma, era un pensamiento irracional. Tenía la certeza de que recibir una sonrisa de ella de ese tipo podía mejorar el día de cualquiera. Y él necesitaba que alguien iluminara sus días, sobre todo ese en particular. La última discusión con Penélope lo había dejado agotado y hastiado. Había tenido suficiente drama en su vida y no quería más. Había pasado todo el camino a los Hamptons pensando sobre ello.

—Veo que Martin tenía razón sobre tu puntualidad. Son justo las cinco. ¿Quieres ver los últimos avances en la casa? —Se sobresaltó al oír la dirigirse a él, se había perdido en sus pensamientos durante unos segundos.

—Sí, me encantaría. Necesito que me cuentes qué os habéis encontrado —contestó en tono seco mientras Greg continuaba sonriendo. Sonriéndole a ella, para ser más exactos.

Greg asintió mientras desviaba la mirada de Alan a Maggie y viceversa.

—En fin, yo ya he terminado aquí por hoy así que os dejo. Nos vemos el lunes Mags.

Maggie volvió a sonreírle y se despidió de él. Alan hizo lo mismo y se giró hacia ella.

—Si eres tan amable de acompañarme...

—Por supuesto, entremos —asintió ella.

—Las damas primero —dijo levantando una ceja con una sonrisa pícaro.

Maggie no pudo evitar que una pequeña sonrisa asomara a su rostro, y, aunque intentó retenerla mordiéndose el labio, Alan pudo verla y la sintió como un triunfo personal. Pequeño, pero triunfo, al fin y al cabo.

Greg se encaminó hacia su camioneta y ellos dos hacia la casa. Unos gritos llamaron su atención. Ambos se volvieron al mismo tiempo para ver como un hombre de mediana edad se tambaleaba a la entrada de la casa.

El individuo se aferró a la verja en un intento de ganar estabilidad. Alan comprendió inmediatamente que estaba borracho. Vio como Greg cerraba la puerta de su vehículo, y se dirigía hacia el hombre.

Lo vio hablar con este con las manos en los bolsillos, en una pose calmada que no engañó a Alan. El hombre gesticuló con más ímpetu, y en uno de esos movimientos empujó a Greg a un lado y se encaminó hacia ellos rápidamente, mientras intentaba no tropezar con los adoquines del camino de entrada.

Alan se puso delante de Maggie de manera instintiva. Greg, que se había quedado paralizado y un tanto sorprendido ante el empujón recibido por el hombre, se volvió para correr tras este, pero Alan le hizo un gesto de que lo dejara llegar a ellos.

Cuando el hombre estaba a pocos metros de Alan, este se fijó en su ropa. Llevaba un traje de buena calidad, la camisa sobresalía de los pantalones y la corbata le colgaba del cuello con el

nudo completamente deshecho. Era un poco más bajo que él, y una prominente barriga empujaba los botones de la camisa haciendo que esta se viera pequeña. Estaba casi calvo, y el poco pelo que le quedaba se amontonaba en desorden en su cabeza.

—Tú... Tú debes de ser el ladrón que me ha robado mi casa.

Alan pudo oler el alcohol en el hombre desde donde estaba. Sintió que Maggie se pegaba a él y se aferraba a su brazo con fuerza, aquello despertó su instinto protector.

—¿Y usted es...? —preguntó con tono amenazante.

—Yo soy al que tú has robado. —El hombre se tambaleó hacia la derecha—. Esta es mi casa. ¡MI CASA! —gritó mientras señalaba con el dedo la mansión.

Greg llegó en ese momento a la altura del hombre y se interpuso entre él y Alan.

—No hemos sido presentados. Soy Gregory Collins, constructor. —Le tendió la mano y el hombre se la quedó mirando sin hacer intento de estrechársela.

—Yo soy... el legítimo dueño de esta casa... —Las palabras le salían con dificultad, más un barboteo que otra cosa y hacían casi imposible entenderlo—. Edward Louis Graneville III.

—Señor Graneville... Reconozco su apellido, es el antiguo propietario de esta casa y a quien yo se la he comprado —dijo Alan mientras lo miraba fijamente.

—¡No me la has comprado! ¡Me la has robado! —Elevó el tono de voz una vez más—. Mi abogado me dijo... Me aseguró que se pagaría más por ella. Tú... —Se acercó a Alan y clavándole un dedo en el pecho siguió hablando—: Tú me la has robado por una miseria.

Alan apartó el dedo del hombre con un gesto rápido, la ira empezó a acumularse en su interior. Ese hombre había cometido un error poniéndole la mano encima, ¿quién se creía que era para venir a su casa a insultarlo? Dio dos pasos hacia el borracho que tenía delante, pero Greg se interpuso, una vez más, entre ambos.

—Señor Graneville, creo que el señor Lewis no tiene la culpa de que su abogado lo haya engañado. Sugiero que se vaya por donde ha venido, y que mañana, una vez haya pasado la borrachera, recapacite sobre su actuación. —La voz de Greg destilaba tranquilidad y consiguió que el hombre dejara de mirar a Alan para posar los ojos en él.

»Ahora permítame acompañarlo a la calle, llamaré un taxi para que lo recoja y pueda volver a su casa.

—¿A qué casa? ¡No tengo casa! ¡Él me la ha robado! —Aunque el hombre seguía gritando, su voz fue poco a poco convirtiéndose en un sollozo. Continuó lamentándose mientras Greg lo llevaba hasta la acera.

Alan vio como el constructor sacaba su móvil y hablaba, mientras sostenía al hombre por un brazo. Este tenía ahora un aspecto derrotado, los hombros hundidos y la cabeza agachada.

A los pocos minutos un taxi paró justo delante de ellos, Greg lo ayudó a subir y cuando el vehículo se hubo puesto en marcha, volvió andando hacia donde ellos se encontraban.

—Bueno, parece que no todo el mundo está conforme con el negocio que habéis hecho con esta propiedad —dijo Greg jocoso, ganándose una mirada de reproche de Maggie.

—No es mi culpa. Todo se ha llevado a cabo de manera legal. Cuando encontré esta casa a la venta, le dije a mi abogado que se encargara de la compra. Yo ni siquiera participé en las negociaciones —explicó Alan.

—Es el propietario anterior, Alan. Su nombre estaba en la información que Martin me pasó sobre la casa. Ha tenido que vender porque no tenía dinero. La verdad es que me da un poco de pena —dijo Maggie.

—Eso no le da derecho a venir a insultarme a mi propia casa. Porque esta es ahora mi casa —contestó él enfadado.

Greg no pudo evitar soltar una carcajada.

—Me parece estupendo que defiendas lo tuyo de esa manera, Alan —dijo con un brillo pícaro en los ojos—. Ahora, si no os importa, me voy a casa. Ya he hecho mi buena acción del día: evitar que Alan le rompiera la cara a un borracho.

Se despidió de ambos con un gesto de cabeza, montó en su camioneta y se marchó.

Maggie se volvió hacia él y dijo:

—Bueno, ahora que el susto ha pasado, ¿qué tal si entramos y te explico las novedades? —preguntó ella.

—Yo no estaba asustado, Maggie —dijo él con seriedad.

—Lo sé, pero yo sí lo estaba. Anda, entremos.

Ella se adelantó y abrió la puerta, Alan la siguió y los dos se internaron en la vivienda.

La casa era un auténtico desastre. Parecía que una guerra se estaba desarrollando en toda la planta baja. Había agujeros por todo el suelo y la mayoría de las paredes habían desaparecido. Delgados postes de madera, repartidos por toda la planta, aguantaban el techo haciendo que pareciera un laberinto y cables asomaban a través del aislante de las paredes que había quedado al descubierto al abrir las mismas.

—Vaya. —Fue lo único que atinó a decir Alan, mientras evaluaba lo que se mostraba ante sus ojos.

—Lo sé, impresiona un poco. Pero por lo menos puedes apreciar el espacio enorme que tiene esta planta y además se ve el jardín trasero —dijo Maggie alegremente.

—Veo que eres una optimista. Explícame qué ha pasado aquí y qué más tiene que pasar. —Alan se mesó el cabello, haciendo que instintivamente los ojos de ella se desviarán hasta ese movimiento. Ella siguió la mano y se preguntó si esos mechones negros como el azabache serían tan suaves al tacto como lo parecían a simple vista.

Alan alzó una ceja interrogativamente y Maggie se dio cuenta de que se había quedado embobada observándolo durante unos segundos. Desvió la vista por temor a que él notara su sonrojo.

—Desafortunadamente la fontanería tiene que ser cambiada en su totalidad —dijo señalando al suelo—. La electricidad, pues un poco más de lo mismo, los cables estaban en tan mal estado que Greg dice que ha sido un milagro que no haya habido un incendio. Además, el cuadro eléctrico principal, que está en el sótano, ha tenido que ser reemplazado íntegramente. —Miró con expectación a Alan esperando algún comentario al respecto.

Alan miraba de un lado a otro intentando comprender todo lo que ella le estaba explicando. Aquello no se parecía en nada a la casa que había visitado con el agente inmobiliario y que había decidido comprar ese mismo día.

—Vale —acertó a decir él.

—Alan, sé que es abrumador, pero créeme cuando te digo que va a quedar perfecta. Aunque ahora parezca un campo de batalla, Greg va a dejar la casa espectacular —explicó con una sonrisa—. Ven, te voy a explicar el resto.

Alan la siguió obedientemente, esquivando sacos de escombros, agujeros en el suelo y pilas de madera en muy mal estado que habían amontonado los albañiles. Lo guio hasta que atravesaron por lo que antes habían sido puertas venecianas, y salieron al jardín.

A simple vista para Alan, el jardín tenía el mismo aspecto que cuando había comprado la casa, y aquello lo reconfortó. Por lo menos había algo en ella que no necesitaba ninguna reforma ni cambio. Quizá poner una mesa con unas sillas para poder sentarse a disfrutar del sol y la brisa marina.

—Hay otro asunto que ha surgido cuando Greg inspeccionaba el exterior de la vivienda —dijo mirando de reojo a Alan. Sabía que él estaba intentando asimilar todo lo que le había contado, y podía ver su expresión de conmoción desde que habían entrado en la casa. Pero no tenía más remedio que contárselo todo puesto que iban a necesitar mucho más dinero que el presupuestado inicialmente—. El tejado necesita ser reparado, hay filtraciones por casi todas las esquinas de la casa.

Salieron al jardín, ambos se volvieron para mirar hacia el tejado. Estaban uno al lado del otro y aunque no se miraban, Alan pudo notar la incomodidad de ella. No sabía si era por su

cercanía después de lo que había pasado el último día que se habían visto o por las noticias sobre el tejado. Un pensamiento cruzó rápidamente su mente: esperaba que fuera por tenerlo tan cerca. Se reprendió a sí mismo por pensar de esa manera... y desearlo.

—Bueno, supongo que habrá que arreglarlo todo. No tiene sentido dejar un techo con goteras. ¿De cuánto estamos hablando?

—Pues... —titubeó, temiendo dar la cifra aproximada que Greg le había facilitado—. Unos veinte mil dólares por encima del presupuesto original.

Alan no se inmutó al oír la cifra y continuó mirando el tejado.

—De acuerdo, el lunes os transferiré el dinero necesario.

—¿En serio? ¿Así sin más? —Preguntó Maggie con desconcierto—. ¿No vas a intentar regatear o quejarte de la cantidad?

—¿Para qué? Quiero esta casa, y quiero que sea como siempre soñé que sería mi hogar —dijo con vehemencia.

—O-Ok... —contestó Maggie un tanto asombrada—. Llamaré a Greg y le diré que puede seguir adelante con los arreglos. Él se asegurará de que toda la instalación queda como nueva, es asombroso lo que puede llegar a hacer.

Alan se volvió lentamente hacia ella con un gesto contrariado. Otra vez el estupendo de Greg, pensó molesto.

—¿Hemos terminado ya aquí o hay algo más que tengas que contarme sobre la casa?

—Pues creo que no —respondió ella pensativa.

—Estupendo, entonces es hora de cenar —dijo él con una radiante sonrisa que hizo que Maggie retrocediera un par de pasos.

—Bueno Alan, no es necesario. Íbamos a hablar sobre la casa en la cena, y en fin... —dijo mirando alrededor—, ya lo hemos hecho, así que no quisiera quitarte más tiempo.

A Alan no le gustó la expresión de temor en el rostro de Maggie. ¿No quería cenar con él? Solo quería pasar tiempo con ella, desde que se habían conocido en aquel maldito ascensor había querido volver a estar a solas con ella.

—Vamos Maggie, cena conmigo. He venido hasta aquí para hablar contigo de la casa, ¿y ahora vas a dejar que coma solo?

Maggie lo miró a los ojos y él pudo comprobar, una vez más, cuan grandes y oscuros eran. No había visto nunca unos ojos tan negros y que transmitieran tanto. Percibió la duda, por algún motivo ella no quería estar a solas con él y aquello hizo que se le acelerara el corazón. Necesitaba que ella le hablara de la misma manera distendida que lo había hecho en el ascensor, sentía la imperiosa necesidad de conocerla mejor. No entendía de dónde nacía ese impulso, pero ahí estaba y sabía que tenía que seguirlo porque no dejaba de pensar en ella.

—Hagamos una cosa. ¿Qué te parece si pedimos comida china? —preguntó mirándola a los ojos—. ¿Te gusta la comida china?

—Sí, la verdad es que me encanta —admitió ella.

—Entonces no se hable más, he visto un restaurante chino a la entrada del pueblo. Seguro que tienen el menú en su web —explicó mientras sacaba su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿Vamos a comer aquí?

—Claro, ¿por qué no? Todo lo que necesitamos para comer nos lo traerá el repartidor.

Maggie asintió en silencio y Alan se sintió exultante. Le había costado, pero lo había conseguido. Se puso a buscar en internet el restaurante sin dejar de sonreír, no podía evitarlo ni quería.

Para cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, Maggie ya estaba cómodamente sentada en unas cajas que Alan había encontrado entre el material de construcción que había en la casa. Las había abierto, doblado y extendido para que ella pudiera sentarse con las piernas estiradas si así lo quería.

En realidad, lo que ella quería era no estar allí. Había intentado no cenar a solas con él, pero su insistencia había hecho que fuera imposible rechazarlo y su entusiasmo había sido contagioso. Verdaderamente quería compartir una cena con ella. ¿Cómo resistirse?

Eligió del menú que aparecía en la web y ya no tuvo que hacer nada más, Alan se encargó de todo. El repartidor había llegado, él le había pagado y ahora mismo lo tenía enfrente de ella colocando, en el espacio que había entre los dos, los pequeños envases de cartón donde venía la comida.

—Bueno, ya podemos empezar. ¿Qué quieres primero? —preguntó él mientras la miraba expectante. Maggie no pudo evitar soltar una carcajada—. ¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Nunca había visto a nadie tan entusiasmado con cenar comida china para llevar —dijo y volvió a soltar una carcajada. Miró a Alan y lo encontró observándola ensimismado con una sonrisa.

—Tienes una risa preciosa —dijo él y ella vio la sinceridad en sus ojos. Se puso nerviosa, desvió la mirada de él y comprobó las cajas de comida.

Empezaron a comer en silencio, Alan había pedido comida suficiente para seis personas. Cogió un rollito de primavera, y después probó los fideos fritos con pollo. De vez en cuando Maggie levantaba los ojos de su caja y confirmaba que él seguía mirándola mientras comía. Después de unos minutos picoteando de una y otra caja, decidió que ya había cumplido y podía irse.

—Bueno, creo que ya no puedo comer más. Muchas gracias por la invitación, estaba todo muy bueno. Tendré que ir a este restaurante chino y comer alguna otra vez —dijo mientras hacía amago de levantarse. Pero él la detuvo.

—No te vayas Maggie, hálame de ti. Me gustaría saber más cosas sobre ti. Disfruté con lo que me contaste en el ascensor.

Maggie se removió inquieta. Alan apartó las cajas de comida y se acercó lo bastante para que ella pudiera oler su perfume. Lo miró a los ojos y se perdió en un mar azul oscuro que ocultaba poco y pedía mucho. Había un interés genuino en saber más sobre ella. En ese instante supo que ese hombre era peligroso para ella y que nunca podría negarse a cualquier cosa que le pidiera.

—¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras contarme.

—No sé qué es lo que te gustaría saber... Tampoco es que sea tan interesante. Quiero decir que mi vida no es tan emocionante como seguro que lo es la tuya —dijo encogiéndose de hombros.

—Háblame de tu trabajo, ¿cómo llegaste a ser decoradora de interiores?

—¿En serio quieres que te cuente mi vida? —preguntó con incredulidad.

—Por supuesto. —Fue la tajante respuesta de él.

—Está bien. Fui a la universidad para ser arquitecto, es lo que siempre había deseado hacer. —Paró un momento y cogió aire—. En mi segundo año mi madre enfermó de cáncer y tuve

que dejar los estudios para cuidarla. —Evocó los recuerdos de aquellos dos años, cómo había sufrido su madre y cómo su cuerpo se había ido deteriorando con el paso de los meses. Casi no quedaba nada de la auténtica Mary cuando finalmente falleció. Su madre se había convertido en un cuerpo irreconocible a los ojos de ella.

—Lo siento Maggie, no era mi intención entristecerte con esos recuerdos —dijo Alan.

Maggie lo miró a los ojos y allí encontró ternura, y también dolor. Alan levantó la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, igual que había hecho la primera vez. Su pelo se rebelaba a mantenerse en la cola en lo que solía llevarlo recogido.

—No te preocupes, no lo sabías —dijo encogiéndose de hombros—. Fue muy duro, hace cinco años que murió y la sigo echando de menos.

—Te entiendo. Mi padre murió hace seis meses, y aunque en mi caso no lo echo de menos, veo lo que sufre mi madre y cómo intenta sobrellevarlo.

—¿No te llevabas bien con tu padre? —preguntó Maggie.

Alan volvió la mirada hacia el jardín, ella supuso que él también tenía un buen puñado de recuerdos de momentos pasados. Cuando la miró de nuevo Maggie vio un destello de rabia en sus ojos.

—Digamos simplemente que era un grandísimo hijo de la gran puta —sentenció él.

Maggie abrió los ojos sorprendida y no pudo evitar soltar una carcajada. Él la miró sin comprender y su gesto de confusión hizo que ella riera más.

—¿Qué pasa? —preguntó él desconcertado.

Ella no podía parar de reír, cada vez que parecía que se le estaba pasando el ataque de risa lo miraba, y volvía a ello. En algún momento Alan sonrió y terminó riendo con ella.

—Es solo que... —La risa volvió, interrumpiendo lo que iba a decir. Pero lo intentó de nuevo—. Es que no me esperaba que con lo formal y serio que siempre eres, hayas soltado semejante burrada así sin previo aviso. —Y continuó riéndose con ganas.

Después de unos minutos, y afortunadamente para ella, la risa fue remitiendo. Se secó las lágrimas con un pañuelo de papel, suspiró y cuando giró la cabeza hacia él lo vio observarla con una expresión muy distinta. Ya no sonreía, pero sus ojos desprendían un fulgor diferente.

—Maggie, tengo que hacerlo.

Y sin darle tiempo a pensar siquiera qué había querido decir, Alan se inclinó hacia ella y la besó. Maggie sintió una especie de descarga eléctrica cuando sus labios tocaron los de él, similar a la que había sentido en el ascensor aquella vez, y dejó de pensar. Él se acercó más hacia ella hasta que sus cuerpos quedaron a pocos centímetros. Los labios de él se volvieron más exigentes ejerciendo presión sobre los de ella y Maggie abrió los suyos para dejarle entrar sintiendo como la barba de él le rozaba la piel de la cara.

Las sensaciones se acumularon en sus labios, su bigote le hacía cosquillas, pero el fuego que surgía de ese contacto le recorrió todo el cuerpo y dejó de sentir nada más que a él. Alan la estaba besando como nunca la habían besado y no pudo evitar gemir cuando la abrazó por la espalda y la atrajo más hacia él. Maggie perdió el contacto con la realidad, solo existía ese beso y Alan. Se pegó más a él y le echó los brazos al cuello, sus manos se deslizaron por su cabellera y sus dedos se hundieron en ese pelo oscuro cuyos mechones resultaron ser suaves como la seda. Se deleitó acariciándolos y dejando que se deslizaran por sus dedos sintiendo la suavidad de los mismos.

Maggie no sabía el tiempo que llevaban besándose, pero sintió un vacío tremendo cuando Alan terminó el beso y se retiró un poco para mirarla.

—Llevaba queriendo besarte desde que me miraste a los ojos la primera vez en aquel

ascensor.

Ella no pudo más que asentir, todavía perdida en todas esas sensaciones que el beso había dejado en su cuerpo. Se dio cuenta de que seguía con los brazos alrededor de su cuello y los retiró rápidamente.

Alan movió sus brazos y cogió las manos de ella para volverlas a colocar alrededor de su cuello.

—Quiero tenerte cerca.

Volvió a besarla, esta vez más lentamente y Maggie sintió que se derretía. Acarició de nuevo el pelo de él, dejando que sus dedos aferraran ese pelo fuerte y sedoso. Las manos de Alan se deslizaron por su espalda, sintió en ese tacto la fuerza y el calor que emanaban de él, y se dejó tumbar sobre las cajas que habían dispuesto sobre el suelo antes, mientras él continuaba besándola.

Maggie había perdido la noción del tiempo y el espacio, sentía el cuerpo de él apretándose contra el suyo y la huella que ese contacto iba dejando a su paso por su cuerpo. Estaba perdida en esa necesidad apremiante que él había despertado. Alan dejó de besarla en los labios y bajó hacia su cuello depositando besos y caricias con su lengua. Fue en ese momento en el que los pensamientos coherentes volvieron a Maggie y fue consciente de lo que estaba haciendo. Deshizo el agarre que tenía en el pelo de él y lo empujó con las manos en el pecho.

—¡No!

—Pero... —La miró desconcertado. Estaba despeinado y Maggie no pudo evitar pensar que era el hombre más atractivo que había visto en su vida, incluso a pesar de esa espesa barba.

Lo empujó suavemente y él se retiró permitiendo que ella se incorporara, quedaron sentados el uno frente al otro, respirando ambos con dificultad, y durante unos breves segundos Maggie dudó. Quería que siguiera besándola, pero sentía que no era correcto.

—Será mejor que me vaya —dijo mientras se ponía en pie.

—No te vayas Maggie. —Había un tono de súplica en su voz.

—Esto no está bien Alan. —Se volvió buscando su bolso—. No es correcto. Estás prometido, esto nunca debería haber pasado.

Recordó que había dejado su bolso encima de varias cajas que había en la entrada, se dirigió hacia allí sin mirar hacia atrás, pero escuchó que Alan la seguía.

—Maggie, por favor, escúchame. Tenemos que hablar.

Ella se volvió y lo vio pasándose las manos por el pelo en un gesto de frustración.

—Alan, esto ha sido un error. Yo... Yo no sé por qué he dejado que sucediera.

—Esto no ha sido un error —dijo molesto.

Maggie lo miró un momento y negando con la cabeza cogió su bolso dispuesta a salir de allí ahora mismo.

—Maggie, espera. Tenemos que hablar de esto. —Su voz sonó desesperada y ella se dio la vuelta quedando frente a él—. Me alojo en The Cottage Inn, voy a pasar la noche aquí. ¿Por qué no quedamos mañana para desayunar y hablamos de esto?

—¿Estás en The Cottage Inn también? —preguntó anodada—. Es el mismo hotel en el que yo me alojo.

—Estupendo entonces, podemos vernos mañana y aclarar todo esto con una taza de café.

—Alan, no creo que sea una buena idea. Adiós.

Salió por la puerta principal sin añadir una palabra más, dejando a Alan allí de pie en medio de esa casa en obras, y sin saber qué iba a hacer con todo lo que acababa de ocurrir.

Habían pasado dos semanas. Dos semanas en las que Alan no la había llamado ni enviado siquiera un mensaje. Penélope estaba empezando a preocuparse.

Cuando el fin de semana siguiente a la discusión no había tenido noticias de Alan, había pensado que quizá él necesitaba unos días más. Pero estos se habían convertido en una semana, y después en dos. Ahora no tenía dudas de que algo estaba pasando y no le gustaba no saber qué era.

Así que había decidido averiguarlo. Había hablado con su suegra, o la que sería su suegra en poco tiempo, se dijo, y esta le había comentado que su hijo estaría en los Hamptons esta semana. Estaba segura de que habría ido a supervisar las obras en la casa, así que cogió el coche y decidió ir ella también. Necesitaba saber qué problema había tenido Alan para no contactar con ella en todo ese tiempo.

Gracias a Lorraine, la madre de Alan, averiguó en qué hotel se alojaba él, así que ese lunes decidió ir directamente allí. Al llegar le sorprendió un poco el lugar, puesto que había esperado que Alan hubiera escogido un alojamiento de categoría superior. The Cottage Inn tenía un aspecto coqueto y acogedor por fuera, como una casa típica más de la zona, pero no era a lo que ella estaba acostumbrada. Hablaría con Alan y lo convencería de trasladarse a un hotel más acorde a su estatus.

Aparcó su coche en una zona claramente delimitada para personas con discapacidad, pero no le preocupó. Ningún oficial de policía iba a multarla cuando vieran su coche. Conducía un BMW último modelo que dejaba boquiabiertos a todos con los que se cruzaba en su camino, y ella sabía que ese modelo imponía también a las fuerzas del orden. De ahí que nunca hubiera recibido una multa por ningún motivo.

Entró en el hotel y usando su encanto consiguió que la recepcionista le facilitara el número de habitación de Alan. Le dio las gracias y subió a la segunda planta, pero él no estaba allí. Se extrañó porque eran las nueve de la mañana, ¿dónde podría estar? Decidió probar en el comedor por si estaba desayunando, y si no era así, iría directamente a la casa. Quizá había madrugado para supervisar algo en la reforma de la vivienda.

Al entrar en el comedor se encontró con una visión que no acabó de convencerle.

Alan estaba junto a una pequeña mesa que exhibía un mantel blanco, hablando con esa diseñadora que Martin había asignado a la reforma de su casa. Ambos tenían sendos platos en las manos con comida, pero había algo en el porte de ella que le llamó la atención. Los observó un momento y se dio cuenta de que ella estaba incómoda y que Alan estaba demasiado cerca de la chica. Aquello no le gustó, ahí había algo que se le escapaba. Se acercó rápidamente a ellos.

—Alan, cariño, por fin te encuentro. —Y sin darle tiempo a responder lo besó con entusiasmo y se colgó de su brazo haciendo que el plato de él casi cayera al suelo.

—¿Penélope? ¿Qué haces aquí? —preguntó Alan desconcertado.

—¡Pues venir a verte, por supuesto! Y también a ver nuestra casa. Tengo muchísimas ganas de comprobar cómo van las obras.

—Esto... Va todo bien, aunque no hay gran cosa todavía —explicó él, mientras desplazaba la mirada de ella a la diseñadora.

Penélope se volvió hacia la otra chica, la miró de arriba abajo y se dijo a sí misma que no había nada de lo que preocuparse. La chica tenía el pelo castaño oscuro rizado y lo llevaba recogido en una coleta como la primera vez que la vio en la oficina de Martin. Era más baja de estatura que ella y su rostro no destacaba por nada en particular. Además, tenía sobrepeso, se dijo.

No se había fijado en su primer encuentro, pero ahora que la analizaba confirmó que no era competencia para ella. De todas formas, había algo extraño en la actitud de ambos y eso no le gustó.

—Lo siento, no recuerdo tu nombre. Me pasa con gente a la que no veo a menudo o que no se mueven en mi círculo. —Se la quedó mirando, esperando una respuesta.

—Margaret... Maggie, todo el mundo me llama Maggie —contestó la diseñadora.

—Bueno Maggie, ¿qué te parece si quedamos en la casa cuando hayas terminado de desayunar? —preguntó, y no dio tiempo a que le contestara—. Alan y yo vamos a desayunar en un restaurante que he visto al pasar, me apetece un brunch, algo más consistente. Nos vemos más tarde Margaret. —Sonriendo, le quitó el plato dejándolo en la mesa y tirando de él suavemente se lo llevó de allí.

∞

Cuando Maggie terminó de desayunar, subió a su habitación a por su bolso y después condujo hasta la casa. La visita de Penélope había sido una sorpresa inesperada, y se había sentido totalmente avergonzada porque había llegado justo en el momento en que Alan la había interceptado en el comedor del hotel para hablar sobre lo ocurrido el viernes. Había conseguido esquivarlo tanto el sábado como el domingo, pero sabía que seguía allí en East Hampton puesto que se lo había hecho saber en un mensaje.

Por fortuna, no había dado tiempo siquiera a que Maggie pudiera contestar porque la prometida de Alan había hecho una entrada triunfal y había interrumpido su conversación justo en el momento oportuno. Aunque no le caía bien la chica rubia, en ese momento le estaba muy agradecida. No se sentía preparada para hablar con Alan sobre lo ocurrido y mucho menos sobre el hecho de que se habían besado.

Llegó a la casa y comprobó con alivio que ellos todavía no habían llegado, así que se encaminó hacia dentro para avisar a Greg de que iban a tener visita. Le costó un poco localizar al constructor, pero finalmente lo encontró en la cocina. Habían retirado todos los muebles y la encimera, derribado dos muros y el espacio que quedaba a Maggie le parecía enorme.

—Greg, ¿puedes venir un momento?

Él asintió, se quitó los cascos que llevaba para el ruido y se acercó a ella.

—¿Todo bien? —preguntó. A Maggie le conmovió la preocupación que él siempre mostraba hacia ella.

—Sí, sí, todo bien. Solo quería avisarte que Alan y su prometida vendrán en un rato para ver cómo va el tema. Voy a aprovechar que ella está aquí para enseñarle las muestras que tengo de algunas cosas, como azulejos y estante de la chimenea.

—Ok, Mags. Sin problema, si me necesitas para alguna cuestión, me avisas.

—Gracias Greg. Te veo luego.

∞

Penélope llegó colgada del brazo de Alan desplegando su encanto con todos los trabajadores con los que se cruzó.

Maggie los precedía explicándoles un poco de cada zona de la casa para que tuvieran una idea de lo que se estaba haciendo y lo que faltaba todavía por hacer. La rubia soltaba exclamaciones aquí y allá, dejando que fuera él quien hiciera las preguntas. A Maggie le pareció

notar un cambio de actitud en ella, pero tampoco se detuvo mucho a pensar en ello. Estaba nerviosa, y no paraba de parlotear sobre las reformas. Era una forma de asegurarse de no caer en un incómodo silencio. Lo último que deseaba es que la prometida de Alan notara que algo había pasado entre ellos. Se sentía mortificada por haberse dejado llevar por sus sentimientos de aquella forma, pero se sentía atraída por Alan de una manera que no podía explicar.

Volvieron a la zona que sería el salón principal y Maggie decidió que era momento de enseñarles las muestras que había elegido para diversas partes de la casa y de esa forma hacer que la visita terminara.

—Ya que estáis aquí os voy a enseñar unas muestras para que me digáis qué os parecen — explicó.

—¿Unas muestras de qué? —preguntó con inocencia Penélope. Seguía colgada del brazo de Alan y a Maggie no le engañaba ese tono sumiso.

—Pues para empezar tengo aquí varias muestras de madera tratada para lo que va a ser la repisa de la chimenea. —Las sacó de una caja y se las mostró—. En mi opinión esta es la que mejor quedaría si vais a poner mármol blanco alrededor de la chimenea. Es madera de roble envejecido, pero sin llegar a ser demasiado oscura.

Alan la cogió entre las manos y la observó asintiendo, aunque no tuvo tiempo de hablar. Penélope le quitó de las manos la pieza de madera y se la devolvió a Maggie con una mueca de asco.

—Eso es demasiado vulgar y desentonaría muchísimo con el estilo que tenía pensado para el salón. La repisa tiene que ser de color negro, sería una combinación perfecta con el mármol blanco —aseguró tajantemente.

Ambos se la quedaron mirando.

—No me miréis así —les regañó—. Tenemos que pensar en el futuro. En este salón daremos fiestas y tendremos a gente muy importante. Es indispensable que el entorno sea el adecuado para recibir a ciertas personas.

Maggie se volvió perpleja hacia él y le preguntó:

—¿Y tú qué opinas, Alan?

—Por supuesto que está de acuerdo. Él sabe la importancia de dar una imagen acorde a nuestro estatus —contestó Penélope en su lugar.

Se produjo un silencio incómodo y Maggie decidió que había tenido suficiente Penélope por un día. No hizo ni el amago de enseñarles las muestras de azulejos ni las de tejidos que había traído para las cortinas.

—De acuerdo, hablaré con el proveedor del mármol de la chimenea y le pediré que me envíe por email fotos de lo que tenga disponible en negro. —Dicho esto, metió las muestras de los otros materiales en la caja de donde los había sacado y añadió—: Os seguiré informando de los avances que se vayan produciendo, muchas gracias por la visita.

Penélope asintió con la cabeza y dándole un leve empujón a Alan, salieron los dos de la casa.

∞

Una vez sola, Maggie dio rienda suelta a toda su frustración. La prometida de Alan la volvía loca y para colmo de todo, estaba el asunto del viernes. No solo había tenido que tratar con esa bruja rubia, sino que había intentado evitar por todos los medios cruzar la mirada con él.

Pero sin duda, en ese momento, el sentimiento que destacaba por encima de cualquier otro

era el de querer partir algo. O que le tocara la lotería para no tener que tratar más con esa chica insoportable.

—Ains, sí Alan, vamos a añadir una segunda chimenea en el comedor. Con mármol alrededor y una guirnalda de flores hawaianas encima de la repisa de la chimenea. También un par de cuernos, de elefante así grandes, más arriba en la pared como los que tiene que llevar de manera permanente tu pobre novio...

Fue en ese momento cuando el sonido de alguien aclarándose la garganta le llegó. Maggie se quedó petrificada y mentalmente se dijo a sí misma “que no sea él, por favor, que no sea él”, repitiéndolo como un mantra.

Despacio se giró, todavía con la esperanza de que fuera Greg, y confirmó que, efectivamente, era Alan el que tenía justo a un par de metros. Intentó hablar, pero no le salió la voz, el aire había abandonado completamente sus pulmones.

—He vuelto porque quería comentar contigo el color de la repisa de la chimenea, ya que no me convence mucho el negro.

Maggie seguía sosteniendo en las manos la muestra de madera para la repisa de la chimenea. Era de un tono de roble que había sido envejecido levemente y del cual Maggie se había enamorado desde el principio. Le daba un toque rústico a una chimenea que iba a llevar un mármol muy actual de un blanco prístino. Con una repisa de ese color se compensaría ese estilo tan moderno. Sabía que Alan perseguía tener una casa hogareña y una decoración tan moderna no era lo que él buscaba, le había quedado claro en la reunión que habían tenido, a pesar de que su prometida no le había dejado intervenir mucho en la conversación.

Pero Penélope, por supuesto, lo había descartado inmediatamente y no había dado a Maggie la oportunidad de explicarle todo eso.

—Sí, sí... claro, por supuesto. Esto... ¿qué tenías en mente? —consiguió por fin balbucear.

Le pareció percibir un amago de sonrisa en él, pero si así había sido, desapareció tan pronto empezó a asomar.

Maggie seguía sin moverse del sitio donde estaba porque sabía con total seguridad que él había escuchado lo que había dicho sobre su novia. Se sentía mortificada y avergonzada. Este trabajo le estaba dando más quebraderos de cabeza de lo que había esperado. Con estas divagaciones en la cabeza ni siquiera se dio cuenta de que él había vuelto a hablar.

—¿Cómo?

—Decía, que en realidad me gusta bastante la muestra que has traído.

Como ella seguía sin reaccionar, Alan añadió:

—La muestra de madera que tienes ahí. Es justo esa que estás sujetando con tu mano izquierda.

El tono jocosos de la última frase fue lo que por fin puso en funcionamiento el cerebro de Maggie. Decidió que era mejor dejar la autoflagelación para más tarde, cuando estuviera a solas en la habitación de su hotel con una botella de vino, y centrarse en la conversación que él estaba intentando tener con ella.

—La verdad es que en cuanto la vi, entre el resto de los colores, pensé que sería ideal para este salón. Creo que le daría ese aire un poco rústico que me dijiste que estabas buscando. Pero Penélope ha desechado la idea. ¿Qué opinas tú? —Repitió la pregunta que le había hecho cuando su prometida estaba delante y que no había podido contestar.

—Pues que vamos a poner la repisa justo de esa madera y color que tú has traído. Y yo hablaré con Penélope al respecto, así que, por favor, encárgate de que sea esa la que instalen.

—Por supuesto Alan —aseguró con una enorme sonrisa, estaba convencida de que con esa repisa el salón ganaría en elegancia mucho más que con ese horrible mármol que la Señorita Estirada quería usar.

Maggie pensó que la conversación había terminado ahí. Pero Alan no se movió, sino que se quedó mirándola fijamente. Empezó a sentirse incómoda pasados unos segundos y su sonrisa empezó a perder fuerza. Había de nuevo un brillo en sus ojos que le recordó al fuego que había sentido el día anterior al ser besada por él.

—¿Necesitas algo más? ¿Alguna otra cosa que quieras comentarme? —preguntó.

—Esto... —carraspeó y añadió—: No, creo que por el momento eso es todo Maggie. Tengo que irme, Penélope me está esperando en el coche.

Alan pareció recomponerse de aquello que fuera lo que lo había distraído y con un escueto “hasta luego”, salió del salón y a los pocos segundos, Maggie escuchó cerrarse la puerta principal.

Con un gran suspiro, soltó todo el aire que había retenido en su interior en el último minuto, y se sentó en el suelo junto a la caja que tenía las muestras de telas, azulejos y maderas. La renovación de esta casa iba a ser mucho más difícil de lo que en un principio había pensado. Pero mucho más.

Las obras en la casa iban a bastante buen ritmo y Maggie se alegraba por ello. Ese miércoles hacía dos semanas que habían empezado con la reforma, y como gracias a Greg habían conseguido identificar los problemas antes de empezar, todo estaba yendo como la seda. Estaba deseando terminar con ese proyecto, volver a Nueva York a su vida y olvidar todo lo relacionado con Alan.

Seguía confusa con lo que había ocurrido el viernes anterior. Que Alan la besara había sido inesperado, y tenía sentimientos encontrados al respecto. Por un lado, se avergonzaba de haber permitido que lo hiciera y sobre todo de haberse entregado al beso de aquella manera. Era como si su cuerpo hubiera actuado libremente sin obedecer a su cerebro. Al mismo tiempo, no podía negar que estar así con él la había hecho sentir muchas cosas y su corazón volvía a latir con rapidez cada vez que lo recordaba.

—¡Mierda! —exclamó enfadada. Había perdido, una vez más, la concentración en lo que estaba haciendo.

Greg le había instalado una mesa de manera temporal a la entrada de la casa, junto a los escalones de la puerta principal. Se la había fabricado con tres tablas, y le había dicho que podía trabajar ahí mientras su equipo estuviera dentro demoliendo paredes y quitando viejas tuberías e instalando el nuevo cableado eléctrico.

Pero la realidad era que no había conseguido adelantar nada de trabajo. Su mente volvía una y otra vez a Alan. El viernes lo había dejado allí plantado en la casa sin intención de volver a verlo en, por lo menos, una semana, pero el señor había decidido quedarse en East Hampton y más concretamente, en su mismo hotel. Lo había evitado el fin de semana, pero el lunes por la mañana había sido inevitable encontrarse con él. Había aparecido en el comedor del hotel dispuesto a hablar con ella. Se sentía aliviada de poder haber evitado esa conversación, aunque sabía que tendría lugar en algún momento. Alan no parecía ser de los que dejaban las cosas a medias.

Desesperada dejó en la mesa la hoja con la lista de proveedores que tenía en una mano, así como su teléfono móvil que sujetaba en la otra. Estaba claro que no iba a poder concentrarse lo suficiente para realizar las llamadas que tenía programadas. Guardó el móvil en su bolso, el cual tenía encima de la mesa también, y en ese momento vio que un coche atravesaba la puerta de entrada de la casa. Era un BMW descapotable de un rojo brillante que no había visto nunca.

El coche se detuvo y de él salió Penélope en todo su esplendor, con un conjunto blanco de pantalón y top, un bolso de Chanel, del cual Maggie imaginó que costaba más que lo que cobraba ella en todo un año, y unos tacones de una altura impresionante. Se quitó las gafas de sol y se dirigió hacia ella.

—¡Hola Margaret! Cuánto me alegro de verte, eres justo la persona que necesitaba —dijo con voz melosa.

—Es Maggie, llámame Maggie por favor —contestó ella.

—Sí, como prefieras —dijo descartando el asunto con un movimiento de la mano—. Vamos, quiero que me hagas un tour por la casa.

—Pero está todo en obras, han empezado a instalar el aislamiento de las paredes y tapanlo con las placas de yeso...

—No importa, quiero ver cómo avanza todo. Estoy tan ilusionada que no me apetece ni volver a Nueva York —dijo eufórica.

Maggie se encogió de hombros y caminó hacia la entrada. Sabía que no serviría de nada intentar convencer a Penélope de lo contrario.

Al entrar en la casa, una polvareda las recibió y la rubia se agarró a Maggie tosiendo.

—¡No se ve nada! —exclamó sorprendida.

—Es por las placas de yeso que te he comentado, las están cortando y eso levanta mucho polvo.

Cogió a Penélope del brazo y tiró de ella hacia la cocina. Por el camino, los zapatos de tacón de esta se enredaron en unos cables y Maggie tuvo que sostenerla para que no se cayera.

Llegaron a la cocina y Penélope seguía tosiendo, además le lagrimeaban los ojos.

—Será mejor que salgamos al jardín, necesitas aire fresco y un poco de agua —dijo Maggie. Cogió una botella de agua de una nevera pequeña que había allí y ambas salieron al jardín por la puerta de la cocina.

Se sentaron en las sillas de jardín que el dueño anterior había dejado junto con una mesa. Eran de hierro forjado y bastante antiguas, pero no se habían tirado porque los chicos de Greg se sentaban ahí cuando paraban para descansar o comer.

Penélope se sentó en el borde de la silla con cara de asco, después de sacudirle el polvo como si le estuviera dando una paliza. Bebió a pequeños sorbos de la botella que le dio Maggie y se secó los ojos con un pañuelo de tela que sacó de su carísimo bolso. Maggie no pudo evitar preguntarse qué clase de persona llevaba hoy en día un pañuelo de tela en su bolso. Todo el mundo usaba los pañuelos de papel, ¿o no?

—Vaya, ha sido toda una aventura. Nunca pensé que una reforma conllevara toda esa suciedad —comentó en voz baja.

—¿Nunca has arreglado ningún sitio donde hayas vivido? —preguntó Maggie extrañada.

—La verdad es que cuando teníamos que reformar algo en la casa familiar, nos mudábamos al Plaza el tiempo que duraran las obras —dijo encogiéndose de hombros—. Cuando me mudé a mi apartamento en el Upper East Side decidí que no iba a pasar por ninguna reforma más, así que le dije a mi agente inmobiliario que me encontrara el lugar ideal totalmente reformado y terminado. A mi madre le gusta cambiar la casa por lo menos dos veces al año, es agotador andar con las maletas para arriba y para abajo la mayor parte del año y en un hotel no se tienen las comodidades que tienes en tu propia casa —explicó convencida.

Maggie la miraba anonada. ¿En un hotel de cinco estrellas no se está cómodo? Desde que se habían conocido se había dado cuenta de que Penélope pertenecía a una clase social muy por encima de la suya, pero no se había imaginado hasta qué punto esta chica rubia, que en esos momentos se toqueteaba el pelo mirándose en un espejo de bolsillo, pudiera ser tan extremadamente rica.

—Bueno, ya que no puedes enseñarme la casa por dentro, aprovecharé para comentarte algo sobre la cocina: no quiero una isla en la cocina —dijo de manera rotunda.

—¿No quieres una isla? Pe-pero... es lo que se acordó en la reunión, y Alan insistió en ello. —Maggie no entendía aquello—. Es una de las piezas clave de la cocina.

—Las islas están sobrevaloradas, y además, demasiado vistas. Quiero una península, así a todo el mundo le llamará la atención porque no es algo común. Y el cambio es fácil de hacer, ponéis más muebles en forma de ele y listo.

Penélope se volvió hacia ella y Maggie notó un cambio en su expresión. Se había enderezado en su silla, cruzó las piernas y con el cuello estirado le dedicó una mirada a Maggie tan fría que hubiera congelado una sauna.

—Margaret, creo que quizá no hayas entendido cómo funciona esto, y como hoy tenemos tiempo y estamos a solas, voy a explicártelo. La única que toma decisiones sobre la decoración de la casa soy yo. Puede que hayas pensado que es Alan, pero te equivocas.

—¿Cómo? —Fue todo lo que ella atinó a decir.

—Sí, Alan ha comprado la casa y en teoría le pertenece, pero yo voy a ser su esposa y estos serán mis dominios. Todo tiene que ser como yo quiera.

—Pero yo pensé...

—No tienes que pensar nada Margaret, harás los cambios que yo te diga. Pondrás los colores que yo elija, y los muebles que yo escoja. La distribución del salón, las habitaciones... Para todo seré yo siempre quien tenga la última palabra —terminó con una sonrisa.

La Señorita Estirada se acababa de convertir en una Señora Víbora, pensó Maggie. Intentaba avasallarla con su actitud de superioridad, totalmente convencida de que ella tenía que obedecerle. Pero ella tenía un contrato firmado por Alan, el comprador de la casa. No podía simplemente saltárselo y hacer caso omiso a lo que pidiera o quisiera hacer en su casa.

—Entiendo lo que me estás diciendo, pero no puedo simplemente ignorar a Alan. Es él quien ha contratado a mi empresa, respondo ante él —le explicó, intentando usar un tono conciliador.

Penélope se levantó de repente obligando a Maggie a hacer lo mismo. Se acercó a ella, tenía un rictus serio y un tanto amenazante y con una mirada de odio le dijo:

—No, no lo entiendes. Alan es mío, y por lo tanto hará lo que yo quiera. No tienes nada que hablar con él, y tampoco es necesario que lo veas más. Yo me ocupo de él, es mi prometido y sé cómo manejarlo.

—Pero esto no tiene nada que ver con que sea tu prometido...

—Sí que tiene que ver —la interrumpió Penélope—. Al parecer crees que puedes ir detrás de algo que me pertenece. No intentes negarlo, me di cuenta el otro día en el hotel de cómo lo mirabas, pero da igual. Procura no volver a acercarte a él, ten presente que en cualquier momento puedo llamar a Martín y comentarle que el trabajo de su diseñadora deja mucho que desear. — Cogió su bolso y rodeando la casa por el camino lateral del jardín se dirigió hacia la entrada.

Maggie se dejó caer en la silla totalmente aturdida. Se sentía como si un huracán la hubiera zarandeado y la hubiera hecho dar mil vueltas sobre sí misma.

Esperó los minutos que creyó suficientes para que Penélope se hubiera montado en su coche y hubiera salido de la propiedad. Se levantó y con piernas temblorosas se dirigió a la mesa donde había estado trabajando en la entrada. Su bolso se hallaba en el suelo, supuso que se habría caído de la mesa por haberlo dejado en mala posición. Lo recogió y decidió volver al hotel andando para así intentar despejarse un poco por el camino. Se tumbaría un rato en la cama e intentaría poner en orden todo lo que acababa de pasar.

A la mañana siguiente Maggie se sentía cansada, física y emocionalmente. No había conseguido dormir y su cabeza no dejaba de dar vueltas al hecho de que Penélope la había amenazado con hacerle perder su trabajo y le había prohibido que se acercara a Alan o que incluso hablara con él.

Por un lado, se sentía furiosa de que esa chica rica malcriada le diera órdenes sobre con quién podía o no hablar. Pero una parte de sí misma se sentía culpable, porque de una cosa estaba segura: que miraba a Alan de forma diferente a como miraba al resto de personas. Al parecer, Penélope, en cuestión de segundos, se había percatado de ello.

No tenía ánimo para trabajar en la casa hoy, estar allí le recordaba a todo lo que había pasado. Fue andando, puesto que había dejado su coche allí el día anterior. Se asomó al interior, buscó a Greg y le dijo que hoy no iba estar por allí ya que había quedado con Amanda Jackson, la paisajista que había encontrado en Montauk. En realidad, no había concertado una cita con ella todavía, pero iría hasta allí e intentaría hablar con ella. Necesitaba alejarse de esa casa, del pueblo y de todo el que estaba involucrado en ello.

—¿Pasa algo Mags? —Greg fruncía el ceño.

—No, claro que no. Solo he venido a por mi coche y a avisarte que si necesitas algo me llames ya que no estaré por aquí —contestó ella intentando sonreír y esperando haberlo conseguido.

—Está bien. Pero si tienes algún problema no dejes de llamarme.

—Greg, es una paisajista. Una chica joven que al parecer tiene muy buenas referencias, solo voy a reunirme con ella. Ya lo he hecho dos veces y no me ha atacado.

—No te hagas la graciosa conmigo, Mags. Sabes a qué me refiero —dijo mientras la sujetaba por los hombros.

La mirada penetrante de Greg estuvo a punto de hacer que Maggie se desmoronara y dejara fluir las lágrimas que llevaba manteniendo a raya desde la tarde anterior. Pero no quería preocupar a su amigo.

—Todo va bien, no tienes que preocuparte tanto, Gregory —dijo pellizcándole la mejilla y poniendo su mejor voz de abuela. Aquello le arrancó una carcajada a él.

—No puedes engañarme, pero por ahora lo dejaré estar. Cuídate.

Se despidió de él, arrancó el coche y se puso en marcha en dirección a Montauk, esperando que Amanda pudiera recibirla y así aprovechar el viaje.



La escasa media hora que separaba East Hampton del pueblo donde vivía Amanda no le sirvió para mucho a Maggie. Cuando llegó a la casa de la paisajista estaba agotada de tanto darle vueltas en la cabeza y no tenía ganas de hacer nada, excepto quizá tumbarse en la cama y llorar.

Podía dar la vuelta y volver a su hotel, puesto que en realidad no tenía una cita con Amanda. No pasaría nada si no hablaba con ella, en realidad ni la esperaba. Pero decidió que ya que estaba allí intentaría aprovechar su día de alguna manera, y además tenía un proyecto que terminar a pesar de las circunstancias que estaban haciéndolo tan difícil para ella.

Se bajó del coche y observó la casa. Era pequeña, pintada de azul claro por fuera y con un

tejado azul oscuro. Tenía un pequeño jardín delantero donde unas preciosas flores de distintos colores crecían en perfecto orden. La valla del jardín que daba a la calle estaba pintada de blanco. Maggie pensó que eso sí que era un verdadero hogar y no lo que Penélope estaba intentando hacer en la casa de Alan.

Sin darse cuenta, sus pensamientos habían vuelto de nuevo al tándem Alan-Bruja. Sacudió la cabeza para alejar todo ello y se encaminó hacia la casa. Tocó el timbre y un minuto después una chica abrió la puerta lo que una cadena le permitía y a través del hueco Maggie pudo verle media cara.

—¿Maggie? —preguntó la chica de manera un poco brusca.

—Hola Amanda, sé que no te he llamado ni habías concertado una cita, pero tenía tu dirección y he pensado que podría pasarme y comprobar si estabas libre para que pudiéramos hablar —explicó esbozando su mejor sonrisa.

La chica frunció el ceño momentáneamente y entonces cambió a una expresión sonriente.

—¡Sí, claro! —afirmó. Cerró un poco la puerta para quitar el pestillo y la abrió de nuevo, esta vez completamente—. Por favor, pasa. Suelo ser cautelosa con los extraños porque vivo un poco apartada del pueblo y nunca se sabe. No tengo vecinos cerca en caso de alguna emergencia y no te había reconocido a primera vista.

Maggie observó con detenimiento a la chica que tenía delante. Las otras veces que se habían reunido había sido en una cafetería en Montauk y Maggie no se había fijado demasiado en el aspecto físico de la paisajista. Solo se había quedado con las buenas vibraciones que le había transmitido tanto a nivel personal como profesional.

Amanda era un poco más alta que ella, no llevaba nada de maquillaje y tenía un rostro que irradiaba juventud, aunque Maggie sospechaba que no era tan joven como aparentaba. Tenía la piel tostada por el sol, supuso que de trabajar muchas horas al aire libre en los jardines que arreglaba, y unos ojos almendrados de un color verde grisáceo poco común. El pelo negro liso le llegaba justo a la altura de los hombros. Llevaba un mono vaquero que resaltaba sus curvas y en conjunto su aspecto era el de una mujer sencilla y real, como ella misma se consideraba. Se sintió aliviada porque en su día a día casi todas las profesionales con las que trataba eran mujeres super delgadas, con mechas californianas y conjuntos de diseñadores de renombre, que bebían té de hierbas exóticas e iban al gimnasio. Ella no había pisado un gimnasio en su vida, prueba de ello era su trasero.

—Sí que es verdad que vives bastante aislada, ¿te gusta la soledad? —preguntó Maggie mientras entraba en la casa y miraba a su alrededor.

—Antes no me gustaba, pero... He cambiado con el tiempo y ahora lo prefiero así —explicó Amanda—. ¿Te apetece un café?

Maggie asintió y la observó mientras se dirigían hacia la cocina. Había algo más en la explicación de Amanda que solo el gusto por estar solo, lo había visto en sus ojos. Supuso que era algo personal y no iba a preguntarle sobre ello, nunca se había considerado una persona cotilla, pero tenía la sensación de que a Amanda no le gustaba en realidad estar sola.

La paisajista puso dos tazas de café en una pequeña mesa y la invitó a sentarse.

—Supongo que querrás ver mis trabajos anteriores. Tengo una carpeta donde guardo fotos de ellos, me gusta tener un recuerdo de cómo han quedado mis jardines y me sirve como portfolio de presentación. —Hizo amago de levantarse, pero Maggie le sujetó la mano suavemente.

—No es necesario Amanda, he visitado tu blog y he visto ahí el maravilloso trabajo que haces. Sin duda tienes un talento natural para tratar con las plantas y ver la belleza que pueden crear. Además por lo que hemos conversado las veces anteriores, sé que amas lo que haces. —Las

palabras de Maggie hicieron que la chica se sonrojara.

—Muchas gracias, eres muy amable. Me gustaría tener una página web, pero no soy tan buena con los ordenadores y un blog me pareció lo suficiente sencillo de crear y llevar —explicó.

—Lo entiendo, yo tampoco era buena con ellos, pero cuando empecé en esto de la decoración de interiores tuve que aprender. Es más fácil diseñar un espacio con un programa informático que teniéndolo que dibujar a mano en un papel. ¡Y el dibujo nunca fue mi fuerte! —exclamó riendo lo cual hizo que Amanda también riera.

»Te voy a enseñar los planos de la casa para que veas las zonas que quiero arreglar, restaurar, renovar... Llámalo como quieras, pero necesito que esa casa tenga un aspecto decente y cuanto antes sea, mejor —Soltó un suspiro y miró a Amanda.

—¿Una reforma complicada? —preguntó ella.

—Más bien unos clientes complicados. Sobre todo, la prometida del dueño —dijo con exasperación.

Apoyó los codos en la mesa y se sujetó la frente con la mano. No quería llorar, pero no pudo evitar que las lágrimas afloraran a sus ojos y empezaran a caer.

—Eh, no llores. ¿Qué es lo que pasa? —preguntó con suavidad Amanda. Le apartó las manos de la cara y las depositó en la mesa—. Debe ser un proyecto muy estresante, pero necesitas tomártelo de otra manera.

—Tú no lo entiendes Amanda, todo se ha complicado. Y-yo... —No pudo continuar porque empezó a llorar con más intensidad.

Amanda se levantó y se sentó a su lado, le rodeó los hombros con su brazo y la apoyó en su hombro, le acercó una de las servilletas de papel que había en la mesa y permanecieron así varios minutos. Cuando el llanto empezó a remitir, Maggie se separó de ella y se limpió los ojos.

—Lo siento mucho Amanda, no me conoces de nada y te has tenido que tragar toda mi llantera. Venía para acordar un trabajo contigo y he dado un espectáculo. —Se sentía mortificada. Levantó la mirada y lo que vio en los ojos de la otra chica la reconfortó. No había desdén ni incomodidad, sino más bien todo lo contrario. Había comprensión y calidez en sus ojos.

—Maggie, no te disculpes por favor. Somos personas y a veces... Bueno, a veces no podemos dejar los sentimientos a un lado —dijo encogiéndose de hombros—. En fin, estoy segura de que ahora te sientes mucho mejor. ¿Quieres contármelo? —preguntó con cautela.

Maggie no quería molestar a Amanda, ni que tuviera que aguantar sus penas. No le correspondía a ella tener que soportar a una chica llorosa. Era una mujer adulta y debería saber cómo hacer frente a una situación de este tipo. Pero la verdad, se dijo, es que no sabía qué hacer.

—Me siento atraída por Alan —soltó sin pararse a pensarlo mucho.

—Deduzco que Alan es... ¿el dueño de la casa?

—Sí, es un hombre impresionante. No solo físicamente, tiene un lado muy humano. A simple vista parece un actor de Hollywood, seguro de sí mismo y siempre manteniendo la compostura en todo tipo de situaciones —explicó Maggie. Ahora que había empezado a hablar de él, simplemente no podía parar—. Pero tiene debilidades como todos nosotros, y cuando se relaja es cercano y parece tan interesado en saber cosas sobre mí que me descoloca. Me pone nerviosa tenerlo cerca, y al mismo tiempo no puedo dejar de pensar en él.

Maggie paró para tomar aire. Sentía un alivio inmenso de poder por fin expresar en voz alta todo lo que sentía, lo que había guardado en su interior y que no había permitido dejar salir por temor a que todos esos sentimientos la desbordaran. Pero todo había empeorado con la aparición de Penélope el día anterior.

—Pero está prometido, ¿no? —preguntó Amanda un tanto confusa.

—Exacto. Ese es el problema. Y ayer la Señorita Estirada vino de improviso, supuestamente para ver los avances de la reforma, pero en realidad lo que hizo fue darme un repaso y dejarme claro que Alan es de ella. Incluso llegó a amenazarme con hablar con mi jefe, dando a entender que puedo perder mi trabajo. —Maggie había ido subiendo el tono de voz hasta llegar a estar prácticamente gritando. Su nerviosismo se había acrecentado al pensar en la posibilidad de que la despidieran.

—A ver, cálmate. ¿Quién es la Señorita Estirada? ¿Su prometida? —Al ver que Maggie asentía, continuó—: Eso no va a pasar, Maggie. Esa chica no puede tener tanto poder sobre tu jefe. Además, esa actitud es despreciable —dijo con desdén.

—Amanda, no sé qué hacer. Es él quien se acerca, me busca y me besa. Parece que está interesado en mí, pero en realidad no lo conozco. ¿Y si solo soy una conquista más para él? —Aquello la aterraba porque sentía algo por él y no quería ser un simple affaire. No quería que la usara y cuando se cansara, siguiera con su vida con Penélope como si ella ni siquiera hubiera existido.

—¿Os habéis besado? —El asombro de Amanda llamó la atención de Maggie.

—Eh... Bueno, sí, me invitó a comida china. Empezamos a hablar y... me besó —Maggie se ruborizó al pensar en el beso que habían compartido.

Ambas se quedaron en silencio un momento. Fue Amanda la que lo rompió.

—¿Sabes qué pienso? —Preguntó y continuó—: Deberías hablar con él. No puedes seguir evitándolo, estás renovando su casa. Tarde o temprano tendrás que dirigirte a él para algo en relación con la reforma y va a ser embarazoso para ti, así que yo veo creo que es mejor que afrontes la situación y lo aclares con él. Además, pienso que deberías contarle la visita que te ha hecho su prometida.

—Supongo que tienes razón, aunque no estoy segura de querer contarle lo de la Señorita Estirada. —Soltó un suspiro y miró a Amanda—. Muchas gracias por escucharme y permitir que me desahogue aquí en tu cocina. La cual es, por cierto, muy bonita —añadió mirando a su alrededor.

Amanda soltó una risita y la miró divertida.

—Creo que ya estás mejor. ¿Qué te parece si hablamos de lo que en realidad te ha traído aquí? Me muero por saber qué es lo que necesitas de mí —dijo guiñándole el ojo, lo cual hizo reír a Maggie.

Asintiendo Maggie cogió su carpeta y sacó los planos de la propiedad. Apartaron las tazas de café y dispusieron todos los papeles en la mesa, y empezó a explicarle a la paisajista lo que había pensado.



El tiempo pasó volando, y cuando Maggie abandonó la casa de Amanda eran las cinco de la tarde. Habían almorzado un delicioso estofado de ternera que esta había preparado en cuestión de media hora y Maggie lo había disfrutado porque además de estar riquísimo, el plato le recordaba al que hacía su madre cuando ella era niña.

Habían hablado sobre las ideas que la decoradora tenía sobre la entrada de la casa, así como del jardín trasero. Amanda había resultado ser una gran conocedora de las plantas autóctonas de la zona y había aportado sugerencias sobre lo que podría quedar mejor en cada sector del jardín. Maggie había quedado muy contenta, las zonas verdes iban a darle un toque mágico a la casa y se alegraba mucho de haber contactado con Amanda. No solo había conseguido

una paisajista de primera, sino que también había encontrado una amiga en ella y eso era algo que Maggie necesitaba en estos momentos.

Para Alan, firmar esos documentos significaba la libertad. Estampó su firma en la última hoja que tenía delante y se sintió feliz. Por fin iba a dejar ese trabajo y dedicarse a lo que verdaderamente le gustaba. Era, sin lugar a dudas, el mejor jueves de su vida.

El dinero nunca había sido el motivo principal para trabajar en el mundo de la moda. Ni los viajes ni el acceso a chicas y fiestas. Todo eso lo tenía ya a su alcance desde que había nacido. Pero ser modelo era algo que no había entrado en los planes de su padre. Era impensable que su primogénito no siguiera sus pasos y se dedicara al mundo de las inversiones. Pero Alan tenía otros planes diferentes y ser modelo, ya fuera en pasarela o para fotos, había sido la solución a sus problemas y el camino que le permitiría hacer lo que verdaderamente quería.

—Bueno Alan, siento mucho que hayas decidido dejarnos. Eres todavía joven y podíamos haber hecho campañas juntos por unos cuantos años —dijo con pesar Larry, el que era Director de Marketing de Ralph Lauren, marca con la que Alan había trabajado desde sus inicios en el mundo de la moda.

—Os estoy muy agradecido Larry, especialmente a ti, espero que lo sepas. Me diste una oportunidad cuando no tenía experiencia en este trabajo y bueno, ni en ningún otro —dijo riendo y haciendo que el otro hombre también riera con ganas.

—No tienes que agradecerme nada, nos has hecho ganar mucho dinero —dijo guiñándole un ojo.

Ambos hombres se levantaron y se dieron un sentido abrazo.

—Es la hora del almuerzo, ¿querrías comer con este viejo publicista una última vez? —pregunto Larry socarrón.

Alan no pudo negarse. Larry había sido un buen amigo desde el principio, así que cogió la carpeta con sus documentos y el que sería el último cheque que recibiría de esa empresa y salió de allí detrás de Larry, sin mirar hacia atrás ni una sola vez.



Varias horas después, Alan conducía en dirección a East Hampton en su Tesla, con la música a bajo volumen y una sonrisa en la cara. Había tenido un largo y divertido almuerzo con el que había sido su contacto más importante en el mundo de la moda, pero en esos momentos lo único en lo que podía pensar era en Maggie. Imaginársela hacía que inmediatamente se sintiera mejor y recordar su voz hacía que se le levantara el ánimo en más de un sentido.

Sabía que ella no iba a querer hablar con él, pero lo intentaría las veces que fuera necesario hasta que lo consiguiera. Necesitaba explicarle lo que sentía, y hablarle de su situación con Penélope.

Le había enviado un mensaje el día anterior a su prometida porque quería, de una vez por todas, terminar esa relación que desde hacía mucho tiempo no funcionaba, pero ella no le había devuelto el mensaje. Así que había decidido adelantar su viaje a los Hamptons al jueves porque se sentía inquieto. No podía esperar al viernes, quería ver a Maggie cuanto antes. El lunes localizaría a Penélope y hablaría con ella costara lo que costase.

Había parado, antes de salir, en su apartamento y había preparado una maleta para el fin de semana. Volvía a tener reservada una habitación en el mismo hotel de Maggie, quería tenerla cerca para que no se le escapara cuando intentara hablar con ella.

Llegó al hotel a las cinco de la tarde, se registró en la recepción y consiguió, con bastante facilidad, sonsacar a la recepcionista la habitación en la que se alojaba Maggie. Le pareció que la chica había compartido la información con bastante despreocupación, pero como le interesaba conseguir el número, no se paró a pensar más en ello.

Una vez hubo deshecho las maletas, comprobó el reloj y pensó que ella ya debería haber vuelto de la casa, pues los obreros terminaban su jornada justo a esa hora. Se dirigió hacia la habitación de ella y llamó, después de un minuto de espera volvió a llamar, pero nadie abrió. Se pasó, frustrado, la mano por el pelo. Quizá Maggie había parado a comer antes de volver al hotel, o estaba en la casa hablando con Greg.

El pensar que estuviera con Greg le provocó lo mismo que la primera vez que la había visto con él. Eran celos, ahora no tenía duda de ello. Había entre Maggie y el constructor una camaradería que trascendía lo estrictamente laboral y que a Alan no le gustaba. Quería ser el único que compartiera esa cercanía con ella, esa intimidad que solo daba el tiempo y el conocer bien a la otra persona. Nunca había tenido anhelos de este tipo en relación con ninguna mujer anteriormente, pero con Maggie habían aparecido desde su primer encuentro.

Salió del hotel sumido en estos pensamientos y casi chocó en el camino de entrada con la persona que los ocupaba en esos momentos.

—¡Maggie! —Una sonrisa se dibujó en su rostro inmediatamente.

—¿Alan? ¿Q-qué estás haciendo aquí? —preguntó ella con voz temblorosa.

—He venido a pasar el fin de semana... y a verte —añadió dubitativo. Esperaba que ella no fuera a salir corriendo de inmediato.

—¿A verme?

—Sí, Maggie. A verte. Necesito hablar contigo —dijo y añadió—: Por favor.

Quizá fuera el tono suplicante que le había dado a las dos últimas palabras, pero Maggie asintió con la cabeza y lo miró expectante. «Puede ser que ella también desee pasar tiempo conmigo», pensó animado.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —Maggie lo miró indecisa y Alan decidió probar con una estrategia diferente. —¿O un café mejor? Hay una cafetería estupenda cerca del paseo marítimo y sé que te gusta el buen café.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella sorprendida.

—Porque en el ascensor llevábamos vasos de la misma cafetería, y Coffee Corner es la que tiene el mejor café de Nueva York —dijo ufano.

Salieron a la calle y Alan se dirigió hacia su coche. Maggie se acercó lentamente admirando el vehículo.

—Nunca he montado en un Tesla —dijo emocionada.

—Siempre hay una primera vez para todo, venga sube. —Alan sonreía, no podía evitarlo. Le gustaba su coche y más todavía ser el primero que le diera la oportunidad a ella de viajar en uno de esa marca. Era una tontería, se dijo, pero no pudo evitar sentirse feliz de ser el responsable del entusiasmo que ella mostraba.

Condujo hacia el paseo marítimo, lo cual no les llevó más de diez minutos, pero disfrutó cada uno de ellos. Maggie lo miraba todo embelesada y le hizo muchas preguntas sobre todo tipo de cosas en relación con el coche. Su interés parecía auténtico y descubrió que era una persona curiosa a la que le gustaba preguntar y aprender.

Aparcó el vehículo y caminaron sin hablar hasta la cafetería.

—Sé que te gusta el buen café, pero no sé cómo lo tomas. Dime qué quieres, yo me encargo de pedir y tú de buscar una mesa con buenas vistas. —Le guiñó el ojo y Maggie soltó una risita.

—Con leche y azúcar, por favor.

Alan asintió y se dirigió al mostrador a pedir. Había un par de personas delante de él. Después de hacer el pedido, mientras esperaba sus cafés se volvió para ver dónde se había sentado Maggie y vio que había un chico, que estaba sentado en una mesa cercana, hablando con ella.

Era un chico joven, más joven que él, de cuerpo atlético y con atuendo hípster. Llevaba barba y bigote y una pequeña boina. Pero lo que más le llamó la atención es la forma en que miraba a Maggie. Le sonreía con demasiado entusiasmo y parecía deslumbrado. No es que le extrañara, Maggie tenía algo especial que atraía a la gente, pero no le gustaba ni un pelo lo cerca que estaba de ella. Demasiado para su gusto.

Le sirvieron los cafés en lo que a él le pareció una eternidad y se dirigió a la mesa dispuesto a deshacerse del chico.

—Aquí tienes, Maggie —dijo entregándole su vaso—. Hola, ¿qué tal? —saludó al chico con tono seco.

El chico lo miró, su expresión cambió un poco y Alan esperó que hubiera comprendido que en esa ecuación sobraba.

—Muchas gracias por el bolígrafo, Maggie. Y también por tus consejos sobre mi poesía. Espero que volvamos a coincidir por el pueblo. —Le dedicó una sonrilla a ella y volvió a su mesa sin mirar a Alan.

—¿Quién era ese? —preguntó él cuando el chico se encontraba ya sentado en su mesa.

—Oh, es Rick. Necesitaba un boli y precisamente yo siempre llevo alguno en mi bolso —explicó.

—¿Os conocíais de antes? —Alan intentó sonar despreocupado.

—No, en absoluto. Acabamos de conocernos.

—Es que se os veía muy cómodos hablando.

Maggie lo miró frunciendo el ceño y después de unos segundos soltó una carcajada.

—¿Qué es lo que encuentras tan divertido? —preguntó él irritado.

—¿Te ha molestado que estuviera hablando con él?

—Por supuesto que no —replicó. Miró a Maggie que estaba observándolo atentamente y añadió—: Bueno, quizá un poco. No me ha gustado cómo te miraba —dijo con un mohín un tanto infantil que no pudo evitar. Maggie rio de nuevo.

—Solo hablábamos, es un chico mucho más joven que yo y, además, no me va nada el estilo hípster. No me gustan demasiado las barbas y bigotes.

Alan la miró levantando una ceja y ella enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Quería decir que a ese chico no le queda bien. Hay otras personas a las que le sienta bien la barba —explicó atropelladamente sin volver la mirada hacia él.

La miró con un brillo de diversión en los ojos por encima del borde de su vaso. Acababa de reconocer que su barba no le importaba, pero mentalmente tomó nota de que no era algo que le atrajera en los hombres.

—¿De qué querías hablar? —soltó ella bruscamente.

Alan la observó, se había puesto nerviosa. Lo notaba porque intentaba no mirarlo a los ojos. Era hora de aclarar las cosas.

—Maggie, me gustas —afirmó de manera simple—. No dejo de pensar en ti y en el día que

nos besamos. No fue un error —recalcó con vehemencia y continuó—: Desde que te conocí solo pienso en estar contigo. Quiero saber más sobre ti. Pensé que había sido algo desencadenado por lo que nos pasó en el ascensor. Pero no es así. Quiero estar contigo —reiteró por segunda vez.

Maggie lo miraba con una expresión de asombro. Abrió la boca para hablar, pero al final no dijo nada. Alan quería saber qué pensaba ella. Le había devuelto el beso, estaba seguro de que sentía algo por él, pero necesitaba escucharlo de sus labios.

—Maggie, quiero conocerte, que hablemos, que salgamos... Dime algo, por favor.

—¿Y qué pasa con Penélope? —dijo ella.

Era un tema espinoso, Alan lo sabía. No había roto su relación ni su compromiso con ella, por lo menos de manera oficial, pero entre Penélope y él no quedaba nada. En realidad, no sabía si había habido alguna vez algo entre los dos.

—Voy a hablar con ella el lunes. Voy a cancelar el compromiso y romper con ella —contestó de manera tajante.

—Pero Alan, ¿estás seguro de ello? No nos conocemos, nos hemos visto solo unas pocas veces. No quiero ser la causa de vuestra ruptura. —Había miedo en su voz—. No sé apenas nada sobre ti, y sí, reconozco que me siento muy atraída por ti, pero creo que esta situación me sobrepasa. —Se llevó las manos a la cabeza abrumada.

—Lo sé, y lo entiendo. Pero no soy de los que mienten u ocultan cosas, me gusta ser claro y sincero. Quería que supieras lo que siento y lo que pienso hacer, necesito que me des una oportunidad. —Odió el tono suplicante en el que pronunció la última frase, pero el rostro de ella mostraba incertidumbre y no quería que ella lo rechazara por miedo a lo que pudiera pasar.

Maggie se levantó de la mesa y él la imitó.

—Alan, creo que hasta que no arregles tus asuntos con Penélope no deberíamos hablar más de este tema. —Y sin darle tiempo a decir nada más, lo volvió a dejar allí solo y salió de la cafetería.

Se pasó, frustrado, la mano por el pelo. Esa chica tenía la maldita costumbre de dejarlo siempre plantado en los momentos más importantes, aunque tenía que admitir que ella tenía razón. Tenía que terminar con Penélope si quería intentar empezar algo con ella. No podía simplemente ignorar a la que había sido hasta ese momento su prometida.

Se sentó de nuevo, cogió su café y empezó a darle vueltas a lo que iba a decirle a Penélope.

∞

Ninguno de los dos se fijó en la persona de pelo oscuro, que desde el paseo marítimo tomaba fotos como un turista más, y que en realidad los vigilaba a ellos dos.

El viernes amaneció soleado y con una ligera brisa fresca que llegaba del mar. El otoño había llegado hacía un par de semanas, la llegada de octubre había supuesto una bajada de temperaturas y Maggie no había traído ropa de más abrigo. Estaba acostumbrada a que el verano se alargara hasta mediados de octubre en Nueva York, y claramente en la costa no era así. Había abierto la ventana un poco de madrugada, ya que no conseguía conciliar el sueño. No podía sacarse de la cabeza ni la imagen de Alan ni lo que habían hablado la tarde anterior. Sentía muchas cosas por él, pero su compromiso con Penélope la echaba para atrás, además de la inseguridad que le provocaba que él pudiera cambiar de opinión y usarla. Al fin y al cabo, las diferencias entre su rubia prometida y ella eran bastante obvias.

Decidió que tendría que ir de compras, esperaba que hubiera un centro comercial en algún pueblo cercano puesto que la mayoría de las tiendas en East Hampton estaban fuera de su presupuesto y no pensaba utilizar la tarjeta de la empresa para comprarse ropa.

Se levantó y se preparó para bajar a desayunar. En ese momento recordó que él se hospedaba en su mismo hotel.

—Por favor, que no me lo encuentre en el restaurante —rogó en voz alta a nadie en particular.

Entró en el restaurante con mucha cautela, primero asomó la cabeza por la puerta de entrada a este. Había algunas mesas ocupadas, pero no demasiadas. Se empezaba a notar que era el fin de la temporada veraniega. Entró en la estancia andando despacio, miró hacia alrededor y respiró aliviada cuando no vio a Alan por allí. Agradeció que él hubiera decidido evitarla, necesitaba tiempo para procesarlo todo y él tenía que arreglar sus asuntos si verdaderamente tenía interés en ella.

Cuando terminó de desayunar, cogió su coche y salió hacia la casa. Las obras iban a bastante buena velocidad, pero si por ella fuera, los chicos de Greg estarían trabajando de noche también. Quería terminar con ese proyecto cuanto antes.

Llegó a la casa en cuestión de minutos y comprobó al aparcar en la entrada que el coche de Alan no estaba allí. Se le había cruzado la idea de que él hubiera podido ir hacia la casa, pero lo descartó al no ver su vehículo allí.

Entró llamando a gritos a Greg, como era habitual en ella. Era una broma que compartían ella y el constructor desde la primera reforma en la que habían trabajado juntos.

—¡Greg! ¡Greg! ¡Constructor de pacotilla! ¡Greg! ¡Dónde estás! —Siguió avanzando por la casa, sorteando cajas y tablones de madera. Saludó por el camino a los trabajadores con los que se cruzó. Algunos ya la conocían de antes y sonrieron al escucharla gritar de esa forma, ella les devolvió la sonrisa con un guiño.

Se le quedó el nombre de Greg atravesado en la garganta cuando llegó a la cocina y se encontró a este con Alan a su lado, ambos sosteniendo papeles en sus manos. Se quedó de piedra, con la boca abierta y sintiendo una enorme vergüenza.

—Me has encontrado. Voy a tener que ponerme un GPS para que no tengas que gritar tanto y así sepas exactamente dónde estoy —dijo el constructor con gesto divertido.

Maggie no pudo evitar soltar una carcajada. Greg siempre conseguía hacerla reír, y aunque seguía mortificada por haber gritado como una demente delante de Alan, su amigo había conseguido rebajar la tensión que sentía en todo el cuerpo al estar delante del dueño de la casa.

Fue entonces cuando se dio cuenta del cambio. Se acercó a ambos hombres, pero con los

ojos fijos en solo uno de ellos.

—Te has afeitado la barba —balbuceó completamente anodada.

—Sí, ya era hora de despejar mi cara de tanto pelo. Ahora, para bien o para mal, se me ve tal cual soy —dijo Alan con un encogimiento de hombros.

Maggie siguió acercándose a él sin apartar los ojos de su rostro. Si con la barba y el bigote le había parecido un hombre atractivo, ahora que tenía la cara despejada de todo vello facial, su aspecto era impresionante. Tenía una barbilla definida pero no prominente. Aunque su cara era más bien alargada, la mandíbula era ancha y los pómulos se marcaban lo justo para impregnar sus rasgos de un porte regio. La nariz tenía una forma que le recordaba a los clásicos griegos. El conjunto era de una belleza deslumbrante, donde sin duda resaltaban esos ojos del color de los zafiros.

Cuando estuvo delante de él, Maggie no pudo evitar alzar la mano y retirarle el flequillo de la frente. Se había cortado también el pelo y ahora este le caía lacio sobre ella.

—¿Te gusta? —preguntó él dudoso.

—Estás... perfecto —contestó ella.

Una tosecilla la sacó de su ensimismamiento y parpadeando varias veces recordó que Greg seguía allí, justo al lado de ellos. Su vergüenza inicial se multiplicó en ese momento y deseó que se la tragara la tierra.

—Alan y yo comentábamos el tema de la cocina, ya que es lo siguiente en lo que mis chicos van a trabajar —dijo pasando la mirada de uno a otro intentando no sonreír—. Maggie, siento decirte que los azulejos no han llegado.

—¿No han llegado todavía? —preguntó ella volviendo a la realidad.

—Te agradecería si pudieras hablar con la empresa que los suministra. Deberían haber llegado el martes. Una vez que terminemos con las placas de yeso aquí no podremos avanzar si no tenemos los azulejos. —Y añadió —: Por cierto, Alan ha decidido el color de los muebles de la cocina.

El aludido apartó la mirada de ella y la dirigió a Greg asintiendo.

—Sí, sí, los muebles de la cocina —repitió él en voz alta—. Pues he decidido hacer caso a tu recomendación de combinar muebles blancos y azules con una encimera clara. Creo que quedará muy bien.

—El azul es un color precioso para una cocina —dijo ella mientras se perdía de nuevo en las profundidades de los ojos de Alan, el cual la miraba con intensidad de nuevo.

—Bueno, pues si ya no tenéis nada más que comentar conmigo, preferiría que salierais de esta cocina para que mis chicos puedan ponerse manos a la obra. —Diciendo esto Greg pasó por en medio de los dos y llamó a dos de los trabajadores.

—Esto... voy a la entrada, a la mesa que tengo ahí, para hacer unas cuantas llamadas —explicó torpemente Maggie.

—Te acompaño. Será mejor que dejemos trabajar aquí dentro a los profesionales.

Los dos se dirigieron a la entrada de la casa en silencio y sin mirarse. Salieron por la puerta principal, la temperatura había subido un poco, pero Maggie pensó que no llegaría a alcanzar la que habían tenido los días anteriores. Se recordó a sí misma de nuevo que necesitaba ropa de más abrigo.

Al llegar a la altura de la mesa cogió varios papeles y sacó el móvil de su bolso.

—Maggie... —Ella no le dejó terminar la frase.

—Tengo que hacer unas llamadas, falta material y necesito confirmar los envíos de otros proveedores.

Intentó no mirarlo a la cara, estaba desconcertada con el cambio que había experimentado con el afeitado y se había dado cuenta de que su presencia la desconcentraba.

—De acuerdo, no quiero interrumpir tu trabajo. Pero volveré a la tarde. —Ella intentó protestar, pero él la detuvo—. Tienes que comer, y me gustaría que me acompañaras a cenar esta noche. Por favor.

Como era de esperar, en el momento en que ella lo miró a los ojos ya no pudo negarse a nada. Se añadía el hecho de que le pidiera algo por favor en ese tono casi susurrante que hacía que la piel se le erizara.

—Está bien, pero quedemos en el hotel para que pueda ir duchada y vestida de limpio.

—Por supuesto. Avísame cuando estés lista, mándame un mensaje o llámame.

Alan pareció hacer amago de acercarse más a ella, pero desistió en el último momento. Con un asentimiento de cabeza la dejó allí y atravesó andando la verja de entrada.

∞

Eran las seis de la tarde y Alan llevaba media hora esperando a Maggie en el salón del hotel. Al ser una casa antigua convertida en alojamiento, el establecimiento no tenía un vestíbulo propiamente dicho como los grandes hoteles, pero a Alan le gustaba lo acogedor que era y por eso lo había escogido para alojarse en cuanto había visto fotos del interior en internet. Algo así es lo que quería para su propia casa, líneas limpias y claras con un toque rústico que lo convirtiera en un hogar.

Alan empezaba a impacientarse. La verdad era que no habían acordado una hora concreta, pero había decidido bajar porque ya no aguantaba más en su habitación. No le había prestado demasiada atención a su atuendo. Se había puesto un polo celeste y había cambiado los pantalones por unos vaqueros. Llevaba también una chaqueta azul marino porque había refrescado bastante desde el último día que había estado en el pueblo.

Se acercó a la ventana con las manos en los bolsillos pensando si quizá Maggie le había dado plantón. «Ella me habría avisado si hubiera decidido no cenar conmigo. No es de las que huyen», se dijo intentando tranquilizarse.

En ese momento escuchó el sonido de unos tacones en la habitación. Se volvió hacia la entrada del salón y se quedó sin aliento.

Allí junto a la puerta se encontraba Maggie con una expresión tímida y un aspecto radiante. Alan no pudo evitar recorrerla de arriba abajo con la mirada. Llevaba un vestido blanco sin mangas con pequeños dibujos en color rojo, el escote era de pico y un volante lo recorría por el borde. La tela era fina, le caía hasta medio muslo y se pegaba levemente a sus curvas. Cuando los ojos de Alan llegaron a los zapatos de tiras negras de tacón supo que esa iba a ser una noche muy difícil para él.

Maggie era una chica exuberante, con un cuerpo generoso en curvas que, al parecer, se empeñaba en ocultar tras esos trajes de chaqueta que solía llevar para trabajar. Si él ya había sucumbido a su atractivo antes de verla vestida así, ahora no iba a poder despegar los ojos de ella en toda la noche. Se acercó lentamente, disfrutando de esa visión que se le presentaba.

—Estás preciosa Maggie. Me has dejado sin palabras —dijo sinceramente.

—G—gracias. Tú también estás muy elegante. —Se había sonrojado, pero mantenía los ojos fijos en los de él.

Se quedaron los dos callados, con la mirada de uno entrelazada en la del otro. Después de lo que pareció una eternidad, Alan le tendió su brazo el cual ella aceptó y salieron del hotel rumbo

a su esperada cena.

El Tesla de Adam se deslizaba por la carretera en dirección sur. Maggie estaba sorprendida con el vehículo, no emitía ruido alguno y la facilidad con la que lo conducía el hombre que llevaba a su lado era pasmosa. Era, sin duda, un coche fantástico, pero también apreciaba que a Alan le gustaba conducirlo y lo disfrutaba.

—¿Te apetece comida italiana? —inquirió él.

—Me encanta la comida italiana. ¿A dónde vamos?

—A cualquier sitio donde pueda distraerme y apartar los ojos de ti —soltó Alan dejándola boquiabierta—. Maggie, estás espectacular. Me cuesta concentrarme incluso al conducir y créeme que eso es difícil.

La brutal sinceridad de él la dejó pasmada. Se volvió hacia la ventana intentando concentrarse en el entorno y las casas que iban dejando atrás. No volvió a pronunciar palabra y Alan tampoco lo hizo.

Tardaron en llegar al restaurante unos veinte minutos. Cuando un valet salió a recibirlos y le abrió la puerta a Maggie, esta se alegró de haberse arreglado un poco ya que el restaurante tenía aspecto de ser un lugar distinguido. El vestido que llevaba era demasiado veraniego y sintió un pequeño escalofrío al salir del coche. Alan le entregó las llaves al chico que se había acercado, el cual se fue con una sonrisa de oreja a oreja seguramente por la oportunidad que se le brindaba de conducir ese coche.

Alan se acercó hacia ella, la miró a los ojos con intensidad y depositando su mano en la parte inferior de su espalda la instó a entrar en el establecimiento. Ella obedeció a su muda indicación sin pestañear.

El restaurante maravilló a Maggie con su decoración elegante pero sencilla, los murmullos sutiles de las conversaciones de los comensales y el lujo que despedía cada rincón, desde las lámparas hasta los manteles. El local transmitía buen gusto, las mesas de madera le daban calidez y un aire campestre. Incluso el suelo, según pudo observar ella con sus ojos de profesional, era de máxima calidad.

Alan dio su nombre al maître, y este los acompañó hasta un patio interior que había en la parte de atrás del restaurante. Los acomodaron en una mesa bajo una sombrilla que, aunque empezaba ya a oscurecer, continuaba abierta. Las luces que rodeaban el patio le daban al ambiente un aire romántico. No había estado nunca en un restaurante tan lujoso y se sentía un poco intimidada.

Un camarero se acercó a ellos y les preguntó qué les apetecía beber. Alan se adelantó y pidió una botella de Chardonnay expresando su deseo de que fuera de la zona.

—¿Hay viñedos en los Hamptons? —preguntó Maggie sorprendida.

—Sí. Además, son los únicos viñedos en Estados Unidos donde se cultiva uva europea que permite fabricar vinos que, normalmente, solo se encuentran en aquel continente —explicó él con una sonrisa.

—Pareces saber mucho sobre la zona.

—Cuando decidí comprarme una casa en Long Island investigué bastante, hasta que encontré lo que buscaba. En esa investigación aprendí mucho sobre esta región, incluyendo lo de los viñedos —explicó entusiasmado.

—Es una pena que sea un área tan cara. Debe ser un sueño vivir aquí. —Su voz tenía un halo de tristeza. Le encantaba el mar y le hubiera gustado poder vivir en la costa.

—Bueno, podrías mudarte. Estoy seguro de que en los Hamptons tendrías muchas oportunidades de trabajo.

Aquello hizo a Maggie reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó él con una leve sonrisa.

—Tu comentario sobre que podría mudarme a los Hamptons.

Alan fue a replicar, pero el sumiller llegó en ese momento y con varios aspavientos, claramente ensayados, procedió a abrir la botella de vino y dejar que se aireara unos segundos. Le sirvió un poco en una copa a Alan, el cual procedió a probarlo y saborearlo dándole el visto bueno.

—Eres todo un experto en vinos —exclamó Maggie sorprendida.

—Qué va —negó él riendo. Cogió su copa y la acercó al centro de la mesa —. Brindemos Maggie.

—¿Por qué quieres brindar?

—Porque estás aquí conmigo.

—Brindemos mejor por los dos. Porque los dos seamos felices —susurró un poco cohibida.

Alan la observó, asintió lentamente y entrecocaron sus copas, sin que él dejara de mirarla en ningún momento.

Llegó un camarero y cada uno eligió lo que quería comer. Hablaron un poco sobre la casa y sobre qué les parecía el pueblo hasta que les sirvieron el primer plato.

Maggie decidió preguntarle algo que quería saber desde hacía tiempo.

—¿A qué te dedicas exactamente Alan? —inquirió con interés.

—Pues hasta hace poco tenía unos contratos que debía cumplir, pero ahora han llegado a su fin y en estos momentos no me dedico a ninguna actividad concreta —contestó él evasivamente y volvió su interés hacia su plato.

—Alan, vas a tener que ser más explícito. Sigo sin saber qué es lo que hacías hasta hace poco —repuso ella con gesto inquisitorio mientras pinchaba un ravioli relleno de espinacas y ricota.

Lo vio titubear. Abrió la boca, pero no dijo nada y sus increíbles ojos azules se desviaron hacia las plantas que había cerca de su mesa.

—¿Estás evadiendo mi pregunta? —preguntó ella con incredulidad.

—No, Maggie. —Volvió la vista hacia ella, hizo una pausa para beber y continuó—: No quiero que cambie tu opinión sobre mí. He dedicado los últimos años de mi vida a una actividad que... Bueno, digamos que podría avergonzar a algunas personas —concluyó con una mueca contrita.

Por la mente de Maggie se cruzaron varias imágenes que la inquietaron. Su imaginación voló de manera desmedida y se imaginó al chico de cabello oscuro y profundos ojos azules como gigoló. Lo descartó inmediatamente porque no le gustó ni una pizca lo que aquello le hizo sentir.

—¿A qué te dedicabas?

—Yo era... Bueno... —titubeó y en su rostro se dibujó una expresión de cautela—. Yo trabajaba como modelo —confesó.

Maggie lo miró y comprobó que él rehuía su mirada avergonzado. Depositó lentamente su servilleta en la mesa, el camarero vino a recoger sus platos y a continuación otro distinto les sirvió el segundo. Miró con atención la grigliata que había pedido, una magnífica selección de marisco a la parrilla que tenía una pinta deliciosa.

En el momento en el que el camarero se marchó y alzó la cabeza, sus ojos se encontraron.

Maggie empezó a reír y ya no pudo parar.

Alan la miraba atónito. Maggie se reía con ganas, se agarraba las costillas con una mano mientras con la otra intentaba taparse la boca. Tenía una risa fresca y ruidosa, pero a él no le importaba que el restaurante entero estuviera mirándolos. No entendía de qué se reía exactamente, pero la visión de ella disfrutando de manera tan espontánea y destilando semejante felicidad era algo de lo que no quería privarse. Así que esperó pacientemente, bebiendo de su vino y comiendo su chuleta de cerdo con melocotón a la plancha y disfrutando de ambas, de la comida y de Maggie.

A los diez minutos o así, la risa de ella empezó a remitir. La vio secarse los ojos con la servilleta e inspirar varias veces. Miró alrededor un tanto avergonzada y después se volvió hacia él.

—Lo siento mucho Alan, no quería dar un espectáculo y mucho menos en un sitio tan elegante, pero... —Se mordió el labio en un intento de que la risa no escapara de nuevo, pero él se dio cuenta de que ella estaba haciendo un esfuerzo enorme para que así fuera.

—Sigo sin entender de qué te reías, pero me alegra haber sido la causa de ello. —Dio un sorbo a su copa y le guiñó un ojo.

—Alan, pensaba que habías sido gigoló o algo así. —Se encogió de hombros intentando no reír de nuevo.

—¿Un gigoló? —Casi se atragantó con el vino, tuvo que coger una servilleta para evitar que el líquido saliera disparado de su boca—. ¿Qué te ha hecho pensar que trabajaba como gigoló?

La sorpresa que sentía debía reflejarse en su cara, ¿qué le había llevado a ella a pensar que se dedicaba justamente a eso? Necesitaba una explicación, esa chica lo volvía loco en más de un sentido.

—Maggie, explícame eso, por favor.

—¡Me has dicho que tu profesión podría avergonzar a alguien! —exclamó ella con un ademán de manos.

Aquella respuesta lo sorprendió. ¿A ella no le importaba que hubiera trabajado de modelo? Esa profesión conllevaba que muchas veces tuviera que posar con poca ropa y en posiciones un tanto comprometidas con las otras modelos, según lo que el fotógrafo de turno buscara.

—Hubo gente que cuando se enteró de que había decidido dedicarme a eso se apartó de mi vida. Gente, incluso, de mi propia familia. —La última frase la dijo casi en un susurro.

—Tu padre —afirmó Maggie, entendiendo inmediatamente a lo que él se refería.

—Sí. Creo recordar que ya te dije que no era buena persona. —Apuró el vino que le quedaba en la copa y le hizo señas al camarero al que pidió un agua mineral.

—Tus palabras fueron otras, pero sí, entendí que era eso lo que querías decir.

Alan contempló a Maggie, la cual continuaba comiendo mientras hablaban. Era agradable ver a una mujer disfrutar de una cena sin comentar las calorías de cada bocado ni solicitar al camarero que no le incluyeran tal o cual ingrediente del plato elegido. Había estado demasiado tiempo rodeado de mujeres que vivían de su imagen y eso hacía que ahora le llamara la atención el que una de ellas comiera con apetito. O quizá era Maggie, en lo concerniente a ella todo le atraía.

—¿Quieres hablar de tu padre? —Su pregunta lo sacó de sus pensamientos.

—La verdad es que esta noche preferiría no hacerlo.

—Está bien —contestó ella encogiéndose de hombros mientras atacaba una vieira y se la

llevaba a la boca.

Siguieron comiendo en silencio hasta que llegaron a los postres.

Cuando le pusieron a Maggie el tiramisú que había pedido, su amplia sonrisa ante el dulce que tenía delante hizo que el corazón de Alan se saltara un par de latidos y una calidez lo inundara. La chica que tenía enfrente era de gustos sencillos que al parecer disfrutaba con un simple postre. Era tan distinta a las mujeres que había conocido hasta ahora, que no podía evitar sentirse fascinado por ella.

Agradeció al camarero el café que le habían servido y se dirigió a ella.

—¿Vas a comértelo o vas a quedarte mirándolo toda la noche?

Ella rio y cogiendo la cuchara de postre se metió un trozo en la boca. La expresión de deleite que se le dibujó en el rostro fue algo inesperado para Alan. Maggie cerró los ojos mientras saboreaba el pastel e incluso soltó un pequeño gemido de placer que fue directo a la entrepierna de él.

Alan maldijo para sí, depositó la taza de café que sostenía en la mano y que no había llegado a tocar sus labios, y se enderezó en la silla.

—Nunca había visto a nadie disfrutar tanto de un postre.

—Me vuelven loca los dulces, no puedo evitarlo. —Soltó una risita y siguió comiendo su tiramisú lentamente.

—Si te gusta tanto puedes pedir otro, no hace falta que te lo comas tan despacio. —Sonó un poco brusco, pero no pudo evitarlo.

Ver a Maggie comer el postre era lo más erótico que había presenciado en su vida. Cada bocado transformaba su semblante y dejaba de manifiesto el placer que aquello le provocaba. Volvió a removerse inquieto en la silla, el bulto de su entrepierna había crecido de manera considerable y no sabía cómo iba a poder levantarse de la silla cuando tuvieran que marcharse. Hizo señas a un camarero y le pidió un agua mineral con mucho hielo. Esperaba que el agua helada le ayudara a bajar la temperatura corporal que se le había disparado en cuestión de segundos. No pensaba tocar el café que había pedido.

Intentó no volver a mirar a Maggie hasta que esta terminó con su postre. En ese momento le sirvieron el agua y se bebió de una sola vez el vaso entero. Maggie soltó un suspiro mientras se limpiaba los labios con la servilleta y Alan no pudo evitar que la mente se le llenara de imágenes de ella en diferentes situaciones donde también suspiraría.

—Es, con diferencia, el mejor tiramisú que he comido en mi vida —manifestó ella.

—Sí, ya me he dado cuenta de que te ha gustado mucho —masculló él.

—¿Te encuentras bien, Alan? No tienes buen aspecto, estás sonrojado. Puedes que tengas fiebre, déjame que compruebe si...

Se levantó un poco de su silla y estiró la mano hacia Alan para tocar su frente, pero él se lo impidió agarrándole la muñeca.

—No es necesario, estoy bien. Si has terminado ya, pediré la cuenta y podremos irnos.

—Oh, vale. De acuerdo. Pero déjame que pague yo, tengo esta tarjeta de crédito que me dio Martin y que apenas he usado. Le encantará saber que invité a nuestro cliente a comer en un restaurante de esta categoría. —Sacó su cartera y miró dentro. La frustración se manifestó en su rostro y empezó a sacar todas las tarjetas que llevaba en ella, depositándolas en la mesa cada vez con más nerviosismo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alan.

—No encuentro la tarjeta.

—De todas formas, no iba a dejar que pagaras. —Le hizo un gesto al camarero pidiéndole

la cuenta mientras ella seguía rebuscando en su bolso.

Sacó otras cosas del bolso hasta que este quedó vacío. Era más bien pequeño así que no llevaba tantos objetos dentro.

—No lo entiendo... La llevo dentro de la cartera siempre, aunque haya cambiado de bolso, la tarjeta debería seguir en el mismo lugar —explicó contrariada.

—La habrás dejado en tu habitación del hotel, no te preocupes que aparecerá. Y de la cena me encargo yo.

El maître se acercó con la cuenta, interrogó a Alan sobre si habían disfrutado de la comida y si había estado todo a su gusto. Él le confirmó que todo había sido magnífico, mientras de reojo observaba cómo Maggie volvía a guardar todas sus cosas en el bolso. Una vez se aseguró que ella había terminado, despachó al maître con un “gracias por todo”.

Salieron del restaurante, la temperatura había caído bastante y Maggie se frotó los brazos en un intento de entrar en calor.

—Deberías haber traído una chaqueta —dijo Alan mientras se quitaba la suya y la depositaba sobre los hombros de ella.

—Gracias, pero vas a tener frío en manga corta...

—Créeme, lo último que tengo ahora mismo es frío. —La interrumpió él de manera cortante.

En esos momentos apareció el valet con el coche de él, le entregó las llaves a Alan y él le dio una generosa propina. Le abrió la puerta a Maggie y una vez estuvo instalada, fue hacia el otro lado y se montó en el coche. Arrancó y puso rumbo a East Hampton. Había planeado pasar más tiempo con Maggie, pero después de cómo había ido la cena dudaba de poder seguir comportándose de manera civilizada.

Hicieron el camino de vuelta en silencio. Alan concentrado en la conducción. «O por lo menos intentándolo», se dijo. De vez en cuando, echaba un vistazo a Maggie de reojo y la veía perdida en sus pensamientos mirando por la ventana del coche.

Llegaron al hotel, aparcó el coche y entraron en el establecimiento en silencio.

—Te acompaño a tu habitación.

Ella no contestó y cuando llegaron a la puerta de su habitación, antes de meter la llave, Maggie se volvió hacia él.

—¿Estás enfadado?

Alan se sorprendió al escuchar su pregunta y ver la preocupación en el rostro de ella. Soltó el aire y se pasó la mano por el pelo.

—No, Maggie. No estoy enfadado. Es solo que... —No terminó la frase porque en realidad no sabía cómo explicárselo.

—Casi no me has dirigido la palabra desde los postres. No sé si es que he dicho algo que te haya molestado. Si es así, lo siento Alan, no era mi intención.

La repentina tristeza que acompañó a sus palabras lo desarmó completamente. Sentía sinceramente haberlo molestado de alguna manera, cuando en realidad había sido él quien se había comportado de manera despreciable y todo porque no podía controlar sus impulsos cuando ella estaba cerca.

Se aproximó a ella lentamente, le acarició la mejilla y le colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—No has hecho nada Maggie. Tú has sido perfecta, como siempre eres. El cretino he sido yo, discúlpame. —Se acercó más a ella—. La verdad es que lo único que me pasa es que quiero tocarte, besarte y sentirte, y no parece que haya nada en este mundo que pueda evitar que me sienta atraído por ti de esta manera tan intensa. Lo único que he querido hacer desde que empezaste a

comerte ese tiramisú es esto.

La abrazó con fuerza, y atrayéndola hacia él la besó. Sintió el cuerpo de Maggie rígido, pero a los pocos segundos se relajó y se apoyó en él. Levantó los brazos y le acarició el cuello, dejando caer la llave de su habitación al suelo. Alan gimió ante el contacto de los dedos de ella en su piel y sintió cómo su erección crecía. Se pegó a ella más hasta que la tuvo contra la pared, sus cuerpos estaban tan cerca que él podía sentir los latidos del corazón de ella. Profundizó el beso, se volvió exigente y Maggie le dio todo lo que pidió y más. Sus lenguas se entrelazaron y enredaron haciendo que de la unión de sus bocas emanara un calor que le recorrió todo el cuerpo.

Deslizó las manos por la espalda de ella hasta llegar a su trasero. Lo acarició, le apretó las nalgas con sus manos y la empujó hacia su entrepierna. Maggie se agarró a su pelo y tiró de él. Alan se sentía embriagado con el sabor de ella, sus lenguas se acariciaban, se enredaban y exploraban mutuamente. Bajó una mano a la pierna de ella y empezó a subirla acariciándole el muslo por debajo del vestido. En ese momento el cuerpo de Maggie se tensó y él sintió inmediatamente el cambio, ella dejó de corresponder el beso y se separó.

Maggie parpadeó varias veces respirando con dificultad. La propia respiración de él era tan agitada como si hubiera estado corriendo.

—Oh, Dios mío... —susurró ella. Lo empujó con fuerza y aquello enfureció a Alan.

—No, Maggie. No me rechaces de nuevo. —Se pasó la mano por el pelo en un intento de calmarse—. No puedes negar que sientes algo por mí.

Ella se llevó las manos a la boca, se tocó los labios en un gesto de incredulidad y negó con la cabeza.

—Alan, yo...

Se separó de él y se agachó a recoger la llave de la habitación que estaba en el suelo. Se volvió hacia la puerta para abrirla, pero él la detuvo.

—Maggie, dime algo, por favor. —Odiaba que su voz sonara, una vez más, suplicante, pero necesitaba estar con ella. Necesitaba que ella le hablara y le dijera que sentía lo mismo.

Ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos con una expresión dolida en el rostro.

—Por supuesto que siento algo por ti. ¿Crees que voy besando o dejándome besar por cualquiera? —preguntó indignada—. No es que sea algo que me pase todos los días, claro está. Bueno, en realidad no me había pasado nunca, pero ese no es el tema —dijo sacudiendo la cabeza—. Aquí el problema es Penélope. ¿Has hablado con ella? ¿En qué situación se encuentra vuestra relación?

—No he hablado con ella todavía —admitió él—. No consigo localizarla, y sé que no es excusa, pero no puedo ni quiero alejarme de ti. Entre Penélope y yo no hay nada. En realidad, no creo que lo haya habido nunca.

—No juegues conmigo Alan. Buenas noches. —Se despidió entrando en su habitación.

Alan se quedó allí mirando la puerta. Sacó su móvil del bolsillo del pantalón y marcó el número de teléfono de Penélope. Volvió a saltarle el contestador y dejó un mensaje.

—Penélope, soy Alan. No puedes seguir evitándome eternamente. Necesito hablar contigo, llámame en cuanto oigas esto.

∞

En la acera frente al hotel, en un coche negro de segunda mano que había comprado en efectivo en un taller mecánico de Queens, una persona observaba atentamente el hotel y las habitaciones que tenían luces encendidas.

—Creo que es hora, Maggie, de que recibas lo que te mereces —dijo en voz alta.
Agarró el volante con fuerza y después de unos segundos, arrancó el coche y desapareció en la oscuridad de la noche.

La luz del sol que se colaba por la ventana despertó a Maggie de un sueño inquieto. Una noche más no había podido pegar ojo y empezaba a acumular cansancio de pasar tantos días sin dormir.

No sabía a qué hora se había dormido porque no había mirado la hora en su teléfono, pero sabía que había sido bien entrada la madrugada. Después de unos minutos intentando espabilarse se dio cuenta de la cantidad de luz que había en la habitación y pegó un salto en la cama. ¿Qué hora era? Comprobó en su móvil que eran las once de la mañana.

—Adiós a mi idea de ir de compras —Se lamentó tapándose la cara con la almohada.

En ese momento su teléfono sonó. Lo cogió y vio que quien llamaba era Alan. Estuvo tentada de no contestar, pero se dijo que su madre no había criado a una maleducada.

—Buenos días, Alan, ¿qué puedo hacer por ti hoy? —No pudo evitar el tono sarcástico que llevaban sus palabras.

—¿Maggie? ¿Te encuentras bien? —El tono preocupado de él le hizo sentirse mal por haber contestado al teléfono de esa manera.

—Sí, estoy bien.

—No has bajado a desayunar —Le recriminó.

—¿En serio, Alan? —Se pellizcó la nariz a la altura de los ojos. Ya no se sentía mal por su sarcasmo inicial—. No he dormido apenas nada, me duele la cabeza y estoy cansada. No estoy de humor para que me riñan como si fuera una niña pequeña.

Se hizo el silencio en la línea.

—Solo estaba preocupado por ti —dijo en voz baja—. Lo siento si he sido brusco. No era mi intención.

Maggie suspiró en silencio. Por más que quisiera no podía enfadarse con él, a pesar de que era el responsable de su insomnio nocturno y sus fantasías diurnas en las que se perdía continuamente desde que lo había conocido. Las mismas que hacía muy difícil que pudiera concentrarse en prácticamente nada.

—No pasa nada Alan.

—Necesitas comer —dijo él insistente—. ¿Qué tal si nos vemos en la sala principal del hotel en media hora? Podemos ir a tomar un brunch y después... Tengo una sorpresa para ti.

—¿Un-una sorpresa? —balbuceó ella.

—Sí, pero no puedo adelantarte nada. Te espero en media hora.

Colgó dejando a Maggie pasmada ante la seguridad en sí mismo que tenía ese chico. Estaba sorprendida por la determinación de él de pasar tiempo con ella. El problema era que ella quería estar con él también. Cada vez que pensaba en esos ojos azul marino el corazón se le aceleraba y recordaba los labios de él sobre los suyos, lo que le hacía sentir cuando la besaba era algo totalmente nuevo para ella. Había salido con hombres y tenido algunas citas. La habían besado en algunas de ellas y no era virgen. Pero jamás ninguna otra persona le había provocado esa descarga eléctrica simplemente con un beso. Era algo sobrenatural.

Pero no podía olvidar a Penélope. A pesar de que consideraba a la rubia una mujer egoísta, clasista y calculadora, era la prometida de Alan. Había un compromiso entre ellos que no había sido cancelado y eso la atormentaba. No quería ser la otra, la que provocara la ruptura en la pareja.

Resignada, se dirigió a la ducha con la certeza en mente de que iba a encontrarse con Alan y

que acudiría cada vez que la llamara. Daba igual la situación actual de su relación con Penélope, la atracción que él ejercía sobre Maggie hacía que ella no pudiera, ni quisiera, evitar estar cerca de él.

∞

Cuando llegó a la recepción, Alan salió a su encuentro. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta azul marino que hacía que sus ojos resaltaran más en su rostro. Algunos mechones del flequillo le caían sobre la frente y Maggie pensó que no había visto jamás un hombre más atractivo que él. En ese momento Alan le sonrió y ella sintió que se quedaba sin aliento y que su corazón se saltaba un par de latidos.

Alan se acercó a ella y la besó en una mejilla. El roce de sus labios en la piel hizo que un calor se extendiera desde allí hacia el resto de su cuerpo.

—Buenos días, Maggie. Estás preciosa esta mañana —dijo mientras la recorría con la mirada apreciativamente.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal.

Él soltó una risita y entonces frunció el ceño.

—¿No has cogido una chaqueta? —Le preguntó.

—La verdad es que no tengo ropa de abrigo —explicó—. Estoy acostumbrada a que en Nueva York el frío llega un poco más tarde y no tengo nada de manga larga. Llevo un par de días diciéndome que tengo que buscar un centro comercial para ir a comprarme algo, pero no he tenido tiempo ni de buscar en internet dónde hay uno. —Se encogió de hombros en un gesto resignado.

—Puedes usar mi chaqueta —ofreció él.

—Creo que estaré bien. Hace un día soleado y creo que la temperatura seguirá subiendo conforme avance el día. —Lo miró y no pudo evitar sonreírle.

Sus miradas se cruzaron y durante un momento ninguno de los dos habló, ambos perdidos en los ojos del otro. Alan carraspeó y dijo:

—Bueno, será mejor que nos vayamos. Es hora de alimentarte.

Fueron hasta el aparcamiento del hotel, donde Alan tenía su coche y pusieron rumbo al restaurante que él había elegido. Al pensar en la comida Maggie se dio cuenta de que estaba bastante hambrienta, y que solo iban a compartir un desayuno tardío. A plena luz del día. Con ese pensamiento intentó convencerse a sí misma de que no había nada malo en ello.

∞

Maggie estaba disfrutando su delicioso brunch con ganas. Había pedido uno de los sándwiches especiales de la casa que, además de huevos, llevaba otros ingredientes que hacían que una explosión de sabor inundara su boca cada vez que daba un bocado al mismo. Alan se había decantado por las tortitas, a las que había añadido una buena cantidad de sirope de arce y también parecía estar disfrutándolo.

—Gracias por traerme a este restaurante, esta comida es deliciosa. No creo que haya comido jamás un brunch tan estupendo como este —dijo con sinceridad.

—Estas tortitas están muy buenas también, así que ya somos dos los que estamos contentos de haber venido aquí.

Se habían sentado en el patio trasero del restaurante, una ligera brisa llegaba desde el mar y el ruido del tráfico de la calle no llegaba hasta allí. Maggie pensó que aquello era lo más parecido

al paraíso para ella, sobre todo si se tenía en cuenta al hombre que, sentado frente a ella, devoraba unas tortitas como si fuera la primera vez que las comía.

—¿No habías comido nunca tortitas para desayunar? —preguntó con curiosidad.

—Sí, pero hace muchos años de la última vez. —Habló con la boca llena lo que hizo que Maggie riera. Alan bebió de su café para ayudar a bajar la comida—. Ser modelo te obliga a privarte de ciertas cosas, sobre todo en lo concerniente a la comida.

—¿Por qué te hiciste modelo?

—Era la única profesión que encontré que pagara lo suficiente para poder ir a la universidad —explicó con sencillez.

—Lo entiendo, la universidad es muy cara. —Se quedó con el sándwich a medio camino de su boca con expresión pensativa—. Yo solo tenía una beca parcial y trabajaba en dos sitios diferentes para poder pagar el resto. Además, tuve que esperar dos años para empezar las clases, necesité reunir suficiente dinero para la matrícula inicial, por lo que trabajé esos dos años y al tercero pude empezar a estudiar. Pero cuando mi madre enfermó, tuve que dedicar el dinero de mis trabajos a sus consultas médicas. Si hubiera podido trabajar en algo como lo que hacías tú lo habría hecho sin dudar.

Miró a Alan, sus ojos parecían haberse oscurecido mientras la observaba atentamente.

—Eres la primera persona que entiende por qué tuve que aceptar ese tipo de trabajo.

—Alan, eras modelo no un asesino a sueldo. —Rio sacudiendo la cabeza. No alcanzaba a comprender por qué su entorno no había sido capaz de aceptar una profesión como esa.

—Lo sé, pero a los demás no les pareció un trabajo digno.

—Bueno, supongo que Penélope lo sabía y deduzco que no le importaba. —No pudo evitar soltar el comentario, porque aunque lo intentara, no podía quitarse de la cabeza que la chica rubia seguía siendo parte de la vida de él.

—Ella siempre pensó que era un entretenimiento para mí. Que lo hacía para molestar a mi padre —dijo con desdén.

Maggie no pudo evitar sentir regocijo ante el tono de voz de él. Sabía que no estaba bien, pero no podía evitar alegrarse de que, de alguna manera, ellos no se llevaran bien.

Siguieron comiendo en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Cuando terminó su café, Maggie se dio cuenta de que él seguía absorto en su mundo interior. Se preguntó qué sería lo que le rondaba por la cabeza. En ese momento él se volvió hacia ella y le sonrió. Aquella sonrisa hizo que algo dentro de Maggie se agitara. Era un hombre muy atractivo, de eso no había duda, pero en su interior también había sufrimiento y anhelo, y estas dos cosas hacían que ella quisiera saber más sobre él.

—Llegó el momento de la sorpresa —dijo mientras le dirigía una sonrisa pícaro que hizo que el corazón de Maggie se acelerara.

—Me gustan las sorpresas, pero no estoy segura de si esta me va a gustar...

—Estoy seguro de que te gustará. —Le hizo un gesto al camarero para que trajera la cuenta.

Cuando este la dejó encima de la mesa Maggie la alcanzó y la atrajo hacia ella.

—Esta vez sí voy a pagar yo, y no quiero escuchar nada al respecto.

—Bien, no diré nada... Aunque no esté de acuerdo con ello.

—Estupendo, quédate calladito mientras pago —dijo mientras sacaba su tarjeta de crédito de su cartera—. No he conseguido encontrar la tarjeta que me dio Martin, he buscado por toda la habitación del hotel y nada. No entiendo cómo he podido perderla —dijo con gesto contrariado.

—¿Has avisado a Martin?

—Todavía no, tengo la esperanza de que, por algún motivo que desconozco, esté en la casa.

Que se me haya caído allí y con tanto trasto por en medio no la haya visto.

El camarero se acercó con el datáfono, Maggie pasó la tarjeta y pagó. Se levantaron y salieron a la calle.

Justo cuando iban a cruzar la calle en dirección al coche de Alan que estaba aparcado en la acera contraria, Maggie paró de golpe.

—Por Dios, no le hemos dejado propina al camarero. —Resopló enfadada con ella misma y añadió: —Esto de pagar con tarjeta hace que siempre me olvide, es imperdonable.

Alan rio ante el enfado de Maggie consigo misma.

—No te preocupes, yo me encargo de la propina. Es justo ya que tú has pagado la cuenta. — Y con un guiño de ojos se dirigió hacia dentro del local.

Sacudiendo la cabeza molesta bajó de la acera en dirección al coche y en ese momento escuchó a alguien gritando su nombre. Se volvió hacia el restaurante y vio a Alan corriendo hacia ella con una expresión de pánico en la cara. Se giró hacia la carretera y vio con horror como un coche negro, que iba a demasiada velocidad, se encontraba a pocos metros de ella. Se quedó petrificada, un único pensamiento en su cabeza: «Voy a morir».

Un fuerte impacto la derribó, cayó en el asfalto y sintió un dolor agudo en el brazo derecho que le hizo gritar. Rodó varios metros y se dio cuenta que alguien la mantenía pegada a su cuerpo. Escuchó el chirrido de un vehículo acelerando y varias personas gritando.

Cuando su cuerpo finalmente se detuvo y la cabeza dejó de darle vueltas se encontró tumbada sobre el suelo con alguien encima. Cerró los ojos para que el mareo pasara y cuando los abrió comprobó que era Alan el que estaba encima de ella. Respiraba de manera acelerada, sus ojos mostraban miedo y tenía el pelo revuelto.

—¿Qu-qué ha pasado?

Alan la besó en los labios y apoyó su frente en la de ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él con voz temblorosa.

—Creo... Creo que sí. —Intentó moverse y sintió de nuevo el dolor en el brazo—. Me duele el brazo derecho y estoy mareada. ¿Qué ha pasado?

—Voy a levantarme pero tú no te muevas —Le ordenó. Levantó la mirada y preguntó—: ¿Alguien ha llamado a emergencias?

—Yo. La ambulancia está en camino y la policía también —dijo una voz masculina—. No creo que debas moverla, es mejor esperar a que lleguen y confirmen que no tiene ninguna lesión que no se aprecie a simple vista.

—Sí, por supuesto —convino Alan.

Maggie escuchaba esta conversación sin comprender nada. Se sentía dolorida y mareada, sabía que estaba tumbada en el suelo pero no entendía bien que había pasado. Había visto un coche dirigirse hacia ella a gran velocidad y después de eso todo habían sido golpes y vueltas. «¿La habían atropellado?», se preguntó.

Alan se había sentado al lado de ella, le sostenía una mano y con la que tenía libre le acariciaba el cabello mientras le repetía una y otra vez que no se preocupara, que la ambulancia llegaría enseguida y que todo iba a ir bien.

Después de unos minutos empezaron a oírse sirenas en la distancia, hasta que llegaron hasta donde ellos se encontraban. El personal sanitario apartó a Alan, el cual se retiró a regañadientes y protestando, lo que hizo que Maggie sonriera. Le alumbraron a los ojos con una linterna, le preguntaron su nombre y si sabía dónde estaba, a lo cual ella contestó. Decidieron ponerle un collarín como medida de prevención y sujetarle el brazo en un ángulo de noventa grados al cuerpo y se lo sujetaron al cuello. Aquello le dolió tanto que no pudo evitar soltar un pequeño grito.

—¿Qué están haciendo? —Oyó que Alan preguntaba con una mezcla de preocupación y enfado.

Una de las personas que la estaban atendiendo le aseguró que era necesario inmovilizar el brazo y no habían tenido más remedio que moverlo, pero que una vez que la tuvieran en la ambulancia le darían algo para el dolor.

Con destreza la subieron a la camilla y la metieron en la ambulancia. Alan subió también y el vehículo se puso en marcha. Le inyectaron algo y a los pocos segundos empezó a notar que le pesaban los ojos. Lo último que vio antes de que la oscuridad se abatiera sobre ella fue el semblante de Alan lleno de preocupación y su hermosa boca en una mueca de dolor.

Odiaba los hospitales. Todos los recuerdos que tenía de ellos eran de cuando su padre había enfermado y solo había ido por acompañar a su madre. Le daba igual lo que aquel desgraciado podía o no sufrir. Cuando su padre sufrió el primer ictus, su madre no le permitió ir al hospital, lo cual supuso un alivio para él.

Pero el alcohol le volvió a pasar factura a su padre, y años después sufrió un segundo ictus. Alan deseó en aquel momento que fuera el último, pero sus plegarias no fueron escuchadas. Fue todos los días al hospital para estar con su madre y en ninguna ocasión entró en la habitación donde se recuperaba su padre. No había nada que tuviera que hablar con él. Cuando volvió a casa del hospital, Alan ya había decidido mudarse. Se despidió solo de su madre y no le dirigió ni un “adiós” a su padre. Tantos años después, y seguía sin sentir ni una pizca de remordimiento por ello.

Volvió a parar a una enfermera que pasaba en ese momento por allí, le preguntó por Maggie pero ella le explicó que cuando el médico terminara de atenderla saldría para informar a los familiares.

Se pasó las manos por el pelo en un gesto de impotencia. Necesitaba saber que ella estaba bien, a simple vista allí tumbada en la calle no le había parecido que tuviera nada grave, pero joder, él no era médico. Habían pasado cinco horas desde que el personal de la ambulancia había traspasado las puertas de las consultas médicas de urgencias con ella y no había venido nadie todavía a informarle de su estado. Si no sabía nada de ella en breve temía que iba a perder los papeles y acabar gritándole a alguien.

En ese momento escuchó que alguien lo llamaba, se volvió y vio a Greg que se dirigía hacia él a paso rápido.

—¿Cómo está? —preguntó cuando llegó a su altura.

Por un momento la visión de Greg irritó a Alan. ¿Qué hacía el constructor allí? Pero entonces reparó en el gesto de preocupación que reflejaba su rostro y comprendió que su interés era genuino, la angustia que reflejaban sus ojos no dejaba lugar a dudas del aprecio que sentía por Maggie. Aquello no le gustó, pero entendió que tenía derecho a saber.

—A simple vista no parecía tener nada serio, pero yo no soy médico Greg. Se dio un golpe en la cabeza y se quejaba del brazo derecho. Están haciéndole pruebas y no hay nadie en este maldito hospital que pueda decirme nada sobre su estado. —Se dejó caer sobre la pared apoyando la espalda en ella mientras se frotaba los ojos con desesperación.

Sintió que Greg le apoyaba una mano en el hombro.

—No te preocupes Alan, Maggie es fuerte. Ahora vamos a por un café y mientras nos lo tomamos puedes contarme qué demonios ha pasado.

∞

Sacaron dos cafés de la máquina que había en la planta baja y volvieron a la sala de espera de urgencias. Greg miró a Alan asintiendo e instándole a que hablara.

—Fue todo muy rápido. Maggie pagó la cuenta pero se nos olvidó dejar propina, cuando íbamos a cruzar la calle para coger mi coche se acordó y yo volví para dejarle el dinero al camarero. —Se detuvo para coger aire y dar un sorbo a su café, el cual era horrible—. A mitad

del camino de entrada del restaurante escuché el derrape de un coche, me volví y vi a Maggie cruzando la calle mientras un coche negro bajaba a toda velocidad. La llamé, se volvió hacia mí y después hacia el coche pero se quedó quieta allí en medio, sin moverse.

—¿El coche no frenó al verla? —preguntó Greg confundido.

—No Greg, no frenó. Más bien pareció acelerar aún más. Corrí hacia ella. Estoy seguro que no he corrido tan rápido en toda mi vida. La empujé agarrándola con fuerza y los dos caímos al suelo.

—Dios mío, parece ser que si no lo hubieras hecho el coche la habría arrollado. —Un escalofrío recorrió a Greg e hizo que el café le temblara en la mano.

—Rodamos por el suelo y ella se llevó la peor parte. Yo solo tengo unos rasguños, creo. Me da igual, solo quiero saber que ella está bien. —Se levantó y tiró el vaso de café vacío en la papelera que tenía más cerca.

»Greg, el coche no paró. No se detuvo y no hizo ni el intento de frenar. Iba a por ella, quería atropellarla y es algo que no acabo de comprender. ¿Quién querría hacerle daño a Maggie?

Miró a Greg con la esperanza de que él arrojara algo de luz a su pregunta, pero el constructor tenía la misma expresión de confusión que él.

—No conozco a nadie que pudiera querer hacerle algo así. La conozco, Alan. Mags una chica encantadora, que intenta hacer su trabajo lo mejor posible. Se lleva bien con sus compañeros, no tiene muchos amigos pero sí un corazón enorme. No es el tipo de persona que le haría daño a nadie. Nunca la he visto discutir con nadie, ni siquiera llevarle la contraria al esnob que tiene por jefe.

Ambos se quedaron pensativos, cada uno intentado comprender la situación desde un punto de vista distinto. Alan procesaba lo que Greg acababa de contarle, todo coincidía con la imagen que él tenía de Maggie. Es justo lo que le transmitía cada vez que hablaban, cuando estaban juntos solo podía sentir lo bueno que había en ella.

Después de media hora esperando, de haberse levantado múltiples veces, haber acosado a toda enfermera con la que se cruzaba y haber paseado por el mismo pasillo incontables veces, apareció un médico que preguntó por los familiares de Maggie y Alan se abalanzó hacia él y le faltó poco para agarrarlo por las solapas de la bata por no haber informado antes sobre su estado. Greg lo detuvo agarrándolo por el brazo.

—Buenas tardes doctor, somos los familiares de Maggie Evans. ¿Cómo se encuentra ella? —inquirió Greg.

El doctor los miró a ambos, debió de notar el estado de ansiedad en el que Alan se encontraba porque empezó a hablar y se dirigió a Greg. Se identificó como el doctor Jonathan Matthews.

—Margaret se encuentra bien. Tiene un golpe en la parte posterior de la cabeza pero no es nada grave, le hemos hecho un escáner y ha salido limpio. Le dolerá la cabeza unos días, pero es lo normal en ese tipo de golpes. Deberá ponerse hielo en la zona inflamada —explicó el médico—. La lesión del brazo derecho tampoco reviste gravedad, la radiografía que le hemos practicado muestra que tiene una fractura limpia del radio. Se la hemos enyesado y le hemos suministrado un analgésico y un calmante ya que estaba un poco nerviosa.

Alan soltó un suspiro al escuchar la explicación del médico.

—Entonces, ¿cuándo podrá irse? —preguntó con preocupación—. Disculpe, soy el novio de Maggie y estoy muy preocupado por ella.

—No se preocupe, es comprensible —dijo el médico con benevolencia—. Aunque el golpe en la cabeza no muestra nada fuera de lo normal, en este tipo de contusiones preferimos que el

paciente pase la noche en el hospital para prevenir alguna posible complicación. Pero si todo va bien, mañana por la mañana le daremos el alta.

Ambos hombres asintieron. Greg le estrechó la mano al doctor dándole las gracias efusivamente, y este les informó que podían pasar a verla.

Se dirigieron hacia la habitación que les había indicado el médico, cuando una voz los detuvo.

—Disculpen, ¿son los familiares de Margaret Evans?

Greg y Alan se volvieron hacia la voz. Un hombre con uniforme de policía se acercó hasta ellos. Llevaba el pelo corto y era tan alto como Alan.

—Siento molestarlos, soy el Jefe de Policía de East Hampton, Brian Parker. —El hombre extendió la mano hacia ambos y estrechó primero la de Greg y después la de Alan. Los miró a ambos con expresión calculadora y se dirigió a este último.

—¿Es usted quien salvó a la señorita Evans del atropello? —preguntó mientras sacaba una libreta pequeña y un bolígrafo.

—Sí, fui yo. Soy Alan Lewis, su novio. Íbamos en dirección a mi coche cuando el otro vehículo apareció calle abajo a demasiada velocidad.

Alan sintió la mirada de Greg en él, seguramente por la afirmación que había hecho ante el jefe de policía de que era el novio de Maggie, pero aunque sabía que más tarde tendría que explicarse ante el constructor, en esos momentos le daba igual.

—¿Podría, por favor, relatarme los hechos? He recabado información de los testigos que se encontraban cerca, pero me gustaría escuchar su versión ya que se ha visto implicado directamente —explicó el policía.

—Os dejaré solos para que podáis hablar. Mientras tanto, voy a entrar y ver cómo se encuentra Maggie —dijo Greg y se encaminó hacia la habitación que el doctor Matthews les había indicado.

Alan estuvo a punto de protestar, él quería ver a Maggie. Necesitaba asegurarse de que lo que el médico les había contado era cierto y que ella estaba bien, pero el policía lo miraba pacientemente esperando que le relatara lo que había ocurrido. Resignado le señaló las sillas de la sala de espera a este y ambos tomaron asiento.

Le relató todo lo que había pasado desde que habían salido del restaurante y como en un primer momento ninguno de los dos se había percatado de que había coche alguno circulando por la calle.

—¿Consiguió ver la matrícula del vehículo? —inquirió el jefe de policía.

—No, todo fue muy rápido. Un segundo antes el coche no estaba, de repente escuché un derrape y me di la vuelta. Un coche negro estaba prácticamente encima de ella. Salí corriendo y la empujé fuera de la carretera —explicó Alan mientras se pasaba ambas manos por el pelo—. Si hubiera tardado diez segundos más en reaccionar...

—Bueno, no piense en eso puesto que llegó a tiempo. —La voz del policía consiguió tranquilizarlo—. La descripción que he conseguido del vehículo por parte de los pocos testigos coinciden con la suya: un sedán negro, sin adornos de ningún tipo y con los cristales tintados. Nadie ha sido capaz de identificar al conductor, ni siquiera si era hombre o mujer.

—Iba demasiado rápido. ¿Qué vehículo va a esa velocidad por una zona tan céntrica? —Alan se sentía confundido.

—¿Sabe usted si hay alguien que quisiera hacerle daño a la señorita Evans? —La mirada inquisitoria del policía lo sacó de su desconcierto.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere? —La confusión de Alan aumentó.

—Señor Lewis...

—Llámeme Alan, por favor.

—Está bien. Alan, por la información que tengo no parece que fuera un accidente fortuito.

El jefe de policía Parker hizo una pausa y Alan comprendió que este le estaba dando tiempo para que procesara lo que acaba de decir. La mente de Alan se quedó en blanco por unos segundos, entonces la imagen del vehículo la ocupó y entendió lo que el policía le decía.

—¿Quiere usted decir que han intentado atropellar a Maggie... a propósito? —Si antes Alan había estado confuso, ahora un sentimiento de incredulidad lo inundó—. ¿Pero quién querría hacerle daño?

—Por eso le pregunto, ¿sabe si hay alguien que quiera hacerle daño a Margaret?

Un silencio se hizo entre los dos. Alan cayó en la cuenta de que no hacía tanto que conocía a Maggie y que en realidad no sabía nada sobre su vida privada. No conocía a sus amigos y solo parte de su historia familiar. No sabía qué le gustaba hacer en su tiempo libre, ni cuáles eran sus sueños o sus preocupaciones. Se sintió desolado, una enorme melancolía lo invadió. Quería saber todas esas cosas sobre Maggie, hasta el último pedazo de información que ella quisiera compartir con él. Necesitaba conocerla a todos los niveles y ser parte de su vida. Y entonces la realidad de lo que sentía se abatió sobre él.

Estaba enamorado de Maggie.

Por unos segundos se sintió abrumado, pero entonces su corazón se aceleró y una inmensa felicidad lo recorrió de pies a cabeza. La quería. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Se dijo a sí mismo que había sido un imbécil pensando que simplemente le gustaba su compañía y que ese era el motivo por el que quería pasar tiempo con ella. La amaba, y ese descubrimiento le hizo sentirse vivo por primera vez en su vida.

Se volvió hacia el jefe de policía Parker, el cual esperaba pacientemente su respuesta. Quizá no sabía mucho sobre la vida o el pasado de ella, pero conocía a Maggie y de una cosa estaba seguro: era imposible que tuviera enemigos.

—Maggie y yo no hace tanto que nos conocemos —admitió—, pero es una excelente persona. No creo que haya nadie que quiera hacerle daño de esa manera. Estamos hablando de un intento de asesinato agente, Maggie no es de la que provoca esos sentimientos de odio tan extremo en los demás. Más bien lo contrario.

—Quizá no a propósito Alan, pero hay personas que se ofenden con bastante facilidad o que simplemente algo ocurre y las perturba hasta el límite de cometer alguna locura —explicó el policía de manera realista y añadió—: Cuando era policía en Nueva York tuve varios casos así. Personas aparentemente estables, con vidas corrientes que de repente perdían el control y cometían crímenes terribles.

Los dos se quedaron pensativos, considerando lo que el policía acababa de contar. Alan se resistía a aceptar que alguien se pudiera haber sentido herido por algo que Maggie hubiera dicho o hecho.

—Creo que debería hablar con Greg. Él conoce a Maggie desde hace más tiempo, llevan varios años trabajando juntos y quizá tengo información que yo desconozco —dijo y no pudo evitar sentir una punzada de celos ante el hecho de que seguramente el constructor sabía más sobre ella que él.

El jefe de policía asintió y se puso en pie.

—Si eres tan amable de avisarlo, por favor. Me gustaría hablar con él y no quiero entrar en la habitación. Necesitaré hablar con la señorita Evans por supuesto, pero puede esperar a mañana —explicó el jefe de policía.

—Muchas gracias, creo que Maggie ya ha tenido bastante por un día. Nos alojamos en The Cottage Inn, creo que mañana por la tarde ya le habrán dado el alta. Le dejo mi número de teléfono, llámeme. —Le dio su número el cual el policía anotó en su cuaderno.

Alan se asomó a la puerta de la habitación y le hizo señas a Greg. Este salió y se acercó hasta donde los otros dos hombres se encontraban.

—El jefe de policía Parker necesita información que yo no he podido facilitarle —dijo con una mueca de fastidio.

—¿Podría darme su nombre completo? Es para el informe —explicó el policía.

—Gregory Collins.

—De acuerdo, ¿estaba usted en el lugar del accidente?

—En realidad no, fue uno de mis chicos el que estaba por allí. Era su descanso para el almuerzo y estaba cerca del restaurante. Escuchó alboroto y se acercó. Cuando vio que se trataba de Maggie me llamó de inmediato para avisarme. Salí de la casa y vine aquí directamente —explicó Greg.

—¿De la casa?

—Sí, soy el constructor que está reformando la casa del señor Lewis.

Alan comprobó que no lo necesitaban, se excusó y los dejó hablando mientras él entraba en la habitación de Maggie.

Cuando llegó a la altura de la cama, ella tenía los ojos cerrados y estaba muy pálida, demasiado en opinión de Alan. Tenía el brazo derecho enyesado y le descansaba sobre el vientre. El camisón del hospital hacía que resaltara su pelo oscuro. Tenía unas profundas sombras bajos los ojos. Verla así hizo que a Alan se le encogiera el corazón. ¿Cómo había sido alguien capaz de querer hacerle daño? Sentía una rabia infinita hacia esa persona anónima que había puesto en peligro la vida de ella.

Acercó una silla a la cama y se sentó en ella. Con mucho cuidado le cogió la mano del brazo sano y Maggie abrió los ojos.

—Ya me he enterado de lo que ha pasado. —Hizo una pausa y después de unos segundos añadió—: Gracias Alan. Si no hubieras estado allí...

—Pero sí estaba allí, así que deja de pensar en eso. El médico dice que solo tienes un hueso roto y un leve golpe en la cabeza.

—Sí, eso me ha dicho. Al parecer tengo que pasar la noche aquí. —Maggie resopló ante esa perspectiva lo que hizo sonreír a Alan.

—No te preocupes porque yo voy a quedarme contigo.

—Oh, Alan. No es necesario...

Alan no la dejó terminar, se incorporó de la silla y acercando sus labios a los de ella la besó despacio. No había nada en este mundo que fuera a impedirle quedarse allí con ella.

El beso pareció funcionar. Maggie se llevó los dedos a sus labios y asintió varias veces.

—Bien. ¿Qué tal si intentas dormir un poco? —Le sugirió Alan mientras la arropaba con la sábana—. Yo estaré aquí a tu lado por si necesitas algo.

Teniendo en cuenta las circunstancias, Maggie no había dormido demasiado mal. Se había despertado un par de veces al moverse mientras dormía y el dolor del brazo la había despertado. Y las dos veces Alan se había levantado de su silla para ayudarla a colocar el brazo de manera que no le molestara. Dudaba que él hubiera dormido algo, y le estaría eternamente agradecida por haberse quedado con ella. Al pensarlo no podía evitar que lágrimas acudieran a sus ojos, ¿por qué era tan bueno y atento con ella?, se preguntaba. La atracción que inicialmente había sentido hacia él se estaba convirtiendo en algo más. Desde que se había despertado esa mañana no había podido quitarse de la cabeza la idea de que si Alan solo hubiera querido tener una aventura con ella no hubiera pasado la noche entera en una incómoda silla de hospital.

Había enviado a Alan a desayunar. Le había costado convencerlo de que necesitaba comer, pero al final lo había conseguido con un poco de chantaje emocional.

—Alan, te necesito al cien por cien. Tienes que comer. —Le había dicho y había funcionado. Un Alan poco convencido había accedido a comer algo en la cafetería del hospital.

Así que Maggie estaba en esos momentos sola, cavilando sobre las intenciones de Alan y sin llegar a ninguna conclusión que no fuera pensar que el interés que él sentía por ella era algo más que un revolcón de una noche.

—Vaya, veo que tu guardaespaldas te ha abandonado.

La voz del doctor Matthews la sacó de su ensimismamiento. Miró hacia la puerta y vio como el doctor entraba en la habitación con una sonrisa. Era un hombre apuesto y más joven de lo que había pensado el día anterior. Aunque no le sorprendía no haberse fijado antes, su llegada al hospital había sido un poco traumática, seguía en estado de shock por lo que había pasado y le dolía todo el cuerpo.

—Lo he tenido que enviar a reponer fuerzas. De lo contrario no me serviría como guardaespaldas —dijo con aire de suficiencia.

El médico soltó una carcajada.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó el médico.

—Bastante bien, supongo. Los medicamentos parecen mantener a raya el dolor del brazo y la jaqueca ha desaparecido.

—Estupendo Margaret. Ya que no ha habido ningún otro síntoma por el golpe en la cabeza, creo que podemos darte el alta. Pediré que te traigan algo para desayunar, y si todo va bien, a media mañana te daremos el alta.

—Gracias doctor —dijo Maggie agradecida—. ¿Cuánto tiempo tendré que llevar la escayola?

—Te daré cita para dentro de dos semanas. Es una fractura limpia, en ese tiempo debería estar ya soldada. Te haré una radiografía cuando vengas y si todo está bien, te dejaremos el brazo en cabestrillo pero sin la férula.

—¿Dos semanas? —Maggie soltó un suspiro desolado—. No sé cómo voy a poder trabajar durante ese tiempo. Soy diestra.

Se llevó la mano izquierda a la cara y presionándose los ojos con ella pensó que iba a tener que volver a Nueva York. A Martin no le iba a gustar aquello. ¿Quién iba a sustituirla? El verdadero motivo por el que su jefe le había encargado aquella reforma era porque los dos diseñadores sénior estaban ocupados. Louise estaba en Boston con el proyecto de una de las familias más importantes de aquella ciudad, de las consideradas aristocráticas y con un linaje que

se remontaba a los primeros inmigrantes que llegaron a América desde Inglaterra. No podía dejar ese trabajo para venir a los Hamptons. Por otro lado, Eric estaba de luna de miel. Se había casado hacía una semana con su novio canadiense y ambos estaban en el país de este visitando a su familia. No volvería hasta finales del mes siguiente. La empresa no tenía más diseñadores con la capacidad suficiente para encargarse de proyectos de esta envergadura.

Tendría que hacerlo ella. Debía seguir trabajando como pudiera. Quizá podría pedirle a Greg que la recogiera en el hotel todas las mañanas y la dejará allí por las tardes. No le gustaba depender de nadie, pero no tenía muchas más opciones y no creía que a Greg le fuera a importar hacerlo.

El doctor Matthews se despidió, y a los pocos minutos llegó una enfermera de mediana edad, que con una sonrisa deslumbrante depositó una bandeja en la mesa auxiliar que tenía al lado. La comida despedía un olor muy apetitoso que hizo que le rugiera el estómago. Se incorporó en la cama e intentó coger la bandeja para ponérsela en las piernas, pero cuando vio que era totalmente imposible para ella hacerlo con la mano izquierda, pulsó el botón de llamada para el personal sanitario.

En ese momento, Alan apareció por la puerta.

—¿Qué estás haciendo, Maggie? —preguntó con rostro preocupado.

—Solo intentaba coger la bandeja. He llamado a la enfermera, no puedo sola —dijo resignada.

—No necesitas a la enfermera, yo puedo ayudarte —contestó él un poco molesto.

La enfermera de antes llegó y preguntó qué necesitaban, pero Alan la despachó con diplomacia y le aseguró que se podían apañar los dos solos.

Maggie degustó su desayuno en silencio mientras observaba como Alan se encargaba de preparárselo. Le trocó la tortilla que le habían traído, le preparó los cereales y le añadió azúcar al zumo de naranja después de que ella asentiera ante la pregunta de él de si lo quería solo o edulcorado.

Cuando terminó de comer Alan le retiró la bandeja y salió de la habitación con ella. A los pocos segundos volvió la misma enfermera sonriente que le había traído la comida. Tenía una sonrisa contagiosa y Maggie no pudo evitar devolvérsela cuando ella le habló.

—Bueno, parece que ya nos abandonas Margaret. El doctor Matthews ha preparado la documentación de tu alta, así que voy a ayudarte a cambiarte de ropa y podrás marcharte a casa.

—Yo puedo ayudarla con eso —intervino Alan.

—Oh, señor Lewis, estoy seguro de que no sería la primera vez que ayuda a su novia en estos menesteres —dijo con un brillo pícaro en los ojos y continuó—: Pero es directriz del hospital que nos encarguemos el personal sanitario de preparar el paciente a su alta, porque en la mayoría de los casos no están completamente recuperados —explicó ella.

Maggie abrió la boca sorprendida. Pasó la mirada de Alan a la enfermera y viceversa. ¿Novia? ¿Se había perdido algo o es que el golpe en la cabeza le había provocado amnesia? Repasó las últimas semanas y llegó a la conclusión de que no había olvidado nada y que recordaba bastante bien todo lo ocurrido en ese tiempo.

—Está bien, me marchó. —Alan levantó las manos en señal de rendición y abandonó la habitación.

La enfermera cerró la puerta tras él y se volvió hacia ella.

—Tienes suerte de tener un chico así en tu vida. Hacía tiempo que no veía a un hombre tan preocupado por una mujer. Y además es muy guapo. —Le guiñó un ojo y se aproximó para ayudarla con el camisón.

Se desvistió y con la ayuda de la enfermera Allison (que era el nombre que indicaba la placa que llevaba prendida en su uniforme), se puso la ropa y esta le colocó el brazo enyesado en el cabestrillo que le había facilitado el hospital. Cuando terminaron, salieron las dos de la habitación y se acercaron al mostrador de información donde Alan esperaba. Este se acercó con paso decidido hacia ellas.

—¿Todo bien, Maggie? —preguntó mientras la recorría con la mirada.

—Sí, todo bien. Allison ha sido de gran ayuda. Solo me queda recoger la documentación del alta y podré marcharme.

—Estupendo, voy a pedir un taxi para que nos lleve de vuelta al hotel.

No tuvieron ocasión de despedirse del doctor Matthews porque, según les informó Allison, estaba atendiendo una urgencia que acaba de llegar. Así que salieron, se montaron en el taxi y se dirigieron al hotel.

Hicieron el trayecto en silencio. Cuando llegaron, Alan le pagó al taxista y acompañó a Maggie a su habitación, esquivando hábilmente a la recepcionista que se aproximó a ellos con un sinnúmero de preguntas para Maggie.

Al llegar a la puerta de su habitación, Maggie miró a Alan y le dio las gracias por todo. Necesitaba descansar, asimilar lo que había ocurrido y un poco de espacio.

—No tienes por qué dárme las gracias Maggie, estoy aquí para lo que necesites —dijo mientras le acomodaba un mechón de pelo tras la oreja—. ¿Necesitas ayuda con algo? Puedo pasar y echarte una mano con lo que necesites.

Maggie le puso una mano en el pecho y lo acalló con ese gesto.

—Alan, necesito tiempo a solas. Han sido muchas cosas y ahora mismo solo quiero descansar y desconectar.

Él asintió lentamente mientras observaba la mano de ella en su torso. Depositó la suya encima de esta y se acercó a Maggie.

—Lo entiendo. Si necesitas algo estaré en mi habitación. Ahora descansa. El jefe de policía necesita hablar contigo, quedamos en que pasaría esta tarde, pero si no te encuentras con ganas, se lo diré.

—No, está bien. Avísame cuando llegue, por favor.

Maggie dudó unos segundos, se aproximó a él y lo besó en la mejilla. Después de esto, entró en su habitación, se tumbó en la cama y a los pocos minutos se quedó dormida.

Un leve golpe en la puerta despertó a Maggie. Se giró para mirar la hora en su móvil y un pequeño calambre en el brazo derecho le hizo recordar que lo llevaba enyesado.

Se levantó lentamente de la cama y frotándose los ojos abrió la puerta. Alan estaba allí con el pelo aún húmedo, una camisa lisa blanca de manga larga y unos pantalones oscuros. ¿Cómo se las apañaba para estar siempre impresionante? Cualquier pieza de ropa solo hacía resaltar su atractivo.

—¿Cómo te encuentras, Maggie?

—Me he quedado dormida. No sé ni la hora que es...

—Son las siete, el jefe de policía Parker nos está esperando abajo. Le he dicho que no sabía si te encontrarías lo suficientemente bien para hablar con él.

—Sí, sí. Estoy bien. Solo necesito darme una ducha y ponerme ropa limpia.

—¿Necesitas ayuda con la ducha?

Maggie se sonrojó y no pudo evitar que imágenes de los dos en la ducha inundaran su cabeza. Negó de manera vehemente, no iba a desnudarse delante de él.

Alan la miró un instante y su semblante cambió a una expresión mucho más seria.

—Maggie, mi ofrecimiento no llevaba otra intención que la de ayudarte. Jamás me aprovecharía de ti y menos en una situación como esta —dijo de manera solemne.

—Lo sé, lo sé —contestó ella con rapidez—. Pero puedo hacerlo sola. Te agradecería si pudieras decirle al señor Parker que tardaré un poco.

—Por supuesto. Nos vemos abajo. Llámame si necesitas algo. —Inclinándose hacia ella, la besó en los labios. Fue un leve roce, pero suficiente para que ella se estremeciera. Cerró la puerta y se apoyó en ella. ¿Qué iba a hacer con Alan? Sacudiendo la cabeza se dirigió hacia el baño y se dijo así misma que en estos momentos tenía cosas más urgentes en las que pensar. Como ducharse sola con un brazo escayolado.

∞

Una hora después, Maggie salía del ascensor en dirección al salón principal del hotel. Al llegar se encontró que Alan estaba solo, sentado en uno de los sofás leyendo un periódico.

—Hola —saludó ella—. ¿Y el jefe de policía?

—Se ha tenido que ir, lo han llamado para una emergencia en la otra punta de la ciudad —dijo él mientras se levantaba y la examinaba con ojo crítico de arriba abajo.

—Vaya, siento haber tardado tanto... Pero es difícil abrocharse unos pantalones con un brazo en cabestrillo.

—Deberías haberme avisado, Maggie —la reprendió él.

Maggie no quería seguir hablando sobre aquello.

—¿Tengo que ir a la comisaría entonces?

—No es necesario. Brian me ha dicho que me llamará cuando vuelva a estar disponible, pero seguramente será mañana. Según me ha comentado, los domingos suelen ser tranquilos en East Hampton pero hoy parece ser la excepción.

—¿Brian? —preguntó Maggie sorprendida.

—He pasado una hora sentado con ese hombre, después de treinta minutos ambos hemos considerado más cómodo el tutearnos.

—Siento haber tardado tanto.

—No te disculpes. —Alan desechó con un gesto la importancia de su tardanza—. ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco —admitió mientras se llevaba la mano sana a la barriga.

—Pues venga, te llevo a cenar. ¿Alguna preferencia?

—En mi primer día aquí comí en un restaurante mejicano. La comida es fantástica, no me importaría repetir —dijo con entusiasmo y añadió—: Si a ti te apetece.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Y dicho esto, ambos salieron del hotel, se montaron en el coche de Alan y pusieron rumbo al restaurante.

∞

La cena fue estupenda, Maggie comió demasiado y no paró de reír todo el tiempo. Alan intentó practicar el español que había aprendido en sus viajes como modelo, y el personal del restaurante cayó rendido a su encanto, lo cual no la sorprendió en lo más mínimo.

Alan tenía un carisma que desprendía por cada poro, y al mismo tiempo poseía un carácter humilde que hacía que la gente lo considerara cercano. Había trabajado en las pasarelas de medio mundo y se había relacionado con millonarios, miembros de la aristocracia, políticos muy influyentes y gente de clases sociales muy superiores a la que Maggie pertenecía, pero a la hora de tratar con las personas Alan era uno más. Puso todo su empeño en aprender a decir correctamente el nombre de los platos que pidieron y eso hizo que se granjeara un aplauso cuando al final de la comida se los recitó a Juan, el camarero que los había atendido, uno tras otro sin cometer ningún error.

La dueña del restaurante se acercó cuando pidieron la cuenta, y junto a esta les puso dos chupitos de tequila en la mesa. Según dijo, cortesía de la casa puesto que no todas las noches podían disfrutar de su trabajo tanto como lo habían hecho aquella y todo gracias a ellos dos.

Maggie rehusó beber el suyo ya que según le explicó a la mujer, con la medicación para el brazo no podía tomar alcohol. Alan, ni corto ni perezoso, manifestó que no iba a desperdiciar semejante manjar, y se bebió los dos vasos de tequila uno tras otro. Ella lo miró anonadada y empezó a reír a carcajadas con incredulidad. La dueña del local le palmeó la espalda a Alan con efusividad y le dijo algo en español de lo que Maggie no entendió ni una sola palabra.

Alan pagó la cuenta dejando una generosa propina, y entre risas y palabras en español abandonaron el restaurante prometiendo volver. Una vez en la calle, Maggie se volvió hacia él.

—No quiero ser aguafiestas, pero te has bebido dos Coronas con la comida y después te has bebido dos tequilas casi de un trago. —Lo miró atentamente esperando que él dijera algo, pero Alan solo se pasó una mano por el pelo—. ¿Crees que estás en condiciones para conducir?

—Esto...

Maggie levantó una ceja y lo miró con escepticismo.

—No me mientas, Alan.

—Está bien, no te enfades —dijo acercándose a ella, le posó las manos en los brazos y se los acarició lentamente—. Puedo conducir, aunque reconozco que no estoy en plenas facultades. Diría que estoy a un ochenta por ciento, lo cual me permite llevarte sana y salva al hotel.

Ella hizo amago de hablar pero él levantó una mano y le puso un dedo en los labios instándola a que no hablara. Maggie no pudo hacer otra cosa que mirarlo en silencio.

—Como sé que no estás demasiado convencida sobre mi aptitud para conducir en estos

momentos, demos un paseo para que así pueda quemar el alcohol que he consumido, ¿te parece bien?

El aire travieso de la sonrisa de Alan lo delataba, pero Maggie se dejó llevar. Estaba un tanto cansada de estar luchando contra aquello que sentía por él. Tenía un brazo escayolado y él había bebido un poco, pasearían y la cosa no iría a mayores.

—Está bien. ¿Vamos hasta el paseo marítimo?

Él asintió, le ofreció su brazo derecho para que ella pudiera enlazar el suyo y caminaron agarrados un par de calles hasta llegar al paseo marítimo.

Una hilera de faroles blancos bañaba los tablones de madera gastada que componían el suelo del paseo, y recorrían en fila toda la longitud del mismo. El sonido de las olas rompiendo en la orilla les llegaba con total nitidez, aunque la oscuridad no les permitía distinguir el contorno del agua. Era una noche oscura, sin luna, y el cielo se mostraba salpicado de estrellas que resplandecían, algunas brillando con fuerza y otras mostrando un leve centelleo apenas perceptible a la vista.

La brisa era fresca, Maggie sintió frío y se pegó más a Alan.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Necesito ropa de más abrigo, aunque ahora se me ha complicado el ir de compras hasta un centro comercial.

—Hay tiendas aquí y en los pueblos de alrededor.

—Mi tarjeta de crédito no puede permitirse esas tiendas, Alan.

Él se quedó pensativo mirando al mar, y un momento después se volvió hacia ella, deshizo el agarre de sus brazos y le echó el suyo por encima de los hombros. Maggie agradeció el calor que emanaba de él, tenía los brazos helados pero estaba disfrutando del paseo. No quería volver al hotel todavía.

Caminaron un rato más disfrutando del murmullo del mar, intercambiando palabras aquí y allá, mientras Alan la mantenía pegada a su cuerpo con fuerza. Después de unos minutos decidieron sentarse en un banco.

—¿Cómo va tu borrachera?

—Maggie, por enésima vez: no estoy borracho —dijo Alan con fingida indignación.

Ella rio y Alan aprovechó para acercarla más hacia él, esta vez rodeándola con ambos brazos.

—Creo que podría pasarme así toda la noche —dijo él mirándola a los ojos.

—Y yo creo que quizá deberíamos irnos.

Se sentía nerviosa estando tan cerca de él. Podía oler su perfume y la esencia natural de Alan, todo mezclado a esa distancia hacía que su corazón se disparara a mil por hora y que los besos que habían intercambiado con anterioridad volvieran a su mente.

—¿Por qué quieres irte ya? ¿No estás a gusto aquí?

—Estoy un poco cansada —mintió. El cansancio no era la causa por la que quería marcharse, al menos no la principal.

Sin dejar de abrazarla, Alan se giró hacia ella hasta que estuvieron el uno frente al otro, sus piernas tocándose.

—¿Qué tengo que hacer, Maggie, para que estés conmigo? ¿Por qué me rehúyes siempre?

Esas eran preguntas que hasta ella misma empezaba a hacerse, porque cada vez le costaba más mantenerse alejada de él y sus sentimientos crecían con cada rato que pasaban juntos.

—Alan, yo...

—Si es por Penélope, ya te lo he dicho varias veces. No hay nada entre nosotros, le he

dejado varios mensajes porque me gustaría hablar con ella en persona, pero empiezo a pensar que me está evitando porque sabe lo que quiero decirle. De hecho, espera un momento. Vamos a acabar con esto de una vez.

Alan la soltó y se sacó el móvil del bolsillo trasero de los pantalones. Marcó un número, le enseñó la pantalla a ella donde pudo leer “Penélope” y puso el móvil en modo altavoz. Cuando saltó el mensaje del contestador automático pudo escucharlo con toda claridad. Al terminar Alan grabó su mensaje:

—Hola Penélope, soy Alan otra vez. Llevo dos semanas intentando hablar contigo o esperando que, al menos, me devuelvas las llamadas. En vista de que no lo consigo, siento tener que decirte esto en un mensaje: quiero romper el compromiso y nuestra relación. Hace mucho que esto no funciona, ambos lo sabemos. Por lo tanto, es mejor que cada uno hagamos nuestra vida. Cuando quieras que hablemos en persona, llámame. Cuídate.

Alan cortó la llamada y se volvió a meter el teléfono en el bolsillo. Maggie lo miraba desconcertada. ¿Acababa de cortar con su prometida por teléfono?

—Pero, pero...

Sin darle tiempo a reaccionar, Alan la besó con tanta pasión que se borró cualquier capacidad de raciocinio de su mente. Volvió a abrazarla, esta vez pegando su cuerpo tanto como el banco le permitía y profundizó el beso. Maggie se dejó llevar y se sumergió en ese beso que le hizo olvidar hasta su propio nombre.

Unieron sus lenguas, ella apoyó su mano en el pecho de él y lo acarició a través de la camisa. Aquello hizo que Alan soltara un gemido que se perdió dentro de su boca y que el beso se tornara más exigente y apasionado. Intentó pegarse más al cuerpo de ella pero la escayola de Maggie se interpuso entre los dos y ella pegó un respingo cuando el dolor se extendió por su brazo.

Alan se separó de forma brusca y la miró con preocupación.

—¿Estás bien?

Ella asintió mientras se colocaba el cabestrillo en su sitio. Los ojos de él irradiaban ansiedad, se pasó las manos por el pelo mientras pasaba la mirada del rostro de ella a su brazo.

—Alan, estoy bien. No te preocupes. Pero creo que deberíamos volver.

—Sí, será lo mejor. Cuando estoy contigo pierdo la noción del mundo —dijo él en voz baja aunque ella lo oyó.

Aquella confesión dejó a Maggie boquiabierta. La noche estaba siendo sorprendente. Había podido disfrutar de un Alan relajado y divertido mientras cenaban, aquello le había permitido descubrir otra faceta más de él que se sumaba a todo lo que ya conocía y que le fascinaba de este chico.

La ayudó a levantarse del banco con extremo cuidado, como si Maggie estuviera hecha de fino papel de arroz y ella puso los ojos en blanco con fastidio. Alan le volvió a ofrecer su brazo, ella se agarró a él y caminaron de vuelta hacia el coche. Al llegar al coche, ella se detuvo y lo miró de manera inquisitiva.

—Puedo conducir Maggie, no me mires así.

Maggie levantó la mano del brazo sano en señal de tregua dando a entender que no iba a discutir.

—Está bien, pues vámonos.

Alan trotó hacia ella, le abrió la puerta y la ayudó a acomodarse en el coche. Maggie resopló pero no dijo nada.

Unos minutos después llegaron al hotel, estacionaron el coche y Alan volvió a hacer lo

mismo: se bajó de prisa para abrirle la puerta a ella y ayudarla a bajar del vehículo.

Entraron en el vestíbulo del hotel, los recibió cordialmente el recepcionista de noche y subieron por el ascensor a la primera planta donde Maggie tenía su habitación. Ella abrió la puerta y Alan entró detrás de ella dejándola un tanto sorprendida.

—¿Estarás bien? ¿Tienes todo lo que necesitas o te falta algo? —preguntó mientras recorría la habitación con la mirada.

—Alan, por favor, deja de tratarme como si fuera de cristal. Estoy bien y puedo apañármelas sola. —La expresión molesta de ella hizo que él asintiera cohibido.

—¿Me he pasado hoy?

—Un poco —dijo, y añadió—: Tengo un brazo roto y unos cuantos moretones, no es nada tan grave. Así que relájate, me siento un tanto abrumada.

—De acuerdo, entendido. ¿Nos vemos mañana abajo a la hora del desayuno?

El tono esperanzado de él hizo que el corazón de ella diera un pequeño brinco dentro de su pecho, asintió y él salió de la habitación. En ese momento recordó algo y no pudo evitar que las palabras salieran de su boca.

—¿Por qué le dijiste a la enfermera que yo era tu novia?

Alan se encogió de hombros, desvió la mirada para después de unos segundos fijarla en ella y contestó:

—Porque lo eres. —Se acercó a ella, le dio un suave beso en la mejilla y con un movimiento de cabeza se alejó rumbo a su habitación en la segunda planta.

El lunes amaneció nublado en la ciudad de Nueva York. Penélope estaba de pie mirando hacia fuera a través de unas de las inmensas ventanas que tenía su apartamento en el salón, con una taza de té en la mano y su móvil en la otra.

Pulsó *play* y la voz de Alan llenó la estancia: “Hola Penélope, soy Alan otra vez. Llevo dos semanas intentando hablar contigo...”. El mensaje siguió reproduciéndose mientras ella bebía a sorbos su té, cuando el aparato se quedó en silencio, bajó la mano y lo agarró con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Bebió el resto de líquido que había en la taza y la depositó con cuidado en la mesa de cristal que tenía al lado. Se volvió hacia la pared contraria, con un gesto de rabia alzó el brazo y lanzó con todas sus fuerzas el teléfono contra la pared mientras gritaba con furia. El aparato hizo un ruido seco y se rompió en varios pedazos que salieron despedidos por el aire en diferentes direcciones.

—¿Romper nuestra relación? ¿Anular nuestro compromiso? De eso nada Alan, tú y yo nacimos para estar juntos. Solo necesitas que te recuerde lo que significa tenerme en tu vida — dijo en voz alta.

Se acercó hasta la pared frente a ella y se quedó mirando los restos del móvil. Después de varios minutos, la ira que sentía mutó a una peligrosa calma y en su semblante empezó a dibujarse poco a poco una sonrisa que habría hecho temblar al mismísimo diablo.

—No te librarás de mí, Alan. Es nuestro destino pasar el resto de nuestros días juntos.

Con paso decidido, la espalda recta y el mentón levantado, se dirigió hacia su habitación a hacer de nuevo la maleta que había vaciado la noche anterior. Tenía mucho trabajo que hacer y planear, porque las cosas siempre salían como ella quería y esta vez no iba a ser distinto.



El brazo le había estado molestando durante la noche, a las dos de la mañana Maggie se había tenido que levantar a tomarse un analgésico, el cual después de un rato le había ayudado a dormir. A las nueve, los rayos del sol que se filtraban por entre las cortinas la habían despertado, pero el brazo había dejado de dolerle. Se dijo que tendría que seguir con los medicamentos un par de días más si con ello conseguía seguir trabajando.

Se levantó y duchó lo mejor que pudo, teniendo en cuenta que llevaba un plástico que le recubría el brazo enyesado. La enfermera le había explicado cómo debía colocarlo para que no se le mojara, pero un poco de agua se le escurrió por entre los dedos. Iban a ser dos semanas muy difíciles.

Cuando estaba decidiendo qué ponerse, su móvil sonó. Lo cogió y confirmó que era un mensaje de Alan. Suponía que él se habría levantado temprano, pero había esperado a enviarle el mensaje hasta ahora para no despertarla. Aquello le arrancó una sonrisa. Contestó al mensaje y decidió ponerse una falda de una tela ligera y un estampado de flores cuya cinturilla era elástica, porque era lo más fácil para ella, no tenía botones ni cremalleras que abrochar o subir. Por arriba se decidió por una camiseta azul marino de manga corta que también era sencilla de poner. Solo meter brazos y cabeza.

Bajó al restaurante del hotel y Alan salió a su encuentro. La besó en la mejilla como había hecho la noche anterior y la instó a sentarse en la mesa en la que había estado él esperándola.

—¿Cómo has dormido? —preguntó él mientras le examinaba el rostro. Aquello hizo que ella se sonrojara.

—Pues el dolor me despertó en mitad de la noche, pero gracias a las drogas proporcionadas por el doctor Matthews pude volver a dormir. Así que no del todo mal —explicó ella con una sonrisa.

Él se quedó embobado mirándola lo cual hizo que el sonrojo de Maggie se acentuara más. En ese momento el camarero se acercó y les preguntó qué deseaban para desayunar. Aquello hizo que los dos desviarán la atención hacía él, les explicó cuáles eran las tortitas especiales del día y les tomó nota de lo que querían tomar. El camarero tardó solo cinco minutos en volver con sus cafés y las tortitas que habían pedido cada uno. Se pusieron a comer en silencio, hasta que Alan preguntó:

—¿Has hablado ya con Martin?

—Todavía no, lo llamaré cuando llegue a la casa.

—¿Piensas ir a trabajar? —preguntó él con el ceño fruncido.

—Tengo que ir a trabajar, Alan —aclaró ella—. A pesar de todo lo que ha pasado, tengo un proyecto a medio terminar, no puedo dejarlo y sé de sobra que Martin no tiene otro diseñador que pueda encargarse de ello. Así que, bueno, tendré que adaptarme.

—No me gusta Maggie. Estás convaleciente y mi casa, sin duda, puede esperar —dijo él con tono enfadado.

—No se trata de que te guste o no Alan. Es mi obligación ir a trabajar, la decisión está tomada. Voy a llamar a Greg para que venga a recogerme.

Se levantó de la mesa indignada, tiró la servilleta encima del plato y con el móvil en la mano salió al jardín del hotel. Llamó a Greg pero antes de que este contestara alguien le quitó el móvil. Se volvió y vio a Alan con su teléfono en la mano.

—¿Qué estás haciendo? Devuélveme mi móvil.

—Escúchame un momento, Maggie —dijo Alan con gesto compungido—. Lo siento, ¿vale? Siento la forma en que te he hablado dentro, pero estoy preocupado por ti.

—Eso no es excusa para andar mangoneándome. No soy una niña y esto es mi trabajo. Yo decido lo que hago respecto a ello. —Maggie había ido subiendo el tono de voz progresivamente y las últimas palabras las dijo casi gritando.

—Está bien Maggie, no te enfades. Dios, lo siento mucho. En serio. ¿Podemos hablar?

—Dame mi teléfono y podrás hablar todo lo que quieras.

Alan le devolvió el móvil y aquello hizo que ella se serenara un poco, aunque su rostro mostraba que el enfado continuaba allí.

—Si vas a ir a trabajar, yo te llevo, ¿de acuerdo? —Viendo que ella no contestaba y ni siquiera lo miraba, continuó—: Te llevaré todas las mañanas a la casa y luego volveré contigo por las tardes cuando acabes la jornada. Así no tendremos que molestar a Greg. Y si me quedo allí, incluso podré ayudarle con lo que él considere oportuno.

Maggie lo miró de reojo y la cara de arrepentimiento de él pudo con ella.

—Está bien. Voy a subir a por mi bolso y la carpeta del proyecto.

—Subo y te ayudo.

La mirada que le dirigió ella lo dejó clavado en su sitio.

—Bueno, mejor te espero aquí. Voy a ir arrancando el coche. —Alan salió caminando rápidamente del jardín en dirección a su coche y Maggie se giró hacia el hotel pensando en cómo era posible que este chico se hubiera vuelto tan sobreprotector desde el accidente de hacía dos días. Aunque en el fondo le gustaba que se preocupara por ella de esa manera, pero no estaba

acostumbrada a tener nadie que la cuidara. Desde que su madre había muerto, Maggie no había tenido a nadie en su vida que velara por ella de esa forma, y este hecho la conmovía y asustaba en igual proporción.

∞

La llegada de Maggie a la casa supuso que todos los chicos de Greg dejaran lo que estaban haciendo para ir a interesarse por su estado. Ella lo agradeció enormemente, a la mayoría los conocía desde que había empezado a trabajar en la empresa de Martin y había conocido a Greg en su primer proyecto.

La situación cambió cuando Greg salió a la entrada de la casa. La miró a ella, a su brazo escayolado y de nuevo a ella.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —dijo malhumorado.

—Quizá tú puedas hacerla entrar en razón...

Maggie se volvió hacia Alan y lo miró irritada, este se encogió de hombros y se apoyó en el coche, al parecer sin afectarle, esta vez, en lo más mínimo que ella estuviera enfadada.

—Puedo trabajar Greg, no voy a hacer ningún esfuerzo. Alan se va a encargar de hacer de chófer para mí...

—Y con mucho gusto —interrumpió el aludido con una sonrisa deslumbrante.

Maggie puso los ojos en blanco y continuó hablando:

—El trabajo que queda pendiente para mí es asegurarme de que los materiales llegan a tiempo, buscar los objetos de decoración que falta, hablar con Amanda para acordar una fecha en la que pueda empezar y cosas así. Puedo hacerlo, Greg. Tú sabes que puedo. —Maggie expulsó el aire que había retenido mientras hablaba.

El constructor asintió lentamente y con aire pensativo miró a Alan.

—¿Te ocuparás de que esté bien? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Por supuesto —contestó el exmodelo sin pensarlo.

Durante unos segundos ambos se miraron a los ojos, como estudiándose mutuamente. Maggie pasó la mirada de uno a otro intentando entender qué estaba pasando ahí. Entonces Greg asintió, murmuró un “Está bien, Mags” y entró en la casa.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Los hombres os comunicáis por telepatía? —preguntó ella.

—Tú lo has dicho, es cosa de hombres —contestó Alan mientras le guiñaba un ojo—. Voy a buscarte una silla y adaptar esa mesa para que puedas trabajar más cómoda.

Maggie no tuvo que esperar mucho. Después de varios minutos, Alan volvió con una de las sillas del jardín trasero y con ayuda de uno de los obreros ajustaron la mesa que el constructor le había hecho al principio de comenzar la obra, para que estuviera a la altura correcta una vez ella se sentara. Una vez terminada aquella tarea, le dijo que estaría dentro ayudando en lo que le permitiera Greg. Se despidió de ella con un beso en la mejilla y la dejó allí con sus tareas.

Lo vio desaparecer por la puerta y se llevó la mano a la mejilla. Se había convertido en una costumbre el saludar y despedirse de ella de esa manera, y a ella no le importaba. Cada vez que lo hacía algo se removía en su estómago, ¿sería eso las famosas mariposas de las que hablaba la gente cuando se enamoraba? Se había dicho a sí misma muchas veces, en los últimos días, que no sentía nada por él, nada más allá de una enorme atracción. La realidad empezaba a abrirse paso en su mente y a dibujarse con nitidez ante ella.

Con un suspiro se sentó ante la mesa y cogió el primer documento que había en la pila de papeles que allí tenía. Al levantarlo vio un sobre blanco que había debajo de este.

No recordaba haber dejado ningún sobre entre sus documentos. Lo cogió y lo abrió, sacó una tarjeta donde con palabras recortadas del periódico decía: “VETE DE AQUÍ. ESTE NO ES TU LUGAR. TU VIDA PELIGRA SI SIGUES TRABAJANDO AQUÍ”.

Por un momento, se quedó en blanco. Las piernas le temblaron y agradeció estar sentada. Intentó llamar a Alan, pero no consiguió emitir sonido alguno. Tragó saliva y lo intentó de nuevo.

—Alan —dijo en voz alta—. ¡Alan! ¡Greg!

Como era de esperar, Alan fue el primero en aparecer por la puerta. En un principio, su rostro no reveló preocupación, hasta que miró a Maggie y la vio allí, pálida sosteniendo un papel en la mano.

—¿Qué pasa, Maggie? —preguntó mientras se acercaba a ella rápidamente.

Maggie, por toda respuesta, le tendió la tarjeta para que la leyera. Alan lo hizo, la miró a ella y volvió a mirar el papel que tenía delante.

—¿De dónde ha salido esto?

—N-no lo sé. Estaba aquí en mi mesa, entre mis papeles —contestó ella.

Alan se asomó por la puerta de la casa y llamó a Greg. Volvió al lado de ella, y la apretó contra su cuerpo. A los dos minutos, el constructor salió de la casa y se acercó a ellos.

—¿Me habéis llamado?

Como contestación, Alan le dio el papel para que él lo leyera. Greg no parpadeó, levantó la mirada del mismo y miró alrededor.

—Tenemos que llamar a la policía.

Alan asintió, sacó su móvil y marcó el número del jefe Parker. Le contó por teléfono lo que habían encontrado en la mesa de Maggie y este le dijo que se pasaría por allí en cuanto pudiera. Le dio indicaciones para que metieran en una bolsa de plástico tanto el sobre como la tarjeta, y le instó a que evitara que nadie más los tocara.

Después de asegurarse de que Alan se quedara con Maggie, Greg volvió al interior de la casa y les dijo que le avisaran cuando el policía llegara. A la media hora el jefe Parker apareció por la entrada.

—Buenos días, señorita Evans. Hola, Alan —saludó Brian.

—Por favor, jefe Parker, tutéame. Dadas las circunstancias, creo que será más fácil hablar de esta manera —solicitó ella. El agente asintió a sus palabras.

Alan le entregó la bolsa en la que habían metido la tarjeta y el sobre, el agente examinó ambos sin sacarlos de la bolsa. Le dio varias vueltas e inspeccionó las palabras pegadas en la tarjeta una a una.

—¿La has encontrado tú, Maggie? —le preguntó.

—Sí, hemos llegado y me he sentado aquí a trabajar. Alan ha entrado con Greg a la casa. Cuando he cogido la primera hoja de la pila de papeles, he visto que había un sobre debajo —explicó—. El sobre no es mío, y no estaba aquí el último día que estuve trabajando con estos documentos. Normalmente lo recojo todo y me lo llevo en la carpeta, pero el viernes salí de aquí de prisa y lo dejé todo en la mesa.

El jefe de policía se quedó pensativo mirando la bolsa de plástico que tenía en la mano. Miro en derredor y luego hacia la verja de entrada a la propiedad.

—No tiene cerradura, Brian. Si es eso en lo que estabas pensando. Creo que Greg sí deja cerrada la puerta de la casa, pero lo que es la entrada se queda abierta.— Alan se adelantó a los pensamientos del agente pues sabía lo que este iba a preguntar.

El jefe de policía le pidió que avisara al constructor, Alan se acercó a la casa y desde allí llamó a Greg, el cual acudió en pocos segundos.

—Greg, ¿podrías confirmar al jefe Parker cómo se queda la casa cuando tus chicos y tú os marcháis por la tarde? —preguntó Alan.

—Por supuesto —contestó y se volvió hacia el agente—. Cerramos todas las puertas y ventanas de la casa, y cuando salimos dejamos la verja que da a la calle cerrada, pero sin llave echada porque la cerradura no funciona —explicó el constructor.

—O sea, que en realidad cualquiera puede haber entrado y dejado el sobre aquí en la mesa —especuló el policía.

El silencio se hizo entre ellos mientras el jefe Parker parecía sopesar la situación. Maggie se estremeció al pensar en lo que realmente significaba aquella nota. Era una advertencia dirigida a ella, una amenaza que no entendía pero que tenía que ver con su trabajo. Se llevó la mano a la boca para ahogar un sollozo.

—Me llevaré la nota para analizarla y comprobar si hay alguna huella que no sea de vosotros. Necesitaré que paséis por la comisaría para tomar las vuestras y así poder descartarlas —dijo mirando a los tres—. Quiero que mantengáis la calma. La mayoría de amenazas de este tipo no llegan a nada, normalmente suelen ser personas desequilibradas pero no peligrosas. De todas formas, os mantendré informados sobre la investigación. —Se volvió hacia Maggie, y le dijo—: Cuando puedas, me gustaría hablar contigo en la comisaría para así recoger tu declaración de manera oficial sobre el accidente y también sobre este tema de hoy.

Les dio la mano a los dos hombres a modo de despedida y a Maggie un apretón en el hombro que, de alguna manera, consiguió reconfortarla. La mirada del jefe de policía le inspiraba confianza y eso era algo que en ese momento necesitaba, creer que ese hombre podría solucionar el problema y aclarar qué era lo que estaba pasando a su alrededor.

Los siguientes días, la rutina se instaló en la vida de Maggie. Desayunaba con Alan todas las mañanas e iban juntos a la casa. A la hora del almuerzo, él iba por algo ligero para los dos, unos días eran ensaladas y otros sándwiches. Comían juntos mientras ella seguía moviendo papeles y haciendo llamadas. Alan ayudaba en la reforma lo que el constructor le permitía, él pensaba que no era mucho lo que le dejaban hacer, pero ella pensaba que sin duda estaba contribuyendo a que la obra avanzara más rápidamente. Cuando llegaba el fin de la jornada, Greg y los chicos se marchaban y ellos volvían al hotel. Después de una ducha y un cambio de ropa, cenaban juntos en algún sitio.

Había momentos en los que a Maggie le asaltaba la duda de si lo que estaba haciendo era correcto. Se estaba acostumbrando a pasar tiempo con Alan, a tenerlo siempre cerca y poder contar con él. Dependía de él para muchas cosas, no solo para el desplazamiento a la vivienda que estaban reformando, él se había hecho cargo de llevar su ropa a la tintorería y se preocupaba de que ella se tomara los medicamentos que el doctor Matthews le había recetado. Lo más importante, y lo que más la inquietaba, era el hecho de que se sentía muy bien con él, habían desarrollado una familiaridad en la forma en la que hablaban, reían e incluso discutían, que ella siempre había asociado a parejas que llevaban una eternidad juntas.

Era media mañana del miércoles y justo estaba perdida en estas cavilaciones cuando su teléfono sonó. Al mirar la pantalla vio que era Martin. Lo había llamado el lunes y al no contestar le había dejado un mensaje en su buzón de voz. Lo que no esperaba Maggie era el exabrupto con el que Martin la saludó.

—¿Se puede saber en qué estás pensando Maggie? —El tono de voz de su jefe la dejó de piedra.

—¿Martin?

—No me esperaba esto de ti. Llevas trabajando conmigo cinco años. CINCO AÑOS — repitió las últimas palabras a voz en grito y continuó—: ¿Has pensado que podrías hacer lo que se te antojara? ¿Pero qué es lo que se te ha pasado por la cabeza para hacer eso, Maggie?

El volumen de la voz de Martin al teléfono estaba empezando a molestarle en el oído a Maggie. Se retiró un poco el móvil de la oreja.

—Martin, no sé de qué estás hablando.

—¿Que no lo sabes? —Maggie escuchó a su jefe, al otro lado de la línea, resoplar ruidosamente—. Te di una tarjeta de crédito de empresa para que la usaras en lo que pudieras necesitar, pero ¿unas gafas de sol por valor de quinientos dólares? ¿Tratamientos en un spa por valor de doscientos? ¿Dos mil dólares en ropa en tiendas de los alrededores? ¿Cinco mil dólares en una galería de arte? Yo-yo...

Su jefe enmudeció y Maggie pudo imaginárselo frotándose con los dedos la frente y cerrando los ojos exasperado, como lo había visto muchas veces en la oficina.

—No sé qué decir Martin...

—Explícame al menos a quién le has regalado la cesta de marisco que has comprado por más de cuatrocientos dólares. Si ha sido para Penélope, supongo que eso podemos incluirlo como gastos de marketing —dijo el empresario con voz cansada.

—Pe-pero Martin... ¡Es que yo no he comprado nada de eso!

—Maggie, he estado hablando con Phillip. Lo llamaron del banco cuando les saltó un aviso de que el límite semanal había sido sobrepasado. Al ser una tarjeta de crédito nueva, ya que la

solicitamos para ti, querían asegurarse de que no había ningún problema con ello. Phillip me ha pasado el extracto bancario, es escandaloso. No me esperaba esto de ti. —El reproche de su jefe hizo que a ella se le encogiera el corazón.

—Martin, ni siquiera tengo la tarjeta. Han debido de robármela. El viernes cené con Alan, pretendía invitarlo por cortesía de la empresa, pero cuando fui a pagar no encontré la tarjeta en mi bolso. Más tarde la busqué en mi habitación del hotel y tampoco estaba. Iba a decírtelo el sábado, pero tuve el accidente y se complicaron las cosas.

—¿Qué accidente? —preguntó él extrañado.

Maggie le explicó que lo había llamado el lunes para contárselo y pasó a contarle los incidentes del sábado, y cómo había acabado en el hospital con un brazo escayolado.

—¿Estás bien entonces? —Había verdadera preocupación en la voz de Martin y aquello la reconfortó.

—Sí, estoy bien. Greg y sus chicos me han estado ayudando mucho. Alan también, decidió quedarse en East Hampton para supervisar de cerca la reforma y la verdad es que está siendo muy comprensivo con mi situación. —No pudo evitar soltar un pequeño suspiro al decir aquello.

—Si no te encuentras bien puedo enviar a otra persona a terminar el proyecto.

—Martin, los dos sabemos que, ahora mismo, no tienes a nadie más disponible. Como te he dicho puedo apañármelas.

Hubo un silencio de unos segundos en la línea.

—Entonces, ¿no has sido tú quien ha usado la tarjeta?

—No, Martin. Pensé que la habría perdido en algún sitio, pero ahora tengo claro que me la han debido de robar.

—De acuerdo. Ve a la comisaría en cuanto puedas y pon la denuncia. Envíamela por email y hablaré con Phillip para que solicite al banco que cancelen la tarjeta.

Si algo valoraba Maggie de su jefe era su capacidad resolutive y cómo no se amilanaba ante cualquier dificultad que se presentara. Buscaba soluciones y atajaba los problemas en cuanto surgían. Si tan solo no estuviera tan obsesionado con el éxito, se dijo ella, sería una persona maravillosa. Pero sus ansias por obtener clientes, ganar prestigio y popularidad entre la clase alta neoyorkina hacía que a veces fuera un tanto déspota.

—Gracias, Martin —dijo ella agradecida—. Y... quiero que sepas que yo nunca haría algo así.

Se despidió y terminó la llamada. Estaba confundida, ¿qué clase de ladrón robaba una tarjeta y la usaba en objetos y productos de lujo? ¿No era más comprensible que hubiera sacado dinero de algún cajero electrónico? Sacudiendo la cabeza entró en la casa y buscó a Greg. Estaba con Alan en la cocina, los muebles de la misma habían llegado el día anterior y los obreros estaban en el proceso de montaje y colocación de los azulejos. Se acercó a ellos y les pidió que salieran al patio trasero.

Maggie les relató la conversación que había tenido con su jefe. Alan se mostró perplejo.

—¿Martin pensó que habías sido tú? Cómo es posible... Lo llamaré ahora mismo. —Hizo ademán de sacar el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros pero ella se lo impidió.

—No es necesario, ya lo hemos aclarado todo.

—¿Una cesta de marisco? ¿Una obra de arte? —Greg preguntó en voz alta, pero más para sí mismo que para los demás—. No tiene sentido.

—Yo no lo entiendo tampoco, pero la verdad es que nunca me habían robado antes, así que tampoco es que sea experta en lo que la gente hace con lo que le roba a otros. —Se volvió hacia Alan—. Siento molestarte de nuevo, pero ¿podrías llevarme a la comisaría? Con un poco de

suerte pillaremos al jefe de policía Parker allí.

—No es ninguna molestia Maggie. Pero voy a llamarlo antes para asegurarnos de que esté allí y así no tienes que desplazarte para nada. Estás todavía convaleciente.

Alan se alejó un poco de ellos, marcó el número Brian y se puso a hablar con él. Greg la miró levantando la ceja izquierdo en un gesto de interrogación.

—¿Qué? —preguntó Maggie.

—Parece que se preocupa bastante por ti —dijo él.

—Sí que lo hace —contestó ella con expresión soñadora—. ¿Qué opinas del robo Greg? Sé que tienes algo en la cabeza.

—Pues no sé Mags, pero es muy extraño. Me pregunto si está relacionado, de alguna manera, con...

En ese momento, Alan volvió e interrumpió a Greg.

—Brian me ha dicho que estará de vuelta en la comisaría sobre las cinco. Está de patrulla, ha tenido que desalojar a unos cuantos universitarios de Main Beach porque habían bebido demasiado y va a quedarse por la zona unas horas. Ya no es temporada de playa y no hay servicio de socorrismo. No se fía que vuelvan a la playa cuando él ya se haya marchado. Nos acercaremos más tarde, si te parece bien.

—Sí claro, gracias por llamarlo. —Volviéndose hacia Greg le preguntó—: ¿Qué es lo que estabas diciendo?

—No, nada. No era importante. Pensaba en voz alta. Bueno, os dejo que vuelvo dentro.

—Voy contigo Greg —dijo Alan. Miró a Maggie con detenimiento—. ¿Estarás bien?

Ella asintió, él se acercó y, como ya era costumbre, le depositó un beso en la mejilla. La miró un momento, asintió y entró en la casa detrás de Greg.

Maggie suspiró y volvió a su improvisado despacho. Cogió los documentos con los que había estado trabajando antes de la llamada de Martin, apartó el asunto de la tarjeta de crédito de su mente y se dispuso a hacer un par de llamadas.

El coche se desplazaba demasiado lento por las calles de East Hampton. Maggie quería llegar a la comisaría y poner la denuncia, acabar cuanto antes con ese asunto. Aunque imaginaba que hasta que la tarjeta de crédito no apareciera, el tema no quedaría zanjado. Se sentía más tranquila al saber que Phillip ya habría hablado con el banco para que la bloquearan, pero seguía habiendo algo extraño en todo este asunto. Algo en su interior le decía que había algo más en relación con el uso que se le había dado a la tarjeta.

Había bastante tráfico en el pueblo para ser un miércoles, pero eran las cinco de la tarde y por lo tanto, hora punta. La gente salía de sus trabajos y paraba para realizar compras, lo que hacía que Main Street bullera de actividad.

Alan condujo en dirección norte donde se encontraba la comisaría. Cuando llegaron allí, después de lo que a Maggie le pareció una eternidad, el policía que estaba sentado a la entrada les comunicó que el jefe de policía había tenido que salir pero que volvería en breve.

—¿Vamos a cenar? —preguntó Alan y ella asintió. Se dirigió al mismo policía y le dijo—: Si vuelve el jefe de policía, ¿sería tan amable de decirle que nos espere? No tardaremos mucho.

El policía tomó nota de sus nombres y les aseguró que le entregaría el mensaje al jefe Parker en cuanto llegara.

Salieron al exterior, el sol empezaba su descenso por el horizonte y comenzaba a refrescar. Alan mencionó un sitio cercano que había visto en internet donde servían marisco fresco.

—¿Más marisco? —preguntó con sarcasmo ella, lo cual provocó que él soltara una carcajada.

—Bueno, en realidad, tú no has comido marisco. Habías comprado una cesta para regalar —explicó él divertido.

—Anda, vamos a cenar. —Maggie puso los ojos en blanco y se encaminó hacia el coche mientras Alan la seguía con una sonrisa.

∞

El restaurante a la que la llevó Alan no parecía, en realidad, más que un sitio de comida rápida. Se sentaron en una de las mesas del patio, las cuales tenían manteles de plástico a cuadros rojos y blancos, y estaban coronadas por su correspondiente sombrilla roja. Según Alan, así podrían disfrutar del aire libre. El patio daba justo a una carretera bastante transitada, pero el ruido no era ensordecedor. Llegó una camarera que se identificó como Shelly, les entregó la carta y les tomó nota de las bebidas. Maggie echó un vistazo a la misma y vio que casi todos los platos incluían algún tipo de marisco, su estómago rugió al leer los ingredientes de algunos de ellos y fijó la vista en la langosta rellena de cangrejo.

—Alan, ¿te gusta la langosta? —preguntó despreocupadamente.

—Sí, por supuesto.

—¿Y el cangrejo?

—Claro, también.

—¿Y ambas cosas juntas?

Alan levantó los ojos de la carta y la miró.

—¿A qué viene tanta pregunta? —indagó.

—Es que me encantaría probar la langosta rellena de cangrejo, pero creo que, incluso la más pequeña, será demasiado para mí —explicó ella con voz suplicante.

Alan rio con ganas mientras ella lo observaba con un gesto molesto. No entendía qué es lo que él encontraba tan gracioso.

—Maggie, solo tenías que decirme lo que querías comer. No eran necesarias las preguntas.

—Pero es un plato caro, no quiero que acabe en la basura si no me lo como entero.

Él la miró pensativo, y a los pocos segundos su expresión cambió y sus ojos adquirieron esa calidez que ella había visto algunas veces. Era una mirada que hacía que aquellas mariposas, que había sentido unos días atrás, volvieran a su estómago.

Maggie disfrutó la cena y comió con fruición. Le encantaba el marisco pero eran pocas las ocasiones en que podía comerlo, incluso en pequeñas cantidades. Vivía en un apartamento muy pequeño en el Village, y su sueldo, aunque no era bajo, no le daba para mucho. Nueva York era una ciudad cara para vivir.

Al terminar, volvieron al coche para dirigirse a la comisaría. Al comprobar la hora, Maggie se dio cuenta de que habían empleado dos horas en cenar. Pero había merecido la pena, el marisco era fresco y había sido cocinado con bastante habilidad.

—Le dijiste al policía de la comisaría que volveríamos pronto y han pasado dos horas. Quizá el jefe Parker ya no esté allí —dijo apesadumbrada.

—¿Dos horas? Me ha parecido mucho menos. Cuando estoy contigo, el tiempo pasa volando. —Se volvió hacia ella, le cogió la mano y depositó un beso en los nudillos. Aquello hizo que Maggie se sonrojara y sintiera cosquillas entre las piernas.

Llegaron a la comisaria y nada más entrar el mismo policía que los había atendido hacía un rato les informó de que el jefe de policía les esperaba en su despacho. Maggie expulsó el aire aliviada, quería acabar con aquello cuanto antes.

El jefe de policía Parker saludó a Alan con un fuerte apretón de manos. Parecían haberse hecho amigos, pensó Maggie. Le indicó las dos sillas que había delante de su mesa y les pidió que se sentaran. El policía sacó un cuaderno donde había muchas anotaciones y miró a Maggie.

—Os agradezco que hayáis venido hasta aquí para dar vuestra declaración sobre el accidente, Maggie —le dijo—. Tengo noticias sobre el vehículo que casi te atropella, lo han encontrado los compañeros de Montauk abandonado en medio de un páramo a las afueras de ese pueblo.

—Vaya... ¿Era un coche robado? —preguntó ella.

—En realidad, no. Hemos confirmado por el número de bastidor, que fue comprado en un taller de Queens. Las matrículas eran falsas, por supuesto. El hombre que lo compró era alto y delgado, blanco, llevaba gafas de sol, un gorro que le cubría el pelo y una bufanda al cuello. También llevaba una larga gabardina y unas botas negras altas. —Parker miró sus notas y continuó —: Habló poco y cuando lo hizo tosió bastante, por lo que el dueño del taller no ha podido describir su voz. Y por supuesto, pagó en efectivo.

—Entonces, ¿no han podido identificarlo? —terció Alan.

—Desgraciadamente no ha sido posible. Ninguno de los testigos en el lugar del accidente ha podido darnos una descripción, el coche tiene todas las lunas tintadas. Es prácticamente imposible que a esa velocidad alguien pudiera haber visto algún detalle facial del conductor —explicó el agente.

—No lo entiendo. Si no era un ladrón, ¿por qué iba a esa velocidad? —Maggie estaba realmente confundida.

—Maggie, ¿podrías relatarme lo que pasó esa mañana?

Maggie asintió y pasó a describirle lo que había hecho desde que se había levantado. En realidad, no podía aportar mucho más a lo que Alan ya había contado, pero intentó encontrar algún detalle más que pudiera haber quedado almacenado en su mente.

Le contó cómo ni siquiera había visto el coche que bajaba por la calle a toda velocidad, y como solo la voz de Alan gritando su nombre había conseguido hacerle reparar en él. Sus recuerdos después del golpe al caer eran un poco caóticos, pero el jefe de policía le dijo que no tenía que preocuparse puesto que esa parte del accidente había sido cubierta con innumerables detalles por parte de los testigos y el propio Alan.

—Tengo que hacerte una pregunta, Maggie, que quizá te parezca un tanto extraña. —Brian hizo una pausa para asegurarse de que tenía la atención de ella—. ¿Tienes algún enemigo, alguien con quien no te termines de entender? ¿Alguna persona con la que hayas discutido últimamente?

—¿Un enemigo? N-no... yo me llevo bien con todo el mundo. No tengo muchos amigos, es verdad, pero no suelo discutir con los demás. Pero no entiendo qué tiene esto que ver... ¡Oh! —exclamó cuando comprendió el significado de la pregunta del policía—. ¿Crees que hay alguien que quiere hacerme daño?

El jefe de policía la miró un momento, después desvió la mirada hacia Alan el cual hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Es la única conclusión a la que he llegado hasta ahora. —Cerró su cuaderno y la miró a los ojos—. El coche no es robado y la persona que lo compró se tomó muchas molestias para que nadie pudiera hacer una descripción detallada. El vehículo no intentó frenar al verte en mitad de la calle, una reacción lógica incluso en los conductores que se dan a la fuga. Hemos encontrado el coche abandonado y sin una sola huella dactilar ni ningún otro tipo de ADN, ha sido limpiado meticulosamente. Créeme cuando te digo que la mayoría de delincuentes no se paran a dejar reluciente el interior de un coche. —Hizo una pausa—. La única opción que se me presenta es deducir que alguien quería atropellarte a propósito.

Maggie se dejó caer en la silla, confundida y desconcertada. Con total seguridad el jefe de policía debía estar equivocado, ¿alguien quería hacerle daño a ella? En realidad, si hubiera recibido el impacto del coche, en estos momentos estaría en la morgue. Tenía claro que el atropello a esa velocidad la habría matado. ¿Cómo podía haber alguien que la odiara hasta el punto de querer matarla? Era impensable que ella pudiera haber provocado un sentimiento de odio tan intenso en alguien. Se llevó una mano a la cara y se presionó los ojos en un intento de poner sentido a todo lo que acababa de escuchar.

—¿Te encuentras bien, Maggie? —La voz de Alan la hizo enderezarse y mirarlo.

—Sí. Bueno, no. No estoy bien. —Se volvió hacia el jefe de policía—. Me estás diciendo que alguien ha intentado matarme y yo no tengo ni idea de quién puede haber sido y mucho menos de por qué. No entiendo nada de esto.

—¿Por qué no le cuentas el asunto de la tarjeta de crédito? —La instó Alan, cogiéndole con cuidado la mano derecha y dándole un pequeño apretón en los dedos que sobresalían de la escayola.

—¿La tarjeta de crédito? —preguntó el jefe Parker pasando la mirada de Alan a Maggie.

Durante la siguiente media hora, Maggie le explicó al jefe de policía cómo su jefe le había entregado una tarjeta de crédito de empresa y la historia de su desaparición. Alan aportó información sobre la fecha de la cena en la que ella había descubierto que no estaba en su cartera. Maggie continuó relatando la llamada de Martin y algunas de las cosas que, supuestamente, ella había adquirido usando la mencionada tarjeta.

El jefe Parker tomó nota de todo lo que le contaban, pidió el teléfono de Martin y también

de su empresa para poder hablar con el contable, Phillip. Cuando terminaron, los hizo pasar con el otro policía que los había recibido a la entrada para que este redactara la denuncia oficial. En relación con la tarjeta que había recibido y la amenaza, les comunicó que todavía no tenía información sobre el análisis de la misma ni sobre las posibles huellas, pero que los llamaría en cuanto supiera algo.

Ambos hablaron con el otro policía que transcribió sus declaraciones. Una vez terminadas, las leyeron y firmaron. Necesitaron otra media hora más para que el mismo agente les tomara las huellas, tal y como Brian les había pedido para el asunto de la tarjeta recibida. Una vez terminado con esto, pudieron abandonar la comisaría.

El camino de vuelta al hotel fue mucho más rápido. El tráfico de la hora punta se había disipado ya y se desplazaron por Main Street sin que apenas tuvieran que detenerse en algún semáforo. Durante el trayecto, Alan le preguntó en un par de ocasiones si se encontraba bien, a lo que ella contestó con un escueto “sí”. La realidad era que no se encontraba bien, tenía el estómago revuelto desde que el jefe Parker le había contado su teoría sobre el accidente.

Llegaron y entraron en el hotel, saludaron al recepcionista de noche y como siempre, Alan la acompañó hasta la puerta de su habitación.

—Alan, quiero darte las gracias por todas las molestias que te estoy ocasionando. No sabes cómo te agradezco que me hayas acompañado esta tarde. —Se sinceró ella.

—No tienes que darme las gracias, Maggie. —Se acercó a ella y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. A estas alturas deberías saber ya que haría cualquier cosa por ti.

Maggie se quedó sin aliento y antes de que pudiera reaccionar, Alan se acercó y la besó en los labios. Fue un beso muy dulce que duró apenas unos segundos, pero que para ella significó mucho.

—Descansa, intenta dormir Maggie. Nos vemos mañana en el desayuno.

Se marchó hacia las escaleras y ella entró en su habitación. Cerró la puerta tras de sí, y por primera vez desde que había llegado a ese hotel, giró la cerradura y echó el pestillo que la puerta tenía.

El jueves Maggie y Alan retomaron la rutina previa a su visita a la comisaría. Desayunaron juntos y fueron a la casa, ella se quedó en la mesa de la entrada trabajando con su portátil y sus papeles, mientras Alan ayudaba dentro a Greg y al resto de los obreros a colocar la cocina.

La obra avanzaba a muy buen ritmo y Maggie pensaba que en dos semanas más, la reforma podría estar acabada, dejando solo pendiente la decoración interior. El día anterior, los chicos de Greg habían colocado la gran viga que cruzaba el salón y el comedor, y que permitía que no hubiera paredes que separaran una estancia de otra, de manera que el espacio fluyera solo interrumpido por la escalera que subía a la primera planta. Una vez que la instalación tanto de fontanería como electricidad había sido cambiada, los técnicos de los organismos correspondientes habían visitado la obra para confirmar que todo era correcto y estaba conforme a la ley. Entonces las paredes habían sido recubiertas con el material de aislamiento, y posteriormente se habían instalado las placas de yeso que serían parte de las paredes definitivas. Cuando se colocara el suelo, el cual todavía no había llegado, podrían ponerse a pintar.

La casa empezaba a tener un aspecto magnífico, justo lo que Maggie había imaginado cuando había empezado con ese proyecto. Era una casa antigua, pero tenía un encanto y una distribución estupenda, siempre que se supiera cómo sacarle provecho. No podía evitar alegrarse de que Penélope ya no estuviera involucrada, sus opiniones de haber sido llevadas a cabo, hubieran convertido la casa en algo totalmente distinto. Esa mansión había sido construida para ser un hogar, no una vivienda moderna y minimalista donde poder dar fiestas para gente de la jet set.

Alan salió de la casa y se acercó a ella. Llevaba unos vaqueros llenos de polvo y serrín, por arriba solo una camiseta blanca de manga corta cubierta de sudor por el cuello y bajo las axilas. El pelo despeinado, y húmedo en la zona del flequillo y la nuca, le daba un aspecto totalmente irresistible.

—¿Qué tal va eso? —le preguntó mientras se pasaba el brazo por la frente para secarse el sudor.

Eran las doce y desde que habían llegado a las nueve, Alan había salido cuatro veces para hablar con ella. Maggie no era tonta, y sabía que él lo hacía no solo para charlar, sino para comprobar que estaba bien y que no le había ocurrido nada. La conmovió su preocupación y por enésima vez pensó que el comportamiento de él no era simplemente el de un amigo o alguien que se sintiera atraído hacia ella. Ahí tenía que haber algo más, un sentimiento más profundo que lo motivaba a velar por su seguridad y aquello hacía que a Maggie la recorriera una euforia a la que no quería poner nombre.

—Sí, todo bien por aquí. Acabo de llamar al proveedor del suelo y me ha vuelto a soltar un par de excusas que no me he creído ni por un segundo. Le he dicho que si el lunes no tenemos las láminas de madera aquí, puede dar por cancelado el pedido puesto que ha incumplido las condiciones del acuerdo de compra.

—Vaya, Mags, eres dura —dijo Alan imitando la voz de Greg.

Maggie no pudo evitar reírse.

—Tengo que serlo, en el trabajo de un diseñador de interiores es imprescindible mantener a raya a los proveedores, porque si no los materiales no llegarían nunca en plazo —explicó ella.

—Vale, vale. Tú eres la jefa, no pienso mezclarme en tus asuntos de amenazas a pobres vendedores —se burló él.

—Te estás buscando que te dé un coscorrón por chistoso. —Maggie miró la hora en su móvil —. ¿Tienes hambre? Hoy me apetece pizza, ¿te apuntas?

—Sabes que soy tu fiel sirviente, así que comeré dónde tú quieras —dijo haciendo una reverencia.

—Serás payaso. —Maggie no pudo evitar reír —. Venga, pediremos una pizza enorme y nos la comeremos en el parque que hay al lado de la pizzería.

—Nunca he comido pizza en un parque —confesó Alan con las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Bueno Alan, exmodelo de pasarela y dueño de una espléndida mansión en una de las zonas más exclusivas de los Hamptons, siempre hay una primera vez para todo. Así que, aquí tienes las llaves del coche. Llévame a comer.

Él no se lo pensó dos veces, le quitó las llaves que ella sostenía en la mano y fue hacia el vehículo, se acomodaron ambos dentro y juntos se fueron a comer pizza a un parque, y así añadir una actividad más a la lista de cosas que Alan no había hecho nunca.

—¡Hola Amanda! ¿Qué tal estás? —preguntó efusivamente Maggie.

La paisajista acababa de llegar en su coche, un viejo Ford Taurus que había conocido tiempos mejores. Se bajó y ambas chicas se abrazaron con cariño. Desde la última vez que se habían visto en casa de Amanda, habían hablado varias veces por teléfono y habían desarrollado una amistad más profunda.

Habían acordado que Amanda vendría a la casa el viernes para empezar con el proyecto de diseño de los jardines. Maggie pensaba que ya que toda la reforma se estaba desarrollando en el interior de la vivienda, Amanda podía empezar a trabajar en el exterior sin que ello supusiera un estorbo para los obreros.

—Bien, yo estoy bien. Y a ti no te queda tan mal la escayola —le contestó Amanda mientras analizaba el brazo lesionado de Maggie.

—Empieza a picarme y no hace ni una semana que la llevo. Estoy deseando ir al hospital y que el doctor Matthews me la quite.

En ese momento, Alan apareció por la puerta. Llevaba el pelo cubierto de un polvo blanco que también traía en las manos. La camiseta que llevaba había pasado de un color negro a un gris oscuro, y los pantalones cargo que llevaba tenían huellas blancas de dedos por los laterales. Maggie no pudo evitar soltar una risita disimulada.

—Buenos días a ambas —saludó sonriente y se dirigió a la paisajista—: Creo que no nos conocemos. Soy Alan Lewis, el dueño de este desastre —se presentó mientras estiraba la mano para estrecharla con la de ella.

El semblante de Amanda cambió, Maggie notó como se ponía rígida y palidecía al tiempo que daba un paso hacia atrás sin hacer amago siquiera de tender su mano a Alan.

—Es Amanda Jackson, nuestra paisajista. Te hablé de ella, habíamos quedado para que viniera hoy viernes —intervino Maggie mientras dirigía un disimulado gesto de negación a Alan.

Él pareció entenderlo, retiró la mano y se metió ambas en los bolsillos.

—Estupendo, espero que vengas con ganas de trabajar porque aquí hay mucho por hacer. Si eres capaz de devolver la vida a estos jardines que parecen una jungla, te pagaré el doble —dijo y le guiñó un ojo. Aquello pareció surtir efecto en ella que se acercó de nuevo a Maggie.

—Encantada, señor Lewis —susurró ella.

—Por favor, llámame Alan. Y si te parece bien, yo te llamaré Amanda.

—S-sí, eso... est-taría bien, gracias —contestó ella con un leve tartamudeo.

—En fin, mejor que vuelva dentro antes de que Greg empiece a jurar como un estibador de puerto. Nos vemos luego.

Alan corrió de vuelta a la casa y cuando entró, Maggie sintió como Amanda, a su lado, soltaba el aire que había estado reteniendo.

—¿Estás bien, Amanda? —preguntó preocupada la diseñadora.

—Sí, gracias. Es solo que... —Se detuvo en mitad de la frase y cogió aire—. Bueno, me pongo nerviosa cuando estoy ante hombres que no conozco. Personas que no conozco —se corrigió.

A Maggie no se le escapó la rectificación que Amanda había hecho en su propia frase, pero lo dejó pasar puesto que no quería incomodarla con preguntas.

—Eres tímida entonces. Bueno, en este caso no tienes de qué preocuparte, es solo Alan y aunque tiene esa planta tan... viril, por dentro es un pedazo de pan. —Maggie suspiró al decir las

últimas palabras y aquello hizo que Amanda riera.

Maggie no era tonta y sabía que había algo más tras aquello de la timidez, pero no iba a presionar a Amanda para que le contara nada que ella no quisiera decirle. La consideraba una amiga, pero hacía poco que se conocían y entendía que la paisajista no quisiera hablarle más de ella misma. Pero a Maggie le había preocupado la mirada de terror que se había dibujado en el rostro de la otra chica cuando había visto la mano de Alan. Tendría que advertirla sobre el resto de hombres que pululaban por la casa, Greg y sus chicos eran excelentes personas, pero todos eran grandes y fuertes, y por alguna razón, el instinto le decía a Maggie que ese era el principal problema de Amanda con los hombres.

∞

Las dos chicas estuvieron por lo menos dos horas paseando por los alrededores de la casa. Alan estuvo pendiente de ellas todo el tiempo, hasta que Greg le dio un codazo en las costillas.

—Están bien, son dos chicas admirando un puñado de matorrales. Deja ya de espiar y ayuda —le dijo Greg.

—No estoy espiando —replicó Alan un tanto molesto. Pero a los pocos segundos añadió —: Solo quiero asegurarme de que Maggie no hace ningún esfuerzo.

—Sí, claro. Lo que tú digas. —Greg puso los ojos en blanco y se marchó hacia otra parte refunfuñando algo sobre lo imbéciles que se volvían algunos tíos cuando se enamoraban.

Alan negó con la cabeza riéndose. Llevaba una semana ayudando en la reforma y había llegado a un nivel bastante bueno de cordialidad con Greg. Se llevaban bien y Alan había empezado a admirar la capacidad de organización y trabajo que el constructor tenía. Sin duda, sabía lo que hacía y todos sus chicos parecían tenerlo en alta estima. Todavía le costaba aceptar su relación con Maggie y esa amistad tan profunda que parecían tener. La duda lo corroía por dentro, porque no sabía si habían estado juntos en algún momento, y no se atrevía a preguntarle a ninguno de los dos.

Se aseguró de comentarle a Greg que intentara que ninguno de sus chicos saliera mientras Amanda y Maggie estuvieran en el exterior. Tenía el presentimiento de que la paisajista podría actuar de la misma manera que lo había hecho al conocerlo a él.

Volvió a la cocina y siguió ayudando a los chicos a montar los muebles. No pensaba ayudar con los azulejos porque no tenía ni idea, así que cuando ya no lo necesitaran ahí, le preguntaría a Greg qué podía hacer en las otras áreas de la casa.

El tiempo pasó volando, el saber que Maggie no estaba sola había hecho que se relajara y dejara de espiarla (porque sí, era eso lo que había estado haciendo hasta el aviso de Greg). Uno de los chicos vino a buscarlo para decirle que Maggie lo esperaba en la entrada de la casa. Se dirigió hacia allí con paso ligero dejando lo que tenía en las manos en el suelo sin pensarlo.

Cuando salió se encontró a las dos chicas charlando animadamente mientras juntas miraban varios documentos que estaban en la mesa de Maggie.

—¿Me buscabas?

—Alan, sí. Es que verás, es la hora de la comida y voy a ir con Amanda al restaurante mejicano que nos gusta tanto a ti y a mí. —Se volvió hacia la paisajista y dijo—: Tienes que probar los tacos, son los mejores que he comido en mi vida.

—Me encanta la comida mejicana, me muero de ganas de probarlos. —Amanda parecía contenta y hablaba dirigiéndose a ambos. Lo que sea que la había perturbado a su llegada respecto a él, ya había pasado.

—Genial, dejadme que me le lave las manos y coja las llaves del coche y podemos irnos.
Alan vio el titubeo en la expresión de Maggie y lo entendió al momento.

—¡Ah! Ya veo, es una comida de chicas, ¿verdad? —preguntó intentando ocultar su decepción.

—¿Te importa? —preguntó Maggie con una expresión que no dejaba lugar a dudas de que esperaba que a él no le importara.

—Por supuesto que no, Maggie. Id y disfrutad de esos deliciosos tacos. Yo pillaré un sándwich por aquí cerca.

Maggie le dedicó una sonrisa radiante y Alan pensó que merecía la pena no comer con ella si a cambio le regalaba una de sus sonrisas. Las dos se volvieron en dirección al coche de Amanda, y entonces Maggie se dio la vuelta y con un pequeño trote lo alcanzó y lo besó en la mejilla. Después volvió a toda prisa al coche de Amanda, la cual ya estaba dentro y había arrancado.

Alan las despidió con la mano y cuando el coche salió por la verja de entrada, se llevó la mano a la mejilla donde ella lo había besado y una sonrisa bobalicona se le dibujó en la cara. Estaba colado por ella, no había vuelta atrás.

Eran las cuatro y media cuando Maggie regresó a la mansión. Se bajó del coche de Amanda, hablaron un momento a través de la ventana del vehículo, se despidieron y la paisajista se fue en su coche, no sin antes saludar a Alan con la mano. Él le devolvió el gesto y se quedó mirando el coche.

Alan llevaba un rato sentado en los escalones de la puerta delantera. A las cuatro había enviado a Greg y sus chicos a casa. Aunque su jornada oficial terminaba a las cinco, les había dicho que podían marcharse ya que era viernes y que no se preocuparan por esa hora, porque la cobrarían de todas formas. Los obreros estallaron en exclamaciones de júbilo, recogieron sus cosas y se despidieron de él entre fuertes apretones de manos y palmadas en la espalda.

La verdad era que había descubierto que le gustaba trabajar con ellos. Nunca había desempeñado un trabajo que requiriera de fuerza física o habilidad con herramientas. Había usado su físico, sí, pero solo para que le tomaran fotos o para pasear por una pasarela con ropa de diseño. Esto era distinto. Junto a Greg y sus chicos estaban construyendo algo, renovando un hogar y eso le hacía sentirse útil. Lo que había empezado como una pequeña estratagema para poder pasar más tiempo con Maggie (al ser él quien la llevara a la casa en coche y la recogiera al finalizar el día), ahora se había convertido en algo importante para él. Aunque su padre ya no viviera, esta tarea venía a probar que Alan era capaz de mucho más de lo que su progenitor había pensado. Lo había demostrado estudiando en la universidad la carrera que quería sin el apoyo económico familiar, y ahora descubría que podía hacer más cosas y ser bueno en ellas.

Miró su móvil de nuevo y confirmó que no tenía ningún mensaje de Penélope. Había estado pensando en los últimos días que tendría que volver a Nueva York para intentar hablar con ella en persona. Sus padres debían saber dónde estaba. Nunca la había tenido por una cobarde, pero era lo que estaba demostrando no queriendo contestar a sus llamadas ni hablar con él. Se arrepentía de haber salido con ella, y sobre todo, de haberle propuesto matrimonio.

—¿En qué piensas ahí sentado, solo y con gesto adusto? —La voz de Maggie lo sacó de su ensimismamiento.

—Estaba esperándote.

Se levantó y fue hacia ella. Maggie volvía a llevar esa falda corta, cuya tela parecía seda y se deslizaba por sus piernas cuando andaba. La camiseta negra se ajustaba a su pecho y resaltaba el volumen del mismo. Tenía curvas que a él lo volvían loco.

—¿Dónde está todo el mundo? No escucho martillazos dentro.

—Los he enviado a casa. Les he dicho que se les pagará esta hora aunque no la hayan trabajado. Es viernes —dijo como explicación.

—Vaya, Alan, eres un jefe generoso. —Maggie le dedicó otra de esas sonrisas que eran capaces de eclipsar el sol y el corazón de él empezó a latir a más velocidad. Ella subió los escalones y pasó al lado de él.

—¿A dónde vas?

—Quiero ver cómo va la reforma, hace un par de días que no entro y necesito saber cuánto han avanzado los chicos —explicó ella y añadió—: Cuánto habéis avanzado vosotros. No se me olvida que tú estás arrimando el hombro como uno más.

Entraron en la casa y Maggie pegó un pequeño grito cuando vio la enorme cantidad de cajas largas que había apiladas por todo el salón.

—¿Es... Es el suelo laminado? —preguntó con entusiasmo mientras daba pequeños

saltitos.

—Creo que sí —contestó él divertido—. Abramos una caja y salgamos de dudas.

Alan buscó un cúter entre las herramientas que había por allí, abrió una caja por un lateral y con cuidado sacó una larga lámina. Presentaba un dibujo de los nudos típicos de la madera, y el tono era de un roble clásico claro. Le tendió la lámina a ella, quien la cogió con una sonrisa.

—El color es precioso —dijo mientras la giraba para verla mejor desde diferentes ángulos.

—Empieza a haber poca luz aquí. Espera que encienda algo. —Alan se acercó hasta el interruptor temporal que los obreros habían instalado en una de las paredes y encendió una solitaria bombilla que colgaba del techo, justo en medio de la habitación.

—Hay que quitar algunos de los árboles que hay alrededor de la casa en esta parte, ya lo he hablado con Amanda esta mañana —explicó Maggie sin dejar de admirar lo que tenía en la mano—. Tengo que confesar que me sorprendió bastante cuando decidiste poner suelo laminado en vez de parquet, aunque para mí es una muy buena opción y mucho más fácil de mantener en buen estado que este último.

—Precisamente por eso lo elegí —dijo él al tiempo que ella lo miraba.

—La verdad es que no eres lo que esperaba, Alan.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo esperabas que fuera?

Maggie depositó la lámina encima de la caja de donde la había sacado él. Giró la cabeza hacia arriba y lo miró a los ojos. Alan sintió esos ojos oscuros fijos en él y un pensamiento acudió a su mente de manera inesperada: quería despertar todas las mañanas del resto de su vida con esos ojos dándole los buenos días. Un calor inundó su pecho junto con ese pensamiento y no pudo evitar acortar la distancia que había entre ambos.

—Pues pensé que eras un rico engreído, de los que le gustan tener una novia que poder enseñar allá adonde vayan, con un carácter egoísta y superficial.

Alan no pudo evitar soltar una carcajada, negando con la cabeza se acercó más a ella.

—Has hablado en pasado. ¿Qué es lo que opinas de mí ahora?

Con un gesto lento, le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja de ella. Era algo que había hecho varias veces y que no podía evitar repetir cada vez que veía ese montón de pelo rebelándose por escapar de la cola de en la que solía llevar su melena recogida.

—Ahora... Ahora te conozco, y sé que no eres así. Eres justo lo contrario a lo que pensé —susurró ella.

Aquellas palabras derribaron toda la resistencia que Alan había estado usando en las últimas dos semanas, cuando estaba cerca de Maggie. La deseaba, el perfume de ella lo embriagaba cuando estaban juntos, su risa despertaba una felicidad en él que no quería dejar de sentir nunca. Maggie era dulce, divertida y sabía ponerlo en su sitio cuando consideraba que se excedía.

Se pegó a ella, la abrazó y sin ningún preámbulo, la besó. Cuando sintió que ella no intentaba separarse y respondía a su beso, la estrechó más contra él y profundizó el beso. Maggie gimió en su boca cuando sus lenguas se encontraron, y le echó el brazo izquierdo alrededor del cuello, enredando sus dedos en el pelo de él.

Aquello fue demasiado para Alan, todo a su alrededor se redujo a ella y a ese beso. La pasión que había estado conteniendo desde hacía tiempo se desató y supo que, si ella no lo detenía, no habría vuelta atrás. Deslizó las manos por la espalda de ella, le agarró las nalgas y la empujó hacia él. Quería que ella sintiera su deseo, la erección que le provocaba constantemente, quería transmitirle todo lo que sentía por ella.

Siguió besándola, entrelazando su lengua con la de ella, sin separar sus cuerpos. La empujó con cuidado y retrocedieron torpemente unos pasos hasta la pared contraria. Cuando chocaron con la pila de cajas de suelo laminado, Alan la cogió en peso y la sentó sobre ellas. Apoyó las manos en los muslos de ella y fue subiendo lentamente, disfrutando de la piel sedosa y caliente de ella.

Maggie apartó el brazo escayolado hacia un lado y deslizó el otro por la espalda de él. Alan quería sentir las manos de ella en su piel. Se separó un momento de ella y se quitó la camiseta que llevaba, Maggie emitió un jadeo cuando él se quedó semidesnudo. La mirada que paseó por su torso hizo que a él le hirviera la sangre. Se abalanzó sobre ella, una mano debajo de la falda y la otra acariciándole el pecho por encima de la camiseta haciendo que se arqueara hacia él buscando ese contacto. La besó con una pasión desatada que ya no quería ni podía reprimir más, subió poco a poco la mano con la que acariciaba el muslo de ella hasta dar con la ropa interior de ella. Intentó apartar la tela de algodón que cubría el centro de Maggie, pero sintió que los dedos le temblaban, así que la levantó con un brazo y con la mano libre tiró de las bragas y las deslizó por las piernas de ella hasta que cayeron al suelo.

Volvió a depositarla suavemente en las cajas, le levantó la falda y su mano buscó los pliegues empapados de Maggie, la acarició entre las piernas y absorbió cada uno de los jadeos de ella besándola sin descanso. Movié los dedos arriba y abajo, jugó con el centro del deseo de Maggie y cuando le introdujo un dedo, ella rompió el beso y dejó caer la cabeza hacia atrás con una expresión de éxtasis infinito que dejó a Alan petrificado. Era lo más hermoso que él había visto en su vida.

Maggie notó que él se había quedado quieto, enderezando la cabeza lo miró a los ojos. Se inclinó hacia él para besarlo y mientras lo hacía, con la mano izquierda forcejeó para desabrocharle el pantalón. Un resquicio de lucidez se abrió paso en la mente de Alan y recordó que Maggie era diestra y que esa mano no la tenía disponible con la escayola. La soltó, con ambas manos se desabrochó el botón del pantalón y se bajó la cremallera. Ella no lo pensó dos veces, con la mano liberó el miembro de él y comenzó a acariciarlo de arriba abajo.

Los pensamientos de Alan se disolvieron, lo único que ocupaba su mente eran los dedos de Maggie jugando con su longitud. Volvió a besarla, esta vez con más rudeza. Le acarició ambos pechos por encima de la ropa con brusquedad, deteniéndose en los pezones, ella volvió a gemir y Alan llegó a su límite.

La agarró por las nalgas y la empujó hacia el borde de las cajas. Maggie se aferró a su hombro y le enroscó las piernas por la cintura. La sujetó con más fuerza y se introdujo en ella en un solo movimiento. Todo dejó de existir para Alan, excepto el punto en el que ambos estaban unidos. La calidez de ella lo inundó y comenzó a moverse dentro de Maggie, saliendo y entrando cada vez a mayor velocidad. Los jadeos de ella aumentaron en intensidad, Alan la besó en los labios y después bajó al cuello mientras las uñas de ella se le clavaban en la piel del hombro. Aumentó el ritmo hasta que Maggie gritó su nombre y los espasmos de su orgasmo envolvieron su miembro. Alan se dejó ir y con una exclamación explotó dentro de ella mientras el placer le recorría todo el cuerpo.

Se quedaron en esa posición durante un minuto, ambos intentando recuperar la normalidad en su respiración. Alan se despegó un poco de ella y la encontró con los ojos cerrados, los labios enrojecidos y el pelo suelto cayéndole por la espalda. El corazón de él se expandió ante la visión de ella, relajada y sonrojada, una mueca de felicidad en su boca. Se retiró de ella y Maggie abrió los ojos, la visión todavía desenfocada por el placer que acababa de sacudirle el cuerpo.

Alan echó un vistazo a su alrededor, no encontró lo que buscaba así que fue a por el bolso

de Maggie, lo abrió y sacó un paquete de pañuelos de papel. Sacó uno y le limpió la humedad que se escurría entre las piernas de ella. Maggie se dejó hacer.

—Acabamos de hacerlo encima de las cajas del suelo laminado —dijo con voz perezosa.

Alan rio, le apartó el pelo de la cara y la besó de manera dulce.

—Eso parece —dijo él encogiéndose de hombros—. Déjame que te ayude a bajar de ahí.

Con mucho cuidado la agarró por debajo de los brazos y lentamente la depositó en el suelo. Ella se volvió, localizó la pinza del pelo que se le había caído y con bastante habilidad para tener un brazo enyesado, consiguió recogerse parte del pelo y que le quedara despejada la cara. Alan la abrazó y estuvieron así varios minutos. Se sentía eufórico, una felicidad lo recorría de los pies a la cabeza. Era ella, Maggie le hacía sentir todo eso.

—Creo que deberíamos irnos.

El tono en la voz de ella llamó su atención. Se separaron y Maggie alcanzó su bolso con la clara intención de marcharse.

—Espera, Maggie. ¿Ocurre algo?

—Alan, yo... Yo no esperaba que esto ocurriera—dijo ella mirándolo a los ojos.

—Maggie, lo siento. No quería que esto pasara... —Alan se pasó las manos por el pelo—. Mierda, sí que quería que pasara, lo que quiero decir es que no esperaba que nuestra primera vez juntos fuera de esta manera.

—Llévame al hotel, por favor.

Sin esperar a Alan, salió de la casa. Él la siguió, no sin antes recoger la ropa interior de ella del suelo. Al llegar al coche hizo el intento de ayudarla a subirse, pero la mirada glacial que ella le dirigió lo retuvo de acercarse.

Condujo en silencio, sabiendo que cualquier intento de conversación sería recibido con un absoluto mutismo por parte de ella. Llegaron al hotel, saludaron al recepcionista de noche y subieron hasta la habitación de ella. Alan intentó hablar con ella de nuevo.

—Maggie, me gustaría saber qué pasa. Sé que no ha sido en el mejor sitio para nuestra primera vez juntos, pero pensé que los dos queríamos esto —dijo apesadumbrado—. Pensé que sentías algo por mí.

—Alan, necesito tiempo para pensar —lo interrumpió ella—. El lunes nos vemos en la casa, iré en taxi o le pediré a Greg que me recoja.

—¿Es por Penélope? No he conseguido hablar con ella, pero estabas presente cuando le dejé el mensaje en el móvil. Si ese es el problema, puedo ir a la ciudad y buscarla. Hablar con ella cara a cara. Si es lo que necesitas, lo haré, ya había estado pensando en ello.

—No es por Penélope. O no solo por ella. —Maggie agachó la cabeza y rebuscó en su bolso hasta dar con la llave de la habitación—. Toda esta situación me ha recordado a otra que viví en el pasado y que no terminó bien. No estoy dispuesta a que vuelva a ocurrir ni a tropezar dos veces con la misma piedra.

Alan intentó decir algo pero ella negó con la cabeza y entendió que no era el momento. Podrían hablar al día siguiente, aunque ella le acababa de pedir que le diera espacio, y su última frase había sido bastante vehemente sobre no repetir errores del pasado.

Se acercó a Maggie, la costumbre de besarla en la mejilla cuando se despedían todas las noches surgió como cada día. Esta vez la mano de ella en su pecho lo detuvo. Alan se quedó inmóvil mirando la mano y después a ella.

—Buenas noches, Alan —dijo ella, entró en su habitación y cerró la puerta.

Alan se quedó un momento allí, perdido en sus pensamientos y preguntándose si no lo habría fastidiado todo con Maggie. Preguntándose a qué se había referido ella con lo ocurrido en su

pasado.

La mañana había amanecido gris y un frío viento del norte soplaba con fuerza cuando Maggie salió del hotel.

Había decidido volver a Nueva York para el fin de semana. Iba a ir a su apartamento, alejarse de los Hamptons un par de días y así poder pensar con detenimiento en todo lo que había pasado desde el comienzo de ese proyecto. Además, necesitaba ropa de abrigo. La temperatura estaba descendiendo por días y sabía que todavía le quedaban por lo menos tres semanas a la reforma de la casa. Su presupuesto no le daba para ir de compras en las exclusivas tiendas de los Hamptons, así que volver a casa era una buena opción.

El traqueteo del vagón la sumió en una duermevela intranquila. Se despertó varias veces sobresaltada, con la idea en la cabeza de que se había pasado su parada. Incluso llegó a soñar algo relacionado con Alan y el mar, aunque no fue capaz de recordar los detalles.

Se alegró cuando una voz metálica anunció por los altavoces la llegada a la estación de “Jamaica”. Maggie se levantó, cogió su bolsa y se bajó del tren. Caminó por el apeadero, intentando no recibir ningún golpe en el brazo lesionado, bajó las escaleras hasta el andén donde cogería el metro que la dejaría cerca de su casa en Brooklyn.

El metro tardó lo que a ella le pareció una eternidad, tuvo que viajar de pie por la cantidad de gente que iba en el vagón en el que se había montado y al salir no le quedó más remedio que empujar a un par de personas para que la dejaran pasar.

Cuando por fin introdujo la llave en la puerta de su apartamento y entró, pensó que había llegado al paraíso. Por fin iba a poder olvidarse de todo durante un par de días. Se tiró en el sofá y encendió la tele.



Alan estaba molesto. Había bajado a desayunar y Maggie no había aparecido. Después de esperar un rato, se dio cuenta de que ella no iba a bajar y compartir el desayuno con él, así que se comió un croissant con dos tazas de café y subió a la habitación de ella.

Después de llamar varias veces a su puerta, la última con la palma abierta, decidió llamarla al móvil. El teléfono hizo llamada una y otra vez pero nadie contestó. Por un momento se preocupó y pensó que quizá le había pasado algo, pero entonces Alan recordó las palabras de ella: «Necesito tiempo para pensar». Maggie lo estaba evitando. Le había dicho que se verían el lunes, pero para él eso era mucho tiempo. La necesitaba como el aire que respiraba, y lo que había pasado entre los dos la noche anterior había sido increíble. Se había dejado llevar por la inmensa atracción que sentía hacia ella y aunque Maggie había respondido, quizá él debería haber detenido aquello. Aunque hacer el amor con Maggie había sido, sin duda, lo más intenso que había vivido en toda su vida.

Abstraído bajó las escaleras en dirección a la calle cuando una voz lo sacó de sus cavilaciones.

—Señor Lewis, ¿busca a Maggie? —La voz provenía de la recepcionista. Una chica que, en opinión de Alan, se metía demasiado en los asuntos de los huéspedes.

—Buenos días... —comenzó a decir Alan, tratando de recordar cómo se llamaba la recepcionista.

—Susan, mi nombre es Susan, señor Lewis. —Y con una sonrisa le mostró la pequeña placa que llevaba prendida de su camisa.

—Sí, claro, Susan —repitió Alan mientras asentía—. ¿Has visto por casualidad a la señorita Evans? —preguntó él enfatizando el tratamiento de “señorita” y el uso del apellido de Maggie.

La recepcionista no pareció darse cuenta del tono que había empleado él y continuó hablando con entusiasmo.

—Sí, Maggie salió esta mañana muy temprano con una pequeña bolsa de viaje. Según me dijo, iba a la ciudad para el fin de semana —explicó ella sonriente.

—¿A Nueva York?

—Sí, eso dijo —confirmó ella.

—Muchas gracias, Susan.

Alan salió del hotel pensativo. ¿Maggie se había ido a la ciudad sin avisarle? Tuvo que admitir que si ella necesitaba espacio y tiempo para pensar, era razonable que hubiera puesto kilómetros entre los dos, aunque le doliera que ella se hubiera marchado.

Lo que Alan no podía sacarse de la cabeza era la frase de Maggie acerca de algo que había ocurrido en su pasado. «Toda esta situación me ha recordado a otra que viví en el pasado y que no terminó bien.» ¿A qué situación se refería? ¿Qué le había ocurrido en el pasado que pudiera tener algo que ver con él? Necesitaba hablar con ella, pero sabía que no le contestaría al teléfono.

Iba tan absorto andando por el camino que cruzaba el jardín delantero del hotel dándole vueltas a todo lo que había pasado la tarde anterior, que no se dio cuenta de que alguien venía en su dirección hasta que casi chocaron.

—¡Alan! ¡Qué sorpresa!

Él levantó los ojos y se encontró a Penélope a medio metro. Iba elegantemente vestida con un abrigo gris que, por lo que Alan reconoció, era lana italiana de Manteco. Él había desfilado con prendas de ese material en innumerables ocasiones y sabía que ese abrigo costaba el salario de un mes de uno de los chicos de Greg.

Penélope le dedicó una sonrisa deslumbrante, el pelo rubio brillante le caía por la espalda y llevaba unas enormes gafas de sol, a pesar de que el día estaba nublado. Soltó la maleta de ruedas que llevaba agarrada en una mano y se abrazó a él pegando su cuerpo al de Alan todo lo que la ley de la física le permitió. Él se separó incómodo.

—¿Qué haces aquí, Penélope? —preguntó irritado.

—Pues venir a verte, por supuesto. Y comprobar cómo va la reforma —dijo ella alegremente.

Alan abrió los ojos, asombrado e incrédulo.

—¿A verme? ¿Pero no has escuchado mis mensajes, Penélope? —preguntó enfadado.

—¿Me has dejado mensajes? Se me estropeó el teléfono, se me cayó en la bañera y no hubo forma de arreglarlo. Pensé que ya que tenía que comprar uno nuevo cambiaría de número. Tenía muchos contactos en el anterior que ya no eran necesarios, tú sabes —dijo dando a entender que él sabía perfectamente a qué se refería ella.

Alan había pasado de sentirse molesto al verla a estar enfadado, pero conforme ella había continuado hablando su enfado había dado paso a una intensa furia. La cogió del brazo con fuerza haciendo que tropezara con la maleta, y empezó a andar hasta la calle.

—Pero... ¿Pero qué haces, Alan? —preguntó ella sorprendida.

—Pedirte un taxi para que puedas volver a Nueva York.

—¿Por qué iba a volver a la ciudad si acabo de llegar?

La expresión inocente de Penélope no lo engañó ni un segundo. La conocía demasiado bien. Habían pasado muchos veranos juntos de niños en Martha's Vineyard cuando sus padres veraneaban allí. Habían crecido viéndose cada día en el colegio, en fiestas y en cualquier evento social al que sus padres lo habían obligado a ir. Habían estado saliendo durante dos años. No, no había forma de que ella lo engañara con ese gesto ingenuo y la expresión de confusión.

La llevó casi a rastras hasta la acera y la dejó allí. Volvió a por la maleta de ella y se la puso al lado. Sacó el móvil y empezó a marcar el número de la empresa de taxis del pueblo.

—Alan, ¿qué estás haciendo? No entiendo nada.

—Enviarte de vuelta a tu casa y espero que esta vez entiendas que hemos terminado. Es definitivo.

—¿Cómo que hemos terminado? —La expresión en el rostro de Penélope cambió—. ¿De qué estás hablando?

Alan se puso el móvil en la oreja mientras este emitía la señal de llamada, pero Penélope se lo arrancó de las manos y colgó.

—Alan, exijo ahora mismo una explicación. No sé de qué hablas —dijo en tono autoritario.

Alan le quitó el teléfono de las manos. Lo bloqueó y se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—Penélope, no entiendo qué haces aquí. Creo que la última vez que hablamos quedó claro que lo nuestro no funcionaba. Íbamos a tomarnos un tiempo separados para comprobar si había algo que se pudiera rescatar en esta relación, pero en mi caso, no he encontrado que hubiera nada. Te he llamado docenas de veces, te he dejado incontables mensajes y ya que no me contestabas ni devolvías las llamadas, no me has dejado más opción que en el último de esos mensajes explicarte claramente que no quería seguir contigo. Que habíamos terminado. —Los sentimientos de Alan oscilaban entre la rabia y el hastío.

Ella lo miró con la sorpresa dibujada en la cara.

—¿Pero de qué hablas, Alan? Estamos juntos, nadie ha dicho nada de romper, terminar o lo que sea. Estamos comprometidos —dijo enseñándole el anillo de compromiso que llevaba en el dedo anular.

—Puedes quedarte el anillo Penélope, pero lo nuestro termina aquí. Hace tiempo que esto no funciona y no deseo continuar en una relación que es una farsa. —Miró alrededor para comprobar que no había nadie cerca, odiaba dar espectáculos. —Te agradecería que le dejaras al conserje de tu edificio mis cosas, pasaré la semana que viene a por ellas.

Penélope pareció por fin reaccionar, y saliendo de su estupor tiró del brazo de él para que la mirara.

—¿Cómo que se ha terminado? Aquí no se ha acabado nada, nos queremos y vamos a casarnos. No vamos a romper nuestra relación porque tú estés confuso o lo que sea que sientas en este momento. Me pediste que me casara contigo, y eso vamos a hacer —Le increpó.

—Penélope, no te quiero. Entiéndelo —dijo con calma, no quería alterarla más—. No te quiero y no quiero seguir contigo, no lo hagas más difícil para ti. Asúmelo y sigamos con nuestras vidas por separado.

—¿Qué sigamos con nuestras vidas por separado? —El tono de voz de Penélope había subido y ahora hablaba con un timbre de histeria—. He venido hasta aquí pensando en verte, visitar la casa y pasar unos días contigo, ¿y rompes conmigo así de improvisado?

Alan intentó calmarse, Penélope estaba hablando casi a gritos. Miró alrededor y no vio a nadie, aunque estaba seguro de que la recepcionista estaría muy pendiente de ellos desde una

ventana.

—Penélope, hace un mes que no hablamos ni nos vemos. No has intentado siquiera contactar conmigo, y como te conozco, estoy seguro de que has escuchado mis mensajes aunque lo niegues. Así que por favor, acepta mi decisión de no querer seguir con esta relación. Vuelve a casa y continúa con tu vida.

—Es por ella, ¿verdad? —Le escupió.

—¿De qué hablas?

—La diseñadora esa. Vi cómo os mirabais la última vez que estuve aquí. —Las palabras de Penélope destilaban desprecio.

—Maggie no tiene nada que ver con esto.

—¿Maggie? ¿Qué has visto en ella? ¡Es una don nadie!

Los ojos de Penélope chispeaban de odio. Alan nunca la había visto así. Sabía que siempre había sido caprichosa, sus padres la habían malcriado, pero nunca había atisbado maldad en ella. Quizá le había estado ocultando siempre su verdadera personalidad.

—Penélope, haznos un favor a los dos y vete a casa. Lo nuestro ha terminado y es mejor que no volvamos a vernos.

Dicho esto, Alan decidió que no había nada más que hablar, no iba a continuar discutiendo con ella. Penélope tendría que entenderlo y aceptarlo, pero en estos momentos era una tarea inútil intentar seguir hablando con ella. Se dio la vuelta y se fue caminando calle abajo sin volver la vista atrás hacia su exnovia.

∞

Pasaron varios minutos en los que Penélope se quedó allí, conmocionada y enfurecida intentando comprender por qué su plan no había funcionado.

Alan parecía empeñado en romper con ella. Pensó que ignorar sus llamadas haría que él se diera cuenta de la tremenda estupidez que había estado a punto de cometer. Por eso había planeado no decirle que había escuchado aquel fatídico mensaje. Quería ahorrarle la vergüenza de que tuviera que disculparse con ella por haberlo enviado.

Pero parecía que él estaba convencido de terminar con su relación. Penélope no lo entendía, pero lo que la encolerizaba es que pudiera dejarla por aquella chica insulsa. La diseñadora no era guapa, ni tenía estilo ni una educación a la altura del estatus de Alan. Era simplemente una trabajadora de clase media. ¿Qué podía ofrecerle a él que no tuviera ella?

No iba a rendirse. Iban a casarse, tenía un anillo en su dedo que así lo demostraba y eso no iba a cambiar. Además, nadie la dejaba plantaba. Era ella quien decidía qué personas se quedaban o no en su vida. Y había decidido que Alan y ella eran la pareja perfecta. Quedarían de maravilla en los reportajes de las revistas de moda, y en las fiestas a las que acudía toda la gente que era alguien en Nueva York y donde ellos serían el centro de atención. Penélope había planeado el resto de su vida con Alan.

No, ella no iba a perder nada de que había imaginado que sería su vida. Solo tenía que hacer que la balanza se inclinara a su favor y para ello tendría que poner en marcha la segunda parte de su plan.

Maggie pagó al taxista que la había llevado desde la estación de East Hampton al hotel. Se bajó del vehículo y le dio las gracias al hombre por ayudarla con la maleta. Se quedó de pie en la acera, a la luz de las farolas de la calle, frente a la entrada de The Cottage Inn. Suspiró, con la mano izquierda tiró de su maleta con ruedas y se encaminó hacia la puerta.

Nada más entrar vio como Nick, el recepcionista de noche, la señalaba y un hombre trajeado y con poco pelo esbozaba una mueca de disgusto en la cara. Maggie no había visto nunca a ese hombre, este intercambió un par de frases con el recepcionista mientras ambos miraban hacia donde ella estaba. No sabía de qué podían estar hablando, eran las nueve de la noche y estaba cansada, solo quería llegar a su habitación y dormir. El día siguiente iba a ser un poco complicado, tendría que afrontar la situación con Alan y aunque había tomado una decisión respecto a ellos dos, había algo que tenía que contarle y eso la inquietaba. Había recuerdos que eran dolorosos a pesar de que hubieran pasado varios años.

Se encaminó hasta el ascensor cuando el hombre del traje la interceptó.

—Buenas noches, mi nombre es Edmond Lannis y soy el director del hotel. Es usted la señorita Evans si no me equivoco. —La presentación del hombre fue un tanto forzada y a Maggie le llamó la atención que este no le tendiera la mano a modo de saludo.

—Sí, soy yo. Encantada de conocerlo —respondió ella con cautela. Había algo extraño en el comportamiento del director del hotel.

—Si es tan amable, señorita Evans. Me gustaría hablar con usted sobre un asunto bastante serio. Desearía que me acompañara a su habitación, por favor. —El hombre hizo un ademán para que lo acompañara.

—Precisamente me dirigía a mi habitación. Acabo de llegar de la ciudad y...

No pudo continuar ya que el hombre la interrumpió.

—¿Ha estado fuera el fin de semana? Pensé que había pasado estos días aquí en East Hampton. Según me han comentado nuestros empleados, no suele usted marcharse los fines de semana.

—Y así ha sido en el tiempo que llevo aquí hospedada, hasta que el sábado decidí marcharme a la ciudad. Estoy aquí por motivos de trabajo, como seguramente sus empleados le habrán explicado. —Maggie no pudo evitar que el rostro de la recepcionista de día del hotel apareciera en su mente—. Pero no entiendo este interrogatorio, señor Lannis.

El tono molesto en la voz de Maggie hizo que el director se aflojara la corbata en un gesto de incomodidad.

—Por favor, subamos a su habitación y le mostraré el motivo de mis preguntas.

Ella asintió y lo siguió con la maleta hasta el ascensor. Subieron a la primera planta en silencio. Cuando llegaron a la puerta de la habitación, el director del hotel sacó un llavero que contenía varias llaves.

—Antes de entrar, me gustaría confirmar que usted tiene su llave. Nick me ha confirmado que no está en recepción con el resto de llaves, deduzco que usted no la entregó cuando se marchó ayer, ¿es correcto?

—Sí, efectivamente. Si me permite un momento, la tengo en mi bolso. —Maggie rebuscó en su bolso hasta que dio con ella, la sacó y se la enseñó al hombre.

—De acuerdo, gracias. —Se acercó a la puerta y la abrió, invitó a Maggie a entrar antes que él.

Maggie entró a la habitación seguida del director y no había dado tres pasos cuando se quedó parada sin poder creer lo que veían sus ojos.

—¿Pero qué ha pasado aquí?

Intentó decir algo más, pero le fue imposible. La habitación era un completo desastre. Las sábanas habían sido arrancadas de la cama y yacían tiradas en diferentes rincones de la habitación. Pudo ver que estaban rajadas en algunas partes. Las cortinas también habían sufrido algún tipo de ataque, colgaban hechas jirones de sus correspondientes barras. El espejo que había encima de la cómoda estaba hecho añicos, las lámparas de las dos mesitas de noche estaban destrozadas y los cajones de estas tirados en el suelo.

Había manchas de vino y comida por la moqueta de toda la habitación, y las puertas del armario empotrado habían sido sacadas de sus guías. Su ropa estaba esparcida aquí y allá, aunque no parecía que hubiera padecido el mismo destino que la ropa de cama y las cortinas. Maggie ahogó un grito cuando vio la televisión plana boca abajo en el suelo, claramente con la pantalla rota. Pedazos de vidrio asomaban por debajo el aparato y Maggie comprendió que no había reparación posible para la televisión. Pero lo que más le llamó la atención fueron las pintadas que había diseminadas por toda la habitación, hechas con carmín. Reconoció al instante el tono que usaba las pocas veces que se maquillaba los labios.

Dio un paso atrás, encendió la luz del baño y confirmó que había soportado el mismo tipo de violencia que el resto de la habitación. Fragmentos del espejo decoraban la encimera y el lavabo, este último estaba resquebrajado como si hubiera recibido un fuerte impacto. Los grifos de la ducha también habían sido golpeados, y la tapa de la cisterna descansaba al lado del váter, rota en dos partes. Además, el agua empapaba el cuarto de baño por todas partes.

Maggie retrocedió, se apoyó en la pared y pasó la mirada del cuarto de baño a la otra parte de la habitación. Se llevó las manos a la boca para ahogar un sollozo. La habitación estaba totalmente destrozada. Intentó hablar, pero no fue capaz.

—Hace dos horas, los huéspedes de las habitaciones colindantes llamaron a recepción para informar de diversos ruidos. Nuestra norma es esperar un poco porque, bueno, algunos de nuestros visitantes son más ruidosos que otros —dijo el hombre aclarándose la voz—. Si el ruido persiste, nuestro personal de recepción llama a la habitación, y tanto si el huésped contesta como si no lo hace, si el alboroto continúa, entonces enviamos a alguien para que hable personalmente con la persona en cuestión.

El director hizo una pausa y la miró durante unos segundos como esperando que ella comprendiera el protocolo que le estaba explicando. Ella asintió levemente.

—En este caso, nadie contestó al teléfono. Susan, que era quien se encontraba en recepción, subió y llamó, pero nadie abrió. El estruendo continuó, así que volvió a su puesto y me llamó para que le indicara como proceder. Decidí venir, y como responsable del establecimiento, yo mismo subí y con la llave maestra entré en la habitación. No había nadie, pero me encontré con esto —dijo señalando con la mano el caos que tenían delante de ellos.

Maggie no supo que decir, ¿quién podría haber hecho aquello? No entendía el motivo de que alguien hubiera entrado allí. Entonces pensó que quizá había pasado también en otras habitaciones.

—¿Hay alguna otra habitación en este mismo estado? —preguntó en voz baja.

—No, señorita Evans. Esta es la única —contestó el hombre con gesto enfadado.

—No comprendo el motivo de que alguien haya hecho esto en mi habitación. ¿Quizá algún adolescente conflictivo? —preguntó ella.

—Señorita Evans, me temo que no me queda más remedio que llamar a la policía —

expresó de manera tajante el director del hotel—. Aunque acepte hacerse cargo de los gastos ocasionados por... por todos los destrozos, mi deber es presentar la correspondiente denuncia ante la policía.

Maggie abrió los ojos sorprendida. ¿Estaba dando a entender este hombre que ella había sido la causante de todo aquello? ¡Pero si ni siquiera había estado en el pueblo!

—Señor Lannis, creo que hay un error. Yo no he estado aquí, acabo de llegar en tren desde Nueva York. No puede estar insinuando que he sido yo la que ha hecho todo esto. —La voz de Maggie oscilaba entre la incredulidad y el enfado.

—Tenemos un testigo que afirma haber visto salir de su habitación a una mujer con su mismo aspecto físico, a la hora en que cesaron los ruidos. Usted tiene la llave de su habitación en su poder, y la llave maestra ha estado en recepción en todo momento. No entiendo cuál es su juego ni por qué, señorita Evans. Pero sí sé lo que tengo que hacer, así que le ruego que baje y espere en una de las salas. —Y diciendo esto, la instó a salir de la habitación, cerró la puerta y bajó con ella en silencio en el ascensor.

Nick, con rostro compungido, la acompañó a la sala de estar principal y se quedó allí con ella. Maggie comprendió que el director del hotel no confiaba en que ella se quedara. La confusión reinaba en su cabeza, no conseguía comprender nada de lo que estaba pasando, pero un pensamiento se abrió paso en su cabeza: llamar a Alan. Él la ayudaría, aunque fuera solo como apoyo. Necesitaba a alguien y a pesar de todas sus reticencias, Maggie sabía que podía confiar en él. Sacó su teléfono y lo llamó.

∞

Alan había cenado una porción de pizza en el mismo lugar donde lo había hecho con Maggie hacía unos días, cuando se habían llevado la comida al parque. En ese momento caminaba, con las manos en los bolsillos, por el paseo marítimo. Su pensamiento estaba ocupado en su totalidad por Maggie y la añoranza que su ausencia producía en él. Lo sentía como algo físico, no haberla tenido a su lado los dos últimos días había sido como si le hubieran arrancado una parte de su ser.

En ese momento sonó su teléfono móvil, se lo sacó del bolsillo de la chaqueta y comprobó que era precisamente ella quien lo llamaba.

—Maggie, hola, me alegro mucho de que me hayas llamado...

—Alan, estoy en el hotel y necesito que vengas —lo interrumpió ella, y añadió—: Por favor.

Alan sintió el miedo en la voz de Maggie, cómo las últimas dos palabras habían sonado a una súplica. Algo pasaba.

—¿Maggie estás bien? —preguntó angustiado.

—Sí, Alan, estoy bien, pero tengo un problema y...

Esta vez fue él quien la interrumpió.

—No te preocupes, tardo diez minutos.

Colgó sin darle tiempo a ella a despedirse, se guardó el teléfono y salió corriendo en dirección a donde había aparcado su coche. Maggie estaba en problemas y él... Él no iba a permitir que nada le pasara. Se montó en el coche y condujo de vuelta al hotel más rápido de lo que el límite de velocidad le permitía. Ya se preocuparía de las posibles multas de tráfico después, se dijo. Maggie era más importante para él que cualquier otra cosa en el mundo.

Alan tardó exactamente ocho minutos y cuarenta segundos en llegar el hotel. Estaba seguro de que un par de semáforos se los había pasado en rojo, pero no le importó. Pagaría las multas cuando las recibiera. Llegar cuanto antes junto a Maggie era mucho más importante que cualquier otra cosa.

Entró en el hall del hotel con la cara descompuesta. El recepcionista de noche no estaba en su puesto, así que se dispuso a subir la escalera que llevaba a la primera planta cuando miró a su derecha y constató que había varias personas en la sala de estar principal del hotel. No se paró a comprobar quienes eran, sus ojos solo buscaban a Maggie, cuando la vio sentada en uno de los sillones se fue hacia ella con paso rápido. Alguien le habló pero no se detuvo a mirar quién había sido. Se agachó al llegar junto a ella y la tomó de las manos.

—Maggie, ya estoy aquí. ¿Estás bien? —Le recorrió el rostro y el cuerpo con mirada inquisitoria pero no detectó ningún daño evidente.

—Alan, qué rápido has llegado... Gra-gracias por venir, no sabía a quién llamar —dijo ella con tristeza.

—Siempre puedes contar conmigo, Maggie. Llámame cada vez que necesites algo, sea lo que sea —respondió él con convicción.

Una voz conocida lo llamó desde atrás, se levantó sin soltar una de las manos de Maggie y se encontró con el jefe de policía Parker que se acercaba a él. Le tendió la mano y se saludaron brevemente.

—Hola, Alan. Me alegro de que hayas venido. Tenemos aquí una situación un tanto... peculiar —explicó el agente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alan.

Un hombre con un traje azul y una calva pronunciada que se empeñaba en tapar con algunos mechones que le crecían encima de las orejas, se acercó también con expresión indignada.

—Lo que ha pasado es que esta señorita ha destrozado la habitación en la que se hospedaba, y ahora lo niega rotundamente cuando tenemos un testigo que la ha visto —dijo de manera acusatoria mientras la señalaba con el dedo al mismo tiempo que hablaba.

—¿Cómo? —Fue lo único que atinó a preguntar Alan, mientras pasaba la mirada de Maggie al hombre.

El jefe de policía decidió intervenir en ese momento.

—Por favor, modere su tono de voz y déjeme que sea yo quien establezca los términos de esta conversación. —La mirada que el agente le dedicó al director del hotel fue suficiente para que este se alejara amedrentado y se sentara en un sillón en el otro extremo de la habitación.

—Brian, por favor, ¿qué ha pasado aquí? —le pidió Alan.

—Me han avisado de un incidente en el hotel. Cuando he llegado he recogido los testimonios del señor Lannis, director de este hotel —dijo y señaló al hombre del traje, el cual se removió inquieto ante el escrutinio de ellos—, de Nick Lemon, el recepcionista de noche, y de Maggie. Al parecer alguien ha entrado en la habitación de ella, la ha destrozado por completo y se ha marchado.

—¡Como que alguien! ¡Ha sido ella! —exclamó el director señalando a Maggie.

Aquello enfureció a Alan, que soltó la mano de ella y dio dos pasos hacia el hombre antes de que el jefe de policía lo detuviera.

—Alan, cálmate y escúchame.

Él asintió y volvió al lado de Maggie, no sin antes dedicarle una mirada asesina al director del hotel.

—El testigo es uno de los huéspedes que se hospeda en la misma planta que Maggie, su habitación es la del final del pasillo, tres puertas después de la de ella. Dice que entraba en su habitación cuando vio cómo una mujer salía de la de Maggie. La descripción corresponde a la de Maggie: mujer de pelo negro y rizado, recogido en una coleta. Altura similar, constitución parecida y la ropa que ha descrito ha sido identificada por Maggie como suya, una camisa de rayas blancas y celestes, así como unos vaqueros negros desgastados —relató Brian.

Alan miró a Maggie y ella asintió afligida.

—Maggie me ha contado que ha llegado al hotel sobre las nueve y cuarto de la noche —continuó el policía—. Ha venido en tren desde Nueva York, me ha enseñado los billetes de ida y vuelta. Cuando vuelva a la comisaría intentaré contactar con la estación para que me confirmen si esos billetes han sido validados, aunque lo más probable es que hasta mañana no pueda hacer esta comprobación. Ella afirma que ha estado en la ciudad estos dos días, pero no ha visto ni hablado con nadie.

—Brian, no puedes creer en serio que ella haya hecho eso en su habitación —dijo Alan.

—Alan, la habitación ha sido completamente destrizada —le respondió el agente y dejó que sus palabras calaran en Alan—. He tomado fotos con mi móvil y el agente O'Neill está de camino, es nuestro experto en investigación forense. Está preparado y entrenado para recabar pruebas en cualquier tipo de escenario. Las muestras que él obtenga de la habitación las enviaremos al laboratorio forense en Hauppauge. Quizá encontremos algún resto de ADN distinto al de Maggie —explicó el jefe de policía.

—Yo no he hecho nada. Ni siquiera estaba aquí cuando todo esto ha pasado. —La voz de Maggie se oyó, baja y desesperada.

—Por supuesto que no has hecho nada, y Brian se va a encargarse de aclararlo. —Alan se agachó de nuevo junto a ella, le pasó una mano por el pelo y la besó en la cabeza.

—Voy a solicitar a la empresa de vigilancia las imágenes de todo el día de hoy. El hotel tiene varias cámaras en los pasillos, pero las grabaciones se hacen y almacenan directamente en la propia empresa de vigilancia. Las analizaremos e intentaremos identificar de manera clara a la persona que entró y estuvo en la habitación de Maggie. —Las palabras del agente tranquilizaron a Alan, y comprendió que Brian no pensaba que hubiera sido Maggie.

El jefe de policía le hizo un gesto al director del hotel para que se acercara.

—Por cierto, Alan, este es el señor Lannis, director del hotel.

—Me lo había imaginado —masculló él, negándose a ofrecer su mano a ese hombre.

—Señor Lannis, le acabo de explicar al señor Lewis toda la información que tenemos en estos momentos así como las declaraciones que hemos recabado. Le ruego que mantenga la habitación cerrada bajo llave y que nadie entre en ella. Mucho menos que vayan a limpiarla. —Las palabras del agente fueron más una orden que una petición, el director asintió con ímpetu y le entregó el llavero con las llaves maestras que existían de todas las habitaciones del hotel.

Maggie le entregó la suya al jefe de policía antes de que se la pidiera, y volvió a hundirse en el sillón. Alan la miró desolado, ¿cómo podía el gilipollas de Lannis pensar que ella era la responsable de semejante barbarie? Maggie era la persona más dulce que había conocido en su vida, no había maldad en ella.

—Está bien, por esta noche esto es todo. Vayan a descansar y mañana les iré formando de los avances en nuestra investigación. Yo esperaré a que el agente O'Neill llegue y haga su trabajo. —El agente sacó su teléfono, salió a la calle e hizo una llamada.

Alan y Maggie se quedaron a solas con el director del hotel.

—Señor Lannis, si nos disculpa nos vamos a retirar a mi habitación. La señorita Evans necesita descansar —dijo Alan mientras ayudaba a Maggie a levantarse del sillón.

—Lo siento mucho, señor Lewis, pero la señorita Evans no puede seguir hospedándose en nuestro hotel —contestó el director con la barbilla levantada y un tono de desprecio que a Alan no se le pasó por alto. La marcha de Brian parecía haberle devuelto la arrogancia a ese hombre.

—¿Cómo dice? —pregunto él.

—Lo que ha oído. Como comprenderá, no podemos dejar que una posible criminal se quede en nuestro hotel. Nuestra reputación es intachable y un incidente como el de hoy...

Alan no lo dejó terminar. Soltó a Maggie, la cual se tambaleó un poco y se agarró al sillón para recuperar el equilibrio. Alan cogió al director del hotel por las solapas y lo zarandeó un par de veces.

—Como vuelva a llamarla criminal, le aseguro que voy a borrarle esa expresión insolente de la cara a puñetazos. —La voz de Alan había adquirido un tono peligroso y que no dejaba lugar a dudas de que lo llevaría a cabo.

—Suélteme, por favor —dijo el director con voz temblorosa.

Maggie agarró el brazo de Alan desde atrás, y él se dio cuenta de lo que estaba haciendo. La furia ciega que lo había invadido cuando ese hombre la había insultado se desvaneció. Lo soltó y se volvió hacia ella.

—No te preocupes, cariño, todo va a estar bien. —Le acarició la mejilla con suavidad—. Señor Lannis, nos vamos de su hotel. Pasaré mañana para pagar la cuenta y recoger mis cosas. Quizá no lo sepa, pero acaba de perder a bastantes clientes. Digamos que tengo muchos conocidos en la ciudad que suelen veranear en los Hamptons. En el Upper East Side no suele gustar este tipo de... cortesía. Buenas noches. —Cogió a Maggie de la mano y con la otra agarró la maleta de esta, y con paso firme la guió hasta la entrada del hotel.

El señor Lannis se quedó allí en la sala de estar, con semblante pálido y preguntándose si no habría cometido un error. Se propuso averiguar quién era Alan Lewis, le preguntaría por la mañana a Susan, seguro que ella lo sabría. Necesitaba saber qué tanta influencia podría tener este joven en el futuro de su negocio.

Alan acomodó a Maggie en el asiento del acompañante de su coche con mucho cuidado. Parecía estar todavía en estado de shock. Metió la maleta en el maletero y subió al coche. Hizo una rápida búsqueda de hoteles en la zona y encontró uno que, según indicaba su web, tenía habitaciones libres. Dejó el teléfono en el reposabrazos y puso el vehículo en marcha en esa dirección.

Iban en silencio hasta que Maggie habló.

—No entiendo nada de lo que está pasando, Alan —dijo en un susurro.

—No tienes por qué preocuparte ahora, Maggie. Brian va a investigarlo y llegar al fondo del asunto. Encontrará quién ha sido. —Su voz destilaba ira.

—Tú me crees. —No fue una pregunta, Maggie lo miró con lágrimas en los ojos.

—Por supuesto que te creo, Maggie. Sé que eres incapaz de hacer algo semejante —dijo él—. Además, no tiene ningún sentido que destrozaras tu propia habitación de hotel después de haber estado un mes hospedándote ahí —explicó Alan.

—Gracias. No sabes lo que significa para mí que me creas. Que estés de mi parte. —Maggie depositó la mano encima de la de él y se aferró a ella suavemente.

Alan desvió un momento la vista de la carretera hacia las manos de ambos y después miró a Maggie. La expresión que vio en su rostro lo conmovió en lo más profundo de su ser.

—Maggie, yo siempre estaré a tu lado para cualquier cosa que necesites. Puedes contar conmigo siempre. —Se llevó la mano de ella a los labios y la besó—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Ella abrió los ojos sorprendida, agachó la cabeza y lentamente retiró su mano de la de él y la colocó en su regazo. Alan no dijo nada sobre ello y siguió conduciendo.

Llegaron al hotel en cinco minutos, a aquella hora no había apenas tráfico. El hotel, The Haybarn Inn, estaba ubicado en la zona norte de la calle principal del pueblo.

Bajaron del coche, Alan sacó la maleta de Maggie y ambos se dirigieron a la recepción del hotel. Alan fue el que habló, saludó y preguntó qué habitaciones tenían disponibles. La recepcionista, una chica joven que se presentó como Alice, les dio la bienvenida y les explicó que solo tenían dos habitaciones disponibles. Una de ellas era la Suite Capitán y la otra era una habitación doble simple. La suite era la habitación más grande en tamaño que tenían en el hotel, y también la que contaba con una decoración única, así como un servicio personal exclusivo. Alan entendió inmediatamente que lo que la chica les describía era, en otras palabras, la habitación más lujosa del establecimiento.

Miró a Maggie y ella le devolvió una mirada cansada cargada de tristeza. Aquello lo ayudó a decidir, Maggie necesitaba un buen sitio de descanso. Le pidió a Alice que los acomodara en la suite indicándole que podían ellos solos encargarse de su equipaje. En realidad, lo único que traían era la pequeña maleta de Maggie, hasta el día siguiente Alan no recuperaría sus pertenencias del otro hotel. Entraron en el ascensor y subieron a la segunda planta donde estaba la habitación.

Maggie entró primera, dejó su bolso en la mesa de la sala de estar y giró sobre sí misma admirando la habitación.

—Alan, ¡esta habitación es enorme! ¿Qué voy a hacer con tanto espacio? —dijo ella sorprendida.

—Bueno, como la vamos a compartir, mejor tener todo este espacio, ¿no crees? —le

contestó sonriente al ver que ella parecía haber salido, por fin, del abatimiento en el que había estado hundida la última hora.

Maggie se giró con brusquedad y entrecerrando los ojos le dijo:

—¿Cómo que vamos a compartir la habitación? ¿Y cuántas camas hay en esta? —Se cruzó de brazos y lo miró con el ceño fruncido.

Alan notó cómo se sonrojaba, algo que no le había vuelto a pasar desde la primera vez que tuvo que posar desnudo con una modelo para una sesión fotográfica. Se pasó la mano por el pelo e intentó pensar en cómo explicarle a Maggie lo que sentía.

—Esto... Maggie, no puedo... —Se interrumpió a sí mismo, intentando poner sus pensamientos en orden—. No quiero que estés sola. Por lo menos hasta que Brian averigüe que está pasando. No podría dormir pensando que alguien pueda entrar en tu habitación.

Ella miró alrededor y localizó el dormitorio. Con paso firme se acercó y asomó la cabeza dentro. Además de una cama enorme, había un sofá y un sillón en la misma habitación, así como una acogedora chimenea. Se volvió hacia él con una expresión de escepticismo en el rostro y cruzando los brazos dijo:

—Supongo que tú piensas dormir en el sofá, ¿no es así?

Alan, que la había seguido hasta el dormitorio, miró el sofá primero y después a ella.

—He pensado que podíamos compartir la cama, Maggie. Es una king size, hay espacio de sobra para los dos —dijo él ofreciéndole una sonrisa deslumbrante.

—No vamos a dormir en la misma cama, Alan.

—¿Por qué no?

—Porque no voy a compartir la cama contigo —repitió de manera rotunda.

Alan se acercó a ella lentamente y Maggie retrocedió un par de pasos. Pero él la detuvo sujetándola por ambos brazos.

—Maggie, pensé que a estas alturas ya sabrías lo que siento por ti —dijo mientras la miraba a los ojos—. Quiero estar contigo, que salgamos y hagamos cosas juntos. Sabes que Penélope es historia. Después de lo que pasó el viernes y estos días alejados, bueno... Yo pensé que querrías seguir adelante con lo que hay entre nosotros. Porque sé que tú sientes algo por mí.

—Alan, ese no es el problema.

—¿Entonces, cuál es? —preguntó él frustrado.

—Por favor, Alan, no tengo ganas de hablar. Es tarde y estoy cansada.

Alan la observó un momento, la atrajo hacia sí y la abrazó. Ella le dejó hacer, apoyó la cabeza en su pecho y soltó un leve suspiro. Después de estar así unos minutos, Alan la dejó ir y buscó por los armarios de la suite sábanas y mantas. Preparó resignado el sofá para dormir y se dijo así mismo que Maggie solo necesitaba tiempo.

El último pensamiento que se le pasó por la cabeza, mientras el sueño comenzaba a invadirlo, fue las palabras que ella le había dicho el viernes, después de que hubieran hecho el amor sobre un montón de cajas. Algo sobre recuerdos del pasado y no tropezar con la misma piedra. Le preguntaría al día siguiente, pensó, justo antes de caer en las garras de Morfeo.

∞

Al contrario de lo que había pensado, Maggie durmió profundamente y se despertó completamente descansada. Abrió los ojos lentamente y se despezó con un gesto de satisfacción. Esa cama era mucho mejor que cualquier otra en la que hubiera dormido.

Se incorporó y miró al hombre que dormía justo en frente de ella arropado por una manta.

El pelo oscuro le caía por la cara, los pies asomaban por encima del brazo del sofá y la manta se le había resbalado de los hombros descubriendo así parte de su torso. Con un simple vistazo comprobó que no se había equivocado al pensar que había bastante músculo debajo de la ropa que solía llevar.

—Si sigues mirándome de esa manera voy a meterme debajo de esas sábanas contigo... y no me hago responsable de lo que pueda pasar.

La voz la sacó de su abstracción y se dio cuenta de que había estado recorriendo el cuerpo de Alan de arriba abajo deleitándose con la visión del mismo.

—L-lo siento, yo no quería... Es decir, yo no estaba... —Sintió el calor subir a sus mejillas y se cubrió la cara parcialmente con el edredón.

Alan abrió los ojos, con gesto somnoliento sacó los brazos de debajo de la manta y los estiró por encima de su cabeza. La pieza de tela que lo cubría se deslizó hasta su cintura y su pecho quedó completamente al descubierto, mostrándole a Maggie un abdomen de músculos marcados. Contuvo la respiración recreándose en ese físico increíble que se exhibía ante sus ojos.

—Veo que mi advertencia —comenzó a decir Alan mientras retiraba completamente la manta y se levantaba del sofá despacio—, no ha servido de nada. Atente a las consecuencias.

Se acercó a la cama lentamente. Su cuerpo estaba desnudo a excepción de unos calzoncillos de color negro. Retiró el edredón y la sábana, y muy despacio se metió en la cama. Se tumbó de lado, con la cabeza apoyada en una mano y la miró a los ojos.

—Aquí me tienes, ¿qué vas a hacer conmigo?

La voz de Alan era apenas un ronroneo. Le pasó despacio un dedo por el contorno de la cara y Maggie se estremeció. Deseaba a ese hombre, no podía dejar de pensar en lo que habían hecho sobre un montón de cajas y el recuerdo le hacía hervir la sangre.

—No voy a hacer nada, deberíamos levantarnos e ir a la casa.

—Maggie, no hay ningún otro lugar en el mundo ahora mismo en el que quisiera estar.

Se acercó a ella y la besó. Fue un beso suave, pero los sentidos de Maggie despertaron y sin pararse a pensar lo que estaba haciendo le echó el brazo izquierdo por el hombro y tiró de él hacia su cuerpo. Sintió la sorpresa en Alan, pero él inmediatamente respondió y profundizó el beso mientras la abrazaba con fuerza y la pegaba más a él.

La unión de sus bocas se volvió apasionada, los labios se rozaron con rudeza y cuando los de él descendieron por su cuello, Maggie gimió.

Alan la apretó contra su cuerpo y en un giro rápido la colocó encima de él, quedando Maggie tendida sobre ese cuerpo duro y firme. Sentía el calor que desprendía la piel de él a través de la camiseta de su pijama, la ropa empezó a estorbarle. Intentó moverse para desprenderse de alguna prenda, pero el agarre de él y su brazo escayolado le dificultaron los movimientos.

—Maggie, si sigues moviéndote así, esto va a terminar incluso antes de que haya empezado —dijo él con un punto de diversión en la voz.

Maggie se quedó quieta, había fuego en los ojos de él. Se percató del bulto que empujaba contra la parte inferior de su vientre y se dio cuenta en ese momento que se entregaría siempre a él. Estaba colada por él, y por más que lo sucedido en el pasado le provocara terror ante la posibilidad de volver a pasar por lo mismo, sabía que su corazón se había entregado a Alan y no había vuelta atrás.

—Entonces deberías ayudarme a quitarme la ropa —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

Alan pareció sorprenderse, pero la expresión duró poco en su rostro para dar paso a una de profundo anhelo. Deslizó las manos por la espalda de ella, llegó a su trasero y lo apretó con fuerza al mismo tiempo que frotaba su erección contra el cuerpo de Maggie.

Ella echó la cabeza hacia atrás gimiendo de nuevo y Alan empezó a tirarle del pijama para sacar la parte superior. En ese momento, el teléfono de Maggie sonó. Ambos se quedaron inmóviles.

—Deja que suene, seguro que no es importante —dijo él y volvió a besarla.

El móvil calló, pero unos segundos después empezó a sonar el de Alan, que había dejado en una mesa auxiliar que había junto al sofá.

—Mierda —masculló él.

—Deberíamos contestar, puede ser importante.

—¿En serio, Maggie?

Ella rió por el tono de enfado con el que Alan hizo la pregunta. Le recordó a un niño pequeño que no había conseguido salirse con la suya.

—Sí, anda, ve y comprueba quién es.

Le dio un rápido beso en los labios y lo instó a que se levantara de la cama. Alan obedeció refunfuñando y comentando entre dientes algo como que la gente debería dejar de llamar a los demás antes de las once de la mañana.

Alcanzó el teléfono, miró la pantalla y ella leyó en los labios de Alan el nombre de Greg. Asintió, y él contestó al teléfono.

—Hola, Greg. ¿Qué tal? —Saludó Alan con poca efusividad, lo que hizo que Maggie riera —. Sí, está conmigo. Espera un momento y te la paso.

Alan se acercó a ella, le plantó un beso en los labios y luego le pasó el móvil.

—Buenos días, Greg. ¿Cómo estás?

—Hola, Maggie. ¿Va todo bien? —preguntó el constructor.

—Sí, claro. Bueno... —Maggie dudó en si contarle el incidente del hotel, pero miró hacia donde Alan estaba reuniendo su ropa y este le asintió, así que continuó—. Ayer pasó algo en el hotel donde me estaba alojando, pero estoy bien —añadió rápidamente, pues sabía que Greg se preocuparía.

—Me extrañaba que no hubieras llegado ya a la obra. Son las nueve y media, y tampoco me habías llamado. Me alegra saber que estás bien, ¿qué ha pasado?

—Será mejor que te lo cuente en persona, Greg. Ahora nos alojamos en The Haybarn Inn. Voy a prepararme y en un rato estaremos por allí, ¿de acuerdo?

—Sin problema, mis chicos y yo vamos a instalar a lo largo de la mañana la viga principal que va del salón al comedor, así que tampoco necesitamos a tu perrito faldero ayudando.

—Greg... —Lo regañó ella.

La risa de él le llegó a través del teléfono.

—Era una broma, Mags. Aunque un día tendrás que contarme qué es lo que se cuece entre vosotros dos.

—Greg, métete en tus asuntos. Te estás volviendo muy cotilla —dijo Maggie riéndose.

—Solo me preocupo por ti, Mags. Solo eso.

Se despidieron y Maggie colgó. Alan estaba en la puerta del cuarto de baño, sosteniendo la ropa y mirándola con una ceja levantada.

—Greg estaba preocupado porque no hemos llegado a las nueve en punto como todas las mañanas —explicó mientras se levantaba de la cama.

—Él siempre se preocupa mucho por ti, ¿no es así? —inquirió Alan.

—Sí, desde que nos conocemos. Es alguien muy importante para mí —respondió ella pensativa.

Alan se quedó observándola, asintió y musitó que iba a ducharse. Maggie se lo quedó

mirando, intentando entender el cambio en su actitud. Cogió su maleta, la abrió y seleccionó algo de ropa. Se dio cuenta de que no había traído ropa interior de su visita a la ciudad, porque ya tenía en el hotel. Pero su habitación había sido precintada por el jefe Parker, así que no podía entrar a recuperar su ropa hasta que la policía no terminara la investigación. Suspiró resignada, ese día tendría que llevar las bragas del día anterior. Con el sujetador no había problema y podía usarlo, pero bajo ninguna circunstancia iba a salir a la calle sin bragas. Con la decisión tomada, se sentó a esperar que Alan terminara en la ducha y poder ella arreglarse.

Llegaron a la casa una hora más tarde. Habían parado por el camino para comprar un café y un croissant para cada uno, los cuales se comieron en el coche. Alan seguía taciturno, y Maggie no sabía qué lo había podido poner en ese estado.

Greg salió a recibirlos. Al bajarse del coche, Maggie vio a Amanda sentada en la silla de su improvisado despacho.

—Por fin habéis llegado —dijo con picardía Greg. Maggie le dirigió una mirada de advertencia.

—¿Qué tal va todo? ¿Habéis instalado la viga? —preguntó Alan.

—Sí, ha costado su tiempo porque es una viga muy larga y pesada. Pero entre todos hemos conseguido colocarla. Está todavía apuntalada, porque tenemos que reubicar los cables eléctricos, pero una vez que terminemos, quedará fijada de manera permanente —explicó el constructor.

—Estupendo, voy a echar un vistazo. Nos vemos después Maggie.

Alan entró en la casa y Greg le dirigió una mirada interrogante a Maggie. Ella se encogió de hombros por respuesta.

Se acercaron ambos a Amanda.

—Amanda, siento mucho que hayas tenido que esperarme todo este tiempo. —Se disculpó Maggie.

—No pasa nada. He conocido a Greg, ha sido muy agradable conmigo y me ha dicho que podía sentarme aquí a esperarte —contestó la paisajista con una tímida sonrisa.

—Por supuesto, no iba a dejar a una chica tan guapa esperando de pie —aclaró él.

—Gra-gracias, Greg —contestó Amanda sin mirarlo a los ojos y enrojando hasta la raíz del pelo.

El constructor se volvió hacia Maggie y la inspeccionó de arriba abajo.

—Bueno, ¿y qué te ha pasado con el hotel, Mags?

Ella suspiró y se dispuso a contarles a ambos la historia de la habitación destrozada. Como el director del establecimiento la culpaba a ella, cuando ni siquiera había estado en el pueblo a esa hora. Les relató la conversación con el jefe Parker y que había tenido que buscar otro hotel, puesto que no podía seguir quedándose en The Cottage Inn. Alan había sido muy amable de encargarse de todo, porque ella no había sido capaz de salir del shock durante un par de horas.

—Hay algo que no entiendo —dijo Amanda, la cual parecía haber abandonado parte de su permanente timidez—. ¿Por qué de entre todas las habitaciones del hotel, alguien ha entrado y estropeado precisamente la tuya?

—Amanda tiene razón, es muy extraño y parece demasiada casualidad —puntualizó Greg.

—¿Qué quieres decir con “demasiada casualidad”?

—Bueno, Mags, en las últimas semanas te han pasado varias cosas... extrañas, por llamarlas de alguna manera —dijo Greg hablando despacio.

»Primero intentan atropellarte. Después está el tema de la tarjeta de crédito y ahora el destrozo de tu habitación de hotel. Sabes que a mí no me gustan mucho las historias esas de conspiraciones, pero aquí algo huele raro.

Las dos se quedaron pensativas, intentando asimilar las palabras de Greg.

—¿Piensas que alguien está intentando hacerle daño a Maggie... a propósito? —preguntó con incredulidad Amanda.

Greg se encogió de hombros, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y mirando a

la carretera exterior pareció sopesar sus siguientes palabras.

—Creo que sí. Pienso que hay alguien que va tras Maggie por algún motivo que desconozco.

Amanda se estremeció al escucharlo y se abrazó a sí misma. Miró a Maggie, el terror palpable en cada poro de la paisajista.

—Pero yo no tengo enemigos. ¡No le he hecho nada a nadie! —exclamó confusa.

En ese momento, Alan salió de la casa con una sonrisa en la cara.

—Greg, tus chicos son una fuente inagotable de chistes malos —dijo riendo.

Se detuvo al llegar al grupo y pareció entender que el ambiente que reinaba entre ellos tres era diferente al que había cuando había entrado en la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó pasando la mirada de uno a otro.

—Solo le he expuesto a Maggie lo que pienso sobre todos estos sucesos que le han ocurrido en las últimas semanas —explicó Greg.

—Pues parece que la has asustado y a Amanda también —replicó Alan ceñudo.

—No pasa nada, Alan. Estoy bien. Es solo que me ha sorprendido porque yo no.... —Se interrumpió y miró interrogante a Alan—. Tú piensas lo mismo, ¿verdad?

—Bueno, no sé qué es lo que Greg os ha contado...

—Pienso que alguien pretende hacerle daño a Maggie, aunque no sé quién ni porqué. —Lo cortó el constructor.

Maggie miró a Alan y vio en sus ojos que, efectivamente, él barajaba la misma teoría. Se sintió un poco molesta porque él no le hubiera contado lo que pensaba. Si alguien pretendía hierla físicamente, necesitaba saberlo. No creía que pudiera hacer nada al respecto, porque para empezar, no tenía ni idea de quién podría estar detrás de aquello. Pero conocer la situación hacía que ella estuviera más atenta a lo que pasaba a su alrededor.

—Deberías habérmelo dicho, Alan —lo reprendió ella.

—Tampoco es seguro, es algo que mencionó el jefe Parker. Pero me dijo que hasta que no tuviera los resultados de la investigación no podrían saber exactamente qué estaba pasando —expuso Alan, y añadió—: No quería asustarte hasta no estar seguros de qué es lo que está pasando.

Greg decidió que ese era el momento para volver adentro y seguir con su trabajo. Murmuró algo sobre que tenía que supervisar un par de cosas y desapareció dentro de la casa.

La paisajista entendió la situación y se excusó diciendo que tenía que descargar varias plantas de su coche, así como empezar a retirar los arbustos y malas hierbas.

Alan y Maggie seguían mirándose y apenas se percataron de que los habían dejado solos. Ella se cruzó de brazos y movió un pie con impaciencia.

—No me gusta que me ocultes cosas —dijo enfadada—. Y mucho menos cuando es algo que concierne a mi integridad física. ¿Estoy en peligro y no me dices nada sobre ello?

—Maggie, como he dicho, no quería preocuparte sin tener la certeza de que la teoría de Brian es correcta —explicó él, y ella tuvo que admitir para sí misma que Alan parecía arrepentido. Aquello hizo que el enfado de Maggie se diluyera y fuera reemplazado por un sentimiento de ternura.

—Alan, si quieres que las cosas funcionen entre los dos, tienes que ser sincero conmigo. No puedes mentirme u ocultarme cosas. Una relación no funciona si hay secretos, créeme, lo sé de primera mano —explicó Maggie.

—Yo no quería ocultarte nada... —Alan dejó la frase a la mitad y se la quedó mirando

fijamente—. ¿Has dicho relación?

Ella asintió despacio y Alan se acercó, la agarró por los brazos y le sostuvo la mirada.

—¿Te refieres a que quieres que lo intentemos? —preguntó él y su voz reflejó esperanza.

Maggie volvió a asentir y aquello hizo que Alan la abrazara y la cogiera en alto. Dio vueltas con ella en brazos riendo. Ella se dejó llevar y rio con él. Ambos giraron el uno perdido en el otro, hasta que él la depositó en el suelo y la besó apasionadamente.

—Vaya, veo que el mal humor que tenías esta mañana se te ha pasado —dijo ella riendo.

—¿Yo estaba de mal humor?

—Sí, después de que hablara con Greg, se te cambió la cara y apenas me has hablado viniendo para acá.

Alan la abrazó más fuerte y volvió a besarla.

—Bueno, es que Greg y tú estáis muy unidos. Tenéis una relación muy estrecha, y no sé exactamente cómo de cercanos habéis estado en el pasado...

—¿Estás celoso?

—¿Celoso? ¿Yo? ¡Qué va! Solo me preguntaba si había habido algo entre vosotros en el pasado. —Alan hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia al asunto, pero no engañó a Maggie.

—Greg y yo solo somos amigos.

—¿Siempre habéis sido “solo” amigos? —inquirió él.

Maggie rio y lo besó con ardor, lo que hizo que Alan se olvidara de Greg y de cualquiera otra persona de este mundo.

Amanda, que estaba trabajando en la rotonda de césped que había delante de la casa, los miró y sonriendo volvió a su labor de arrancar hierbajos con el rastrillo de mano que sostenía.

∞

Tampoco esta vez, ninguno de los dos se percató de la persona que, escondida detrás de la verja de entrada a la casa, los espiaba con unos pequeños prismáticos intentando contener la rabia.

Con un sentimiento de odio renovado, se giró y puso rumbo a un nuevo destino que había decidido en ese mismo momento. Tendría que tomar medidas más drásticas si quería tener éxito en la misión que se había impuesto.

Los días siguientes pasaron en una relativa calma. Alan habló un par de veces con el jefe Parker, pero este le contó que todavía no tenían los resultados del laboratorio forense y, por lo tanto, no podía adelantar nada en la investigación del caso de Maggie.

El martes los chicos de Greg terminaron de instalar la viga principal que cruzaba la mayor parte de la planta baja, y comenzaron a instalar los azulejos y los muebles de la cocina. El fontanero había llegado para trabajar tanto en el aseo de la planta baja como en los cuartos de baño de la planta superior.

Maggie se tomó de descanso el martes por la tarde y convenció a Amanda para ir de compras. Le dijo que necesitaba que alguien la llevara, y aunque Alan se había ofrecido, le explicó a la paisajista que era mucho más divertido comprarse ropa si se iba con una amiga. Aquello pareció convencer a Amanda. Fueron hasta Bridgehampton donde había un centro comercial con un Kmart y una tienda Gap, justo lo que Maggie necesitaba. Hizo acopio de ropa interior en la primera tienda, y en la última se compró un par de vaqueros. Amanda y ella pasaron una tarde de chicas divertida y entretenida, algo que hizo que su amistad se convirtiera en algo importante para ella.

Las obras avanzaban a muy buen ritmo, al final de la jornada del miércoles el suelo laminado había sido instalado en toda la planta inferior y Greg había comenzado a quitar la moqueta que se extendía por toda la planta de arriba, sus chicos habían empezado a colocar las placas de yeso de las paredes y el mismo suelo laminado que se había instalado en la planta de abajo. Alan había decidido que quería el mismo color de suelo en toda la casa, y a Maggie le había parecido una idea muy acertada.

La relación entre ellos hacía que Maggie se sintiera como en una nube. Alan seguía durmiendo en el sofá de la suite, y ella no había querido invitarlo a que compartieran la cama. No es que tuviera miedo, simplemente quería asegurarse de que aquello que había entre los dos llegaba a alguna parte. Además, sus miedos pasados no la abandonaban y por eso intentaba mantener alguna distancia entre los dos. Alan parecía haber aceptado la situación y no había vuelto a intentar nada más con ella, excepto que ahora cuando se despertaba por las mañanas o se despedía de ella para ir a algún sitio, la besaba en los labios. Los besos en la mejilla habían pasado a la historia, y a Maggie no le importaba.

El jueves la lluvia despertó a Maggie a las seis de la mañana. El repiqueteo del agua salpicando en las ventanas la sacó de un sueño en el cual aparecía una playa y un chico moreno al que no podía ver la cara. Abrió los ojos y miró al exterior a través de las persianas, la lluvia caía con fuerza y los truenos resonaban justo encima del hotel. «Amanda no podrá trabajar hoy», pensó. Se levantó y fue al cuarto de baño, decidió que se ducharía también puesto que se había espabilado y sabía que no podría ya volver a coger el sueño.

Cuando salió de la ducha, liada en la toalla, comprobó que Alan se había despertado. Estaba sentado en el sofá, en ropa interior, desperezándose y bostezando.

—Te has levantado temprano —le dijo con voz soñolienta.

—Me ha despertado la tormenta y veo que yo te he despertado a ti.

—No importa, he dormido suficiente —repuso él.

Se levantó y fue hacia ella, la abrazó y hundió la cara en su cuello aspirando con fuerza.

—Hueles increíblemente bien.

—Acabo de ducharme. El gel de baño es de jazmín y flor de loto, el mérito es del hotel —

explicó ella.

—De eso nada. Hueles a limpio y a ti misma. Es un olor que me vuelve loco.

Alan enterró la cara en el pelo mojado de ella y volvió a aspirar su aroma. Después deslizó los labios por el cuello de Maggie, depositando pequeños besos por toda la piel que iba recorriendo. Un estremecimiento la recorrió por todo el cuerpo. Ella subió los brazos e intentó enredar sus dedos en el pelo de él, sin acordarse de que todavía llevaba el brazo derecho escayolado. Alan soltó una carcajada.

—Me había olvidado de la escayola —dijo ella contrariada.

—Eso es señal de que ya no te duele.

—Eso y que cuando me besas me olvido de que el mundo existe.

—Sobre eso, no voy a quejarme —contestó él y siguió besándola por el cuello.

La besó en la barbilla y lentamente bajó hasta llegar a la toalla, pasó la lengua por el borde de la misma y Maggie no pudo evitar emitir un jadeo. Alan levantó la cabeza y la miró, un destello de puro deseo brillaba en sus ojos azules.

—Maggie, no quiero ir demasiado deprisa —dijo mirándola a los ojos—. Después de lo que pasó en la casa... Puedo esperar, no quiero que pienses que es lo único que me importa.

—Bueno, hacerlo sobre un montón de cajas tampoco estuvo mal —bromeó ella.

—Fue sublime, Maggie. Cada vez que lo recuerdo... —Por un segundo Alan se perdió en el recuerdo—. Pero no quiero obligarte a hacer nada que tú no quieras. No quiero precipitarme y estropearlo todo.

Maggie se separó un poco de él y por toda respuesta le dio un tirón a la toalla que llevaba y la dejó caer. Se quedó completamente desnuda y vio cómo Alan tragaba ruidosamente al tiempo que la recorría con la mirada de la cabeza a los pies.

—Maggie, yo no...

Ella no lo dejó terminar.

—Alan, deja de hablar y hazme el amor de una vez.

Una expresión de sorpresa cruzó el rostro de él, pero duró apenas unos segundos. Se acercó a ella, la cogió en brazos y la depositó con delicadeza en la cama. Apartó las sábanas de un tirón y de rodillas sobre el colchón la observó con ojos hambrientos.

—Eres una ninfa, Maggie —dijo él cautivado.

Ella se estremeció ante esa mirada azul penetrante que la hacía sentirse hermosa.

Alan se tumbó sobre ella y la besó. No fue solo pasión lo que Maggie sintió en ese beso, allí había ternura y deseo, pero también anhelo y entrega. Alan rompió el contacto entre sus labios y comenzó a descender, despacio, por el cuerpo de ella. La besó en cada rincón y en cada pliegue, todos los centímetros de su piel fueron recorridos por los labios de él. Maggie se sintió venerada y para cuando él llegó a los pies, ella estaba ya al límite.

—Alan, por favor —suplicó ella.

Él la miró, con un brillo travieso en los ojos y subiendo un poco por el cuerpo de ella, la agarró por las caderas y hundió la cara entre sus piernas. Maggie soltó un jadeo, levantó un poco la cabeza para ver cómo la lengua de Alan recorría lentamente sus húmedos pliegues, chupando y succionando en el lugar donde sus muslos se unían. Maggie arqueó la espalda y se agarró con fuerza a las sábanas, mientras él seguía, de manera implacable, deslizando la lengua y absorbiendo toda la esencia líquida que se derramaba desde su interior.

Maggie empezó a sentir como todo ese deseo se acumulaba en ese punto sobresaliente que había a la entrada de su cuerpo. Los lametones de Alan la hacían vibrar y ella empezó a gemir en voz alta, hasta que en un momento dado el placer explotó dentro de ella y se extendió por todo su

cuerpo haciendo que su respiración se acelerara y gritara el nombre de él.

Con una última pasada de su lengua por el pubis de ella, Alan se incorporó y ascendió por el cuerpo de Maggie. Colocó su miembro entre sus piernas y de un solo envite, se sumergió dentro de ella. Maggie todavía se estaba recuperando de los espasmos de su orgasmo, cuando sintió como la plenitud de él la llenaba completamente. Lo miró a los ojos y él le devolvió una mirada donde centelleaba un deseo profundo. Levantó las piernas y lo rodeó por la cintura instándolo a que la penetrara aún más. Alan la besó en los labios, bajó hacia el cuello y comenzó a moverse dentro de ella manteniendo un ritmo lento pero constante.

Maggie sintió como el roce de sus cuerpos volvía a encender sus sentidos, lo abrazó deslizándose sus manos por su espalda y él aumentó la cadencia de sus movimientos. Bajó las manos hasta sus nalgas, las acarició y estrujó provocando que Alan gimiera y le imprimiera mayor rudeza a sus embistes. Aquello hizo que las sensaciones se acumularan en el sitio donde sus cuerpos, unidos, se rozaban y el placer comenzó a acumularse en su interior. Alan la besó una y otra vez, mientras le susurraba lo hermosa que era. Sus palabras, junto con la fricción de sus cuerpos, la lanzaron en un nuevo estallido de placer que le nublaron los sentidos. Pocos segundos después, los movimientos de Alan se volvieron más erráticos, hasta que con un último impulso se hundió en ella profundamente y alcanzó su liberación.

Alan se desplomó sobre ella, el sudor recorriéndole la espalda mientras ella continuaba desplazando sus dedos por la misma de manera perezosa. Podía sentir los latidos de él como si estuvieran dentro de ella, se mezclaban con los suyos propios conformando una música de amor y pasión. Las lágrimas acudieron a sus ojos, se había enamorado profundamente de él, a pesar de haber intentado evitarlo, y ahora tendría que aceptar las consecuencias.

Se movió un poco para intentar liberar una pierna y él levantó la cabeza. Estaba despeinado y un ligero rubor le cubría las mejillas.

—Cuando dije que lo que hicimos sobre las cajas fue sublime, estaba equivocado. Esto de ahora es lo mejor que me ha pasado en la vida —dijo mientras su penetrante mirada azul desvelaba la sinceridad de sus palabras.

—Mmm... No ha estado mal —respondió ella, fingiendo quitarle importancia al asunto.

—¿Que no ha estado mal?

Alan se incorporó más y se apoyó en sus antebrazos. Aquello liberó a Maggie del peso del cuerpo de él y le permitió moverse.

—Era un truco para que te movieras y yo pudiera volver a respirar —dijo guiñándole un ojo—. Pero tienes razón, ha sido increíble.

—¡Serás bruja!

Él intentó sujetarla por los brazos, pero ella consiguió escabullirse y entró en el cuarto de baño para ducharse por segunda vez.

Mientras se envolvía la escayola con el plástico que le habían facilitado en el hospital para ello, pensó que había sido, sin duda, la mejor experiencia sexual que había tenido hasta la fecha.

∞

A pesar de lo que se habían entretenido en el hotel, disfrutando el uno del otro y las posteriores duchas que habían tomado, llegaron a la vivienda a las ocho y media. Greg no había llegado todavía, por lo que la propiedad estaba sumida en un silencio agradable y diferente a los ruidos que había todos los días cuando los obreros estaban trabajando en ella.

—Supongo que cuando terminen las obras así será vivir aquí —comentó Alan.

—La casa está situada en una calle residencial, el tráfico es el de los propios vecinos cuando salen o vuelven de sus cosas. Y por el otro lado tienes la playa. Tiene que ser una maravilla despertarse con el sonido del mar de fondo —dijo ella de manera soñadora.

—Por eso decidí que quería ampliar la habitación que daba a la parte de atrás y convertirla en la principal. Quiero poder asomarme a la ventana y ver el mar —explicó él—. Y la habitación de al lado será mi despacho donde podré sentarme a escribir e inspirarme mirando la playa.

—¿Escribir? —preguntó ella un tanto desconcertada.

—Bueno, eso es algo que pensaba contarte en algún momento más adelante. En una cena con un buen vino, por ejemplo. Pero supongo que ya que lo he mencionado, ahora es un buen momento: voy a dedicarme a escribir, Maggie —confesó él.

—Escribes... ¿Libros?

—Sí. En realidad, ya tengo dos escritos, uno de ellos ya tiene editorial y el otro... Bueno, espero que la misma editorial quiera publicarlo. —Alan derrochaba entusiasmo, Maggie podía apreciar lo feliz que aquello lo hacía.

—¿Esos son los estudios universitarios que tu padre no quiso pagarte?

La pregunta ensombreció el rostro de él, pero no hizo que perdiera del todo la sonrisa.

—Sí. Él quería que me dedicara a sus negocios, algo que a mí no me atraía de ninguna manera. Lo último que quería era llegar a parecerme a él en algo, por mínimo que fuera —explicó Alan—. He estudiado Literatura Inglesa en Harvard. Terminé la primavera pasada.

Maggie intentó procesar toda la información que Alan acababa de revelar sobre él mismo. Sin duda, todavía había muchas cosas que no sabía de él, pero cada una de ellas que iba descubriendo hacía que se enamorara más y más. No quería caer en la misma situación que, en el pasado, la había llevado a sentirse usada, traicionada y había destrozado su autoestima. Le había costado dos años conseguir que el mirarse al espejo no supusiera terminar llorando.

Pero el hombre que tenía delante de ella parecía estar hecho de una pasta diferente. Se había labrado un futuro contando solo en su esfuerzo y en su trabajo. No podía evitar admirarlo.

—Es fantástico que hayas conseguido todo eso por ti mismo, Alan. Estoy segura de que tu padre estaría orgulloso de ti, a pesar de los posibles problemas que tuvierais en el pasado. —Maggie no pudo evitar que su voz desprendiera orgullo.

—Créeme cuando te digo que nunca se sintió orgulloso de mí. Pero no quiero hablar de él ahora. Vamos, entremos y demos una vuelta por la casa, quiero comentarte un par de cosas en relación a la decoración del comedor. —La cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta de entrada a la casa.

Maggie sabía que hablar del padre de Alan era un tema delicado, pero quería que confiara en ella. Le molestaba un poco que él no se sintiera lo suficientemente cómodo como para abrirse y contarle todo lo que quisiera compartir con ella. Maggie quería saberlo todo de él, y sabía que quizá se estaba precipitando. Por un lado, el temor a ser engañada una vez más seguía ahí presente, pero por otro lado la necesidad de estar con él era muy fuerte. Maggie necesitaba que él, de alguna manera, le demostrara que lo que había entre ellos era verdadero y no desaparecía como la niebla de una mañana de otoño.

Entraron en la casa, Alan se paró en mitad del salón y con los brazos en jarra asintió complacido.

—El suelo ha quedado precioso, Alan. La elección del color ha sido correcta. Tienes buen ojo para el diseño de interiores, ¿no pretenderás hacerme la competencia, verdad? —dijo ella fingiendo indignación.

Alan se volvió hacia ella y la abrazó.

—Jamás se me ocurriría hacer semejante cosa. Los roles de nuestra relación están muy claros: yo escribo libros fantásticos y tú decoras casas fantásticas. —La afirmación hizo reír a Maggie.

—Bueno, tengo mi cuaderno con toda la información concerniente a tu proyecto. Vamos al comedor y me dices cuáles son tus ideas.

Ambos fueron hasta el espacio que iba a ser el comedor, pero al llegar, Alan se dio la vuelta y dirigió la mirada hacia el salón.

—¿Por qué están las cajas de los azulejos de la cocina en medio de esta habitación? —preguntó extrañado.

—Pues no lo sé, porque según puedo ver desde aquí, todavía no han terminado. Falta una pared y todo lo que es el salpicadero —contestó Maggie mirando hacia la cocina.

—Quizá alguno de los chicos de Greg se ha equivocado de cajas. Voy a ponerlas en un lateral por si están aquí por algún motivo, y luego se lo comento a él.

Alan cogió una de las cajas, de gran tamaño y bastante peso, y la depositó junto a las puertas de la terraza. Maggie escuchó un crujido y miró a su alrededor. Cuando él movió la segunda caja y la dejó en el suelo, el mismo sonido se escuchó de nuevo pero a mayor volumen. Maggie miró a su alrededor y no supo localizar de dónde provenía.

Alan agarró la tercera caja, la soltó en el suelo y al darse la vuelta, el ruido se convirtió en un estruendo.

Maggie lo vio todo como a cámara lenta. Localizó el sonido que provenía del techo, miró hacia arriba y vio como la viga que Greg y los obreros habían instalado dos días atrás se desprendía por un lateral. Al separarse de donde estaba clavada, arrastró con ella las otras vigas menores así como las placas de yeso que ya habían sido colocadas en parte del techo.

No tuvo tiempo de gritar ni de advertir a Alan. Todo el techo del salón se desplomó sobre él y quedó enterrado bajo un manto de escombros.

Maggie corrió gritando su nombre, el pánico invadiéndola en oleadas cada vez más fuertes.

—¡Alan! ¡Alan! —gritó—. Dios mío, ¿dónde estás Alan? ¿Me escuchas?

Toda la madera, yeso y resto de materiales lo habían cubierto totalmente. Maggie era incapaz de localizar ninguna parte del cuerpo de Alan. Empezó a llorar con fuerza.

—No, no, no —dijo con desesperación—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Maggie miró a su alrededor y no fue capaz de encontrar su bolso. ¿Dónde lo había dejado? Necesitaba mover algún pedazo de madera y despejar el cuerpo de Alan. Él no contestaba, seguramente estaría herido y ella... Ella necesitaba ayuda urgentemente. Volvió a gritar pidiendo ayuda, aunque sabía que era inútil hacerlo.

Pasó por un lateral de la pila de escombros como pudo. Había restos de materiales del techo por todas partes y vigas menores encima de la principal. Intentó mover las pequeñas pero fue imposible, pesaban demasiado para ella. Así que quitó algunos cascotes como pudo e hizo un hueco por la parte del montón que daba a la chimenea. Miró en el interior pero no consiguió distinguir a Alan. Necesitaba ayuda urgentemente.

Salió al exterior por las puertas que daban al patio posterior y corriendo como si el mismísimo diablo la persiguiera fue en dirección a la casa vecina. Tuvo que recorrer bastante espacio, las propiedades en aquella zona eran enormes y la de Alan seguía ese patrón también.

Llegó a una fila de setos que delimitaba la propiedad y se puso a gritar pidiendo ayuda. La casa vecina tenía también un amplio jardín con muchos más árboles que en el terreno de Alan, pero vio alguna luz encendida en la vivienda y rogó que la escucharan.

Gritó y volvió a gritar con toda la fuerza que le permitían sus pulmones, mientras las lágrimas seguían brotando de sus ojos. Entonces escuchó el ruido de una puerta al abrir y cerrarse.

—¡Socorro! ¡Estoy aquí, en la casa vecina! ¡Por favor, necesitamos ayuda! —gritó ella desgañitándose porque la oyera alguien.

Unos pasos presurosos hicieron que dejara de chillar. Intentó mirar por entre los árboles y arbustos, y justo cuando pensaba que se lo había imaginado, una mujer rubia con un delantal apareció en su campo de visión. Maggie se llevó la mano a la boca sollozando.

—¡Oh, Dios mío! ¡Aquí, por favor!

La mujer llegó a la altura del seto casi sin aliento.

—¿Eres tú la que estaba gritando? —preguntó mirándola preocupada.

—Sí, por favor. Necesito que llame a emergencias, el techo se ha desprendido y mi novio ha quedado atrapado. Estamos haciendo obras y no sé qué ha pasado...

—Tranquila, no hace falta que me lo cuentes todo. Vuelve a la casa, voy a por mi móvil para llamar a emergencias. No te preocupes, llegarán pronto. —La mujer le dio un apretón cariñoso en la mano a Maggie, y se alejó hacia su casa a toda prisa.

Maggie cogió aire, y regresó a la casa corriendo todo lo que sus piernas le permitían. Entró en el salón y cuando vio de nuevo todas las piezas de material que antes habían estado en el techo y que ahora se encontraban sobre Alan, se le cayó el alma a los pies. Necesitaba ayuda para apartar todo aquello de encima de Alan. Y la necesitaba con urgencia.

Consiguió mover algunos pedazos más de yeso y de madera, y que el hueco se hiciera más amplio. Se tumbó en el suelo y gritó a través del pequeño agujero que había conseguido hacer.

—¡Alan! ¡Alan, por favor! ¿Me escuchas? —No hubo respuesta.

Se puso en pie, miró por la habitación pero no encontró nada que pudiera usar para hacer palanca. De todas formas, tampoco sabía cómo mover lo más pesado. ¿Y si causaba que, al mover algo más grande, el peso aprisionara más a Alan? ¿Y cuánto tardaría en llegar la ayuda?

Se tumbó de nuevo en el suelo, retiró más pedazos pequeños de escombros alrededor de la apertura que ya había hecho e introdujo el brazo izquierdo por la misma. La estiró todo lo que pudo hasta que tocó algo blando, era tela y alguna parte del cuerpo de Alan. Sacó el brazo y removió todo lo que pudo para poder introducirlo más en el agujero. Tocó en el mismo lugar y reconoció al tacto, lo que pensó que era un hombro. Le costaba manejarse con la mano izquierda y no estaba completamente segura de que era un hombro lo que estaba tocando.

Agarró el pedazo de tela que podía tocar con fuerza y empezó a tironear de él. No conseguía llegar más arriba del hombro, pero lo que quería es que Alan despertara. Si no había contestado a sus gritos era porque había perdido el conocimiento y aquello no podía ser bueno.

Una vez más tiró de la prenda y lo sacudió con toda la fuerza que su brazo izquierdo fue capaz de realizar. Entonces se escuchó un leve gemido.

—Alan, soy yo, Maggie. Por favor, despierta. Necesito saber que estás bien —dijo de manera apresurada.

Escuchó otro gemido y un pequeño movimiento bajo los cascotes. Tiró una vez de la prenda que seguía teniendo agarrada a través del hueco, y movió el hombro de él lo que el espacio le permitió.

Alan tosió y una exclamación de dolor salió de él. El corazón de Maggie le dio un vuelco, y al mismo tiempo se alegró de que él estuviera recobrando la consciencia.

—Alan, ¿puedes oírme? —pregunto ella.

—¿Maggie? —La voz de él era ronca y apenas un susurro.

—Sí, Alan, soy yo. Intenta no moverte, la ayuda ya está en camino. ¿Te duele algo?

—Maggie, no puedo verte...

—Estás atrapado, pero no te preocupes que los servicios de emergencia están a punto de llegar.

En ese momento escuchó una voz en el patio trasero.

—¿Hola? ¿Hay alguien por aquí?

Maggie se levantó presurosa pensando que quizá era el persona de la ambulancia o los bomberos, pero vio a través de las puertas que daban al jardín que se trataba de la vecina a la que le había pedido ayuda.

—Sí, estamos aquí.

La mujer entró con cuidado y miró alrededor, había mucho polvo en suspensión que se había levantado con el derrumbe. Miró a Maggie y después al montón de restos de madera y otros materiales que había en el suelo. Casi no podía pasar hacia el lado en el que estaba ella, así que decidió quedarse en las puertas.

—¿Tu novio está debajo de esto? —preguntó ella con expresión asustada.

—Sí, estaba inconsciente. He conseguido llegar a él y moverlo lo suficiente para confirmar que respira y está bien —explicó ella. Las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas —. La verdad es que no sé si está bien, pero me ha hablado.

—Los servicios de emergencia ya están en camino. Les he dicho que envíen también a los bomberos por si acaso, pero ahora me alegro de haberlo hecho. No pensaba que el derrumbe había sido tan enorme —dijo con preocupación—. Me llamo Helen, ¿cómo te llamas?

—Soy Maggie, y mi novio es Alan —dijo señalando a la pila que había entre ellas.

—Maggie, tú quédate con él aquí. Yo iré a la entrada para guiar a los de emergencias

cuando lleguen, ¿de acuerdo? —Esperó a que Maggie asintiera—. East Hampton no es muy grande, llegarán pronto.

—De acuerdo —contestó ella y cuando la mujer se volvía para irse, añadió—: Muchas gracias, Helen.

La mujer desechó el agradecimiento con una mano y se fue de prisa por el lateral de la casa. En ese momento, Maggie escuchó la voz de Alan. Se agachó y metió la mano por el agujero.

—Estoy aquí, Alan. La ayuda está a punto de llegar.

—Maggie, está oscuro y no veo. ¡No puedo moverme! —exclamó con terror.

En ese momento, Maggie recordó el día que conoció a Alan y su encuentro en el ascensor. No había vuelto a pensar en ello porque, por fortuna, no se habían vistos envueltos en otra situación parecida a aquella. Pero Alan sufría de claustrofobia y en aquel momento se encontraba atrapado bajo un montón de escombros que no le habían dejado espacio ni para poder moverse.

—Alan, escúchame. El techo se ha desprendido, tienes material muy pesado encima y por eso no puedes moverte. Pero yo estoy aquí, ¿sientes mi mano en tu hombro? Soy yo, estoy a pocos centímetros de ti. —Intentó mantener su voz en calma mientras le acariciaba el hombro.

—Tienes que sacarme de aquí, Maggie... Oh Dios, no puedo respirar bien. Por favor, Maggie ayúdame. —La súplica de Alan le llegó a lo más hondo, pero no podía hacer nada ella sola.

—Alan, concéntrate en mi voz, ¿vale? No estás solo. Yo estoy aquí y no voy a marcharme. —Volvió a presionar con fuerza el hombro de él y sintió cómo le temblaba el cuerpo

—Necesito salir. No puedo estar aquí. Sácame, Maggie. La oscuridad da vueltas, voy a vomitar. —Alan estaba ya gritando y Maggie podía escuchar como hiperventilaba.

—Alan, hay una cosa que no te he contado. Tenía miedo de decírtelo y que, de alguna manera, te ofendieras. Pero creo que por cómo está avanzando nuestra relación, debería contártelo —dijo ella con calma.

—Maggie, lo que sea seguro que puede esperar porque yo no respiro bien... —Hizo una pausa, inspiró y exhaló varias veces—. ¿De qué se trata?

—Supongo que recordarás cuando te dije que no estaba dispuesta a tropezar dos veces con la misma piedra.

—S-sí —tartamudeó él.

—Cuando llevaba un año trabajando para Martin, conocí a un chico en un bar. Hacía poco que se había cumplido tres años de la muerte de mi madre y no me encontraba demasiado animada.

—Lo siento mucho, Maggie —lo interrumpió él.

—Gracias —dijo ella—. El tema es que Theresa, mi compañera de trabajo, organizó una salida, solo para chicas, un viernes. Consiguió que otras tres compañeras se vinieran también. Fuimos a cenar y después a un bar. Fue una velada muy agradable. Theresa es una buena amiga aunque no podamos hacer demasiadas cosas juntas, está casada y tiene dos hijos. Su tiempo libre es bastante limitado —explicó Maggie.

—¿Qué pasó con ese chico? —preguntó Alan.

Maggie se percató de que parecía haber dejado de hiperventilar y respiraba con normalidad. Continuó con su historia.

—Estando en el bar un grupo de tres chicos se nos acercó. Jake era uno de ellos. —No pudo evitar el desprecio en su voz cuando pronunció ese nombre—. Nos invitaron a unas copas, los otros dos chicos empezaron a hablar con el resto de mis compañeras y Jake se sentó a mi lado. Hablamos toda la noche, me sacó a bailar y yo lo pasé muy bien. No recordaba la última vez que

había salido con alguien. Durante la enfermedad de mi madre solo había podido dedicarme a cuidarla y a trabajar en varios sitios a la vez, con horarios que me permitieran acompañarla al médico o estar en casa para darle su medicación.

Hizo una pausa, intentó desechar el dolor que siempre la invadía cuando rememoraba su historia con Jake.

—Jake resultó ser el chico perfecto. Me dijo que trabajaba desde hacía varios años en una empresa de inversiones, una pequeña pero con mucho futuro. Lo habían contratado al salir de la universidad y sabía que con un poco más de tiempo podría llegar a ser socio de la misma. Era atento conmigo, me sacaba a cenar y me llevaba a exposiciones interesantes. Hacíamos picnics en Central Park, íbamos a musicales y hacíamos excursiones de fin de semana al norte del estado. Me regalaba cosas todo el tiempo, me escuchaba y nunca discutíamos por nada. Yo no podía creer la suerte que había tenido al conocerlo.

—Demasiado perfecto, en mi opinión —gruñó Alan.

Aquello hizo reír a Maggie, porque él tenía razón. Todo había sido demasiado perfecto y ella no había notado nada raro. Había estado totalmente ciega, incluso cuando Theresa la había avisado de que algo no olía bien en ese chico.

—Yo le hablaba mucho sobre mi trabajo. Los proyectos que me daban y como, poco a poco, Martin iba confiándome trabajos con mayor responsabilidad. Él me preguntaba mucho, y me pedía detalles, pero yo nunca pensé nada sobre ello. Más allá de que a él le interesaba todo lo que tuviera que ver conmigo. Estaba enamorada y no me di cuenta de nada. —No pudo evitar que un suspiro se le escapara. Alan pareció interpretarlo de manera errónea.

—¿Todavía sientes algo por él?

—No, Alan. Me hace suspirar el hecho de haber sido tan boba.

—Tú no eres tonta —dijo Alan ofendido, como si el insulto hubiera sido dirigido a él. A Maggie se le escapó una risita.

—Bueno, sigo con mi historia. A pesar de que todo parecía ir de maravilla, nunca nos fuimos a vivir juntos. Él decía que entendía que yo necesitaba mi espacio, y que sus horarios algunos días eran de locos. Era cierto que había días en que no nos veíamos y solo hablábamos por teléfono a la hora del almuerzo, porque él por la noche terminaba de trabajar muy tarde. Tampoco consideré aquello como algo excepcional, sé de sobra lo que es trabajar en Wall Street y la competencia que existe entre empresas de inversión de capital. Es algo que todo el mundo sabe.

—Sí, mi padre era uno de esos expertos en finanzas y trabajaba largas horas —intervino Alan con tono de despecho.

—Entonces, llegó un día en que Martin nos convocó a los tres diseñadores de la empresa. Nos contó que William Hutton se había puesto en contacto con nuestra empresa para solicitar que renováramos las nuevas oficinas que había adquirido en la Quinta Avenida. Nos dijo que cada uno debíamos preparar un proyecto de renovación y decoración, y nos facilitó los planos de las oficinas. El señor Hutton estaba dispuesto a trabajar con nuestra firma, pero antes necesitaba comprobar que nuestras ideas iban encaminadas en la misma línea que las suyas y lo que quería transmitir al mundo. Así que los tres nos pusimos a trabajar como locos en ello. Ni siquiera hubo competencia entre nosotros, porque sabíamos que lo importante era que nuestra compañía consiguiera ese contrato.

—Espera, Maggie. ¿Te refieres al Hutton de la cadena de hoteles? —preguntó Alan con incredulidad.

—Sí, ese mismo. Había oído hablar de la empresa de Martin, y quería comprobar qué podíamos hacer. Es un hombre que creó su imperio de la nada, le gusta darle una oportunidad a

cualquier empresa que esté empezando —contó ella.

»Yo, por supuesto, le conté todo a Jake. Compartí con él mis bocetos, mis ideas e incluso los materiales que pensaba añadir en el proyecto. Él me preguntó sobre las ideas de Louise y Eric, mis compañeros. Como te he dicho, lo estábamos compartiendo todo, puesto que nos llevamos bien y cada uno tenía su idea y su propio estilo. Todos estábamos al tanto de lo que los otros dos estaba haciendo, se nos ocurrió que si cada proyecto era diferente y no se parecían entre sí habría más posibilidades de que al señor Hutton le gustara alguno. Jake consiguió toda la información posible sobre los tres proyectos, lo compartí todo con él y contesté a cualquier pregunta que a él se le ocurrió hacer sobre mi trabajo.

En ese momento, se escucharon sirenas y varias voces fuera de la casa. Maggie dejó de hablar, se quedó inmóvil escuchando y entonces la puerta de entrada se abrió con fuerza. Sacó la mano de dentro del hueco que había hecho para llegar a Alan, se volvió hacia la entrada de la casa y comprobó con alivio cómo tres bomberos entraban deprisa.

—¿Es usted Maggie? —preguntó uno de ellos.

—Sí, soy yo. Mi novio, Alan, está debajo de este amasijo de escombros. He conseguido llegar a él a través de este hueco, pero no he podido hacer nada más. Está consciente —informó ella.

—De acuerdo. Señorita ahora apártese por favor, espere fuera para que podamos trabajar.

Otro de los bomberos la cogió suavemente por los hombros y la apartó. Se la entregó a un sanitario que había entrado tras los bomberos, el cual la sacó de la casa y la llevó hasta una de las ambulancias que había en el camino de entrada.

Helen estaba allí, todavía con el delantal puesto. Se acercó a ella y la abrazó.

—¿Cómo estás, Maggie? —preguntó mientras le acariciaba la espalda.

—Yo estoy bien. Es Alan el que sigue ahí atrapado...

—Sshhhh... No te preocupes, la caballería ya está aquí. Ellos lo van a sacar y verás como todo va a ir bien —dijo Helen de manera reconfortante. Tenía una voz cálida y sus palabras le infundieron calma.

—Muchas gracias, yo... Yo no sé qué hubiera pasado si no hubieras...

—No tienes que pensar en eso, Maggie. Estaba y estoy aquí —la cortó de manera tajante la vecina.

Pasaron varios minutos. Dentro de la casa solo se escuchaban voces y ruidos, movimientos de objetos pesados. Maggie supuso que eran los bomberos quitando todo lo que había encima de Alan. Se estremeció al pensar en las posibles lesiones que podía tener él.

Quince minutos después, un bombero salió y avisó al personal de la segunda ambulancia que había llegado al lugar. En ese momento Greg apareció en su camioneta por la verja de entrada. Paró el coche allí mismo puesto que no podía avanzar más y se quedó mirando perplejo la casa y todos los vehículos que había allí. Sus ojos se cruzaron con los de Maggie y corrió hacia su amiga.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien, Maggie? —Ella lo abrazó con fuerza. No pudo evitar que el llanto brotara de sus ojos en una marea sin fin.

Después de un par de minutos así, Maggie logró calmarse lo suficiente para poder hablar.

—Greg, el techo se ha desplomado encima de Alan. La viga principal que pusisteis no estaba bien ajustada o algo se soltó. No lo sé. Está debajo de un montón de madera atrapado. — Las lágrimas volvieron a escapar de sus ojos sin control.

—Creo que será mejor dejar las preguntas para Maggie para más tarde, ha tenido un buen susto —dijo en un tono de reproche Helen.

Greg parpadeó varias veces mientras observaba a la mujer que se había acercado a Maggie.

—¿Y usted quién es? —soltó con brusquedad.

—Me llamo Helen Campbell. Vivo ahí —dijo señalando su casa, de la cual se veía solo una parte a través de los árboles—. Soy la vecina, Maggie vino corriendo a pedir ayuda. ¿Y usted es...? —La mujer rubia le hizo la pregunta en el mismo tono seco que él había empleado con ella.

—Soy amigo de Maggie y el constructor encargado de la reforma. Gregory Collins —contestó con el ceño fruncido.

—Vaya, parece que no iba demasiado bien la obra —murmuró ella, pero el constructor la oyó.

—Oiga señora, yo no la conozco de nada y...

—Por favor, Greg —suplicó Maggie.

Greg se arrepintió inmediatamente de sus palabras. No era momento para discutir con aquella mujer rubia que tenía pinta de ama de casa perfecta. Si llevaba hasta un delantal. Se centró en Maggie de nuevo, ignorando a la otra mujer a propósito.

—Entonces, ¿estás bien, Mags? —preguntó de nuevo.

—Sí, sí. Yo estaba en la zona del comedor.

—Menos mal —suspiró él.

En ese momento, uno de los sanitarios volvió corriendo a la otra ambulancia y sacó la camilla. Al ver el coche de Greg en la entrada se acercó a ellos.

—¿Es de alguno de ustedes ese vehículo? —preguntó.

—Sí, es mío —contestó Greg.

—Necesitamos, por favor, que lo retire. Vamos a sacar al accidentado y debemos ponernos en marcha inmediatamente.

—Por supuesto, ahora mismo lo quito.

Le dio un beso a Maggie en la mejilla, la abrazó con fuerza y le dijo que se verían en el hospital. Se fue trotando hacia su coche, dio marcha atrás y desapareció por la calle. Maggie se quedó allí, expectante, con Helen junto a ella.

A los pocos minutos, los sanitarios sacaron a Alan en camilla. Le habían puesto un collarín y llevaba una enorme gasa colocada en la cabeza. Lo habían cubierto con una sábana por lo que, a simple vista, a Maggie no le parecía que tuviera nada más.

Cuando llegaron a su altura, Maggie vio que aunque Alan estaba consciente, presentaba aspecto de hallarse desorientado y su semblante estaba pálido. Uno de los sanitarios, el que parecía ser el médico, preguntó si había algún familiar y Maggie confirmó que era su novia. Le ofreció ir detrás en la ambulancia con Alan, si quería, a lo que ella asintió con vehemencia.

Se despidió de Helen, la cual le dijo que iría más tarde al hospital. Aquello casi hizo que Maggie se pusiera a llorar de nuevo. Esa mujer la había ayudado tanto... Cuando todo hubiera pasado se encargaría de darle las gracias de la manera apropiada. Se montó en la ambulancia, el médico la acomodó cerca de Alan y ella lo cogió de la mano. El vehículo encendió la sirena y se puso en marcha rumbo al hospital.

En el camino hacia el hospital, le inyectaron un tranquilizante a Alan para que dejara de moverse, pues solo sabía llamar a Maggie e intentar levantarse para buscarla. Esta estaba sentada junto a las puertas traseras de la ambulancia para que los sanitarios pudieran trabajar, y él, al estar tumbado, no la veía.

Llegaron al hospital, bajaron de la ambulancia y Alan fue conducido rápidamente por la entrada de emergencias. Maggie se quedó en la sala de espera sola, mirando las puertas batientes que conducían a la sala de urgencias. Se volvió hacia las sillas de plástico que había allí y se sentó a esperar. Apoyó los codos en las piernas y se agarró la cabeza con ambas manos sintiendo cómo las lágrimas caían sin poder hacer nada por evitarlo.

∞

Así la encontró Greg quince minutos después cuando llegó al hospital.

—Mags, ya estoy aquí. Siento haber tardado, he tenido que avisar a los chicos de que no vinieran a trabajar hoy —le dijo mientras le levantaba la cabeza.

—Greg, no puedo dejar de llorar. Estaba tan asustada... Lo sigo estando, pero creo que Alan está bien. Los médicos no dieron señal en la ambulancia de estar demasiado preocupados —explicó ella—. Pero el verlo ahí, sepultado bajo todo eso... y sin poder hacer nada.

—Bueno, Mags. Ahora está en buenas manos. Los médicos se van a encargar de todo —dijo intentando calmarla.

—Tiene claustrofobia, Greg. El tiempo que ha estado ahí ha sido un infierno para él. Yo... Yo he intentado hacer lo que he podido por distraerlo, pero solo pensar en su sufrimiento...

No terminó la frase, se echó a llorar y Greg la abrazó y le acarició la cabeza.

—Ay, Mags. Has caído con todo el equipo —afirmó el constructor.

Ella no contestó, continuó sollozando unos minutos más hasta que la presencia de su amigo consiguió tranquilizarla lo suficiente para que las lágrimas cesaran.

Pasó otra media hora sin que tuvieran noticias de Alan. Greg fue a por café para que Maggie se animara un poco. Se los bebieron, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Cuando se terminó el café, Maggie empezó a impacientarse. Se levantó para tirar el vaso de papel del café y comenzó a pasear por la sala de espera.

Greg la observó con preocupación. Maggie había pasado ya por suficientes situaciones difíciles en su vida, para añadir uno nuevo. Ella se merecía ser feliz.

En ese momento una mujer entró por la puerta de urgencias y se acercó a paso rápido a Maggie. Se miraron e intercambiaron unas palabras para después fundirse en un sentido abrazo. Greg se dio cuenta que era la mujer rubia del delantal que estaba en la casa con Maggie. Se llamaba Helen, según le había dicho, y casi se había quedado sin habla al verla. Era una mujer despampanante, alta y con el pelo rubio corto, el cual le descansaba en los hombros. Con el delantal que llevaba y vestida de manera impecable, parecía la perfecta ama de casa sacada de un anuncio de los años cincuenta. Su atractivo lo había golpeado de manera inesperada y había hecho que él perdiera el hilo de sus pensamientos.

Sabía que le había hablado en un tono un tanto desagradable, pero era la única manera que había encontrado para recobrar el control sobre sí mismo. No le gustaba aquella mujer que lo

había noqueado con una sola mirada.

En ese momento, las dos lo miraron y se dirigieron hacia donde él estaba sentado. Se levantó y no pudo evitar apreciar la esbelta figura de Helen. Esa mujer destilaba elegancia por cada poro, y Greg comprendió que no solo vivía cómodamente, sino que había sido criada en un ambiente similar.

—Greg, Helen ha sido tan amable de venir hasta el hospital para acompañarme y saber cómo se encuentra Alan. Es solo que no sabemos... —Maggie se cubrió la boca con la mano intentando ahogar un sollozo. La mujer rubia se apresuró a echarle un brazo por encima para consolarla. Aquello molestó al constructor, Maggie era su amiga desde hacía tiempo y esa mujer solo la conocía desde hacía unas horas. No entendía por qué, pero aquello lo exasperaba.

—Sí, Helen. Muchas gracias por venir, pero estamos bien aquí. Seguramente tengas cosas que hacer y estés ocupada, puedes marcharte y Maggie te avisará con las novedades. —Se dio cuenta de que el tono de su voz distaba mucho de ser amable, pero no pudo evitarlo.

La mujer le dedicó una mirada fría y Greg sintió un escalofrío al mirar fijamente esos ojos grises.

—No tengo nada mejor que hacer. Esperaré hasta que haya novedades de Alan.

Se volvió hacia una compungida Maggie, agarrándola del brazo la llevó hasta las sillas de la sala de espera y ambas se sentaron. Greg las siguió con la mirada y, con gesto resignado, se sentó al otro lado de Maggie. Presintió que la tal Helen y él no iban a llevarse bien, pero estando Mags de por medio, lo único que podía hacer es aguantar hasta que todo se solucionara. Cogió la mano del brazo escayolado de la diseñadora y pensó que la mujer rubia y él se habían convertido en los protectores de Maggie. Dos halcones dispuestos a aguantarse mutuamente, de manera estoica, por el bien de la chica. Iba a ser una espera muy larga para Greg.

∞

Dos horas después, un médico llegó a la sala de espera preguntando por los familiares de Alan Lewis. Maggie se levantó como un resorte de su silla y corrió hacia él. El médico no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Soy Maggie Evans, la novia de Alan. ¿Está bien? —preguntó con gesto ansioso.

—Señorita Evans, soy el doctor Smith. Alan se encuentra bien, solo tiene una conmoción cerebral provocada por el golpe. Le hemos tenido que poner puntos en la zona frontal del cráneo, pero el escáner muestra que no hay ninguna hemorragia interna ni inflamación de ningún tipo —explicó el médico.

—¿Zona frontal del cráneo? ¿Conmoción cerebral? —A Maggie las preguntas se le acumulaban en la garganta, pugnando por salir.

—Significa que el golpe le ha provocado una herida en la frente, y la conmoción es que ese mismo golpe le provocó pérdida de consciencia. Aparte de eso, no hemos encontrado nada más.

—Oh, vale. Ya entiendo. ¿Entonces se encuentra bien? —Maggie sentía que estaba preguntando lo mismo de nuevo, pero necesitaba confirmación por parte del médico.

—Sí, se encuentra bien. Lo tendremos en observación esta noche siguiendo el protocolo establecido en estos casos. Si todo va bien, mañana podrá volver a casa —le aseguró el médico con una sonrisa.

—Muchas gracias, doctor. ¿Puedo pasar a verlo?

—Sí, aunque solo podrán pasar de uno en uno y estar un máximo de treinta minutos. En breve vendrá una enfermera y la llevará a la sala de observación. —Y tras decir esto, el médico

se marchó.

Maggie expulsó el aire que no sabía que había estado reteniendo en sus pulmones y se pasó las manos por la cara. «Alan está bien», se repitió mentalmente a sí misma varias veces. Se volvió y vio que Helen y Greg estaban un par de pasos detrás de ella.

—Alan está bien —dijo con lágrimas en los ojos.

—Pues claro que está bien, Maggie. Es un chico fuerte, un montón de escombros no iban a acabar con esa cabezota que tiene —contestó Greg mientras se acercaba a ella y la abrazaba.

Cuando la soltó, Maggie se volvió hacia Helen.

—No sé cómo darte las gracias, Helen. Sin ti quizá las cosas hubieran sido muy distintas.

—Bah, no tienes nada que agradecerme —contestó la aludida desechando con la mano el asunto.

Tuvieron que esperar varios minutos hasta que una enfermera apareció y preguntó por ella. Maggie la acompañó sin dejar de retorcerse las manos mientras caminaban por el pasillo del hospital. Llegaron a la sala de observación y la enfermera la hizo pasar hasta el box en el que habían instalado a Alan. Cuando él la vio, sus ojos se encontraron y se quedaron así unos segundos, la mirada de uno atrapada en la del otro.

—Maggie. —La voz de Alan fue apenas un susurro.

Maggie caminó lentamente hacia él. Yacía en la cama con una enorme venda alrededor de la cabeza como si de un casco se tratase. Estaba pálido, pero la chispa no había abandonado sus ojos. Le habían puesto el camisón habitual usado en los hospitales y la sábana le llegaba hasta la cintura. Numerosos cables salían de su pecho y de su brazo, todos conectados a algún dispositivo médico para controlar sus constantes vitales.

Al llegar junto a su cama, Alan tiró de ella y la abrazó con fuerza. La enfermera aprovechó el momento para alejarse con disimulo y dejarlos a solas.

Maggie depositó la cara en el pecho de él, Alan le acarició la cabeza y volvió a susurrar su nombre. Cuando levantó el rostro se dio cuenta de que de nuevo estaba llorando.

—Lo siento, Alan. Parece que no puedo dejar de llorar, pero me alegro muchísimo de que estés bien. He estado tan asustada...

—Tú me has salvado, Maggie —afirmó él mientras le sostenía la cara por la barbilla.

—En realidad, ha sido Helen la que llamó a los servicios de emergencia. Es una mujer estupenda, vas a tener una vecina excelente.

—No me refiero a eso, Maggie.

Alan la miró fijamente a los ojos y ella sintió cómo una corriente fluía entre ambos. En aquel momento supo que él sentía lo mismo que ella. Lo que los unía no era ya una simple atracción, era un amor intenso y profundo. Un amor como ella no había sentido jamás antes.

—Me hablaste. Me contaste una historia, tu voz hizo que el pánico retrocediera y la oscuridad no existiera para mí. Solo tu voz y tus dedos en mi hombro, Maggie. —La voz de Alan se tiñó de una ternura que hizo que el corazón de ella se expandiera para dar cabida a todo lo que sentía. —De nuevo me has salvado. Eres la única que ha conseguido, en todos estos años, que me olvide de mi claustrofobia. Eres como la luz de un faro que ilumina una costa neblinosa para un barco. Eres mi luciérnaga particular, la que trae brillo y disipa las sombras que me acechan cuando me siento encerrado. Eres el fulgor que alumbra mi camino cuando ni yo mismo sé que tengo que seguirlo.

—Oh, Alan...

—Te quiero, Maggie. Creo que lo he sabido desde el día en que nos conocimos, pero ahora estoy completamente seguro. Te quiero —repitió.

Las palabras de Alan hicieron que una inmensa felicidad la inundara por completo. Su corazón empezó a latir con fuerza y ella no pudo más que arrojarse a sus brazos y besarlo. Se besaron con toda la pasión que, de alguna manera, habían mantenido a raya hasta ese momento. Dejaron que lo que ambos sentían saliera al exterior, y sin más palabras se lo dijeron todo.

Maggie no sabía el tiempo que llevaba en brazos de él, pero, sin duda, no el suficiente. Una tosecilla los interrumpió, se volvió y comprobó que era la enfermera que la había acompañado antes.

—Disculpe, pero las visitas en Observación están limitadas a treinta minutos.

—Sí, claro. —Maggie se volvió hacia Alan. —Tengo que irme, pero vendré esta tarde si hay horario de visitas. El médico nos ha dicho que tienes que pasar aquí la noche.

—Lo sé, me lo ha comentado antes —replicó un Alan enfurruñado.

—Es solo hasta mañana. —Lo besó y se dio la vuelta para irse. Pero cuando había dado dos pasos, se volvió y dijo—: Yo también te quiero.

Salió de la sala sonriendo. Alan le había dicho que la quería, sus reticencias, a sufrir y ser utilizada de nuevo, hechas añicos. Nunca había sentido por nadie lo que sentía por él. Alan y ella estaban enamorados.

Maggie volvió por la tarde al hospital acompañada de Helen. Greg había insistido en recogerla, pero ella le dijo que no era necesario, puesto que él venía de la ciudad y Helen vivía allí mismo en East Hampton. Al final, después de un tira y afloja, el constructor desistió en su empeño.

La vecina de Alan no quiso pasar para presentarse. Maggie insistió en que él tenía que conocer a la persona que les había ayudado tanto, pero la mujer declinó el ofrecimiento argumentando que las visitas eran cortas y que, por ningún motivo, iba a robarle minutos a Maggie de estar con Alan. Aquello hizo que el aprecio que ella sentía por Helen aumentara más.

Alan estuvo gruñón mientras ella estuvo allí. No quería quedarse en el hospital, insistió en que estaba bien y que el médico exageraba. Maggie intentó desviar la conversación hacia otros temas. Le comentó que el jefe Parker la había llamado al mediodía y le había confirmado que cuando le dieran el alta a Alan iría a verlos al hotel. Al parecer, tenía varios asuntos que tratar con ellos.

Aquella noche, Maggie no consiguió conciliar el sueño. Le preocupaba Alan y su lesión, pero había algo más que la inquietaba. En los cinco años que llevaba su empresa trabajando con Greg, nunca había habido antes un accidente de ese tipo. El constructor elegía cuidadosamente a sus trabajadores, y si detectaba que alguno no era eficiente o no seguía el ritmo de los demás, lo despedía. Además, siempre revisaba lo que sus chicos habían hecho cada día, para cerciorarse de que todo era correcto y había sido colocado como correspondía.

Esperaba poder hablar al día siguiente con el jefe Parker. Jamás en su vida había tenido que hablar con la policía tantas veces, pensó mientras, finalmente, el sueño se apoderaba de ella.



A la mañana siguiente, después de que Alan tomara un pequeño desayuno y no hubiera ningún contratiempo, el médico le dio el alta con algunas indicaciones. Tendría que evitar esfuerzos, descansar y volver en siete días para que le retiraran los puntos de la frente.

Maggie salió del hospital con un Alan exultante de, por fin, estar libre de ese dichoso sitio, tal y como expresó él. Ella no pudo evitar reír. Se montaron en el taxi que ella había pedido desde el hospital y volvieron al hotel.

Acomodó a Alan en la cama con varios almohadones y llamó al jefe de policía. Este le confirmó que podía pasarse en ese momento, si les venía bien. A los diez minutos, llamaron a la puerta. Maggie abrió y se encontró a un jefe Parker bastante serio.

Lo hizo entrar y lo instó a que se sentara en el sofá de la habitación. Ella hizo lo mismo a su lado, mientras Alan se quedó en la cama, aunque Maggie tuvo que insistir al respecto, puesto que este quería levantarse.

—Me alegra ver que estás bien, Alan —dijo el policía.

—Sí, se necesita algo más que una enorme viga para borrar me del mapa —contestó él mientras se pasaba una mano por el pelo.

—Precisamente la viga es el meollo de todo este asunto —dijo el jefe Parker.

—Claro, fue la que se desprendió y arrastró el resto del techo con ella.

—En realidad, no fue eso lo que sucedió, Alan. Tenemos un agente que trabajó en

investigación forense en Miami, se mudó aquí por motivos personales —explicó el policía—. El agente Colin O'Neill, quizá recuerdes que te lo mencioné cuando ocurrió el incidente del hotel.

Alan hizo memoria hasta que recordó que Brian le había mencionado a un agente que se iba a encargar de recoger las pruebas de la habitación de Maggie.

—Colin se pasó ayer el día entero inspeccionando la casa junto con los bomberos. Una vez que retiraron todos los escombros y pudieron analizar la viga, fue obvio que no había sido un desprendimiento casual. —El jefe de policía hizo una pausa y los miró a ambos—. La madera había sido serrada de manera que solo quedaba unida a la parte que continúa hasta el comedor, por un pedazo muy pequeño.

Maggie miró al policía y después a Alan. Volvió a mirar al agente intentando comprender lo que les estaba diciendo.

—¿Me estás diciendo, Brian, que fue a propósito? —La incredulidad fue patente en las palabras de Alan.

—Sí, me temo que así fue. Colin incluso ha encontrado el serrucho con el que se hizo el corte, estaba entre un montón de herramientas que los obreros habían dejado en la casa el día anterior —explicó mientras miraba sus notas.

»Ayer por la tarde hablé con Greg. Me ha confirmado que, por norma general, sus chicos se llevan las herramientas con ellos cuando el día termina. Lo hacen así por si Greg necesita a alguno de ellos en otro trabajo de manera inesperada, y así no tienen que desplazarse hacia el lugar en el que habían estado el día anterior. En este caso las dejaron allí, porque Greg no tiene ningún otro proyecto encargado en este momento.

—¿Pero quién querría hacer algo así y por qué? —preguntó Maggie, el asombro reflejado en su voz.

—Eso es lo que estamos investigando. El serrucho, como era de esperar, no tiene huellas. Lo cual confirma que ha sido intencionado, porque el objeto debería tener al menos las huellas de algún obrero que lo hubiera usado. Pero está limpio.

Maggie miró a Alan sin saber que decir. Se sujetó las manos en el regazo e intentó asimilar todo lo que el jefe Parker les estaba contando.

—Y-yo... La verdad es que no sé qué decirte, Brian. No tengo ni idea de quién puede estar detrás de esto, pero lo que sí te puedo decir es que ya son demasiados accidentes y no me gusta —manifestó Alan.

—En eso estamos de acuerdo —contestó Brian con el ceño fruncido.

—¿Pensáis que tiene algo que ver con mi atropello? —preguntó ella.

—No solo con eso, Maggie. Pienso que también tiene que ver con la tarjeta que recibiste, con el robo de tu tarjeta de crédito y el destrozo de tu habitación en el otro hotel. —El jefe Parker le dedicó una mirada significativa y Maggie no pudo evitar estremecerse.

Si lo que el policía decía era cierto, era evidente que había alguien que llevaba varias semanas intentando hacerle daño. No solo a nivel físico, sino también en el ámbito profesional intentando perjudicar su reputación y su trabajo.

Para Maggie, aquello no tenía sentido. No recordaba haber tenido nunca ningún problema con nadie. Ni ahora ni el pasado. Había abandonado los estudios en el segundo año, casi no había tenido tiempo de hacer verdaderos amigos en la universidad. Los trabajos que había tenido mientras su madre estaba enferma habían sido del tipo que la gente cogía hasta que encontraban algo mejor. La mayoría de compañeros que había tenido habían sido personas con problemas personales de diferentes tipos. No era posible enemistarse con nadie, puesto que cada uno tenía sus propias preocupaciones.

Entró a trabajar en la empresa de Martin gracias a sus estudios de arquitectura inacabados, y a varios cursos que había hecho sobre decoración de interiores al fallecer su madre. En su trabajo se llevaba bien con todo el mundo, y había conseguido hacer amistad con Theresa. Lo único negativo de sus cinco años trabajando allí había sido Jake, pero él había ganado y Maggie perdido. Ahí no había sitio para una posible venganza o rencor acumulado.

Alan y Brian habían seguido hablando mientras ella repasaba su vida intentando encontrar algo o a alguien que pudiera estar detrás de todo esto.

—Disculpad que os interrumpa, pero no soy capaz de pensar en nadie que pueda odiarme de esta manera —les dijo con sinceridad.

—Maggie, nos han pasado las grabaciones de las cámaras de varios establecimientos donde se usó la tarjeta de crédito. Te puedo confirmar que la persona que se ve en las imágenes se parece mucho a ti. Pelo, complexión e incluso la ropa. Las descripciones que me han dado los empleados de las tiendas, los que han conseguido recordar a esa persona, podrían haber estado describiéndote a ti. —El jefe de policía la miró fijamente.

—Pe-pero... ¡Yo no he hecho nada de eso! —Maggie miró a Alan y después a Brian con desesperación.

—Tranquilízate, Maggie. Sé que no has sido tú, es demasiado obvio que es otra persona —dijo con calma el policía—. Les enseñé una foto tuya a los empleados de los comercios, y ninguno pudo, en realidad, confirmar al cien por cien de que eras tú. Dijeron que la mujer que había ido se parecía a ti, pero en todos surgió la duda. Fueron respuestas vagas. Podrías ser tú, o cualquier otra mujer que se pareciera a ti.

—Pareces tener claro que Maggie no está detrás de todo esto. Al fin y al cabo, sí que podría ser ella intentando sacar algún tipo de beneficio. Una indemnización de su jefe por un accidente, o algo así —afirmó Alan—. Incluso podría ser cierto que se hubiera gastado todo ese dinero con la tarjeta de crédito.

—¡Alan! —exclamó ella horrorizada.

—No le hagas caso, Maggie. Nuestras sospechas no están puestas en ti. Es todo demasiado... forzado. Hay alguien que ha querido inculparte a ti de ciertos delitos menores, probablemente para dañar tu reputación —dijo Brian—. Mi teoría es que, esa persona, al comprobar que no se te ha inculcado de ninguno de ellos, ha decidido ir un paso más allá e intentar dañarte físicamente. —El agente hizo una pausa y frunciendo el ceño continuó hablando—: Me preocupa que su verdadero fin sea intentar matarte, Maggie.

El color desapareció del rostro de ella. Se sintió mareada. Alan se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse e hizo amago de levantarse de la cama.

—No te muevas, Alan. Ya la tengo —dijo el jefe Parker mientras sujetaba a Maggie por los hombros y la instaba a tumbarse en el sofá.

Le puso un cojín debajo de los pies y fue al cuarto de baño a por un vaso de agua. La incorporó un poco, le dio el vaso y la obligó a beber.

—Estoy bien, gracias jefe Parker —agradeció Maggie con voz temblorosa.

—Creo que, dadas las circunstancias y que yo te tuteo, puedes llamarme Brian —dijo él con una sonrisa.

El policía se sentó en un sillón que había junto al sofá. Maggie se quedó tumbada en el sofá porque temía desmayarse si intentaba incorporarse. Intentaba procesar las palabras del jefe de policía, pero no creía posible que fueran ciertas.

—No comprendo quién puede querer matarme, Brian —dijo, y añadió—: Yo no soy nadie. No tengo dinero, ni soy la posible heredera de una gran fortuna. Ni siquiera tengo un puesto

importante en una gran compañía. No hay ningún motivo para que alguien quiera ma-matarme. — No pudo evitar tartamudear al pronunciar la última palabra.

—Maggie, esto es un asunto pasional. Hay sentimientos en juego, no está relacionado con nada material. La forma de proceder de esta persona parece surgir de impulsos —explicó el policía—. Es más, pienso que el intento de atropello no estaba en sus planes originales, sino que nació a raíz de algún evento que hizo que esta persona se enfureciera hasta tal punto, que lo único que pensó que sería efectivo fue atropellarte. —Brian revisó las notas de su cuaderno antes de continuar—. Después retomó su plan inicial y ocurrió el incidente en la habitación del hotel. Pero eso tampoco le ha funcionado, y la rabia ha llevado ahora a esta persona a intentar de nuevo asesinarte. Lo único que no acaba de cuadrarme en toda esta historia es la amenaza por carta. Parece algo más propio de un desequilibrado mental que de un asesino.

Ella escuchaba las palabras del agente, pero al mismo tiempo estas se mezclaban en su cabeza haciendo que no consiguiera comprenderlas. ¿Intento de asesinato? Era demasiado para ella, no podía pensar con claridad. Brian pareció darse cuenta de ello. Se acercó a ella, se agachó y le cogió la mano.

—Maggie, no tienes que preocuparte. He asignado a un agente, de manera permanente, para que te siga a todas partes. He reorganizado los turnos de mis agentes para que siempre uno de nosotros estemos de vigilancia. Si esa persona se acerca a ti, la atraparemos —aseguró él.

Sus palabras hicieron que ella se relajara un poco.

—Creo que ahora es mejor que me vaya. Os dejo mi tarjeta con el número de la comisaría y mi móvil. Os apunto también el de mi casa, podéis llamarme en cualquier momento. No os preocupéis por la hora, necesito saber si os ocurre algo o si notáis algo extraño, ¿de acuerdo?

Ambos asintieron mientras él dejaba la tarjeta encima de la mesa auxiliar de la habitación. Se despidió de ellos y abandonó la estancia.

Maggie miró a Alan, el cual le hizo un gesto levantando las sábanas para que se tumbara a su lado en la cama. Se levantó despacio del sofá y comprobó que el mareo había pasado. Fue hacia la cama, se quitó los zapatos y se acostó junto a él.

Alan la abrazó con fuerza y Maggie se acurrucó a su lado. Se quedó dormida en sus brazos en cuestión de minutos.

El sábado amaneció nublado y lluvioso. Finas gotas de agua caían y hacían que la tierra desprendiera ese típico olor a mojado. «Ese olor tiene un nombre», pensó Maggie, pero no consiguió recordar la palabra. El otoño estaba pasando con rapidez, casi sin que se diera cuenta. Abrió completamente los ojos y comprobó que Alan le había echado el brazo por la cintura. Dormía profundamente y su rostro, vuelto hacia ella, mostraba una relajación que no le había visto en muchos días. Era un hombre muy atractivo, pero lo mejor estaba en su interior y eso era algo a lo que ella se aferraba para espantar los miedos que la seguían acechando.

Se levantó con cuidado para no despertarlo, apartando muy despacio el brazo de él y fue al baño a asearse. Mientras se duchaba intentó poner en orden sus pensamientos e intentar arrojar algo de luz sobre el asunto, pero se vio interrumpida cuando la voz de Alan, llamándola, le llegó a través de la puerta.

—¡Salgo enseguida! —gritó ella desde la ducha.

Maggie terminó su ducha y salió con el pelo y el cuerpo, ambos envueltos en toallas.

—Espero no haberte despertado —dijo ella mirándolo con una sonrisa.

—No lo has hecho. Creo que, simplemente, he dormido lo suficiente —respondió él mientras se desperezaba en la cama.

—Es sábado, no tenemos prisa. No hay nada que hacer hoy. Además, no sé cómo habrá quedado la casa. Greg nos dirá algo el lunes, supongo —dijo ella un tanto alicaída.

Maggie se sentía un tanto desanimada. Habían conseguido avanzar bastante en las últimas dos semanas, a pesar de las circunstancias. Pero ahora, un nuevo revés golpeaba el proyecto y hacía que esa renovación cobrara tintes de no acabar nunca. Tenía tantas cosas en la cabeza que no sabía ni por dónde empezar a intentar poner orden en ellas. Aunque lo primero era, por supuesto, que Alan se recuperara y con suerte al lunes siguiente el doctor Matthews le quitaría la escayola a ella, con lo que podría moverse mucho mejor.

Un tirón del brazo izquierdo la sacó de su ensimismamiento.

—Eh, ¿en qué estabas pensando? Has fruncido el ceño y eso nunca es buena señal —dijo Alan mientras la atraía hacia él.

—Pues en todo lo que ha pasado. Te puedo asegurar que es el proyecto que ha sufrido más incidentes de todos los que he trabajado anteriormente.

—Yo confío en Brian, así que no voy a preocuparme más. —La besó con ternura y una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo.

Se tumbó en la cama y se pegó a él, separados solo por la toalla de ella y las sábanas que todavía cubrían el cuerpo de Alan. Las manos de él se deslizaron por su espalda hasta llegar a sus nalgas, las acarició y apretó mientras su gemido se perdía dentro de la boca de ella.

—Nunca pensé que una chica en toalla me pusiera tanto. Eres la mujer más sexy que he visto en mi vida, Maggie. Solo quiero arrancarte la toalla y perderme en ese cuerpo que tienes y que me vuelve loco —dijo Alan con la voz ronca mientras acariciaba con la barbilla el cuello de ella y bajaba hasta el borde de la toalla.

—¿Y a qué esperas? —lo desafió ella.

Alan la besó con más rudeza mientras se tumbaba de espaldas en la cama y tiraba de ella hasta situarla encima de su cuerpo. En el momento en que metió las manos por debajo de la toalla, un golpe sonó en la puerta. Se quedaron los dos inmóviles durante un segundo antes de que alguno hablara.

—¿Esperas a alguien? —preguntó él.

—No.

Se hizo el silencio durante unos segundos y entonces alguien volvió a llamar a la puerta, esta vez con una voz acompañando el toque en la misma.

—Señor Lewis, soy la directora del hotel. Vengo acompañada del servicio de habitaciones. Le agradecería si pudiera abrirnos, por favor —dijo una voz femenina que llegó desde el otro lado de la puerta.

Ambos se miraron un momento y Alan se encogió de hombros dando a entender que debían abrir la puerta. Maggie bajó de la cama de prisa, entró el cuarto baño y salió de él con el pelo mojado cayendo sobre un albornoz que se había puesto.

Se dirigió hacia la puerta y abrió. Se encontró con una mujer de mediana edad que le sonreía con sinceridad. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris y el pelo recogido en un elegante moño.

—Buenos días, usted debe ser la señorita Evans. Soy Patricia Elwood, la directora del hotel. Es un placer conocerla —se presentó mientras le tendía la mano a Maggie.

—Encantada de conocerla, señora Elwood.

—Nos hemos enterado del accidente que ha sufrido el señor Lewis, en The Haybarn Inn nos gusta cuidar a nuestros huéspedes, sobre todo en situaciones difíciles. Nos gustaría obsequiarles con un desayuno especial a cuenta de la casa —dijo manteniendo en todo momento la sonrisa.

La directora se apartó de la puerta para dejar a la vista a una camarera que llevaba un carrito. Desde la distancia a la que se encontraba Maggie pudo ver que este portaba una gran variedad de alimentos. El olor de algo delicioso le llegó a la nariz y no pudo evitar que su estómago emitiera un vergonzoso ruido. Se llevó la mano izquierda a la barriga y miró a la mujer que tenía delante de ella un tanto avergonzada. La directora eligió ignorar el asunto y con un gesto le indicó a la camarera que entrara en la habitación. Maggie se apartó para dejarla pasar.

—Es un detalle por su parte, muchísimas gracias. Alan... El señor Lewis debe descansar, el médico le ha indicado reposo unos días —explicó ella.

—Por supuesto, es comprensible. No duden en contactar con Alice, nuestra recepcionista de día, para que les informe de los platos disponibles en cada comida y le serán servidos aquí en su habitación, así como cualquier otra cosa que puedan necesitar —expuso con eficiencia—. Permítame que le deje mi tarjeta, ahí tiene mi número de móvil por si necesitan contactar conmigo directamente. No dude en hacerlo, por favor.

La camarera terminó de colocar los platos y cubiertos en la mesa, y dejó la comida preparada en el carro en que la había traído, para que así ellos pudieran servirse de ahí directamente. Una vez terminada su tarea, la empleada se retiró silenciosamente y se perdió por el pasillo del hotel.

—Muchas gracias, es muy considerado de su parte.

—Por favor, no tiene la más mínima importancia. Si necesitan algo, no duden en decírnoslo.

Con un gesto de cabeza se despidió y Maggie cerró la puerta. Se volvió hacia la mesa que había preparado la camarera y no pudo evitar pensar que nunca había sido atendida de una manera tan lujosa.

—Bueno, Alan, es hora de desayunar. ¿Crees que puedes levantarte y sentarte a comer? Si estás mareado puedo llevarte la comida a la cama —le dijo mientras observaba como él apartaba las sábanas y se ponía de pie—. Bien, por lo que veo podrás comer a la mesa —añadió con una sonrisa.

Se acomodaron en la mesa y disfrutaron del magnífico desayuno. La directora del hotel se

había asegurado de que le sirvieran un poco de todo lo que el establecimiento ofrecía para empezar el día. Comieron, hablaron y rieron, y durante un rato Maggie pudo olvidarse de todos los problemas, los accidentes y las situaciones difíciles que habían ocurrido en las últimas semanas.

Cuando terminaron de desayunar, Maggie se vistió y Alan entró en la ducha. Dijo que necesitaba estar limpio para poder salir a la calle, comentario que ella eligió ignorar puesto que no iba a dejar que él fuera a ningún sitio. Las indicaciones del médico habían sido que debía descansar y observar cualquier posible complicación del golpe en la cabeza, y ella se iba a asegurar de que las seguían al pie de la letra.

En el momento en que Alan salía del cuarto baño con una toalla anudada de manera sugerente alrededor de su cintura, alguien llamó a la puerta.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó él.

—No, que yo sepa.

Maggie fue a la puerta y al abrirla se encontró a Greg y a Amanda. Se sintió mal inmediatamente puesto que no se había acordado de avisar a la paisajista. Ni siquiera le había enviado un mensaje.

—¡Oh, Amanda, siento mucho no haberte contado nada! —dijo Maggie mientras su amiga se acercaba a ella y la abrazaba.

—No hay por lo que disculparse. Greg me llamó ayer por la tarde para contarme lo que había pasado. Es comprensible que no hayas pensado en nada. ¿Cómo está Alan?

Una voz se escuchó desde la otra parte de la suite.

—Estoy estupendamente, gracias Amanda por interesarte. —El tono exultante de Alan hizo reír a la paisajista.

—Vaya, parece que te hemos pillado en mal momento —dijo Greg.

El constructor se acercó a él y lo abrazó al mismo tiempo que le palmeaba la espalda con fuerza. Se retiró y lo inspeccionó de arriba abajo.

—Bueno, quitando que estás en toalla, te veo muy bien y me alegro mucho por ello. Menudo susto nos has dado a todos. En fin, si pudieras ponerte algo de ropa, me gustaría que habláramos. Prefiero a mujeres en toalla, no es nada personal, pero el pelo de tu pecho no me atrae —se burló Greg haciendo reír a las chicas.

Se sentaron todos en los sofás de la suite, y a los pocos minutos, Alan se unió a ellos ya vestido.

—Me alegro que estéis los dos bien, pero tenemos que hablar de la casa. Estuve ayer allí para revisar los destrozos...

Un nuevo golpe en la puerta interrumpió a Greg. Todos miraron hacia la entrada de la habitación.

—¿Todo el mundo va a llamar hoy a nuestra puerta? —preguntó Alan.

Maggie se levantó y fue a abrir para encontrarse con el jefe Parker de uniforme y calado hasta los huesos.

—¡Hola, Brian! No te esperábamos —saludó Maggie.

—Ni yo esperaba que empezara a diluviar al salir de la comisaría, justo cuando llevaba andando cinco minutos —gruñó el policía.

—Pasa, te daré una toalla para que te seques un poco. Viene bien que hayas venido, ya teníamos una pequeña reunión montada aquí —dijo ella mientras lo invitaba a entrar.

Brian se adentró a la suite hasta llegar a donde todo el mundo estaba reunido.

—Alan, me alegro ver que estás levantado. Tienes buen aspecto —lo saludó con un apretón de manos igual que hizo con Greg.

Maggie apareció un segundo después detrás de él y le tendió una toalla para que se secara.

—Oh, creo que a Amanda no la conoces —dijo mirándolos a los dos—. Esta es Amanda Jackson, nuestra paisajista que va a convertir los jardines de la casa de Alan en una maravilla —aduló Maggie mientras veía como esta se sonrojaba hasta la raíz del pelo—. Y este es el jefe de policía Brian Parker.

Durante unos segundos ninguno de los dos se movió y Maggie juraría que ni siquiera parpadearon. Brian y Amanda se quedaron mirándose sin decir nada, ella cada vez más sonrojada y Maggie recordó su incomodidad inicial cuando había conocido a Alan, por lo que decidió intervenir.

—Bueno, ahora que estamos todos y ya que Brian está aquí, quizá podamos hablar sobre el último accidente. —Maggie se dejó caer en el sillón más cercano y suspiró.

—Brian, Greg estaba a punto de contarnos lo que había encontrado o visto en la casa. Estuvo ayer allí. Supongo que también quiere soltarme la bomba de cuánto va a costarme volver a colocar esa maldita viga. —Alan frunció el ceño al decir esto y le hizo un gesto con la mano al constructor para que hablara.

El jefe de policía pareció salir de su trance y desvió la mirada de Amanda a Greg, asintió mirando a este último instándolo de esa manera a que continuara.

—Lo que les había dicho a Alan y a Maggie es que ayer estuve allí en la casa para echar un vistazo. Como bien has dicho —dijo mirando a Alan—, el techo del salón se ha derrumbado entero. La viga se lo llevó por delante. Hay que colocarlo de nuevo y también comprar una viga nueva, puesto que la otra ha sido cortada. He mirado por toda la casa, comprobando todo lo que habíamos hecho hasta el momento y no he hallado nada más que no estuviera tal y como lo hemos instalado nosotros —hizo una pausa para confirmar que todos escuchaban—. Lo que quiero decir es que quien sea que serró la viga, fue eso lo único que hizo.

—Gracias, Greg, por haber revisado la casa. Confío en tu profesionalidad y me ahorras tener que enviar a un par de mis chicos a que lo hagan. Quién mejor que tú, que has sido quien ha dirigido la reforma desde el principio y conoce la vivienda de cabo a rabo, para comprobar si hay algo más fuera de su lugar —agradeció el agente.

»El agente O'Neill y yo hemos analizado la casa en busca de huellas o algún tipo de ADN. No hemos encontrado nada que no pertenezca a vosotros o a los chicos de Greg, aunque con los escombros y los movimientos que los bomberos tuvieron que hacer de estos, es muy probable que si había algo se haya podido perder. Obviamente, la prioridad era sacar a Alan de ahí debajo, así que tendremos que asumir la posibilidad de que podamos haber perdido alguna prueba —explicó Brian

Los demás asintieron pensativos ante la explicación del agente.

—Hemos enviado al laboratorio forense todos los serruchos que encontramos en la casa, así como la parte de la madera por donde la viga fue cortada. Sinceramente, hemos hecho esto porque es parte del procedimiento, pero yo ya sé que el corte coincidirá con alguno de ellos y el dueño será uno de los chicos de Greg.

—Puedo poner la mano en el fuego por todos ellos, jefe Parker. Te aseguro que mis trabajadores son buenos chicos, llevan años conmigo y no he tenido nunca ningún problema con ninguno de ellos —dijo Greg a la defensiva.

—Tranquilo, Greg. Nadie está acusando a ninguno de tus chicos. —Brian puso una mano en el hombro del constructor y le dio un apretón amistoso.

»Lo que quería decir al afirmar que sé que será de alguno de los trabajadores, es que la persona responsable de esto lo ha hecho a conciencia. Si no hubiera usado uno de los vuestros,

tendría que haberlo comprado y ya se ha paseado bastante por este pueblo. Ha ido a muchas tiendas para usar la tarjeta de crédito. No ha querido arriesgarse más por una herramienta, porque si es una persona lista se imaginará que ya habremos estado investigando las compras realizadas con la tarjeta.

—¿Tenéis alguna pista, Brian? —preguntó Alan visiblemente preocupado.

El policía cerró su cuaderno de notas, con lentitud lo introdujo en el interior de su chaqueta y se volvió hacia Alan.

—La verdad es que no, y eso me cabrea muchísimo. Nadie ha sido capaz de dar una descripción exacta de la persona, ni siquiera en las tiendas. Y no hay ningún testigo que viera a alguien entrar o salir de la casa la noche del miércoles, que es cuando tuvo que preparar la viga para que se derrumbara al día siguiente. No tengo ni claro de que haya sido una mujer, por cómo la describen los testigos podría ser un hombre intentando camuflar su voz.

El jefe de policía se puso en pie bruscamente, aquel movimiento hizo que Amanda se hundiera en el sofá y palidciera. Maggie se percató de ello y por señas le indicó a Alan que intercambiaran los asientos. Se acomodó al lado de la paisajista, se pegó a ella hombro con hombro y cuando esta la miró, Maggie le sonrió. Aquello pareció tranquilizarla y su cuerpo perdió parte de la rigidez que la había asaltado un momento antes.

—Brian, te agradecemos mucho lo que estás haciendo y sabemos que encontrarás a quién está haciendo todo esto —agradeció Maggie con sinceridad.

El jefe de policía les explicó que iba a dejar la vigilancia por el momento y que tendrían siempre un agente cerca. Les aseguró que en cuanto recibiera los resultados del laboratorio se pondría en contacto con ellos. Se despidió de todos y a Amanda le dedicó una intensa mirada que acompañó con una leve inclinación de cabeza. Maggie, preocupada, se dijo que en algún momento intentaría hablar con Amanda. La consideraba una amiga y detrás de esa timidez extrema había algo más.

Una vez que Greg y Amanda se marcharon también, los dos se quedaron sentados en el sofá en silencio, solo oyendo cómo caía la lluvia.

—No consigo recordar el nombre científico del olor a tierra mojada —murmuró Maggie.

—Petricor —contestó Alan.

—¿Cómo?

—El olor de la tierra mojada cuando llueve. Se llama petricor y se produce por una mezcla entre unas bacterias que habitan en la tierra seca y los aceites que desprenden las plantas en época de sequía. Cuando la tierra que tiene esas sustancias se moja, desprende ese olor que a todos tanto nos gusta —explicó él mientras ella apoyaba la cabeza sobre su hombro.

—Vaya, no lo hubiera recordado en la vida. Hablaron de ello en un documental que vi hace unos meses, pero la palabra no se me quedó grabada.

—No es una palabra que se use mucho.

—Alan, eres una caja de sorpresas. No sabía que te gustaban las palabras raras —se burló Maggie.

—Bueno, si quiero ser escritor más vale que conozca las herramientas que necesito usar para ello. Tener un amplio vocabulario ayuda bastante —explicó él en tono arrogante.

Ella se volvió hacia él y negó con la cabeza mientras reía.

—No te tenía por creído y vanidoso, Lewis.

—Y no lo soy, pero me gustan las palabras raras. Lo admito.

—A ver, dime otra de esas —lo incitó ella.

Alan se quedó pensando unos momentos, mientras se frotaba la barbilla con una mano y

mirando hacia el techo.

—Befar.

Maggie lo miró con cara de extrañeza.

—¿Y qué es eso? —preguntó.

—En realidad, es una buena palabra —contestó él misterioso.

—Venga, no te hagas el interesante. ¿Qué significa?

—Es burlarse de alguien. Mofarse de manera grosera —explicó Alan.

—No lo había oído en mi vida —aseguró ella.

—Lo sé.

Maggie rió y le dio un codazo. Él atrapó su codo con una mano y tiró de ella hasta que la tuvo pegada a su cuerpo.

—¿Vas a enseñarme muchas palabras raras, Alan?

—Todas las que quieras, Maggie. Solo tienes que pedir, y te daré todo lo que quieras.

Posó sus labios en los de ella y la besó profundamente. Maggie sintió cómo su corazón se saltaba un par de latidos y el calor le inundaba el cuerpo. Él la atrajo más hacia sí y empezó a descender lentamente por su cuello mientras introducía sus manos por dentro del suéter que llevaba puesto.

—Creo que es hora de que retomemos lo que empezamos hace un par de horas y que todo el mundo se ha empeñado en interrumpir.

Y diciendo eso, cogió a Maggie en brazos, mientras esta protestaba e insistía en que él no debía hacer esfuerzos, y la tumbó en la cama para, efectivamente, continuar con lo que había quedado pendiente.

Solo le llevó a Alan un minuto el conseguir que Maggie dejara de quejarse y empezara a suspirar.

El fin de semana pasó en calma y sin mayores incidentes. Alan y Maggie pasearon por los alrededores del hotel, comieron en lugares cercanos a este y pasaron la mayor parte del tiempo en su habitación. Maggie quería asegurarse de que Alan no se excedía, aunque tampoco se quejó mucho en los momentos en los que él decidió dedicar toda su energía en ella.

El lunes amaneció despejado, Maggie se alegró por ello, había llovido en los últimos días y necesitaba un poco de sol en su vida. Sin duda, el buen tiempo ayudaría a sobrellevarlo todo mucho mejor.

Desayunaron, una vez más, en la habitación del hotel. El servicio había sido impecable, y cada vez que se habían cruzado con algún miembro del personal durante el fin de semana, estos les habían preguntado si necesitaban algo. Alan comentó que iba a tener que darse un golpe en la cabeza cada vez que se alojara en un hotel, para así conseguir ese trato especial.

—No sé por qué, pero dudo de que te traten de otra forma que no sea la de un rey. —Fue la contestación escéptica de ella, lo que hizo que Alan riera a carcajadas durante un buen rato.

Salieron de la habitación en dirección al coche de él. Alan había manifestado que necesitaba moverse, y los puntos no le molestaban para conducir, así que habían decidido acercarse a la casa y ver el desastre en persona. Maggie tuvo que volver a la habitación porque se había olvidado el móvil en ella. Para cuando llegó a la altura del coche de Alan se lo encontró enfadado y despotricando en voz alta.

—¿Qué pasa, Alan? —preguntó ella confundida.

—¿Que qué pasa? Míralo por ti misma. —La cogió de la mano y la acercó al coche.

Maggie miró al coche pero no vio nada diferente. Entonces, él le señaló las ruedas y cuando ella dirigió la mirada hacia ellas se quedó boquiabierta. Las dos ruedas aparecían desinfladas y mostraban, de manera clara, amplios cortes.

—¿Esto... esto ha sido a propósito? —Maggie estaba anonadada.

—Por supuesto que ha sido a propósito. Y las otras dos del otro lado del coche están igual. ¡Me han rajado las cuatro ruedas!

Alan empezó a dar vueltas alrededor del vehículo, pasándose la mano por el pelo y soltando exabruptos cada pocos pasos. Maggie buscó en su bolso la tarjeta del jefe Parker para así llamarlo, entonces recordó que debería haber un agente vigilando. Salió a la calle y vio a unos pocos metros el vehículo de la policía.

Se acercó al agente, se identificó y le explicó brevemente lo que había ocurrido. El policía habló con la central por radio y solicitó que el jefe de policía se personara en la dirección del hotel. Le agradeció al agente la ayuda y volvió hacia donde se encontraba Alan.

—Brian viene para acá. Tardará cinco minutos —dijo ella.

En ese momento su móvil sonó, comprobó que era Greg y descolgó.

—Buenos días, Greg. Sé que te dije que llegaríamos pronto pero nos hemos encontrado con que...

El constructor no la dejó terminar la frase.

—Maggie, será mejor que vengáis cuanto antes y que llames al jefe de policía para que se acerque a la casa también. Han destrozado el jardín delantero y hay pintadas. —La voz del constructor evidenciaba el desánimo del hombre.

—¿Cómo? —La incredulidad tiñó la voz de Maggie.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

Le aseguró que irían en cuanto resolvieran un asunto y colgó el teléfono.

Se quedó mirando a Alan, el cual se había sentado en el bordillo de la acera junto al coche. Se sostenía la cabeza con ambas manos y mostraba un aspecto desolador. Sabía que no era solo por las ruedas del vehículo, la situación se les estaba escapando de las manos. La persona que estaba detrás de todo lo que había ocurrido hasta ahora no parecía tener intención de detenerse. Maggie no sabía qué era exactamente lo que motivaba a esa persona a cometer esos ataques contra ellos, pero de lo que estaba segura era de que alguien quería causarles todo el daño posible.

A los pocos minutos, el jefe de policía llegó. Se bajó del coche y se los encontró a ambos sentados en la acera. Les pidió que le contaran cómo habían descubierto el destrozo en el coche, y luego procedió a sacar fotos. Redactaría una denuncia cuando llegara a la comisaría para lo que necesitaría que Alan pasara por allí a firmarla.

Maggie le pidió si podía acercarlos a la casa y les explicó a ambos la llamada de Greg.

—¿Qué ha pasado ahora en la casa, Maggie? —preguntó Alan.

—No lo sé, algo relacionado con el jardín. Greg me ha dicho que avisara a la policía. Así que, Brian, ya que estás aquí y no tenemos vehículo para desplazarnos, podemos ir todos juntos en tu coche —pidió ella.

El agente asintió, se montaron todos en el coche y pusieron rumbo a la propiedad de Alan.

∞

El panorama que se encontraron al llegar a la casa dejó a Maggie sin palabras. Brian sacó su cuaderno y se puso a tomar notas y Alan empezó a repetir una y otra vez en voz alta “No, no, no” con un tono de desesperación que le rompió el alma a ella.

La rotonda de delante de la casa, y en la que Amanda había trabajado tantas horas, había sido destrozada. Los rosales que la paisajista había plantado en el centro de la misma habían sido arrancados y pisoteados. Los pequeños setos que había colocado en el borde también habían sufrido el mismo fin que las flores. Pero la cosa no acababa ahí. Amanda también había empezado a sembrar esos mismos setos a lo largo del muro que separaba la propiedad con la calle, y estos también habían sido extraídos de la tierra y esparcidos por el césped.

Aunque lo que más llamó la atención de Maggie fueron las pintadas. Había una en la pared exterior de la casa junto a la puerta que decía “Ladrón”. En el camino empedrado, justo delante de la rotonda, se leía “Vete”. La mesa que Alan le había improvisado delante de la vivienda, cuando a ella le escayolaron el brazo, yacía tirada y rota en el suelo. También había recibido pintura, pero esta parecía haber sido derramada sin orden ni concierto. Como si aquel hubiera sido el último lugar que había recibido la rabia del autor de todo ese estropicio.

Vio como el jefe de policía iba a su coche y regresaba con la misma cámara de fotos que había usado antes para inmortalizar las ruedas destrozadas del coche de Alan.

—¡Greg! —llamó el policía—. ¿Habéis tocado algo?

—No, está todo como nos lo hemos encontrado —respondió este.

Fue entonces cuando Maggie se percató de que Greg, que estaba junto a la que había sido su mesa, sostenía por los hombros a una afligida Amanda que lloraba desconsoladamente. Corrió hacia ella inmediatamente.

—¿Estás bien, Amanda? —preguntó con preocupación.

La muchacha asintió y cuando Maggie la abrazó, su llanto aumentó de intensidad. Estuvieron así unos minutos mientras Alan maldecía repetidamente y Brian tomaba fotos de todo. Desde su

posición pudo ver que había más pintadas, en el césped y en los muros que daban al exterior.

Maggie sintió ganas de llorar también. ¿Por qué alguien les estaba haciendo esto? Por más que le había dado vueltas en la cabeza, no había sido capaz de encontrar a nadie, ya fuera en su pasado o en el presente, que pudiera querer hacerle daño.

En algún momento, el jefe Parker había conseguido calmar a Alan, el cual, en ese momento, miraba a su alrededor con tristeza. Cuando el agente terminó de hacer fotos, ambos se acercaron hacia donde estaba Maggie. Seguía abrazando a Amanda, aunque esta había dejado de llorar.

—¿Ella está bien? —preguntó el agente frunciendo el ceño.

—Sí, no ha hablado desde que he llegado, pero deduzco que el disgusto es por lo que ha pasado —contestó Maggie.

Amanda levantó la cabeza y miró al jefe de policía. Tenía los ojos húmedos y las mejillas sonrosadas. Asintió, confirmando de esta manera las palabras de Maggie. Brian se guardó el cuaderno en el interior de la chaqueta y resopló.

—Creo que esto está adquiriendo niveles catastróficos y la persona que esté detrás de todo esto... Bueno, en mi opinión es alguien que sufre un importante desequilibrio mental.

—¡Pues claro que no está bien de la cabeza! Creo que eso es bastante obvio —replicó Greg.

—Greg, el jefe Parker está haciendo todo lo que puede —dijo Maggie manteniendo un tono calmado.

—Pues no parece que sea suficiente —bufó el constructor.

—Greg, entiendo tu enfado. Créeme, yo también estoy muy cabreado. Hay alguien deambulando por mi pueblo, amenazando a varios ciudadanos y destrozando su propiedad privada. Incluso llegando a atentar contra sus vidas. Yo soy el primero que quiero encontrar a esta persona, ¡pero no tengo nada!

Brian se frotó las sienes frustrado y miró a Maggie. Ella le dedicó una sonrisa comprensiva.

—En realidad, sí que tengo muchos datos e incluso imágenes. Pero nada de lo que tenemos nos ha servido para conseguir identificar a la persona que está detrás de todo esto —explicó el policía.

»He recibido esta mañana, a primera hora, el informe forense de lo que el agente O'Neill recogió en tu habitación del hotel y que enviamos a analizar. No han encontrado nada, excepto varias hebras de cabello sintético, lo cual confirma mi sospecha de que la persona llevaba una peluca. Pero no había huellas ni ningún otro tipo de ADN. Tengo mis esperanzas puestas en la tarjeta que recibiste donde te amenazaban, Maggie. Espero que allí haya algo.

—¿Cómo es que han analizado antes los objetos de la habitación del hotel? La tarjeta la recibió Maggie antes de aquello —preguntó Alan.

—Porque a la tarjeta no le pusimos la indicación de “Urgente”. Es culpa mía —admitió Brian—, en un principio no pensé que el suceso del atropello estuviera relacionado con la amenaza recibida por escrito.

La palabra “amenaza” despertó algo en la mente de Maggie. El atisbo de un recuerdo asomó, pero no llegó a materializarse por completo.

—Bueno, parece ser que sí están conectados. El que esté detrás de toda esta mierda, sigue intentando lo que sea que quiera conseguir —expuso Greg.

—Tienes razón, Greg. Y voy a seguir haciendo todo lo que esté en mi mano para protegerlos.

Maggie siguió intentando recordar. Algo relacionado con las amenazas de la tarjeta y con Alan. Él había recibido también amenazas antes y...

—¡Sé quién es! ¡Sé quién ha estado amenazándonos! —Maggie no pudo evitar gritar en el

momento en que su cerebro hizo, por fin, la conexión entre varios hechos.

Amanda, a la cual seguía teniendo abrazada, dio un respingo ante el grito de Maggie. Todos se volvieron hacia ella. Fue Alan el primero en hablar.

—¿Sabes quién es?

—Sí, cuando Brian ha dicho lo de las amenazas lo he recordado. El hombre borracho, el que vino aquí amenazando a Alan. —Se volvió hacia Greg—. ¿No lo recuerdas? Lo convenciste para que se fuera en taxi.

Greg se quedó pensativo intentando recordar.

—Un momento, ¿me estás diciendo, Maggie, que hay alguien que os ha amenazado en persona? —preguntó el jefe Parker con cautela.

—Un hombre de mediana edad. Llegó borracho increpando a Alan sobre que esta era su propiedad y que se la había robado. Es el anterior propietario de la casa. No recuerdo su nombre, pero tiene que estar entre los papeles que tenía aquí encima de mi mesa.

Se agachó para rebuscar entre los documentos. Amanda hizo lo mismo y la ayudó. Los tres hombres se quedaron, mudos, observando lo que las chicas hacían.

—Alan, ¿os ha amenazado alguien y no me lo habéis contado? Os llevo preguntando desde el principio si había alguien con quien hubierais tenido algún problema —le increpó el jefe de policía.

—Se me había olvidado completamente, Brian. Lo deseché de mi mente en cuanto desapareció de aquí. ¡Pero Greg tampoco lo ha mencionado! —contestó Alan a la defensiva.

—Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado después de eso, creo que es excusable que no nos hayamos acordado ninguno de un borracho. —Se defendió el constructor.

Maggie emitió un pequeño grito de júbilo, le indicó a Amanda que dejara de buscar y se incorporó con una enorme sonrisa en la cara.

—Edward Louis Graneville III —anunció triunfante.

Brian cogió el documento que ella sostenía, lo leyó por encima y sonrió.

—Bien. Alan, tú y Maggie venid conmigo para presentar las denuncias que tenéis pendientes por los destrozos de hoy —dijo y comenzó a caminar hacia su vehículo.

—Señor... Agente... Esto, ¿yo puedo trabajar? Me gustaría arreglar esto. —La voz tímida de Amanda los sorprendió a todos.

—Puede llamarme Jefe Parker. Y sí, señorita Jackson, tiene vía libre para arreglar este jardín y volverlo a dejar deslumbrante como ya hizo la primera vez. Ya tengo fotos de todo —contestó él.

—Gr-gracias —dijo ella.

Brian sonrió asintiendo mientras se volvía hacia Maggie y Alan.

—Vamos a poner esas denuncias. Y después... Después, yo tengo que practicar una detención.

El jefe de policía dejó a Maggie y a Alan con uno de sus agentes, para que este les tomara declaración y redactara las denuncias. Se metió en su despacho y se dispuso a investigar al señor Graneville.

Después de media hora tenía una visión bastante clara del hombre. Heredero de una gran fortuna que había ido pasando de padres a hijos a través de varias generaciones, lo único que había hecho este miembro de la familia había sido gastar como si sus fondos fueran ilimitados. No había hecho nada por aumentar, o por lo menos mantener, la fortuna familiar. Cuando el dinero empezó a escasear es cuando comenzaron también los problemas.

Había tres denuncias por altercados violentos en diferentes bares de East Hampton. Uno del mismo tipo en Amagansett y otro, pero denunciado por él, en Wainscott por agresión. El resultado de este último había dado que el señor Graneville había empujado e insultado varias veces al agresor, hasta que este se había hartado y estampado su puño contra él. La denuncia fue retirada al día siguiente, Brian supuso que cuando se le pasó la borrachera comprendió que tenía más que perder.

La única dirección que constaba en la base de datos era la de la propiedad de Alan. O no había encontrado donde vivir, o simplemente no había informado a las autoridades de ello. Pero el jefe de policía sabía dónde empezar a preguntar, porque a un alcohólico siempre se le podía encontrar en un bar.



Maggie y Alan volvieron a la casa en taxi. Cuando llegaron, Amanda había avanzado bastante recogiendo todas las plantas que habían sido destruidas y Greg les contó que sus chicos habían terminado de retirar todos los escombros del derrumbe.

Entre los dos hombres montaron de nuevo la mesa de Maggie para que ella pudiera seguir trabajando ahí. Cuando terminaron, Greg volvió al interior de la casa y Alan decidió ayudar a Amanda con el jardín. La paisajista le dijo que no era necesario, pero él insistió y los dos trabajaron en ello el resto del día. Maggie consiguió encontrar un proveedor con placas de yeso para el techo disponibles que pudiera entregarlas al día siguiente, sin embargo fue más difícil encontrar una nueva viga. Finalmente, después de mucha presión, logró que su proveedor habitual la tuviera lista para el viernes.

El día continuó sin más incidentes, lo cual Maggie agradeció. Había tenido sucesos para todo un año completo. Pensó que debería llamar a Martin para informarle de las últimas novedades, pero no le apetecía tener que volver a repetir todo lo ocurrido. Se dijo que lo llamaría al día siguiente.

Al término de la jornada, Greg se ofreció a llevarlos de vuelta al hotel.

—No debería haber devuelto el coche de alquiler —se lamentó Maggie.

—Ya no lo necesitabas. No puedes conducir y me tienes a mí —dijo Alan.

—Te recuerdo que tú no tienes coche en estos momentos —replicó ella clavándole el dedo en el torso.

Greg rio y les exhortó a que entraran en su camioneta de una vez, puesto que había sido un día muy largo y quería llegar a casa.

—Te estás volviendo un poco gruñón, Greg —comentó Maggie.

—Creo que necesita una mujer —le susurró Alan a ella.

—Te he escuchado. Y no necesito una mujer —contestó el constructor enfurruñado.

Maggie y Alan rieron, subieron a la camioneta y Greg los llevó hasta el hotel. Se despidió de ellos y se perdió calle abajo.

Cuando entraban en la habitación el teléfono de Alan sonó, contestó al ver que se trataba del jefe de policía.

—Hola, Brian. ¿Alguna novedad?

Maggie vio como él escuchaba lo que Brian, al otro lado de la línea, le contaba. Alan asintió un par de veces y le aseguró al jefe Parker que irían a primera hora a la comisaría. Cuando colgó, ella lo miraba expectante.

—Lo ha detenido.

Ella exhaló el aire que había estado conteniendo y se abrazó a él con fuerza. Un enorme alivio le recorrió el cuerpo. Por fin las cosas podrían volver a la normalidad, terminar la obra y explorar sin sobresaltos la relación que había comenzado con Alan.

—¿Qué tal si pedimos la cena al servicio de habitaciones y después estrenamos esa maravillosa bañera con hidromasaje que no hemos usado todavía? —sugirió él.

Maggie le sonrió con picardía.

—¿Y por qué no probamos la bañera primero y dejamos la cena para más tarde?

Alan casi no la dejó terminar la frase. La cogió de la mano que no tenía escayolada y tiró de ella hacia el cuarto de baño. Sin duda, la cena tendría que esperar.

A la mañana siguiente decidieron ir primero al hospital. Maggie estaba deseando que le quitaran la dichosa escayola. El doctor Matthews se alegró mucho de ver que se encontraba bien, aunque frunció el ceño cuando vio el apósito que Alan llevaba en la frente.

—¿Se puede saber qué le ha ocurrido a usted? —preguntó sorprendido.

—Se podría decir que una viga de madera maciza decidió tener una cita con mi cabeza —contestó Alan.

—Por lo que veo, el golpe no ha afectado a su sentido del humor —repuso sonriendo el médico.

El doctor retiró la escayola de Maggie con ayuda de una enfermera, la envió a que le hicieran una radiografía para comprobar que los huesos habían soldado adecuadamente. Esperaron hasta que este recibió las placas y cuando las tuvo lo volvió a llamar a su consulta.

—Bueno, Maggie, parece que todo está en su sitio. Por supuesto, tendrás que tener cuidado con ese brazo durante un tiempo. Empieza a usarlo poco a poco puesto que has perdido masa muscular y lo has tenido inmovilizado dos semanas. Te vamos a dar un cabestrillo ortopédico para que lo lleses un par de semanas.

Ella asintió, el médico le explicó que se verían de nuevo en dos semanas y extendió una nueva receta de analgésicos, por si sentía molestias.

Dejaron el hospital en taxi, el cual los llevó a una empresa de alquiler de coches. Alan había avisado a su seguro para que enviara una grúa a lo largo de la mañana y retiraran su coche. Tendrían que reemplazar las cuatro ruedas, y al ser un Tesla, no solo era más caro cualquier tipo de reparación, sino que se tardaría más tiempo en que el taller especializado que se iba a encargar del arreglo recibiera los repuestos.

Alan había manifestado que estaba harto de depender de taxis por lo que quería alquilar un coche mientras el suyo estaba en el taller. Llegaron a la empresa de alquiler de vehículos, Maggie se sentó junto a él como simple espectadora, mientras él debatía con la chica que lo atendía los modelos que tenían disponibles.

Salieron de la oficina con un Alan más que contento, conduciendo un Mustang descapotable último modelo.

—Tú no sabes lo que es conducir un utilitario, ¿verdad? —Maggie no pudo evitar el comentario sarcástico.

—Me gustan los coches bonitos —respondió él encogiéndose de hombros.

—Ya veo —musitó ella.

Llegaron en cuestión de minutos a la comisaría. Maggie empezaba a sentir que aquel sitio era como su segundo hogar. Había pasado demasiadas horas allí desde que había llegado a los Hamptons, y la verdad es que estaba cansada. Esperaba que esa fuera la última vez que tuviera que ir a declarar o presentar una denuncia. Si el jefe Parker había detenido al anterior propietario de la casa de Alan, los problemas deberían terminar. Estaba segura que era quien había estado detrás de todo lo que había pasado.

Brian los hizo pasar a su despacho, se sentaron frente a él y esperaron mientras el policía ponía un poco de orden entre todos los documentos que había encima de su mesa.

—Dadme un momento, he estado trabajando toda la noche y se me han acumulado los papeles —se disculpó el policía.

Tardó un par de minutos en amontonar las carpetas y las hojas que había sueltas por todo el

escritorio. Cogió una de las primeras y la abrió. Miró a Alan y Maggie, y su expresión no le acabó de gustar a ella.

—¿Hay algún problema, Brian? —preguntó preocupada.

—El señor Graneville ha confesado.

—Pero eso es estupendo, ¿verdad? —inquirió Alan.

—Ha confesado algunos de los delitos, pero ha negado rotundamente haber cometido otros —aclaró el jefe Parker.

—¿Cómo? —La voz de Alan manifestó claramente su incredulidad.

—A ver, el señor Graneville admite ser el responsable de las pintadas y el desastre del jardín. También ha confesado ser el autor de haber rajado las ruedas de tu coche y de haber dejado la nota con las amenazas a Maggie en la mesa a la entrada de la casa. —Brian hizo una pausa y los miró a ambos—. Pero niega con rotundidad el intento de atropello, el robo de la tarjeta de crédito, el destrozo en la habitación de Maggie en el hotel y el sabotaje en el techo de la casa. Dice que no ha vuelto a poner un pie dentro de la casa desde que la vendió.

—¿Pero eso es ridículo! —estalló Alan poniéndose en pie de forma brusca—. Obviamente está mintiendo, ¿quién iba a ser sino él? Es un hombre desequilibrado y alcohólico, una persona en ese estado es capaz de hacer cualquier cosa.

—Tienes razón, Alan. Cálmate por favor y siéntate. —La voz del policía fue más una orden que una sugerencia.

Alan obedeció, se sentó de nuevo con gesto enfadado en el rostro. Maggie le cogió la mano y le dio un apretón cariñoso. Aquello hizo que la expresión de él se relajara.

—Vamos a comprobar las posibles coartadas del señor Graneville para los incidentes en los que niega haber participado. Si podemos demostrar que no estaba en ningún otro sitio, lo imputaremos por todos los delitos —explicó Brian.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó Maggie.

—En estos momentos, no. Voy a dejar la vigilancia que os puse, por el momento seguirá habiendo un agente cerca de donde estéis y una vez que todo sea aclarado lo retiraremos.

—Si lo tenéis detenido, no creo que sea necesario que tengas a tus agentes haciéndonos de guardaespaldas —manifestó Alan.

—Estamos en temporada baja y no hay tanto jaleo en el pueblo, así que podemos tener a uno de los agentes con vosotros. Me sentiré más tranquilo sabiendo que uno de los míos está cerca. Por lo menos hasta que la investigación termine.

Alan fue a protestar de nuevo, pero Maggie se adelantó y le dijo al jefe de policía que no había problema al respecto y le agradeció su preocupación. Alan puso los ojos en blanco, pero le dio las gracias por todo al policía.

Emplearon otra media hora en redactar las nuevas denuncias. El agente que los atendió fue el mismo de las veces anteriores y bromeó con ellos sobre que eran las personas que más denuncias habían presentado en East Hampton en todo el tiempo que él llevaba trabajando de policía. Maggie pensó que aquello no era divertido, pero le sonrió al agente y evitó que Alan soltara algún comentario mordaz.

Salieron de la comisaría y pusieron rumbo a la casa de Alan. Allí se encontraron a Amanda que continuaba trabajando en arreglar lo que había sido destrozado. Había traído en su coche setos nuevos. Le comentó a Maggie que los rosales los tendría al día siguiente.

Maggie se acomodó en su lugar habitual y agradeció en silencio que fuera un día soleado para poder trabajar al aire libre. Alan comentó que era hora de ayudar a Greg para que de una vez pudieran terminar la maldita reforma. Cuando este entró en la casa, Maggie pudo escuchar a los

chicos del constructor dando la bienvenida a Alan con gritos y exclamaciones. Pensó que todo había vuelto a la normalidad y con una sonrisa se puso a trabajar en sus documentos.

∞

Desde la acera enfrente de la casa, una persona observaba, escondida detrás de un árbol, a Maggie. A través de los prismáticos, vio como ella sonreía y aquello hizo que la rabia y el odio salieran a flote con más intensidad que nunca.

Esto tenía que acabar y cuanto antes. Esa chica no se saldría con la suya. Se guardó los prismáticos en el bolsillo, se subió el cuello del abrigo y tiró del gorro de lana que llevaba para que le cubriera la cabeza lo máximo posible. Empezó a andar despacio, alejándose de la casa, mientras una idea se formaba en su mente. Sería el golpe definitivo y conseguiría, por fin, cumplir su objetivo.

El miércoles no tuvieron noticias del jefe Parker. Todos trabajaron de manera intensa durante el día. Alan le pidió a Greg y a su equipo que se quedasen una hora más, asegurándoles que esa hora se les pagaría doble. Todos estuvieron de acuerdo y consiguieron adelantar bastante el trabajo. El suelo laminado quedó fijado en toda la planta superior, y como las tuberías y la instalación eléctrica habían sido lo primero en colocarse, pudieron proceder a instalar el aislante en las paredes e incluso cubrirlo con las placas de yeso en algunas de las habitaciones.

Al término de la jornada todos salieron satisfechos de la casa. Entre palmadas en la espalda y apretones de mano, los obreros se despidieron de un Alan que estaba cubierto de polvo y manchas de la cabeza a los pies.

Alan se encontró a Maggie en su sitio habitual hablando con Helen. Había una lata metálica decorada con dibujos navideños encima de la mesa y las dos mujeres charlaban con entusiasmo.

—Es un poco pronto para sacar la decoración de navidad, ¿no creéis? —dijo con una sonrisa mientras se acercaba a ellas.

—Oh, Alan, mira lo que nos ha traído Helen. Ha hecho galletas. Ya he probado una y están deliciosas —explicó Maggie con una enorme sonrisa.

—Siento haber traído una lata tan fuera de temporada, pero no he sido capaz de encontrar las otras que tengo. He hecho bastante limpieza en los últimos meses, tenía muchas cosas de mi marido que no había tocado desde que murió...

Helen dejó la frase a medias y su expresión se entristeció. Maggie se llevó la mano a la boca ahogando así una exclamación de sorpresa.

—Lo siento mucho, Helen. No tenía ni idea —dijo mientras abrazaba a la mujer.

—No tienes porqué disculparte, no lo sabías y además no fue culpa tuya —le reprochó Helen—. En realidad, lo que más me entristece es estar sola. Howard murió hace algo más de un año y no tuvimos hijos.

Alan se acercó más a Helen y le puso una mano en el hombro en un gesto inequívoco de cariño.

—Cuando Maggie y yo vivamos aquí, nos aseguraremos de verte cada día. Vas a tener los vecinos más pesados de este país —manifestó él.

La diseñadora se sorprendió ante las palabras de él. ¿Vivir aquí con él? ¿En su casa? Por un momento consiguió imaginarse lo que sería levantarse en esa espléndida casa todas las mañanas, compartir su vida con él y formar una familia. Pero la realidad se impuso con rapidez, ella tenía una vida en la ciudad. Su trabajo estaba allí, así como su diminuto apartamento. Aunque pensándolo bien, cambiar su residencia actual por esta majestuosa casa era más bien un incentivo que se acumularía, si llegaba el momento, en el lado de la balanza a favor de la mudanza.

De todas formas, Maggie pensó que las palabras de Alan habían obedecido a un momento de empatía hacia Helen. Había sido su forma de animarla y reconfortarla con la idea de que tendría dos vecinos al lado con los que podría relacionarse. No pensaba que Alan, en realidad, tuviera la intención de llevarlo a cabo. Proponerle que se fuera a vivir con él era un disparate porque, como se repitió mentalmente, llevaban juntos solo un mes.

Maggie volvió a la realidad cuando las palabras de despedida de Helen llegaron a ella.

—No quiero entreteneros más, solo vine a dejaros las galletas. Nos vemos pronto —se despidió la mujer y puso rumbo a la verja de entrada.

En ese momento, Greg, que se había quedado un rato comprobando algunas cosas, salió de la casa. Miró hacia la calle y Maggie se percató de que él arrugaba el entrecejo.

—¿Qué quería esa mujer ahora? —preguntó con desdén.

—¿Se puede saber por qué te cae mal Helen? Hasta donde yo sé, esa mujer no te ha hecho nada, sino más bien lo contrario. Nos ha ayudado. Me ayudó a salvar a Alan. —Maggie puso los brazos en jarras y escudriñó la expresión de Greg.

—No me gusta, punto. ¿Es que tiene que caerme bien todo el mundo? —gruñó el constructor.

—Supongo que no. Pero más te vale ser educado cuando estés en presencia de ella. Es una mujer amable, atenta y considerada. No quiero que la vayas a incomodar.

—Mags, yo siempre soy educado —dijo Greg molesto.

—No te hagas el ofendido. Te conozco muy bien y sé de lo que eres capaz cuando alguien no te cae bien —respondió ella.

Maggie observó por el rabillo del ojo que Alan hacía todo lo posible por no reír ante la conversación que Greg y ella mantenían. Maggie supuso que era divertido ver cómo ella regañaba a Greg, un hombre hecho y derecho, con amplia experiencia en la vida y mayor que ella.

—Bueno, os dejo para que Alan pueda reírse con total libertad.

Greg se montó en su camioneta y se fue acelerando más de lo necesario haciendo que Maggie pusiera los ojos en blanco. En el momento en que el coche del constructor abandonó la propiedad, Alan prorrumpió en carcajadas tan sonoras que le contagiaron la risa a ella.

—No deberías reírte. Conozco a Greg muy bien y sé lo desagradable que puede ser cuando alguien no es de su agrado.

—Me sorprende que haya aguantado tu rapapolvo tan bien. Otro, en su lugar, te hubiera contestado o simplemente te hubiera dejado con la palabra en la boca —dijo él y cambió de repente su expresión—. Eso me lleva, de nuevo, a pensar en la confianza e intimidad que hay entre vosotros.

Maggie le dedicó una mirada interrogante.

—¿A qué te refieres?

—¿Ha habido, alguna vez, algo entre Greg y tú? —preguntó él mientras la cogía de la cintura y la volvía hacia él.

—Ya te lo he dicho. Greg y yo solo somos amigos.

—Sí, eso me lo has dicho. Pero yo te pregunto sobre el pasado. ¿Habéis salido juntos alguna vez? —interrogó de nuevo él.

Maggie le acarició el rostro con ambas manos, lo acercó hacia ella y depositó un beso dulce en sus labios. Alan la pegó más a él y la besó con intensidad. Maggie alzó las manos y enredó los dedos en el pelo de Alan haciendo que este gimiera dentro de su boca mientras sus lenguas se exploraban cada vez a un ritmo mayor.

Cuando el beso terminó, ambos estaban sin aliento. Maggie podía sentir el calor localizado en las partes de su cuerpo que estaban en contacto con el de Alan. Él se inclinó un poco hacia atrás y la miró con detenimiento.

—No me has contestado.

—Alan, no ha habido nunca nada entre nosotros. Quiero mucho a Greg, pero desde el principio nuestra relación ha sido la de dos hermanos —explicó ella y sintió como Alan expulsaba el aire que había estado reteniendo—. Yo no tengo hermanos ni ningún otro familiar, la amistad de él es muy importante para mí.

Alan la abrazó con fuerza y ella rio. Podía notar el alivio que inundaba el cuerpo de él y

aquello la conmovió. Le hizo darse cuenta de que sus sentimientos eran auténticos, y que cuando le había dicho “te quiero”, no había sido solo algo provocado por el miedo o una situación extrema como las que habían vivido en las últimas semanas. A Maggie se le ocurrió que aquello que tenían era verdadero y ese pensamiento hizo que todos sus temores se desvanecieran y esfumaran dejándola solo con el amor más puro que su corazón podía sentir.

—¿Qué tal si cenamos hoy comida china? —sugirió ella.

—Por supuesto. No solo me encanta la comida china, sino que me trae muy buenos recuerdos cuando me la imagino encima de un montón de cajas de suelo laminado apiladas. Ambas juntas son una combinación irresistible —contestó él con sonrisa pícaro.

Aquello hizo reír a Maggie. Él la cogió de la mano y juntos fueron hacia el coche. Alan puso rumbo al restaurante chino sin soltarle la mano en ningún momento del camino. Maggie pensó, sonriendo para sí, que tener un coche automático tenía sus ventajas.

∞

La cena fue una delicia, Maggie estaba segura de que había engordado cinco kilos con lo que había comido esa noche. Alan había pedido todo el menú, un poco de cada cosa, porque se había empeñado en probarlo todo para así saber cuáles eran sus platos preferidos. No había dejado de bromear en toda la noche y la había besado en cada ocasión que había tenido. Maggie sentía que su corazón iba a explotar en cualquier momento de tanta felicidad como sentía.

Cuando llegaron al hotel se sentía tan llena que le propuso ir a dar un paseo para bajar un poco la comida. Era ya noche cerrada, pero con él se sentía segura. Además, el jefe de policía tenía detenido al hombre que había cometido todas esas fechorías contra ellos y estaban fuera de todo peligro. Alan propuso pasear por los jardines que el hotel tenía a su alrededor, así que caminaron cogidos de la mano por el sendero de madera que transcurría por uno de los laterales del establecimiento.

Era una noche clara y fría. Maggie se alegraba de tener su ropa de abrigo con ella, todavía no había podido recuperar la que se había quedado en el otro hotel y esperaba que el jefe Parker se la pudiera devolver pronto, aunque antes tendría que pasar por la lavandería.

Llegaron a la altura de donde el sendero se bifurcaba en dos direcciones. Una parte del mismo continuaba hacia la profundidad del bosque que había más adelante y la otra viraba a la derecha. Este giro hacía que se formara un espacio vacío que el hotel había aprovechado para crear un rincón romántico. Habían colocado una mesa y un par de sillones de jardín con aspecto de confortables los cuales se veían resguardados por los setos que había detrás de ellos. Delante de la mesa y junto al camino había un árbol que hacía que ese recoveco disfrutara de bastante intimidad. Decidieron sentarse y ella comentó que podían contar estrellas, lo cual hizo reír a Alan.

—Eso suena muy romántico, señorita Evans.

—Lo sé, es algo que siempre he querido hacer. En Nueva York es imposible ver ninguna estrella —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Maggie, creo que me debes el final de una historia.

—¿Una historia? —No sabía a qué se refería él.

—La que empezaste a contarme cuando estaba bajo los escombros.

—Ah, esa.

Maggie miró al cielo oscuro que se extendía ante ella. Estaba salpicado de estrellas, aunque no podía ver tantas como le hubiera gustado. Había un par de faroles a lo largo del sendero que eclipsaban el fulgor de dichos astros y el árbol que tenían al lado también cubría el

cielo. Habían pasado varios días desde el accidente de Alan, pero no le cabía duda de que él recordaba todo lo que le había contado mientras estaba sepultado por todos esos restos de yeso y madera.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —preguntó ella resignada.

—Lo recuerdo todo, Maggie. Lo último que dijiste antes de que llegaran los bomberos fue que habías compartido toda la información con ese tal Jake sobre los tres proyectos que estabais desarrollando en tu empresa.

—Bien. Bueno... —Maggie resopló pero empezó a hablar—. Llegó el día de la presentación. El señor Hutton llegó con su responsable de marketing y su propia hija, la cual, al parecer, es su mano derecha en el negocio. Nos reunimos con ellos los tres diseñadores, cada uno con su idea bajo el brazo, y Martin. Mi jefe le explicó que teníamos tres proyectos distintos que enseñarle, para que pudiera comprender las diferentes líneas en las que solíamos trabajar. Uno a uno expusimos nuestros diseños, y he de decir que los tres hicimos un excelente trabajo en nuestras presentaciones. —Maggie esbozó una sonrisa triste al recordarlo.

—Estoy seguro de que eran muy buenos trabajos —intervino Alan.

—Sí, lo eran —afirmó ella, y continuó—: Cuando terminamos, todos estábamos exultantes porque sabíamos que habíamos hecho un buen trabajo. Incluso Martin no pudo evitar sonreír. Pero todo se vino abajo cuando el señor Hutton miró a mi jefe y con voz seria le dijo que había esperado mucho más de su firma. Al principio todos nos quedamos mudos, entonces Martin preguntó que a qué se refería y el multimillonario le explicó que nuestros diseños no tenían nada de originales. Dijo que parecía en realidad que nos dedicábamos a copiar ideas de otras firmas. Se puso en pie, le dio la mano a Martin y le dijo que lo sentía pero que tenía una propuesta mejor de otra empresa. Dejó el despacho y todos nosotros nos quedamos sin saber cómo reaccionar.

—Vaya, tuvo que ser decepcionante. Aunque creo que sé por dónde van los tiros —dijo Alan.

—Sí, seguro que lo sabes. Eres demasiado listo, aunque hoy no me has soltado ninguna de esas palabras raras que tanto te gustan —se burló ella.

—Prefiero, por ahora, escuchar el resto de tu historia. Pero tendré preparada una para más tarde que hará que te derritas y me dejes hacerte todo lo que quiera cuando estemos de vuelta en el hotel. —Le guiñó el ojo y ella soltó una carcajada.

—Volvamos a mi historia, si es que todavía quieres conocer el resto.

Maggie lo miró y él asintió.

—Martin no entendía qué había pasado. En realidad, ninguno entendíamos nada de aquello. Así que estuvo días llamando al señor Hutton, intentando que le pasaran con él para conseguir una explicación. Martin sabía lo que los tres habíamos trabajado y el tiempo que habíamos empleado en aquel proyecto. Habíamos aparcado el resto de trabajos que teníamos en marcha dando excusas a los clientes sobre la demora de los mismos. Después de intentarlo muchas veces, mi jefe consiguió que el hostelero se pusiera al teléfono y atendiera su llamada. La explicación que le dio fue que había tenido una reunión en otra empresa de diseño de interiores un par de días antes que la nuestra. El proyecto que le habían presentado en esa otra compañía le había gustado mucho porque, básicamente, aunaba los tres nuestros en uno. La persona responsable había conseguido unir nuestros tres estilos y combinarlos de manera inteligente, y había dado en el clavo con el gusto del cliente.

—Qué puntería, ¿no? —dijo con sarcasmo él.

—Cuando tienes toda la información en tu poder es mucho más fácil.

Se detuvo un momento para poner sus ideas en orden. La rabia había empezado a invadirla

conforme su relato avanzaba, recordar aquello ya no le producía tristeza pero si la encolerizaba que la hubieran usado de esa manera y no hubiera sido capaz de verlo.

—Cuando llegué a casa aquella noche lo primero que hice fue llamar a Jake. No me contestó al teléfono, ni ese día ni en los siguientes. Empezaba a preocuparme, puesto que no habíamos pasado más de un día sin hablar. Al cuarto día decidí llamar a su empresa. Me horrorizaba pensar que me tomaran por una novia celosa, pero yo estaba preocupada y no conseguía localizarlo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando en la empresa de inversiones, dónde él me había dicho que trabajaba, me informaron que no había ningún Jake Talbot en nómina.

—Te mintió —afirmó Alan y Maggie asintió.

—No me quedó más remedio que seguir insistiendo al teléfono y supongo que en algún momento se cansó de que el teléfono no dejara de sonarle. Una semana después contestó y en pocas palabras me dijo que se había dado cuenta de que lo nuestro no funcionaba y que no iba a llegar a ninguna parte. Me aseguró que lo mejor para ambos era que lo dejáramos y colgó sin darme mucha opción a decir algo.

Maggie hizo una pausa para coger aire y poner sus ideas en orden.

—La sorpresa fue de tal calibre que ni siquiera lloré. Simplemente no entendía nada, así que al sábado siguiente decidí ir a su apartamento e intentar aclarar las cosas. Fui una tonta, pero estaba enamorada. Y él había cometido el error de decirme dónde vivía. Cuando llegué allí me abrió la puerta una rubia en albornoz, pregunté por Jake y fue a buscarlo. Me vio y palideció, sin duda no pensó que yo pudiera ir a su casa. Quizá ni se acordaba de que en algún momento me había dicho dónde vivía.

—¿El muy desgraciado estaba con otra? ¿Te había estado engañando todo el tiempo? — Alan se incorporó del sillón apretando los puños.

—Ese no fue el peor de los engaños. Me hizo pasar porque no quería un espectáculo en el edificio, esas fueron sus palabras.

La voz de Maggie destilaba asco, rabia y vergüenza. Alan se sentó en el borde del sillón de ella y la abrazó.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por algo así. Ese imbécil no te merecía.

—Empezó a contarme que había conocido a alguien y que estaban hechos el uno para el otro, y cosas por el estilo. En un momento dado desvié la mirada hacia la isla de la cocina y lo vi. Estaba allí: era un proyecto de decoración de unas oficinas, y en una de las puertas del diseño se podía ver el logotipo de los hoteles Hutton. Y de repente todo se volvió claro en mi mente — explicó ella.

—El muy canalla trabajaba para una compañía como la tuya. Te robó la idea, todas las que teníais en tu empresa y las usó para conseguir el cliente.

—Me fui corriendo de allí y cuando llegué a casa fue cuando lloré. Estuve así durante una hora y luego llamé a Theresa y se lo conté todo. Me sentía humillada, utilizada, avergonzada de mi estupidez. Por no haber sido capaz de ver cómo era en realidad Jake. —Suspiró y se puso en pie para continuar con el relato—. Al lunes siguiente, fui a hablar con Martin. Theresa me acompañó. Se lo conté todo y él... No me despidió. Martin entendió que no había sido mi culpa. Hizo algunas llamadas y acabó averiguando qué empresa era la que iba a desarrollar aquel proyecto, y entonces volvió a llamar al señor Hutton para contárselo todo. Este último lo entendió y no le gustó mucho lo que había ocurrido, es un hombre ético a pesar de lo que puedan pensar algunas personas. Pero las obras ya habían empezado y el proyecto le gustaba. Así que le dijo a Martin que lo sentía mucho, pero que iba a continuar con la otra empresa y que lo llamaría si en un futuro necesitaba reformar alguno de sus edificios. Y ahí quedó todo —finalizó Maggie.

Durante unos minutos el silencio reinó entre ambos. Se levantó una leve brisa que hizo que ella se estremeciera, Alan se puso en pie también y la abrazó.

—Pensaste que yo era como él. Que podía utilizarte como él lo hizo. Eso duele, Maggie — dijo él sin soltarla.

—Lo sé. Pero eres un hombre rico y tremendamente atractivo. No entendía que quisieras salir conmigo. Sigo sin comprenderlo. Yo soy... bueno, muy normal.

—Maggie, tú no eres una chica del montón. Para mí eres la única chica que existe. Desde que te he conocido mi vida ha cambiado para mejor. No quiero que te alejes de mí porque un tipo sin moral ninguna te hiciera daño en el pasado. Yo no soy él. —La cogió de la barbilla y la obligó a que lo mirara a los ojos. Maggie vio en ellos sinceridad y amor y se dio cuenta de que eso era todo lo que necesitaba en la vida.

—Te quiero, Alan.

Se fundieron en un beso en el que ambos volcaron todo lo que sentían. El amor los envolvió hasta que ambos dejaron de sentir nada que no fuera al otro. El beso los unió y durante varios minutos no existió nada más que ellos y las estrellas que los observaban desde el cielo.

—Tienes las manos frías, volvamos al hotel —susurró él.

Abrazados volvieron al hotel. Se metieron en la cama y se abrazaron sintiendo el calor del otro. Se quedaron dormidos así, felizmente enamorados.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Alan recibió un mensaje del jefe de policía instándoles a que pasaran por la comisaría. Esperaba que Brian hubiera conseguido una confesión completa del individuo para así poder zanjar aquel desagradable asunto. Deseaba poder terminar la reforma, dedicarse a escribir y pasar todo el tiempo posible con Maggie.

Desvió los ojos de su móvil hacia ella y la contempló mientras terminaba su café. Así era como quería pasar todas las mañanas del resto de su vida: desayunando con Maggie.

Cuando terminaron, se arreglaron y fueron a la comisaría. Al llegar se encontraron a un jefe de policía con cara de pocos amigos hablando con el agente que había en la recepción. Alan tuvo un mal presentimiento.

El jefe Parker los hizo pasar a su despacho, después de remover varios papeles, encontró el que buscaba y lo sostuvo en la mano. Leyó algo y los miró a ambos.

—Tengo malas noticias sobre el caso —soltó el jefe de policía cual bomba inesperada.

—De acuerdo, dispara —contestó Alan.

—Hemos comprobado las coartadas del señor Graneville y hemos confirmado que dice la verdad respecto a algunos de los incidentes.

—¿Cuáles de ellos? —preguntó Maggie.

—La noche del suceso en el hotel estuvo en un bar. Hay testigos que lo confirman y hemos conseguido las imágenes de las cámaras de seguridad donde se ve la hora a la que llega y a la que se marcha —explicó el agente—. Y la noche en la que alguien manipuló la viga que se derrumbó, el señor Graneville estuvo en este mismo bar donde varios testigos vuelven a confirmar su presencia. Al parecer, es asiduo a ese establecimiento. Y también tenemos imágenes de ese día.

—Vale, Brian, pero... ¿Y el atropello y el tema de la tarjeta de crédito?

La voz de Alan había subido algunos decibelios, se daba cuenta de que el enfado se estaba apropiando de su ser, pero la realidad de lo que estaba contando el jefe Parker se abría paso en su mente poco a poco y no le gustaba. Las implicaciones que conllevaba el hecho de que el antiguo propietario de su casa no fuera el causante de todos los incidentes eran preocupantes.

—Edward Louis Graneville III no tiene carné de conducir, y esa noche estaba también en el mismo bar que he mencionado. En realidad, pasa allí casi todas las noches y según el dueño del local, llega y se va andando. Lo he comprobado en nuestra base de datos y lo tiene retirado por conducir bajo los efectos del alcohol. —Hizo una pausa y dejando el papel en la mesa, continuó hablando—: Es un alcohólico reconocido, pero no sigue ningún tratamiento para desintoxicarse. Lo que me lleva a dudar seriamente de que fuera capaz de robarle la tarjeta a Maggie y hacer todas esas compras —expuso el policía.

—Esto es muy frustrante, Brian. —Alan se pasó la mano por el cabello y miró a Maggie, la cual había palidecido visiblemente.

—Lo sé, Alan. ¿Crees que yo no me siento igual? —Fue una pregunta retórica a la que ninguno contestó—. Esto significa que hay otra persona detrás de todo esto, y con la información de la que disponemos... Bueno, no tenemos ninguna pista sobre de quién puede tratarse.

El jefe Parker se levantó de su asiento y fue hasta la ventana de su despacho. El silencio cayó sobre ellos, Maggie se estremeció y Alan la tomó de la mano, depositó un beso en los nudillos de ella y le susurró que todo iba a salir bien. Aunque la realidad distaba mucho de aquello y Alan no se sentía seguro de que pudieran hacer algo antes de que un nuevo suceso ocurriera. Por primera vez en su vida sentía miedo y no era por él mismo, sino porque algo le

ocurriera a ella.

—Entonces, de lo único que se le puede acusar es de lo que él mismo ha confesado: las pintadas, el destrozo del jardín, las ruedas de mi coche y las amenazas —afirmó Alan.

El jefe de policía dejó de mirar por la ventana y se volvió hacia ellos. Con gesto irritado asintió y se sentó de nuevo.

—Vamos a seguir investigando. Tenemos una serie de incidentes muy graves sin resolver, así que continuaremos con ello.

—Gracias, Brian —dijo Maggie con un hilo de voz.

—No tienes por qué darlas. Por cierto, nos han devuelto tu ropa y los objetos personales que tenías en el hotel donde te alojabas antes. Si quieres, el agente de la entrada te los entregará. Solo tendrás que firmarle un documento.

—No los quiero. No quiero ni la ropa ni el resto de cosas. Pensaba llevarlo todo a la lavandería del hotel, pero no quiero nada que esa persona haya tocado —contestó con firmeza Maggie.

—De acuerdo, Maggie. Entonces lo guardaremos todo como parte de las pruebas de los delitos en nuestro almacén.

Se despidieron del agente y salieron a la calle. Abandonar la comisaría hizo que Alan se sintiera más ligero. Le pasó un brazo por los hombros a Maggie y se encaminaron hacia el coche.

—¿Qué te apetece hacer? —le preguntó él, una vez instalados en el vehículo

—No sé a qué te refieres, ¿volver a la casa? —preguntó ella dudosa.

—Si quieres, podemos hacer otra cosa hoy. Pasear por la playa aprovechando el sol, o ir de compras... Necesitarás ropa nueva si no vas a recuperar la que tenías en tu hotel.

—La verdad Alan, prefiero volver y seguir trabajando. Si te soy sincera, estoy deseando terminar la reforma de tu casa —dijo ella con hastío.

—En eso coincidimos, Maggie. Me va a parecer mentira cuando, por fin, la casa esté acabada.

Puso el coche en marcha y se mezcló con el tráfico de la mañana que atravesaba el centro de East Hampton.

Greg salió de la casa preocupado. Uno de sus chicos le había dicho que Maggie estaba fuera gritando mientras hablaba por teléfono. El constructor la encontró paseando de su mesa a la verja de entrada de la propiedad mientras hablaba en voz alta y gesticulaba con la mano libre. Le hizo señas y esperó a que ella llegara hasta donde él se encontraba.

—La viga tenía que estar aquí a primera hora. Por muchas excusas que me dé no justifica que no la tengamos aquí ya. Confié en su palabra y ahora tengo a un puñado de obreros de brazos cruzados porque no la hemos recibido todavía. ¡ES VIERNES! Justo el día que usted me dijo que llegaría.

El constructor no recordaba haber visto a Maggie nunca en semejante estado. El enfado de ella era casi tangible e irradiaba furia por cada poro de su piel. Esperó con paciencia a que ella finalizara su conversación con el proveedor, mientras la observaba discutir y gritarle al hombre.

Cuando terminó de hablar, se acercó a él resoplando.

—¿Puedes creerte que no ha llegado todavía la viga? —preguntó iracunda.

—Maggie, son las diez de la mañana. Llevamos aquí solo una hora, no pasa nada si llega un poco más tarde. Tengo a los chicos trabajando en otras cosas. —Fue el intento de calmarla que hizo Greg, aunque fracasó estrepitosamente.

—Pues claro que pasa, este hombre se comprometió conmigo y no ha cumplido. No voy a volver a trabajar con esta empresa, se lo diré a Martin cuando vuelva a Nueva York —dijo convencida.

—Maggie, ven y siéntate un momento.

La cogió por los hombros y la acompañó hasta la silla que tenía junto a su improvisado escritorio. Se agachó para quedar a su altura, mirándola a los ojos le cogió ambas manos entre las suyas.

—¿Qué es lo que pasa, Maggie? Tú no eres así. No te había escuchado jamás levantar el tono de voz y te encuentro aquí gritándole de malas maneras a un hombre con el que llevas trabajando desde hace años.

Las palabras de Greg parecieron hacer efecto, aunque no el que él esperaba. Maggie hundió los hombros y agachó la cabeza, a los pocos segundos comprobó que estaba llorando cuando sintió las primeras lágrimas de ella caer en sus manos.

—Maggie, no llores. Shhhh... Ven aquí —dijo mientras se incorporaba y tiraba de ella para que se pusiera en pie.

Greg la abrazó en un intento de que se tranquilizara, pero aquello hizo que el llanto de ella aumentara de intensidad y le devolviera el abrazo, aferrándose a él con fuerza.

Estuvieron así un par de minutos hasta que las lágrimas cesaron. Greg le limpió el rostro con delicadeza y la instó a sentarse de nuevo.

—¿Te encuentras mejor?

Ella asintió, sacó un pañuelo de papel de su bolso y se secó los ojos.

—No puedo más, Greg. Creo que he alcanzado mi límite —dijo ella con sinceridad.

El constructor notó la ansiedad y el cansancio en las palabras de ella. Aquella chica estaba a punto de sufrir un colapso nervioso. Tenía que hablar muy seriamente con Alan, era su deber cuidarla. Y por cierto, ¿dónde estaba? No lo había visto aquella mañana.

—Vayamos por partes, Mags. ¿Qué ha pasado?

—Todo pasa, Greg. Ayer hablamos con el jefe Parker y al parecer el señor Graneville no

es responsable de todo lo que ha ocurrido. Así que seguimos sin saber quién está intentando matarme. ¡Yo no le he hecho nada a nadie! —exclamó con un deje de histeria.

—Imagino que lo único que ese borracho ha hecho son las pintadas y lo del jardín, ¿verdad?

—Sin olvidar lo de rajarle las ruedas al coche de Alan y enviarme a mí la nota con la amenaza.

—Era lo que yo pensaba —repuso él.

Greg empezaba a sentir una leve punzada en las sienes. Hacía años que no tenía un dolor de cabeza, su trabajo era físico por lo que cuando caía en la cama por la noche, el cansancio lo llevaba rápidamente a sumirse en un profundo sueño. Sus labores no requerían que tuviera un esfuerzo mental elevado, solo el uso de sus músculos y desde que se dedicaba a este trabajo no había vuelto a tener una migraña.

Sin embargo, en esos momentos empezaba a sentir que una se aproximaba. Estaba muy preocupado por Maggie, esta reforma había adquirido tintes épicos y era demasiado para ella, lo cual no lo sorprendía. ¿Quién, en su sano juicio, no acabaría afectado por todo aquello? Seguían sin saber quién estaba detrás de los incidentes más graves, y aunque no dudaba de la capacidad y profesionalidad del jefe de policía, la situación no tenía visos de solucionarse. Al menos, no de momento.

—¿Dónde está Alan?

—Ha ido al hospital a que le quitaran los puntos. A mí no me apetecía ir, ha sido muy comprensivo. Él... él ha estado siempre a mi lado, pero yo no quería volver a pisar ese hospital.

—Una lágrima se le escapó y descendió por su mejilla. Greg la recogió con un dedo y ella lo miró agradecida—. Me ha dejado aquí primero y después se ha marchado al hospital.

—Vale, vamos a hacer una cosa. Me voy a quedar contigo hasta que él vuelva, ¿de acuerdo?

—Pero, Greg, tienes trabajo que hacer y yo...

—Puedes discutir lo que quieras, Mags. Pero no voy a dejarte sola. Voy a avisar a Roger de que estaré aquí contigo.

El constructor se acercó a la puerta de la casa, la abrió y llamó a su trabajador a gritos. Roger salió y Greg le explicó que estaría con Maggie, si necesitaban algo podían salir y hablar con él.

Cuando volvió con ella la vio sonreír.

—No tenías porqué hacerlo, Greg —le riñó ella.

—Lo sé, pero lo hago y no hay nada más que hablar. ¿Tienes más llamadas que hacer? Lo digo porque a la vez que te echo una mano podemos evitarle dolores de cabeza y ataques cardíacos a más de una persona —dijo él en tono burlón.

Aquello hizo reír a Maggie y Greg pensó que había logrado su cometido, aunque tenía que hablar con Alan. Quizá el chico no se había dado cuenta de lo mal que se encontraba ella, y no lo culpaba. Él también había recibido su buena ración de accidentes y estaba seguro que su cupo de mala suerte estaba completo por lo que quedaba de año. Maggie y Alan necesitaban que todo se arreglara, esperaba que el jefe Parker consiguiera encontrar al responsable de todo aquello.

∞

Maggie pasó un rato muy entretenido con Greg hasta que Alan llegó. Le dio las gracias por haberle hecho compañía, pero su amigo descartó sus palabras con un gesto. Ella sabía que no era

necesario, pero quería que el constructor supiera que estaba agradecida, no solo por haberse quedado con ella sino por su amistad.

A la llegada de Alan, Greg dijo que volvía dentro y que no era necesario que los ayudara. Estaban esperando la viga y hasta que esta no llegara no había mucho que hacer. Le indicó que se sentara con Maggie, y aunque en un principio Alan pareció confuso, después de un gesto del constructor (que a Maggie no se le escapó), se sentó con ella y así estuvieron el resto del día.

La viga por fin llegó mientras Maggie y Alan estaban almorzando. A su vuelta se encontraron a los chicos descargándola y un hombre de mediana edad disculpándose una y otra vez con Greg. Maggie dedujo que era el conductor del camión, decidió no intervenir y dejar que su amigo se encargara de ello. De todas formas, ya no se sentía como esa mañana y estaba un poco más animada. Habían ido hasta el restaurante de comida rápida andando, y disfrutar del sol en un paseo, aunque fuera corto, le había ayudado a despejar la cabeza y, de alguna manera, animarse.

Los obreros dejaron instalada la viga por la tarde e incluso tuvieron tiempo de tapar el techo con las nuevas planchas de yeso que habían recibido días antes. Greg, como de costumbre, se quedó un poco más de tiempo después de que se marcharan sus chicos.

Cuando salió de la casa portaba una sonrisa radiante en la cara.

—Hemos avanzado mucho hoy. No quiero pillarme los dedos, pero creo que con un par de semanas más tendremos suficiente para terminar lo que queda —explicó el constructor.

—Es una noticia estupenda, Greg —contestó ella.

—Bueno, me marcho por hoy. Por favor, Mags, si te llama algún otro proveedor, intenta no gritarle. O por lo menos, no le grites demasiado.

Ella rio, Greg le dio un abrazo y se despidió de ambos hasta el próximo lunes.

—Bueno, señorita Evans, ¿le gustaría que fuéramos a comer?

—Me encantaría, señor Lewis. Pero me temo que tengo algunas cosas que hacer antes de que podamos disfrutar de nuestro festín vespertino.

Se miraron y se echaron a reír.

—Veo que tú también dominas muy bien el lenguaje y no soy yo el único.

—No hay quien te gane en palabras raras, Alan. No soy competencia para ti —dijo ella entre risas.

Alan la atrajo hacia sí y sujetándola por la cintura la besó.

—¿Qué es lo que tienes que hacer?

—Quiero hacer fotos del interior y enviárselas a Martin. Ya que se ha avanzado tanto hoy, me gustaría mandarle algo que lo tranquilice. Sé que está preocupado por este proyecto y no le falta razón.

—¿Y si pedimos comida? Para cuando termines con las fotos habrá llegado el pedido, y podemos comer entre cajas —dijo él, pegándola más a su cuerpo.

—Te gusta comer con cajas a tu alrededor.

—Sí. Me encantan las cajas. Y si vienen con comida china, mucho mejor.

Alan la besó en el cuello y Maggie sintió un escalofrío en el cuerpo. Cada vez que él la tocaba, su cuerpo entero se estremecía.

—Comimos comida china hace dos días. ¿Podría ser mejicana? Además, Ana está loca por ti —bromeó ella, refiriéndose a la dueña del restaurante mejicano donde habían comido algunas veces.

—De acuerdo, comida mejicana entonces. Pero ellos no reparten... —Se quedó pensativo un momento—. Iré a por ella y comeremos aquí, tú puedes mientras tanto hacer las fotos. Aunque...

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No quiero dejarte sola.

—Estaré bien, Alan. Cerraré la puerta con llave cuando te vayas y me aseguraré de que las que dan al jardín están cerradas también —dijo ella con seguridad—. Anda, vete a por la comida. No te olvides de traerme mi taco favorito.

Él asintió y con un beso fugaz se despidió de ella. Maggie entró en la casa, cerró la puerta con llave y sacó su móvil con el que empezó a hacer fotos.

∞

Helen estaba en la cocina limpiando un par de utensilios que había estado usando en el jardín. Había empezado a oscurecer sin que se diera cuenta, cuando trabajaba en el exterior el tiempo parecía volar. Era algo que le encantaba hacer, consideraba que las plantas eran mucho más agradecidas que las personas.

Cuando Samuel todavía vivía, ella se refugiaba muchas veces ahí fuera. Prefería la compañía de las flores y los arbustos a la de su marido porque la mayoría de los días, él no tenía un buen día. Estaba cansada de discutir y aguantar su mal humor, al parecer todo era debido a sus negocios. Helen nunca tuvo claro a qué se dedicaba Samuel, excepto a algo relacionado con las inversiones, pero lo que sí sabía era que en los últimos meses antes de morir las cosas no le habían ido tan bien.

Suspiró y se quedó mirando su jardín a través de la ventana que había justo encima del fregadero. Perdida en esos pensamientos, al principio no se percató de que había alguien allí afuera.

Una persona, vestida de negro, se movió sigilosamente a través del césped.

Se quedó paralizada por el miedo. Intentando moverse lo menos posible, estiró el brazo hasta el interruptor más cercano y apagó la luz de la cocina. Se quedó muy quieta delante del fregadero, con la esperanza de que la persona no la hubiera visto.

La silueta del jardín empezó a andar muy despacio. Helen no podía apreciar los rasgos, pero era una persona alta y delgada, con un abrigo largo negro. El pelo parecía ser también oscuro, aunque creyó distinguir que llevaba un gorro. La persona llevaba un objeto grande en una mano, una especie de garrafa o algo similar. No pudo discernir si portaba algo en la otra mano.

La oscura figura siguió caminando con sigilo en dirección a la casa de Alan. Cuando llegó a la altura del muro que separaba ambas propiedades, soltó el objeto que llevaba en la mano al otro lado del mismo y trepó por él hasta que, con un pequeño impulso, lo traspasó de un salto.

Helen se quedó quieta después de que la persona hubiera desaparecido de su vista y durante unos minutos, no fue capaz de moverse. Sintió que el pánico la invadía, alguien se había colado en la casa de Alan y estaba claro que no con buenas intenciones.

Se llevó las manos a la cara y con piernas temblorosas se alejó del fregadero para ir en busca de su móvil. Tenía que llamar a la policía.

La cocina estaba casi terminada. En realidad solo faltaban por colocar lámparas y otros accesorios de ese estilo. Maggie admiró los azulejos blancos y el fantástico contraste que hacían con los muebles de color azul. Hizo varias fotos pensando que a Martin le iba a encantar ver que el proyecto, por fin, avanzaba.

Un sonido la distrajo de lo que estaba haciendo. Se quedó quieta, aguzó el oído y volvió a escuchar otro sonido. No logró identificarlo, pero provenía del salón. Iba a dirigirse hacia allí cuando otro ruido hizo que se detuviera. Esta vez tuvo claro lo que era: una rotura de cristales.

Alguien estaba intentando entrar en la casa. Miró a su alrededor inquieta, necesitaba algo para defenderse. Lo único que pudo localizar fue un trozo de madera, viejo y astillado, que había amontonado en un rincón junto con otros materiales. Lo cogió, intentando no clavarse ninguna astilla y fue despacio hasta el salón.

Llegó a la altura de la escalera e intentó atisbar por entre los barrotes de la misma. Una persona se movía por el salón con un objeto en la mano, parecía estar esparciendo algo por la habitación. No podía distinguir a la persona con claridad, había empezado a oscurecer y ella no había encendido ninguna luz mientras estaba haciendo las fotos puesto que había estado usando el flash.

Se agachó al lado de la escalera y valoró sus opciones. No sabía quién era, pero estaba segura que lo que había venido a hacer no era saludar al nuevo vecino. Tenía que salir de allí y llamar a la policía, pero no podía hacerlo ahí mismo o aquella persona la oiría.

La puerta de la calle estaba cerrada con llave, ella misma lo había hecho. La puerta corredera de la cocina que daba al jardín trasero no había sido cambiada, por lo que todavía estaba la antigua... y esa no se deslizaba si no era a base de golpes. Había visto a los chicos de Greg hacerlo para poder abrirla. Aquello le llevaría demasiado tiempo y el ruido alertaría al intruso. La única opción que tenía era salir por la puerta principal.

Sacó del bolsillo de sus pantalones, con extremo cuidado, las llaves de la casa y muy lentamente las separó una a una hasta que dio con la que correspondía a la puerta principal. Agarró la llave con fuerza entre el índice y el pulgar de la mano derecha, se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta que llevaba y soltó el trozo de madera que había cogido.

Inspiró varias veces para intentar calmarse. Se puso en pie, calculó que habría unos diez metros hasta la puerta y echó a correr con toda la rapidez que le permitieron las piernas.

Llegó a la entrada y cuando intentó introducir la llave en la cerradura, el manajo de llaves se le cayó al suelo. Con manos temblorosas se agachó a recogerlas, pero no las llegó a coger porque miró hacia el salón y observó con horror que la figura oscura ya no estaba allí. Se giró y vio que tenía justo delante de ella una persona alta envuelta en un abrigo negro, la cual parecía observarla por debajo de un gorro también en ese mismo color.

—Vaya, vaya, vaya. La verdad era que no esperaba encontrarme a nadie aquí, mucho menos a ti ya que, al parecer, no te dejan sola ni un instante —dijo la persona con regocijo.

Una alarma se encendió en su mente. La voz le resultaba tremendamente familiar. La persona levantó un brazo y se quitó el gorro que llevaba puesto. Después tiró de la peluca que llevaba y dio un paso hacia Maggie. Esta observó con horror a quien tenía delante de ella.

—Penélope —susurró sorprendida.

—Sí, soy yo. Me alegro mucho de haberte encontrado aquí. Eres justo lo que necesitaba para que mi plan sea perfecto. Venga, muévete. Vamos a ese precioso salón que has estado

montando en la casa de mi novio.

Penélope movió la mano derecha y Maggie vio que llevaba una pistola en ella. El terror la invadió, la mirada de la chica rubia mostraba su absoluto desprecio hacia ella, pero no era solo eso.

El destello de locura que los ojos de Penélope revelaban era incuestionable. Aquello le provocó más miedo que la propia pistola.

∞

Helen llevaba diez minutos intentando hablar con la policía. Había probado el 911, pero todas las líneas estaban ocupadas, así que había decidido llamar directamente a la comisaría de East Hampton sin tener suerte allí tampoco. Un mensaje similar la instaba a esperar a que alguna línea quedara libre.

—¿Pero qué está pasando en este pueblo? ¡No puede ser que todo el mundo esté llamando en el mismo momento a la policía! —exclamó en voz alta mientras volvía a la cocina.

Iba a colgar e intentar de nuevo el número general de la policía cuando escuchó gritos. Se quedó inmóvil, escuchando y localizó el origen de los mismos: la casa de Alan. ¿Era Maggie la que gritaba? El miedo se apoderó de ella. ¿Por qué no le cogían el teléfono en la policía?

Con el móvil pegado a la oreja se dirigió con determinación hacia el que había sido el despacho de su marido. Sacó una pequeña llave de una caja que había en el escritorio y abrió con ella el cajón que había en el mismo.

Allí, reluciente, había una pistola que Samuel se había comprado un par de meses antes de morir. Le dijo a Helen que era por seguridad y que todo el mundo tenía en sus casas algún tipo de arma, aunque ella no se lo creyó en ningún momento. Tenía la sospecha de que su marido andaba metido en algo turbio, pero él murió dos meses después y nunca tuvo ocasión de sacar el tema. Aunque sabía de sobra que él no le habría contado nada.

Helen no entendía mucho de armas, pero al ser un revólver sabía cómo abrir el tambor. Lo hizo y comprobó que estaba cargado. También sabía por las series y películas que todas las pistolas tenían un seguro, lo buscó hasta que dio con él y lo quitó. Con el arma en la mano y el móvil todavía en la oreja, salió por la puerta principal de su casa hacia la calle. Decidió que iría por la entrada de la casa, puesto que aquella persona había entrado por detrás. Pensó que tendría más posibilidades yendo por la parte delantera de la casa y esperaba con toda su alma que aquel individuo no la descubriera antes de que ella pudiera hablar con la policía.

∞

Maggie obedeció a Penélope y despacio, sin darle la espalda, fue hasta el salón.

—Ahora ponte ahí, justo en el centro de la habitación y ni se te ocurra moverte. Las manos en alto donde pueda verlas —ordenó la chica rubia.

Ella obedeció sin dudarle. Necesitaba ganar tiempo, no sabía si alguien había escuchado sus gritos pero tenía que jugar esa baza para poder darle tiempo a cualquiera que hubiera podido escucharla. O en todo caso, darle tiempo suficiente a Alan de volver de comprar la comida.

—¿Por qué estás haciendo esto, Penélope? —preguntó, en un intento de mantener una conversación que pudiera distraer a la otra chica.

—¿Que por qué lo hago? —Se echó a reír con ganas sin dejar de mirar a Maggie—. Porque no hay forma de quitarte de en medio, de que te vayas y desaparezcas de nuestras vidas.

—Yo no te he hecho nada. No entiendo el porqué de tu odio —respondió Maggie con cautela.

—Ese es el problema, Margaret. —Escupió el nombre completo de ella como si fuera veneno que le quemara en la lengua—. No entiendes que tú no tienes cabida en la vida de Alan. Yo soy la única mujer que él necesita, pero te has entrometido y lo has estropeado todo. Íbamos a tener la vida perfecta y ahora él no es capaz de verlo porque lo único que tiene en la cabeza es a ti.

Los ojos de Penélope irradiaban ira, extendió los brazos intentando abarcar todo el espacio que tenían a su alrededor.

—Todo esto me pertenece. Tengo muchos planes para la decoración de esta casa... —Se quedó callada unos segundos antes de continuar—: O los tenía, hasta que tú empezaste a opinar demasiado y encandilaste a Alan con tus fantásticas ideas sobre cómo debía ser este hogar.

—Yo solo hacía mi trabajo —respondió Maggie.

—Hiciste mucho más que eso.

La miró fijamente y Maggie sintió el odio de la otra chica. Casi podía palparlo, le llegaba en oleadas que emanaban de Penélope y la rodeaba como si de una telaraña se tratara. Se sentía atrapada, miró con disimulo a través de la gran ventana del salón que daba para la rotonda de entrada de la propiedad, pero ya había oscurecido bastante y no pudo apreciar si alguien pasaba por la acera. De todas formas, la puerta principal seguía cerrada y las llaves estaban junto a ella en el suelo. No había forma de poder salir al exterior sin que la chica rubia la atrapase antes, o peor aún, le disparara.

—Bueno, ya hemos charlado bastante. Es hora de que recibas tu merecido. Tú y esta odiosa casa.

Sin dejar de apuntarla con la pistola, Penélope caminó hasta donde había dejado el objeto que Maggie le había visto llevar. Ahora podía distinguirlo, era una garrafa de plástico bastante grande y parecía contener líquido.

Penélope abrió el recipiente y sin soltar el arma, lo volcó y empezó a esparcir el líquido por todo el salón. El olfato de Maggie recibió un fuerte impacto sensorial: aquello era gasolina y el terror la invadió con más intensidad que antes. El miedo había impedido que se percatara del olor del combustible antes, pero ahora era tan fuerte que le provocaba náuseas y no entendía cómo no lo había olido desde el principio.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a la otra chica.

—¿Tú que crees? —Le contestó Penélope con otra pregunta—. Voy a quemar la casa, es la única opción que me habéis dejado. Todos los problemas empezaron cuando Alan la compró, así que voy a eliminar el primer elemento que ha estropeado nuestra ecuación.

Maggie observó cómo la exnovia de Alan continuaba derramando líquido a su alrededor hasta que vació completamente la garrafa y con un movimiento del brazo tiró el recipiente hacia la otra habitación. Se dio cuenta de que estaba rodeada de ese líquido inflamable y temió lo peor. El pánico comenzó a inundarla y sintió que le temblaban las manos. Iba a decir algo, pero la chica rubia se le adelantó.

—Es hora de eliminar el segundo elemento.

Sacó una caja de cerillas del bolsillo del abrigo y ante la estupefacción de Maggie, rascó una cerilla contra el lateral de la caja y una llama surgió de ella.

Penélope dejó caer la cerilla con una sonrisa en la cara y en el momento en que esta tocó la superficie empapada de gasolina, el fuego prendió con tanta rapidez que, en un parpadeo, Maggie quedó rodeada por las llamas.

Helen abrió con sigilo la verja de la propiedad de Alan y entró despacio. La cerró de nuevo tras ella, se pegó a los setos de la derecha que bordeaban el muro de ese lado intentando no hacer ningún ruido y con lentitud se acercó a la casa.

Llegó a la pared exterior de la casa, se asomó con cuidado a la ventana que daba a lo que sería el comedor y no vio a nadie, pero no quería confiarse. Se agachó y le puso el seguro al revólver, se lo metió en la cintura del pantalón y avanzó en cuclillas por debajo de la ventana. El ruido de un objeto que caía al suelo y rebotaba en el mismo un par de veces hizo que se detuviera. Un escalofrío le recorrió la columna y notó que el sudor empezaba a caerle por la frente. Intentó calmarse, no podía quedarse ahí quieta. Alguien había gritado y podría estar en peligro, ¿y si era Maggie?

Se agachó aún más, no quería arriesgarse a ser descubierta. Se sentó en el suelo y se introdujo también el móvil en la cintura del pantalón. Continuaría gateando para asegurarse de que nadie podía verla desde dentro. Llegó a la puerta principal y desde su posición en el suelo intentó girar el picaporte. Este cedió pero la puerta no se abrió, estaba cerrada con llave. Dudó un momento pero le llegaron voces desde el interior, no pudo reconocer ninguna pero decidió que tenía que seguir. Volvió a su posición en el suelo y gateó un poco más hasta llegar a la ventana que daba al salón.

Sintió el calor que emanaba de dentro y le llegó olor a quemado. Todas las alarmas se dispararon en su cerebro, se incorporó y atisbó a través de la ventana. El espectáculo que se descubrió ante sí la dejó aterrada.

Una chica alta y vestida de negro observaba con una sonrisa como el fuego rodeaba a otra persona que se encontraba en el centro de la habitación. Con horror reconoció a Maggie, la cual con lágrimas en los ojos le decía algo a la otra mujer. Intentó ahogar el grito que le vino a la garganta, pero la chica la oyó y con el ceño fruncido se giró hacia la ventana. Fue en ese momento cuando Helen se percató de que aquella mujer portaba un arma en la mano. Con rapidez, se sacó el revólver de la cintura y le quitó el seguro. Apuntó hacia la esbelta figura oscura que a su vez la encañonaba también con su pistola. Helen no lo dudó ni un segundo, intentó apuntar y disparó.

Penélope sintió un dolor agudo en el brazo izquierdo, se tambaleó hacia atrás e intentó agacharse, pero lo único que consiguió fue acabar sentada en el suelo.

—Mierda —masculló en voz alta.

Se llevó la mano al brazo y lo notó húmedo, retiró los dedos para observarlos y vio que había sangre en ellos. Aquella zorra de la ventana le había disparado y la había alcanzado en el brazo.

Se incorporó como pudo y se movió hasta la escalera para refugiarse detrás de esta. No sabía si esa mujer seguía en la ventana, pero no iba a exponerse a que le disparara de nuevo. A fin de cuentas, ella no tenía experiencia con armas. La había comprado por si tenía que usarla como medida persuasoria, y se alegraba de haberlo hecho puesto que le había ayudado a que aquella diseñadora mojigata la obedeciera.

Miró hacia donde esta se encontraba y vio que las llamas habían aumentado de tamaño y que algunas empezaban a subir por las paredes de la habitación. Decidió que debía marcharse. No había escuchado sirenas, pero en cuanto el fuego empezara a hacerse visible alguien llamaría a emergencias. Si no lo había hecho ya aquella entrometida que le había disparado.

—Que te vaya bien en el infierno, Maggie —susurró con odio mirando a la chica que lloraba aterrorizada en medio de las llamas—. Tú sola te lo has buscado.

Se dio la vuelta y fue hasta la cocina. Intentó abrir la puerta que daba al jardín trasero, pero parecía estar atascada. No tenía tiempo para perderlo con una maldita puerta y tampoco podía hacer mucho esfuerzo con el brazo herido. Sujetó la pistola por el cañón y golpeó varias veces la culata contra el cristal de la puerta hasta que estos estallaron en pedazos. Limpió la mayoría de ellos para poder pasar por el hueco sin cortarse.

Una vez fuera echó a correr en dirección a la playa. Se paró a mitad de camino, necesitaba confirmar que el fuego cumpliría su cometido. Miró hacia la casa y vio como las llamas empezaban a asomar por las ventanas de la planta baja. A la velocidad que avanzaban supo con certeza que Maggie no saldría de allí con vida.

Sonriendo, se apresuró a buen paso por el camino de madera que conducía a la playa. No era necesario que corriera, Penélope sabía que su plan había funcionado y que por fin, Alan volvería con ella.

∞

Helen se había agachado después de disparar. No sabía si había acertado en el blanco puesto que era la primera vez que disparaba un arma. Había conseguido que el retroceso del arma no le hiciera perder el equilibrio y ahora estaba agachada, de nuevo, bajo la ventana del salón. Intentaba pensar en qué debía hacer a continuación.

Se sacó el móvil del pantalón y volvió a marcar el número de la comisaría de East Hampton. Rezó porque alguien contestara. Después de varios tonos una voz se escuchó al otro lado de la línea:

—Policía de East Hampton, ¿en qué puedo ayudarle?

—Por favor, ¡necesito ayuda! Tienen que venir al 1540 de Rosemary Lane. Hay un incendio en la casa y una persona atrapada. ¡TIENEN QUE DARSE PRISA!

—Señora, tranquilícese por favor. ¿Cómo sabe que hay alguien dentro? —Le preguntó la voz del agente.

—Estoy justo en el exterior de la casa, la veo a través de la ventana. ¡Avise a los bomberos, por Dios! Y llame al jefe Parker, es importante que él lo sepa y venga cuanto antes —exigió Helen.

—Señora, el jefe de policía está muy ocupado y en un caso de incendio él no suele...

—Oiga, me importa un bledo lo que usted piense o cuál sea el protocolo. Hay una persona con una pistola dentro de la casa. ¡HAGA EL FAVOR DE ENVIAR A ALGUIEN YA!

Helen colgó y deseó con todas sus fuerzas que ese agente inútil le hiciera caso y enviara ayuda.

Tomó aire y se incorporó para mirar a través de la ventana de nuevo. Comprobó con horror que las llamas estaban avanzando con mucha rapidez y que casi no podía ver a Maggie. No consiguió localizar a la mujer de negro, supuso que se había marchado, o por lo menos eso esperaba, puesto que tenía que hacer algo de inmediato.

Miró a su alrededor, necesitaba algo para romper la ventana. Vio la mesa que Maggie utilizaba a la entrada de la casa como despacho y corrió hacia allí. La empujó hasta dejarla caer y a patadas consiguió separar una de las tablas que hacía de pata. Con ella en la mano volvió a la ventana. El calor se había intensificado y Helen comprendió que no tenía mucho tiempo si quería intentar ayudar a Maggie.

Inspiró, y con todas las fuerzas de las que pudo hacer uso, golpeó la ventana con el pedazo de madera. Los cristales crujieron y se rompieron en mil pedazos. Se produjo una pequeña explosión, las llamas aumentaron su tamaño y cubrieron la ventana. La onda expansiva de la explosión, aunque pequeña, empujó a Helen hacia atrás haciéndola caer al suelo.

Durante unos segundos se quedó allí, tumbada en el suelo, conmocionada. Parpadeó varias veces, se incorporó despacio y vio cómo las llamas se habían adueñado de la ventana. «Necesito encontrar otra entrada», se dijo. Se levantó y recogió el revólver del suelo. Sujetándolo con fuerza corrió hacia la parte trasera de la casa. La puerta de la cocina estaba rota y supuso que la otra mujer había salido por allí. Entró, intentando no cortarse con ningún cristal y llegó al salón.

Las llamas llegaban ya, en algunos puntos de la habitación, hasta el techo. Maggie se encontraba, agachada, en el centro de la misma. Se acercó todo lo que el fuego se lo permitió y le gritó:

—¡MAGGIE! ¡MAGGIE!

Maggie pareció escuchar algo, levantó la cabeza y su rostro mostró una expresión de reconocimiento al verla.

—¡Helen!

—¡Maggie, tenemos que salir de aquí! —gritó ella, las llamas y la madera desprendiéndose rugían y hacía difícil hacerse escuchar.

—¡No puedo moverme, Helen! ¡Hay fuego por todas partes! —La voz de Maggie era de auténtico pavor.

Helen estaba sudando, la temperatura dentro de la casa estaba aumentando por segundos. Tenía que sacar a Maggie de allí cuanto antes, ¿pero cómo? Recordó la tabla de madera que había usado para romper la venta y se le ocurrió una idea. Era un tanto descabellada, pero debía al menos intentarlo.

—¡MAGGIE! ¡VUELVO ENSEGUIDA! —Le gritó a la chica.

Sin esperar una respuesta salió corriendo por la puerta de la cocina. Rodeó la casa hasta la entrada principal, recogió la tabla de madera, pero pensó que quizá no sería suficiente. Fue

hasta los restos que antes habían sido la mesa de Maggie y arrancó otro de los tablones. Con los dos en los brazos, se dirigió todo lo deprisa que pudo hasta la cocina.

Entró y comprobó que la chica seguía bien, aunque se había vuelto a agachar y las llamas apenas le permitían verla.

—¡MAGGIE! ¡MAGGIE! ¿Me escuchas?

—Sí, Helen. Ayúdame, por favor. Sácame de aquí —rogó entre lágrimas.

Se acercó todo lo que pudo al fuego e intentó explicarle lo que pretendía hacer. Le pareció oír entre el fragor de las llamas unas sirenas, pero no quiso hacerse demasiadas ilusiones.

—Maggie, voy a tirar estas tablas encima de la línea de fuego que tienes delante de ti. Tendrás que correr por las tablas hacia mí, pero deberás ser muy rápida. La madera no va a apagar las llamas, solo sofocarlas unos segundos antes de que ardan junto con el resto, ¿me has entendido? —preguntó Helen en voz alta.

—Sí, creo que sí.

—Ponte de pie y prepárate para correr en cuanto las deje caer, ¿de acuerdo?

Maggie asintió con la cabeza. Se levantó y se quedó muy quieta, mirando con ojos aterrizados a su alrededor.

Helen cogió aire y contó hasta tres en voz alta. Dejó caer las maderas en cuanto pronunció “tres” y tendió los brazos hacia Maggie sin dejar de mirar al suelo. Unos segundos pasaron sin que nada ocurriera. Levantó la vista y se encontró con una Maggie paralizada por el miedo, llorando y con los ojos fijos en el fuego.

—¡VAMOS, MAGGIE! ¡CORRE! —La instó ella, pero la chica no se movió.

Miró de nuevo hacia las tablas que había arrojado al suelo y comprobó con horror que empezaban a ser pasto de las llamas. No les quedaba tiempo. Sin pensarlo dos veces, corrió por las tablas y cruzó hasta Maggie. La cogió por los brazos y la obligó a andar encima de las maderas. Tuvo que empujarla un poco porque la chica seguía en estado de shock, una vez al otro lado de las llamas fue ella la que corrió por aquel improvisado puente. Algo cayó del techo y le dio en el brazo, pero no se detuvo a comprobar qué era. Corrió todo lo que pudo, mientras las llamas empezaban a elevarse de nuevo cubriendo las tablas. Sintió un dolor punzante en la pantorrilla izquierda, pero continuó corriendo hasta que estuvo junto a Maggie.

Se derrumbó en el suelo intentando recuperar el aliento y Maggie se dejó también caer a su lado.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Helen.

Se levantó y al hacerlo un dolor le subió por toda la pierna. Gimió y se apoyó en Maggie.

—¿Est-estás bien? —tartamudeó la chica.

—Creo que me he quemado —dijo con una mueca de dolor mientras se miraba la pierna—. Pero salgamos de aquí de una vez.

Agarrada a Maggie, salieron por la puerta de la cocina. Notó que el brazo izquierdo también le molestaba, se lo miró y encontró que su chaqueta tenía una quemadura, aunque sin duda el daño mayor lo tenía en la pierna. Cojeando avanzó como pudo sin soltarse de Maggie y fue cuando se escucharon las sirenas, altas y potentes. Helen pensó que no había nunca escuchado un sonido más maravilloso en toda su vida.

Al doblar la esquina de la casa vieron como de un camión de bomberos se bajaban varios de estos profesionales y empezaban a desenrollar las mangueras. Un coche de policía frenó en la acera de enfrente de la propiedad con tanta brusquedad que casi derrapó. Reconoció al jefe Parker salir corriendo del vehículo en dirección hacia la casa. Entonces las vio y se desvió hasta ellas.

—¡Maggie! ¡Helen! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? ¿Estáis bien? ¿Hay alguien más

dentro? ¿Y Alan? —Las preguntas parecieron acumularse en el policía.

—Estamos más o menos bien, pero necesitamos asistencia médica. No hay nadie más dentro, que yo sepa. Alan no está, creo —explicó Helen intentando mantener la calma.

El jefe de policía no lo dudó ni un segundo, agarró el walkie-talkie que llevaba en el cinturón del uniforme y pidió dos ambulancias, exigiendo que llegaran en menos de cinco minutos o las empresas que prestaban los servicios tendrían problemas con la ley.

—Vamos a alejarnos de la casa —dijo mientras las cogía a ambas suavemente por los brazos para apartarlas del incendio.

En ese momento llegó otro camión de bomberos que entró por el camino de entrada hasta donde pudo, y más hombres se bajaron del mismo. Un vehículo se detuvo en la entrada y de él salió un hombre al que Helen reconoció de inmediato: Alan.

El jefe Parker las llevó hasta la entrada y fue cuando Alan las vio. Palideció al verlos, corrió y cuando llegó a su altura, se abalanzó hacia Maggie a la que abrazó con fuerza. Ella se puso a llorar e intentó hablar, pero no consiguió emitir sonido alguno.

—Estamos bien, Alan —dijo Helen.

Maggie intentó asentir, pero se le aflojaron las piernas y perdió el conocimiento en brazos de Alan. Helen pensó que a ella también le hubiera gustado desmayarse y poder olvidarse de todo aquello durante un rato.

Maggie recuperó la consciencia en la ambulancia, pero los sanitarios no le permitieron hablar ni moverse mucho. Ella intentó decirles que no tenía nada, que el desmayo se debía solo a la situación que había vivido y al miedo que había pasado, pero no tuvo ocasión de articular ninguna palabra que no fueran monosílabos para contestar a las preguntas de los profesionales.

En el hospital le hicieron un análisis de sangre, un par de radiografías e incluso una resonancia craneal. Cuando le preguntó a una de las enfermeras por qué le hacían aquella prueba, esta le contestó, con una enorme sonrisa acompañada de un suspiro, que su novio había insistido en ello y que había incluso llegado a hablar con el director del hospital para pedirle que le hicieran todas las pruebas necesarias. Al parecer, el hombre había accedido y había dado indicaciones precisas al personal de urgencias para que se le practicara a Maggie todas esas pruebas.

Puso los ojos en blanco al escuchar lo que la enfermera le contaba. Cuando terminó la prueba, esta le dijo que tenía mucha suerte de tener un novio así, lo cual Maggie no pudo contradecir. Estaba enamorada de Alan, eso era innegable, pero se estaba preocupando demasiado cuando, gracias a Helen, ella no tenía ni un rasguño.

La llevaron de vuelta al box de urgencias en el que la habían instalado y en cuanto Alan apareció por detrás de la cortina le preguntó sobre Helen.

—Está bien, Maggie. Solo tiene un par de quemaduras, pero no son graves. Está en la sala de curas en estos momentos —le explicó él.

Se acercó a ella y la besó en la frente. Cogió la mano de ella en las suyas y Maggie pudo ver la preocupación en el rostro de él, en cómo sus ojos no dejaban de inspeccionarla y las arrugas que se le formaban en la frente al fruncir el ceño.

—Alan, deja de preocuparte. Estoy bien, no era necesario que me hicieran tantas pruebas. Helen se llevó la peor parte —dijo, en un intento por tranquilizarlo.

—Tenía que asegurarme, Maggie. Tuve tanto miedo cuando llegué a la casa y vi el fuego. Temí... Temí lo peor.

Alan apoyó la cabeza en el cuerpo de ella y estuvieron así unos minutos. Maggie le acarició el pelo con una mano y sintió cómo él se estremecía. Las imágenes se volvieron a repetir en su mente y sintió de nuevo el miedo que la había invadido cuando se había visto rodeada por las llamas.

—Penélope —susurró sin darse cuenta.

—¿Cómo? —Alan se incorporó y la miró fijamente.

—Ha sido Penélope. No sé si la policía ha hablado ya con Helen, pero tienes que avisar al jefe Parker. Tienen que buscarla, se fue, aunque creo que estaba herida —expuso ella mientras intentaba poner sus ideas en orden.

—¿De qué estás hablando, Maggie? ¿Qué ha hecho Penélope? —La confusión se reflejó en la cara de él.

—Alan, te estoy diciendo que es Penélope la que le prendió fuego a la casa. Intentó quemarme a mí con ella. Ha sido ella todo el tiempo, es la persona que está detrás de todo lo que nos ha ocurrido. Me lo dijo mientras esparcía combustible a mi alrededor.

—Pero... Pero... ¿Me estás diciendo que Penélope ha intentado matarte varias veces? —Alan era la viva imagen de la conmoción.

—Sí, ha sido ella todo este tiempo. El señor Graneville dijo la verdad, él solo es

responsable de lo que confesó. No tuvo nada que ver con el resto de incidentes.

Alan asintió lentamente en un claro intento de comprender lo que ella le contaba.

—Necesitamos a Brian. Tiene que emitir una orden de busca o captura, o lo que sea que se haga en estos casos. ¿Te importa quedarte sola un momento? Voy a buscarlo, y si no ha llegado al hospital todavía, lo llamaré por teléfono.

Le dio un beso fugaz y salió del box a velocidad de vértigo. Maggie se quedó allí sola, no sentía miedo, no creía que Penélope fuera a buscarla de nuevo tan pronto y en un sitio con tanta gente, pero estaba preocupada por Helen. Quería comprobar que estaba bien. Llamó a la enfermera y le preguntó si podía levantarse, esta le dijo que ya que no tenía ninguna vía cogida podía moverse. La ayudó a bajar de la cama y le indicó que no hiciera ninguna tontería como correr o algo así. Maggie podía jurar que escuchó mascullar a la enfermera “Espero que el novio no se entere” y aquello le arrancó una sonrisa. Se podía hacer una idea de lo que Alan debía haber montado en aquella sala de urgencias.

Se acercó hasta el mostrador de recepción, dio el nombre de Helen y una descripción física. Le indicaron dónde podía encontrarla y caminó hacia el final del pasillo. En el último box de urgencias la encontró.

—Helen...

La voz de Maggie fue apenas audible y Helen, en un principio, no se movió al entrar ella. Descansaba, pálida, con los ojos cerrados. Se acercó despacio a la cama al ver que ella parecía dormir. Tenía tanto la pierna como el brazo vendados, ambos del lado izquierdo. Un sollozo se le escapó y aquello hizo que la mujer tumbada en la cama abriera los ojos.

—Maggie, eres tú. —La voz de Helen sonó contenta y una pequeña sonrisa asomó a su rostro.

—¿Cómo estás, Helen? Me dijeron que estabas bien, pero... —Maggie desplazó la mirada por el cuerpo de la otra mujer.

—Estoy bien, solo cansada. No te han mentado, si es eso lo que estás pensando.

—No tienes el aspecto que yo esperaba.

—Bueno, es que me han puesto muchas vendas, pero las quemaduras son leves. La del brazo es de primer grado, o sea, que no es gran cosa. La de la pierna es un poco mayor y dicen que es de segundo grado, pero entre tú y yo: no creo que sea para tanto —explicó Helen y terminó la frase con un guiño.

—Me alegro mucho de que estés bien. Me han estado haciendo muchas pruebas porque Alan se ha puesto pesado, pero yo solo pensaba en ti. Gracias a ti yo no he sufrido ningún daño, y no sabía si a ti te estaban atendiendo igual —explicó Maggie acongojada.

—Oh, bueno, ¡por eso no tienes que preocuparte! —contestó ella riendo—. Alan ha estado conmigo, dando órdenes a todo el hospital y también me han hecho una cantidad ingente de pruebas. Ese hombre tiene una voluntad de hierro y cuando se le mete algo entre ceja y ceja no hay quien lo pare.

Ambas mujeres rieron. Maggie se alegraba de corazón de ver que Helen estaba bien y que conservaba su sentido del humor.

—Sí, es un poco cabezón —afirmó ella.

—Es un buen hombre, Maggie. Tienes suerte de haber encontrado a alguien que te quiera de esa manera.

La voz de Helen se tornó triste y apagada. Maggie supuso que su marido no había sido el hombre que su amiga había esperado y pensó que la vida no era justa. Helen merecía a alguien que la cuidara y quisiera de verdad, era una mujer fuerte y entregada a los demás. Su buen corazón era

notable y se veía a leguas que era una gran persona. Desde que la había conocido, esa mujer la había ayudado en cada ocasión que se había presentado. Sí, se merecía un buen hombre que se preocupara por ella. Además, pensó, Helen no era tan mayor. Estaba segura de que había ahí fuera un hombre para ella, uno que mereciera la pena.

Le apretó la mano con cariño y Helen le sonrió.

—Será mejor que vuelva a mi cama antes de que llegue Alan y piense que me han secuestrado.

—¿Has hablado con la policía? —preguntó Helen.

—No. Alan ha ido a buscar al jefe de policía —dijo, y añadió en voz más baja—: Le he contado que ha sido Penélope.

—¿Conoces a esa chica? —preguntó con horror la otra mujer.

—Es la exnovia de Alan.

—Pero...

—Parece ser que no ha aceptado demasiado bien que Alan y yo estemos juntos. En realidad iban a casarse, estaban prometidos cuando comenzamos el proyecto de la renovación. Alan rompió con ella a los pocos días y bueno... No llevamos juntos tanto tiempo. —Maggie se ruborizó al explicarlo, estaba segura de que la opinión de Helen sobre ella iba a cambiar.

—Maggie, no tienes nada de qué avergonzarte. Alan y tú os queréis, es obvio para cualquiera que tenga ojos. No es culpa tuya que esa chica no haya aceptado la ruptura. No es culpa de nadie.

Se sintió reconfortada ante las palabras de ella, Helen se había convertido en su amiga no solo por lo que había hecho por ella, sino porque sentía que aquella mujer tenía mucho que dar y si una cosa necesitaba Maggie en esos momentos eran amigos. Se acordó de Amanda y decidió que le pediría el móvil a Alan para llamarla y comentarle lo que había pasado. No quería que llegara a la propiedad y se encontrara con la casa calcinada, aunque en realidad no sabía en qué estado había quedado la vivienda.

Se despidió de Helen y le prometió que dejarían juntas el hospital, y Alan y ella la acompañarían a su casa. Salió del box donde se encontraba la otra mujer y vio de lejos a un Greg bastante ofuscado. Hablaba en voz demasiado alta y gesticulaba sin cesar. Maggie se dijo que la noche iba a ser muy larga, todos los hombres de su vida parecían preocuparse en exceso. Resopló y con paso rápido se dirigió a donde estaba Greg para que la viera cuanto antes y evitar un escándalo en el hospital.

∞

Greg había escuchado la historia de Maggie en silencio. No salía de su asombro. ¿La exnovia de Alan estaba detrás de todos los incidentes? Esa mujer debía estar desequilibrada, ninguna persona en su sano juicio intentaba matar, en reiteradas ocasiones, a la nueva novia de su ex.

Pero había un punto que no le había quedado claro.

—¿Me estás diciendo que Helen, la vecina de Alan, te salvó de morir quemada? —Greg no pudo evitar el tono incrédulo en su voz.

—Sí, Greg. Sé que no te cae bien, aunque no lo entiendo porque es una mujer de lo más agradable, pero me ha salvado. Yo he salido ilesa y ella tiene quemaduras. Es una mujer increíble —contó Maggie con admiración.

Greg negó con la cabeza en un intento de asociar la imagen que tenía de la mujer con lo que

le contaba su amiga. Aquella mujer rubia, de pelo corto y apariencia impecable hasta el punto de parecer recién sacada de un programa de Martha Stewart, ¿había arriesgado su vida para salvar a Maggie? No dudaba de su amiga, sabía que Maggie no era una mentirosa, pero simplemente aquello que le contaba parecía sacado de una realidad alternativa.

Estuvo un rato más hablando con Alan y con Maggie hasta que decidió que era hora de marcharse. Al despedirse, ella le preguntó:

—¿Vas a ver a Helen? Está en esta misma fila, en el último box. —Le explicó con una sonrisa.

—Está bien, me acercaré —contestó él molesto.

El constructor fue hasta el box que le había indicado Maggie y un poco reticente se asomó por la cortina que separaba la cama de Helen del paciente de su derecha.

La visión de la mujer lo impactó. Estaba muy pálida y tenía profundas ojeras oscuras bajo los ojos. Tenía vendado un brazo y supuso que la pierna también, tal y como le había comentado Maggie, aunque no podía verla ya que estaba tapada con una sábana. El pelo, alborotado, descansaba en la almohada enmarcando su rostro como si de una aureola se tratara, dándole así un aspecto angelical.

Durante unos minutos, Greg no fue capaz de moverse ni de apartar la vista de ella. Helen era una visión incluso en aquellas circunstancias, por eso había tratado de mantenerse apartado de ella hasta llegar al punto de ser grosero.

Se acercó a ella y no pudo evitar apartarle un mechón de pelo que le había caído sobre la frente y ella abrió los ojos. Greg supo el momento justo en el que lo reconoció, la expresión de sorpresa de ella no dejó lugar a dudas de que no esperaba verlo allí.

—Hola, señora Campbell —saludó él.

—Hola. —La respuesta de ella fue apenas un susurro.

—¿Cómo se encuentra?

—Puedes llamarme Helen, si quieres. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Me gustaría que me llamas Helen, por favor.

Greg asintió, una extraña emoción le recorrió el pecho y frunció el ceño. No le gustaba sentir aquel tipo de cosas y menos porque una mujer le hubiera pedido que la llamara por su nombre de pila.

—Si no quieres, no pasa nada. Puedes seguir llamándome...

—Helen está bien. —La interrumpió él, incómodo.

Supuso que ella había pensado por su expresión que no quería usar su nombre. Aquello hizo que se sintiera más molesto de lo que ya estaba.

—Maggie me ha contado lo que hiciste. Quería darte las gracias por haberla salvado poniendo tu vida en peligro. Yo... Maggie es una persona muy importante para mí, la aprecio y por ello, siempre te estaré agradecido.

Greg no la miró ni una sola vez a los ojos mientras dijo esas palabras, pero sí lo hizo al terminar y se encontró con la sonrisa de Helen.

—No hay nada que agradecer, Greg... Si no te importa que yo también te tutee.

—Por supuesto que no —contestó él con rapidez.

—Sé que ella habría hecho lo mismo por mí. Solo espero que la policía atrape a esa chica. Su expresión... Greg, ella no estaba bien, sus ojos parecían enloquecidos. Tienen que encontrarla. Ella... Me dio la impresión de que es capaz de hacer cualquier cosa.

—Ya lo ha demostrado. Ha intentado hacerle daño a Maggie varias veces y lo va a hacer otra vez —dijo él preocupado.

Se miraron, ambos pensativos, hasta que Greg sintió de nuevo aquella extraña calidez extenderse por su cuerpo. Decidió que tenía que marcharse de allí cuanto antes.

—Me alegro de que estés bien, Helen. Tengo que irme, pero nos veremos pronto. Contadle hasta el último detalle al jefe de policía cuando llegue.

Sin darle tiempo a ella a despedirse, salió del box hacia la entrada del hospital. Al pasar por delante de donde estaba Maggie, la vio hablando con Alan en una actitud íntima que hizo que decidiera no pararse para despedirse de ellos. La llamaría más tarde para confirmar que todo iba bien.

No pudo evitar, al cruzar por la puerta de salida de la sala de urgencias, volverse y mirar al box del fondo, donde Helen estaba. Exhaló el aire que tenía en los pulmones y, negando con la cabeza una vez más, salió a la fría noche.

Alan se mantuvo callado la mayor parte del tiempo que duró el interrogatorio de Brian a las dos mujeres. Tanto Maggie como Helen le contaron, de manera detallada, todo lo que había ocurrido en aquella casa. Se quedó muy impresionado con lo que contó Helen, era una mujer valiente que no había dudado ni un segundo en ayudar a Maggie cuando no había podido contactar con la policía.

Alan no pudo evitar hacer un comentario sarcástico en relación con el hecho de que la comisaría de East Hampton necesitaba, de manera urgente, una recepcionista. Brian, por toda respuesta, le dirigió una mirada asesina.

Cuando el jefe de policía terminó con sus preguntas, cerró el cuaderno y le indicó a Alan que lo acompañara a la salida del hospital.

—Ahora necesito que tú me cuentes tu historia, Alan.

—¿Qué historia? Yo ni siquiera estaba allí, y no hace falta que me lo recuerdes —replicó él enfadado.

—Me refiero a tu relación con Penélope Ashford. Me has dicho que llevabas saliendo dos años con ella cuando decidiste terminar la relación. Quiero que me cuentes cómo fue estar con ella. Si sufre algún desequilibrio mental ha debido de haber algo con anterioridad —explicó el jefe Parker.

Alan resopló y se pasó las manos por el pelo. Se sintió impotente porque la realidad era que no podía darle ninguna información sobre ese tema. Penélope nunca había mostrado ningún indicio de sufrir algún trastorno mental.

—Brian, no hay nada que contar. Penélope siempre se comportó de manera normal conmigo. Es verdad que no nos veíamos a menudo por mi trabajo, viajaba mucho hasta que me compré la casa y lo dejé. Era modelo —confesó mientras esperaba algún chiste o comentario en tono de burla por parte del otro hombre, cuando este no llegó continuó—: Es una chica de clase alta, sus padres son multimillonarios y nos conocemos desde que éramos pequeños. Nuestras familias coincidían mucho en eventos benéficos, vacaciones, fiestas y ese tipo de cosas. Todo el mundo suponía que acabaríamos juntos, nos casaríamos y seríamos una más de esas familias adineradas del Upper East Side. Empezamos a salir, yo nunca llegué a sentir por ella algo como lo que siento por Maggie, pero me dejé llevar por lo que se esperaba de mí. Incluso cuando mi padre murió, yo continué con la relación.

—Un momento. —Lo interrumpió el agente—. ¿Me estás diciendo que eres rico?

—Mi padre lo era. Pero soy hijo único y él falleció hace siete meses. Yo era el único heredero, el cabrón no le dejó ni un centavo a mi madre.

Aquel recuerdo hizo que la rabia volviera a él, apretó los puños con fuerza sin poder evitar sentir de nuevo ese odio hacia su padre que lo había acompañado desde su más corta edad. Sintió la mano de Brian en su brazo y aquello, de alguna manera, lo tranquilizó. Sentía que Brian veía el dolor que el pasado le provocaba e intentaba hacerle sentir mejor.

—Por favor, continua con tu historia sobre Penélope —dijo el agente con suavidad.

—No hay mucho más que contar. Yo viajaba, nos veíamos cuando estaba en la ciudad entre proyecto y proyecto. Salíamos, visitábamos a nuestras respectivas familias y poco más. Nunca nos fuimos a vivir juntos, ella lo mencionó un par de veces, pero yo le dije que mientras viajara tanto no merecía la pena. Penélope vive en un apartamento en el mismo edificio que sus padres. Nunca hubo un comportamiento que se saliera de la normalidad por su parte —explicó mientras se

encogía de hombros.

—Es extraño. Por mi experiencia y formación puedo decirte que este comportamiento tan extremo de ella no surge de la noche a la mañana. Tiene que haber algo. Necesito el teléfono de sus padres, así como la dirección de cualquier sitio que se te ocurra donde ella pueda haberse escondido —pidió Brian.

—No se va a ir a ninguna parte, Brian. Si una cosa sé de Penélope es que siempre consigue lo que quiere. Y lo que quiere ahora es deshacerse de Maggie para conseguir su objetivo.

—En ese caso, necesitaremos más personal. Voy a llamar al jefe de policía de Amagansett, Wainscott y Bridgehampton. Les explicaré la situación y les pediré que me dejen algunos hombres como apoyo. Es algo que solemos hacer en temporada alta, si alguna de las ciudades se ve desbordada por alguna avalancha inesperada de turistas —explicó el agente.

Alan le facilitó el teléfono del padre de Penélope y le dio la dirección de esta y de su familia en Nueva York. También le proporcionó la dirección de la casa familiar que los Ashford tenían en Southampton, aunque estaba convencido de que Penélope andaría cerca y se lo reiteró una vez más a Brian.

—Sí, ya lo he entendido. Pero tengo que hablar con la familia porque voy a emitir una orden de busca y captura en todo el condado. En estos casos lo primero que hacemos es avisar a la familia. Además, necesito saber si hay antecedentes de comportamientos inusuales en el pasado —explicó con paciencia Brian—. Ahora tengo que irme, tengo que coordinar agentes e investigación. Seguiremos en contacto. El médico me ha dicho que pasaréis la noche aquí en urgencias, voy a enviar dos agentes para que se queden con vosotros.

Alan asintió, se dieron la mano y el jefe de policía se marchó. Se metió las manos en los bolsillos y preocupado volvió dentro.

∞

La noche en el hospital pasó sin sobresaltos. Por orden médica, se les administró a Helen y a Maggie sendos tranquilizantes para que pudieran descansar. Alan también consiguió dormir algo, aunque se despertó varias veces y aprovechó para acercarse al box de su vecina y comprobar que la mujer seguía bien.

Se preguntó por qué no había venido nadie de su familia a verla, pensó en la suya propia y se dijo a sí mismo que quizá Helen no tenía mucho contacto con ellos. Él se encargaría de que no estuviera sola mientras se estuviera recuperando. Maggie y él le harían compañía hasta que sus heridas se curaran. Es lo menos que podía hacer por aquella mujer que, de forma tan valiente, había salvado a Maggie de morir quemada viva.

Aquel pensamiento le produjo un escalofrío. Si Helen no hubiera llegado... No quería detenerse a pensar en ello demasiado, le aterraba pensar que podría haberla perdido, y al mismo tiempo, un sentimiento de culpabilidad lo abrumaba cuando aquellos pensamientos volvían a su cabeza. Era culpa de él que Penélope hubiera, en reiteradas ocasiones, intentado hacerle daño a Maggie.

A las siete de la mañana decidió levantarse del incómodo sillón que le habían instalado junto a la cama de Maggie, y fue hasta la cafetería para conseguir una buena dosis de café. Necesitaba un café con desesperación.

Cuando llevaba diez minutos disfrutando de su bebida caliente sonó su móvil. Lo sacó del pantalón y vio en la pantalla el nombre de quien llamaba: "Arthur". Maldijo entre dientes. Dejó que el teléfono sonara un par de veces, pero al final decidió que tenía que enfrentarse a ello.

—Buenos días, Arthur —saludó.

—Para mí no tienen nada de buenos, Alan. ¿Se puede saber qué coño es lo que está pasando?

El padre de Penélope estaba furioso, no podía considerarse que estuviera gritando pero Alan lo conocía muy bien y sabía que en esos momentos tendría el ceño fruncido y su rostro estaría enrojecido por la ira.

—¿A qué te refieres exactamente? Porque hemos estado bastante ocupados últimamente —contestó él con sarcasmo. No pensaba dejar que su exsuegro lo avasallara como hacía con el resto de personas que vivían y trabajaban para él.

—¿Te ríes de mí, Alan? ¡Anoche me llamó un policía de los Hamptons! Me hizo muchas preguntas sobre mi hija, algunas de ellas no me gustaron. Ese policía pueblerino llegó a insinuar que Penélope estaba detrás de una serie de asuntos de índole criminal. Quiero una explicación, Alan. Y la quiero ahora mismo —exigió Arthur Ashford con ese tono que no dejaba lugar a dudas, a todos lo que lo rodeaban, de que era él quien mandaba.

Alan se pellizcó la nariz en un intento por controlar su enfado.

—Arthur, tu hija ha tratado de matar a mi novia.

—¿Pero de qué estás...?

—Varias veces —añadió sin dejar al hombre de negocios terminar la pregunta—. Así que no me extraña que la policía te haya llamado.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y Alan pensó que Arthur Ashford le había colgado.

—¿Tu novia? ¡Pero si estás prometido con mi hija! —La indignación se hizo patente en la voz del hombre.

—Veo que Penélope no ha hablado con vosotros. Rompimos cuando compré la casa, Arthur. No estamos juntos ni vamos a casarnos, pero ella no parece estar de acuerdo y ha intentado matar a la chica con la que salgo.

—Pero... Pero... —balbuceó Arthur.

En parte, Alan entendía que su exsuegro se hubiera quedado sin palabras. Si Penélope no les había contado la verdad a sus padres, todo lo que él le estaba revelando en esos momentos era una sorpresa muy desagradable para él.

—Arthur, necesito que comprendas la situación en la que nos encontramos aquí abajo. Penélope parece haber perdido la cabeza y está decidida a no permitir que Maggie y yo sigamos juntos. Ha intentado atropellarla y le ha prendido fuego a mi casa. —Hizo una pausa para permitir que sus palabras calaran en la mente del millonario—. Tienes que contarme si tu hija ha sufrido alguna vez, a lo largo de su vida, algún trastorno o desequilibrio mental. Es importante, Arthur.

De nuevo, se hizo el silencio. Los segundos se hicieron eternos hasta que Arthur finalmente habló.

—Cuando Penélope tenía dieciséis años estuvo ingresada en una clínica psiquiátrica durante dos semanas. —La voz del hombre se había convertido casi en un susurro y Alan tuvo que pegarse más el teléfono a la oreja—. Estando en la escuela, tuvo un arrebato de ira y agredió a otra chica, una compañera de clase. Intentaron separarla y según contaron los otros chicos, cuando vio la sangre que tenía en las manos pareció volver a la realidad y salió corriendo del instituto. Cuando llegamos a casa, Dorothy y yo la encontramos tendida en su cama con dos frascos de pastillas vacíos a su lado.

El dolor se manifestaba en cada palabra que Arthur iba vertiendo y Alan no pudo evitar sentir lástima por él. Pensó en Dorothy, su exsuegra, una mujer que siempre había estado a la

sombra de su marido y a la que él nunca le había permitido tener voz ni voto en nada relacionado con su hija. Aquello tuvo que ser muy duro para ella.

—Estuvo en el hospital dos días, le hicieron un lavado de estómago y por suerte no le quedaron secuelas. La llevamos a la clínica psiquiátrica donde le diagnosticaron un Trastorno Límite de la Personalidad. Había estado saliendo con un chico, lo había idealizado... —Dejó la frase a medias, perdido en sus recuerdos.

—¿Ese fue el detonante, Arthur? —preguntó Alan.

—Pensó que el chico la había engañado con otra y cuando no pudo soportarlo más fue a por ella.

—Lo siento mucho, Arthur. La verdad es que no sé qué decir.

—Se había obsesionado con él, Alan. Mientras estuvo ingresada descubrimos en su habitación cuadernos, dibujos y fotos del chico. Estaba en todas partes, se había convertido en su vida y se había entregado a él como si fuera lo único que existiera en el mundo. Las sospechas y los celos la llevaron al límite y explotó —explicó Arthur.

—No te sorprende nada de lo que te he contado, ¿verdad? —afirmó Alan.

Se hizo el silencio en la línea durante unos segundos.

—Por desgracia, no. Penélope va a terapia y tiene prescrita medicación de manera crónica, su enfermedad mental siempre estará ahí. Lo único que se me ocurre es que haya dejado de tomarla —dijo el hombre.

—Arthur, tienes que venir. Necesitamos tu ayuda. La policía no sabe dónde está Penélope, si la encuentran... Ella podría intentar hacerse daño a sí misma. O volver a intentar atentar contra Maggie —explicó con ansiedad Alan—. Necesitamos que vengas, tú y Dorothy. Por favor.

Alan oyó al hombre resoplar al otro lado del teléfono.

—Alan, yo tengo muchas responsabilidades aquí con mis negocios. No puedo dejarlo todo para ir hasta allí a arreglar tus problemas sentimentales.

—¿Mis problemas sentimentales? —preguntó Alan con incredulidad.

—Por supuesto, Penélope es tu responsabilidad. Vais a casaros, es hora de que actúes como un hombre.

Alan se pellizcó la nariz en un intento de controlar la ira que lo invadía.

—Te repito que el compromiso ya no existe y no me une ningún tipo de relación con tu hija —reiteró con lentitud, con la esperanza de que su suegro lo comprendiera de una vez por todas—. Y es tu hija, Arthur. ¿Es que no te preocupa lo más mínimo lo que te acabo de contar? Ha cometido varios crímenes que incluyen un intento de asesinato.

—Estás exagerando. Es verdad que Penny ha tenido problemas en el pasado —afirmó usando el diminutivo que siempre utilizaba para su hija—, pero jamás llegaría al extremo de querer matar a alguien.

—Veo que no piensas ayudarnos. Espero que no te sorprenda la próxima vez que recibas una llamada de la policía.

Alan colgó sin esperar una respuesta. Se terminó su café y cogió de nuevo el teléfono, esta vez para hablar con Brian.

Cuando terminó de hablar con el jefe de policía, Alan volvió a urgencias. Se encontró allí a un médico hablando con Maggie, cuando llegó a su altura este le entregaba a ella un informe de alta y le recomendaba descansar.

—No se preocupe, doctor. Yo me aseguraré de que lo haga.

El médico asintió y Maggie puso los ojos en blanco, lo que hizo reír a Alan. Cada vez que la miraba un enorme alivio lo recorría y sentía la necesidad de tocarla para confirmar así que estaba de una pieza.

Helen también recibió el alta, aunque con indicaciones sobre el aseo y el cuidado de las vendas. También le dieron una cita para que acudiera el lunes a que le curaran las quemaduras. Una enfermera ayudó a la mujer a vestirse y Alan se encargó de Maggie, a pesar de que esta insistió en que podía hacerlo sola.

Salieron a la calle y Alan avisó a un taxi. Se montaron y se dirigieron todos juntos al hotel donde ellos se alojaban. Al llegar allí Helen se quedó dentro del taxi, pensando que ella continuaría hasta su casa, pero Alan tenía una idea distinta.

—Helen, no voy a dejar que estés sola en tu casa. Vas a quedarte con nosotros en el hotel este fin de semana.

—Pero...

Maggie se volvió hacia ella.

—Yo que tú ni lo intentarías. No vas a conseguir que cambie de opinión —dijo mientras se encogía de hombros.

Helen pareció sopesar sus opciones, pero Alan no le dio tiempo. Pagó al taxista y esperó pacientemente junto a la puerta a que ella se apeara del vehículo.

—De acuerdo, pero necesitare ropa y mi bolso para poder pagar el hotel —explicó ella.

—Lo de la ropa hablaremos con Amanda, y por el dinero no tienes que preocuparte. De eso me encargo yo.

—Vaya Alan, parece que has pensado en todo —contestó Helen con asombro.

—Por supuesto —replicó él con una expresión de estar muy satisfecho consigo mismo.

Ambas mujeres rieron mientras entraban en el hotel y Alan pensó que teniéndolas a las dos allí con él, Brian podría dedicarse a encontrar a Penélope con todos sus efectivos.



Maggie llamó a Amanda en cuanto se bajó del taxi, y la paisajista se presentó en el hotel media hora después. Disfrutaron de un almuerzo delicioso en el comedor del hotel, el cual no puso ningún impedimento en aceptar alojar a Helen en la misma habitación de Maggie y Alan. El problema vino por parte de Helen que se negó, de manera rotunda, a ello.

La mujer protestó con mucha más vehemencia de lo que Alan había esperado, puesto que para ella era inaceptable dormir en la misma habitación que ellos. Al final, Maggie acabó intercediendo y convenció a Alan para que su vecina se quedara en la habitación justo al lado de la de ellos. Alice, la recepcionista, confirmó que estaba libre y que ambas puertas estaban una al lado de la otra. A regañadientes, Alan aceptó.

Pusieron al día a la paisajista de lo todo lo ocurrido, Amanda parecía no dar crédito y lo

que más la conmocionó fue el hecho de que la exnovia de Alan estuviera detrás de todo ello. Después de almorzar, Alan y ella fueron hasta la casa de Helen y siguiendo sus instrucciones recogieron la ropa que la mujer les había indicado. Alan no quiso acercarse a su casa, prefería esperar para verla a que Maggie estuviera con él. Presentía que iba a ser muy doloroso enfrentarse a lo que quedara de ella.

Cuando volvieron de la casa de Helen dejaron las cosas en la habitación de esta y fueron en busca de las dos mujeres. Maggie y Helen estaban sentadas en el jardín trasero del hotel. Aunque eran solo las cuatro de la tarde, se notaba en el ambiente el frío de finales de octubre y ambas tenían sendas mantas sobre las piernas y humeantes tazas de café en la pequeña mesa que tenían delante de ellas.

—Vaya, veo que os habéis acomodado bien —dijo él sonriendo.

—En realidad ha sido el personal del hotel. Helen y yo nos sentamos aquí y Alice envió a alguien con mantas y café. Voy a tener que dejar una muy buena opinión en internet sobre este hotel, es con diferencia el mejor en el que he estado en toda mi vida —explicó Maggie con una sonrisa enorme—. Pero no os quedéis de pie, sentaos.

Alan acercó dos sillas de jardín y Amanda y él se acomodaron junto a ellas.

—La verdad es que no acabo de entender por qué os tuvisteis que ir del otro hotel —comentó la paisajista.

—Acusaron a Maggie de haber destrozado su habitación y el director no quería tenerla bajo su techo, así que yo no iba a quedarme tampoco.

Maggie se quedó pensativa durante un momento, un recuerdo vino a su mente.

—Hablando de eso... Acabo de recordar la amenaza que le soltaste a ese hombre antes de que nos fuéramos —dijo ella levantando una ceja de manera interrogante.

—Es lo menos que se merecía ese individuo.

—No me refiero a eso, sino a lo que le dijiste. —Se detuvo un momento para pensar—. “En el Upper East Side no suele gustar este tipo de cortesía”. Esas fueron tus palabras.

Las otras dos mujeres se volvieron hacia Alan y se sintió incómodo ante el escrutinio de ellas. Le hubiera gustado haber hablado este asunto con Maggie a solas, pero sabía desde el día que le había preguntado Brian, que el tema podía surgir en cualquier momento.

—¿Conoces a mucha gente del Upper East Side? —insistió Maggie.

Alan levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Mi familia vive ahí. Yo me crié en esa parte de la ciudad.

—Si tu familia vive allí eso significa que eres... —Amanda dejó la frase a medias mientras miraba a Alan con gesto sorprendido.

—Lewis... No recuerdo a ninguna familia importante con ese apellido —comentó Helen y los demás la miraron con curiosidad—. Samuel, mi marido, a veces tenía que acudir a eventos que organizaba gente importante y millonarios por su trabajo. Algunas veces yo lo acompañaba y aunque nunca trabé verdadera amistad con nadie en concreto, después de un tiempo empezaron a sonarme caras y nombres.

—¿Eres rico, Alan? —inquirió Maggie mirándolo fijamente.

—El millonario era mi padre, yo nunca quise el dinero. Pero murió y el muy cabrón no le dejó nada a mi madre. Ya lo he arreglado, por supuesto, y he puesto casi todo a su nombre. Ella es la que se lo merece y la legítima dueña. Aunque como era de esperar, no me ha dejado que se lo diera todo —explicó entre cohibido y un poco enfadado.

Las tres mujeres se miraron entre ellas. Maggie bebió de su taza de café mientras Helen y Amanda acribillaban a preguntas a Alan.

—¿Has estado alguna vez en la gala del MET? —preguntó Amanda entusiasmada.

—Sigo sin recordar a ningún Lewis... ¿A qué se dedicaba tu padre? —interrogó Helen.

Antes de que Alan pudiera contestar a la pregunta de su vecina, Maggie se le adelantó y respondió ella.

—Porque Lewis no es el apellido de su padre, ¿verdad, Alan?

Él la miró a los ojos y lo que encontró allí hizo que sus temores se desvanecieran. Debería haber sabido que su estatus dentro de la sociedad neoyorquina no asustaría a Maggie, por el simple hecho de que ella lo amaba por él mismo.

—No, es el apellido de soltera de mi madre —confirmó él.

—Bueno, eso aclara el misterio —dijo una Helen sonriente.

—¿Eres un soltero codiciado por las herederas de la alta sociedad de Nueva York?

La pregunta de Amanda los sorprendió e hizo que estallaran en carcajadas. La paisajista enrojeció hasta las cejas, pero al momento se unió a las risas. Alan no dejaba de maravillarse ante la inocencia de la chica, parecía ser muy joven y al mismo tiempo tenía la sensación de que no lo era. Sus ojos mostraban un temor que solo se adquiriría después de haber vivido un infierno durante años. Él sabía de ello.

—¿Qué edad tienes, Amanda? —No pudo evitar que la pregunta escapara de sus labios.

La chica lo miró sorprendida y se arrepintió al momento, no quería incomodarla.

—Tengo treinta y dos años, Alan. Y ya que preguntas, ¿cuántos tienes tú?

—Por favor, ¡no vayáis a preguntarme a mí la edad! —exclamó Helen con gesto compungido.

—Venga, Helen, no puedes ser mucho mayor que nosotros —intervino Maggie—. Yo tengo treinta y Alan tiene treinta dos, igual que Amanda.

Le dedicó a esta última una sonrisa y volvió a mirar a la mujer rubia. Alan escondió un amago de sonrisa porque sabía que su vecina no se resistiría a la pregunta. Maggie tenía tal encanto que conseguía conmovier y hacer sonreír a cualquiera.

—¿Qué demonios... Deja de mirarme así, jovencita. —Intentó que su voz sonara enfadada pero no lo consiguió—. Está bien, tengo treinta y nueve años.

—¿Ves? No era tan difícil, Helen —dijo Maggie y la mujer puso los ojos en blanco.

Continuaron charlando hasta que empezó a oscurecer y el frío se hizo más intenso. Amanda se despidió con la promesa de volver al día siguiente y ellos se dirigieron a sus habitaciones.

Alan no pudo evitar sentirse inquieto mientras volvían sobre sus pasos por el camino de madera que discurría de vuelta al hotel. Tenía la sensación de que se acercaba una tormenta, y no de las que traían lluvia y viento. Miró alrededor con disimulo para no inquietar a Maggie, pero no vio nada extraño en los alrededores que pudieran sustentar su desasosiego.

Se repitió a sí mismo que simplemente era por todo lo ocurrido y el hecho de que Penélope anduviera ahí fuera en algún lugar, quizá esperando el momento de volver a acercarse a Maggie. Aquello, sin duda, era motivo suficiente para estar intranquilo.

Se acercó a Maggie, la abrazó por la cintura y la pegó a él. No dejaría que nada le ocurriera, no iba a permitir que su exnovia le arrebatara a la que se había convertido en la persona más importante de su vida.

El resto del fin de semana pasó en calma. El domingo Amanda volvió de visita y salió a pasear con Helen, la cual comentó que necesitaba moverse un poco más. Aseguró que las quemaduras no le molestaban tanto y, decidida, se fue cogida del brazo de la paisajista a la calle.

Maggie y Alan descansaron y no hicieron gran cosa. En realidad, se pasaron la mayor parte del día entre las sábanas, algo que a ninguno le importó. Hablaron con Greg y quedaron al día siguiente en la casa de Alan.

El día de relax pareció incidir de manera positiva en el ánimo de todos. Cuando Maggie, Helen y Alan se reunieron para cenar, el ambiente era mucho más distendido de lo que lo había sido en las últimas semanas. Disfrutaron de una botella de vino de la zona, hablaron y rieron. Por un momento, Maggie se sintió normal cenando con amigos y compartiendo un rato de risas. Por un instante, olvidó todo lo que había pasado y se sintió feliz.



El lunes por la mañana, alrededor de las nueve, un grupo de personas observaba la fachada de la casa de Alan desde la verja de entrada a la propiedad. En sus rostros había de todo: tristeza, desolación, ira, incredulidad y cansancio.

Por las mejillas de Maggie caían lágrimas que no había podido evitar verter. La imagen que se mostraba ante ella era devastadora y no podía evitar sentir una inmensa tristeza por el trabajo y dinero tirados a la basura, pero también por lo que aquella casa significaba para Alan.

Desde la parte delantera se podía apreciar como el interior estaba totalmente destrozado. Las ventanas habían estallado y los marcos de las mismas estaban carbonizados. El humo y el fuego habían hecho estragos al exterior de la casa, y una gran parte de las láminas blancas de madera que recubrían la fachada estaban negras.

La puerta principal estaba hecha pedazos, los bomberos no habían tenido más remedio que echarla abajo para poder entrar de manera segura y poder atacar el fuego con mangueras desde allí.

Al cercarse más a la casa se podía apreciar que el interior había sido totalmente devorado por las llamas. Todas las placas de yeso y el aislamiento de las paredes habían perecido ante el fuego. El techo, una vez más, se había desprendido y había caído calcinado.

—Supongo que deberíamos entrar —dijo Alan sin mirar a los demás.

—Lo siento mucho, Alan. Solo puedo imaginarme cómo debes de sentirte —manifestó Brian—. Los bomberos me han dicho que hicieron todo lo que pudieron y consiguieron detener las llamas antes de que avanzaran a la primera planta. Creo que esos son buenas noticias.

—Sí, imagino que lo son.

Alan se pasó la mano por el pelo en un intento de poner aquello en perspectiva, pero la verdad es que la situación era descorazonadora.

—Tengo que irme, voy a pasar a saludar a Helen y comentarle un par de cosas. Os mantendré informados.

El jefe de policía salió a la calle en dirección a la casa de al lado. Helen había insistido en volver esa misma mañana a su casa argumentando que en realidad no corría peligro puesto que Penélope no estaba interesada en ella. Su razonamiento fue aceptado por el jefe Parker quien se

encargó de convencer a Alan. Maggie sabía que él se sentía responsable de su vecina y lo entendía, para Alan todo lo que había ocurrido era su culpa aunque ella insistiera en lo contrario. Si el padre de su exnovia le hubiera informado del trastorno que ella sufría, quizá Alan podría haber hecho algo por evitar todo aquello.

Con un suspiro enlazó su mano con la de él y la apretó. Alan la miró y ella le sonrió.

—Alan, es solo una casa. Si tienes dinero suficiente, se arreglará. Y si no lo tienes, pues la vendes a alguien que quiera y pueda hacerlo. Es solo una propiedad —repitió mientras lo miraba a los ojos.

Greg, que había ido también aquella mañana, se volvió hacia ellos.

—Ya he evaluado los daños y lo que es necesario hacer. Solo necesito saber qué es lo que tú quieres hacer. Se puede arreglar, Alan. Los chicos y yo tendremos que empezar desde cero, pero es factible. La cuestión es si puedes permitirte y sobre todo, si te merece la pena hacerlo —expuso el constructor.

Alan asintió lentamente y apretó con más fuerza la mano de Maggie.

—A ti te gusta la casa —afirmó mientras fijaba en ella esa intensa mirada azul cobalto que la había cautivado desde la primera vez que se habían visto.

—Es una casa preciosa.

Alan volvió a asentir sin apartar los ojos del rostro de ella. Maggie sintió que su corazón se le aceleraba, como siempre lo hacía cuando él decía tanto sin usar las palabras.

—De acuerdo, Greg. Empezaremos de nuevo. Esta es mi casa y cueste lo que cueste voy a vivir en ella. Llama a tus chicos y empezad en cuanto podáis.

Greg se acercó hacia él y lo abrazó a la vez que le daba varias palmadas en la espalda. Cuando lo soltó fue hacia Maggie y la abrazó también.

—Gregory, entiendo tu entusiasmo por el proyecto, pero deja de sobar a mi novia —dijo Alan con una mueca.

Aquello hizo reír al constructor que se separó de Maggie y le guiñó un ojo sin que el exmodelo se diera cuenta.

—Lo que tú digas, jefe —contestó burlón—. Voy a llamar a mis chicos para avisarles de que el trabajo en el 1540 de Rosemary Lane, en East Hampton, no ha terminado.

Sacó su móvil y comenzó a hacer llamadas. Maggie no pudo evitar sonreír mientras negaba con la cabeza. Greg no tenía remedio. Volvió su atención hacia Alan.

—Greg no me estaba sobando.

—Claro que lo hacía —contestó él, y añadió—: Por suerte yo estoy siempre cerca para pararle los pies.

Maggie soltó una carcajada y Alan aprovechó para abrazarla por la cintura para atraerla hacia él. Depositó sus labios en los de ella y su risa quedó ahogada en un beso que la dejó sin aliento.

Si Alan pretendía dejar claro algo, sin duda lo hizo y Maggie pensó que no tenía nada que objetar al respecto.

—Tenemos un problema, Alan.

Brian había ido hasta la propiedad para hablar personalmente con él. Sabía que no iba a gustarle lo que tenía que decirle, pero era necesario hacerlo.

—Buenos días a ti también, Brian —contestó él sarcástico.

—He pensado que ya habíamos pasado la fase de saludos cordiales y apretones de manos entre nosotros.

—Es verdad que te considero un amigo, pero jefe Parker, me educaron en colegios muy elitistas. Allí nunca se empezaba a hablar con alguien con quien habías coincidido si no saludabas antes —explicó con sorna Alan.

—Vale, lo que tú digas, señor multimillonario. —Brian puso los ojos en blanco—. ¿Y se puede saber qué haces delante de la casa, observándola con una taza de café en la mano?

—Estaba valorando si cambiar el color exterior. Maggie insiste en que debe ser blanco, pero después del incendio he pensado que un color más oscuro le quedaría bien —explicó él.

—Te voy a dar un consejo: haz lo que ella te diga. Una mujer feliz significa un hombre feliz —dijo Brian.

—Gracias por tu consejo no solicitado.

Brian sonrió. Sacudió la cabeza y pensó que era mejor ir al meollo de la cuestión.

—Tengo que comentarte una cosa.

—Antes lo has llamado “problema” —puntualizó Alan.

—Alan, esto es serio. Mañana es Halloween.

—Jamás hubiera pensado que el jefe de policía podía ser tan observador.

Brian lo miró con el ceño fruncido preparado para soltarle un par de palabras malsonantes, pero Alan lo interrumpió.

—Lo siento, disculpa. Hoy me he levantado de muy buen humor —se excusó Alan.

—Ya lo veo, y no voy a preguntar el porqué, porque respeto a Maggie y puedo imaginar por dónde van los tiros —dijo mientras levantaba una mano para impedir que el otro hombre volviera a hablar.

»Como te he dicho, mañana es Halloween y por lo tanto no puedo retener aquí a los hombres que los jefes de policía de los pueblos cercanos me han cedido para vigilar el nuestro. Es un día con mucho ajetreo y mucha gente por la calle, siempre hay incidentes por pequeños que sean. No puedo decirles que dejen sus ciudades sin vigilar por nuestro caso.

El jefe Parker observó cómo Alan procesaba la información que acababa de darle.

—Y yo también voy a necesitar a mis hombres para patrullar el pueblo. Nuestra población en esta época no es elevada, pero los adolescentes no pueden evitar comportarse como tales.

—Eso quiere decir que vas a tener que retirarnos al policía que nos sigue a todas partes —confirmó Alan.

—Solo serán unas horas, hasta que el flujo de personas disminuya. Deduzco que sobre las diez de la noche podré enviaros a uno de mis hombres, pero tendréis que pasar toda la tarde sin escolta policial —explicó Brian con preocupación.

—Bueno, no puedo decir que me guste la idea, pero lo entiendo. —Alan dio un sorbo a su café—. ¿Ha habido novedades?

—No, y es muy frustrante. Es como si la tierra se la hubiera tragado. Mis hombres patrullan día y noche, han buscado en parques y los bosques cercanos. Nadie ha alquilado ninguna

casa o apartamento, y revisamos todos los huéspedes nuevos de los hoteles diariamente. No hay ni rastro de ella... ¿Estás seguro de que sigue aquí? —preguntó el agente.

—Sí, estoy completamente seguro —afirmó Alan con rotundidad.

—En ese caso tendremos que seguir siendo cuidadosos. He hablado con Helen, vais a quedaros con ella en su casa mañana. Os quiero a los tres juntos.

El tono de Brian no dejaba lugar a dudas de que aquello era una orden. Alan no pensó siquiera en llevarle la contraria, sabía que el policía tenía razón y él conocía bien a Penélope.

—El hotel donde os alojáis celebra un pequeño coctel para sus huéspedes —continuó Brian—. He hablado con la directora, Patricia Elwood, y me ha confirmado que todo el mundo se disfraza y si algún vecino se acerca lo invitan a una copa. Como te podrás imaginar, la situación no me gusta nada. Un lugar, más o menos público, donde cualquiera puede entrar y salir, y sin que tengáis vigilancia policial. No es seguro ni aunque os quedéis en vuestra habitación. Por eso he hablado con Helen y ella ha estado de acuerdo con la idea.

—Supongo que si a Helen no le importa tenernos de invitados, no hay ningún problema por nuestra parte —convino Alan—. Maggie no pondrá ningún impedimento, sigue bastante asustada con este asunto. Los dos lo estamos. Hasta que no encontréis a Penélope las cosas no volverán a la normalidad.

—Me alegra que lo entiendas. Explícaselo a Maggie, por favor. Tengo que irme a organizar el día de mañana, enviar a los agentes de vuelta a sus respectivos pueblos y encargarme de la inmensa pila de papeles que inunda mi escritorio. Pronto las carpetas van a empezar a amontonarse en el suelo de mi despacho.

—Necesitas una secretaria, Brian —dijo Alan.

—Díselo al alcalde para que me amplíe el presupuesto de manera que me permita contratar a una.

Se despidieron con un apretón de manos. Alan dio un último trago a su café y se encaminó en busca de Maggie para explicarle los planes que tenían para Halloween.

∞

La paciencia nunca había sido una de sus virtudes, no tenía problema en reconocerlo.

El hastío empezaba a hacer mella en su persona, esperar el momento oportuno se estaba convirtiendo en una tortura y quería acabar con aquello de una maldita vez. Era hora de terminar con esta situación y seguir con su vida tal y como la había planeado.

Ir de compras siempre la había ayudado, pero en esta ocasión el placer derivado de su última adquisición había superado con creces cualquier tarde de tiendas en la quinta avenida con sus amigas. Hasta su viaje a París, donde había podido ver en exclusiva las colecciones de los diseñadores más famosos, antes de que se exhibieran en las pasarelas, no le había producido la felicidad que sentía en ese momento.

Con delicadeza, extendió el disfraz que había comprado en la cama del motel donde se alojaba. Penélope observó con deleite las piezas de ropa que se mostraban ante sus ojos. Era perfecto. Por fin, Alan volvería a ser suyo.

Helen los recibió con tanto entusiasmo que hizo que Maggie se animara al instante. Había estado preocupada desde el día anterior, cuando el jefe Parker le había comentado a Alan que no podrían disponer de vigilancia policial.

Alan no había hablado mucho sobre el tema, pero ella sabía que estaba convencido de que su exnovia andaba cerca y eso es lo que más la inquietaba. Penélope estaba ahí fuera en alguna parte, esperando su momento para volver a atacarlos y no parecía que el jefe Parker tuviera ninguna pista sobre su paradero.

El interior de la casa de Helen era impresionante. La puerta principal daba paso a una amplia zona en medio de la cual había una robusta mesa redonda. En el centro de la misma descansaba un hermoso jarrón que exhibía un conjunto de flores de muy diversos colores.

A ambos lados de la estancia dos anchas escaleras en mármol blanco subían hasta la primera planta. La amplitud de las mismas y la elegante balaustrada que las recorría le daban a la casa una imagen de magnificencia y opulencia que Maggie no había visto nunca antes. Sabía que la casa de Alan sería impresionante una vez terminaran con su renovación, pero la de Helen la superaba con creces en todos los aspectos. Había sido construida para que a todo aquel que la pisara no le quedara ninguna duda respecto al estatus económicos de sus propietarios.

—Lo sé, impresiona, ¿verdad? Yo me quedé con la misma expresión de besugo agonizante que tú tienes en este momento la primera vez que entré aquí —dijo Helen con una sonrisa.

La risa de Alan la sacó de su ensimismamiento y Maggie se dio cuenta de que había estado observándolo todo con la boca abierta.

—Lo siento, es que es tan...

—Grande, sí. Demasiado —asintió su amiga—. Venga, subid que os voy a enseñar vuestra habitación.

Ambos la siguieron por una de las magníficas escaleras, Maggie no pudo evitar pasar la mano por la barandilla de mármol conforme ascendía los escalones. Se fijó en la deslumbrante lámpara de araña que colgaba del techo y cuyo tamaño rebasaba en mucho cualquiera que hubiera visto antes. Como diseñadora de interiores, Maggie no podía dejar de mirarlo todo y apreciar el valor de cada elemento decorativo. No se trataba solo de su precio, sino del gusto exquisito de quien había elegido todo lo que allí había.

—Helen, tu casa es preciosa. ¿Contaste a alguien para que la decorara? —Maggie sentía una enorme curiosidad por saber quién había sido el responsable.

—Yo no elegí el mármol para las escaleras, si es lo que te ha impresionado —le contestó la mujer rubia con una nota de humor—. Como te he dicho, la casa ya estaba construida cuando nos mudamos, yo lo único que hice fue decorarla. Ya sabes: lámparas, muebles, cortinas... Ese tipo de cosas.

—Estoy impresionada, Helen. Has hecho un trabajo magnífico. Es una casa elegante, pero al mismo tiempo transmite una calidez que la convierte en un hogar.

Las palabras de Maggie hicieron que Helen se sonrojara.

—Gracias —contestó ella cohibida—. Nunca nadie había alabado mi buen gusto en algo.

Maggie la miró intrigada, detrás de las palabras de su amiga había mucho más, pero dejaría que Helen le hablara sobre ello cuando ella quisiera. Si es que alguna vez quería hacerlo. Apreciaba mucho a esa mujer esbelta y refinada que había arriesgado su vida por ella, no iba a presionarla para que le hablara de algo con lo que se sintiera incómoda.

Helen los condujo por el pasillo de la derecha hasta una habitación que a Maggie le pareció tener el tamaño de su apartamento en Nueva York. En medio de la misma, una enorme cama con dosel destacaba con su prístina colcha blanca. Los muebles eran grandes y blancos, pero habían sido tratados de forma que tuvieran aspecto envejecido. Las cortinas, también blancas, tenían un estampado floral muy sutil y Maggie no pudo evitar enamorarse de la habitación.

—Ya no me quedan más adjetivos para describir tu casa, Helen, pero te puedo asegurar que esta habitación se acaba de convertir en mi lugar favorito del mundo —admiró Maggie mientras giraba sobre sí misma—. Alan es el que domina el diccionario, seguro que a él se le ocurren todo tipo de palabras.

Helen se volvió hacia él y este se encogió de hombros sonriendo.

—Soy escritor —explicó él con sencillez.

—Nunca se me hubiera ocurrido. Siempre he pensado que debías ser modelo o actor —dijo ella pensativa.

Aquello hizo que Alan riera.

—Lo fui, Helen. Trabajaba de modelo hasta no hace mucho.

—¡Lo sabía! Con ese cu... Ese perfil, quiero decir... Que tienes muy buena planta y... ¡Altura!, para ser modelo es algo imprescindible.

El azoramiento de ella hizo que tanto Maggie como Alan prorrumpieran en sonoras carcajadas. Helen acabó uniéndose a ellos y durante un rato no fueron capaces de hacer otra cosa que reír. Cuando consiguieron serenarse, Helen se excusó y los dejó solos para que pudieran instalarse.

Maggie paseó por la habitación mientras Alan colocaba sus ropas en el armario. Se asomó a la enorme ventana y comprobó que podía ver parte de la casa de él entre los múltiples árboles que crecían en esa parte del jardín. Eran frondosos y de hoja perenne, sin duda habían sido plantados allí para dotar de intimidad a la mansión.

Cuando terminaron de colocar sus cosas, bajaron y fueron recibidos en la cocina por Helen, la cual había preparado un almuerzo rápido consistente en una tabla de quesos, profiteroles templados de paté con cebolla caramelizada, ensalada caprese y mini quiches de jamón.

—¿Pero de dónde ha salido todo esto? —exclamó Maggie.

—Es el almuerzo, lo he preparado yo, por supuesto. Espero que no os importe que sea en la cocina, esta isla es enorme. Desde que estoy sola suelo comer siempre aquí.

—Helen, eres la mejor anfitriona que he conocido. Y créeme, he conocido a muchas —alabó Alan mientras cogía un trozo de queso brie y lo acompañaba con una mini tostada—. Vivir en el Upper East Side conlleva muchos, demasiados diría yo, eventos a los que acudir —añadió mientras degustaba el queso.

—Pues se ve que en ninguno de esos eventos te enseñaron buenos modales. ¡Mantén la boca cerrada mientras comes, señor Lewis! —lo reprendió Maggie.

Helen rio y con un gesto los invitó a sentarse en los taburetes que había alrededor de la isla de la cocina. Acercó una botella de Chardonnay que había abierto unos minutos antes y sirvió tres copas.

Charlaron, rieron y disfrutaron de la comida juntos. Maggie consiguió relajarse casi sin darse cuenta. Por primera vez en varias semanas se sentía a gusto y tranquila, todas sus preocupaciones fueron aparcadas a un rincón de su mente y pensó que por lo menos Halloween iba a ser una fiesta tranquila para ellos.

Las visitas comenzaron pronto y a las cuatro de la tarde aparecieron los primeros niños en la puerta de Helen. La mujer había preparado varios boles de chucherías y caramelos, como hacía todos los años, según les explicó. Se puso un sombrero de bruja y una nariz postiza, con risa estridente empezó a recibir a todos los visitantes disfrazados que pasaban por su casa.

En realidad, no eran tantos los niños que llamaban a la puerta, puesto que Rosemary Lane era una calle residencial con mansiones que ocupaban grandes espacios de terreno. Desde el punto de vista de un niño queriendo conseguir la mayor cantidad de dulces posible, esa calle no era un buen negocio pues había que andar mucho de una casa a otra. Cuando oscureció, Alan decidió unirse a Helen y esta le improvisó un disfraz con una vieja sábana blanca a la que hicieron sendos agujeros a la altura de los ojos. Maggie rio a carcajadas al ver a Alan convertido en fantasma.

—¿No te animas, Maggie? —preguntó Helen—. Seguro que puedo encontrar algo para ti... Quizá de zombie, rompiendo algunas prendas viejas y maquillándote un poco —dijo pensativa.

—Te lo agradezco, pero no me hace ilusión convertirme en zombie —contestó Maggie entre risas—. Prefiero quedarme aquí en el salón viendo la tele cuando vosotros dos tengáis que atender a vuestras visitas.

—Creo que Maggie no quiere más sobresaltos, incluso si se trata de un puñado de niños disfrazados de Spiderman —dijo en tono burlón Alan.

—Tienes toda la razón, así que disfrutad vosotros asustando a menores indefensos.

Helen soltó una carcajada.

—En ese caso... ¿Sabes preparar margaritas?

—Pues la verdad es que no.

—Ven conmigo a la cocina, ya que no vas a participar en nuestro espectáculo de Halloween, te voy a dar trabajo. —Con un movimiento de cabeza, Helen le indicó que la siguiera.

En la cocina, Helen le escribió en un papel los ingredientes necesarios para hacer margaritas. Se lo explicó paso por paso y le dijo que todo lo necesario estaba en el frigorífico y en la despensa. Le colocó una batidora de vaso en la encimera y la miró satisfecha.

—Tienes mucha fe en mí, Helen —farfulló ella.

—Maggie, solo se trata de mezclar ingredientes en una batidora. Aquí tienes las cantidades, me voy que han llamado al timbre y creo que Alan quiere asustar en serio a esas pobres criaturas.

Salió con rapidez de la cocina dejando a Maggie sola ante la batidora.

∞

Desde las sombras del jardín posterior de la casa de Helen, alguien observaba los movimientos de Maggie en la cocina. Había llegado el momento de que todo terminara.

Maggie había llenado de hielo el vaso de la batidora justo hasta la mitad. Estaba echando el tequila en el mismo cuando escuchó unos golpes. Levantó la cabeza y prestó atención intentando averiguar de dónde procedía el sonido.

Volvió a escuchar el mismo ruido unos segundos después y se percató de que provenían de la puerta que había en la cocina y que daba a la parte posterior de la casa de Helen. Alguien estaba llamando con los nudillos a la puerta.

Se secó las manos en el trapo de la cocina, y con lentitud se acercó a la puerta. Fuera estaba oscuro y solo consiguió distinguir una silueta de alguien bastante corpulento. Parecía un hombre, pero no podía estar segura. Pulsó el interruptor que encendía los faroles del porche exterior al que daba la cocina, pero ninguna luz prendió. Lo intentó varias veces, pero debía haber algún problema con el interruptor.

Decidió ir a avisar a Alan o Helen, cuando una voz la llamó desde el exterior.

—¿Señorita Evans? Soy el agente Smith, me envía el jefe de policía Parker. ¿Podría abrir por favor?

La voz hizo que se detuviera y se girara. Seguía sin poder ver a la persona que estaba al otro lado de la puerta, pero la voz era claramente masculina y había mencionado a Brian. Reticente se acercó a la puerta.

—El jefe Parker no mencionó nada de que fuera a enviar a alguien —dijo alzando la voz.

—Sí, efectivamente ese era el plan inicial, pero ha habido una emergencia y me ha enviado. ¿Podría abrir, por favor? —Preguntó el hombre y añadió—: Sería mejor si pudiera explicárselo cara a cara.

Maggie dudó unos segundos, la situación no era lo que Brian les había explicado que sucedería ese día, pero si había surgido una emergencia, quizá sería mejor hablar con ese agente.

Abrió la puerta y se encontró ante ella a un hombre bastante alto al que parecía sobrarle una gran cantidad de kilos. No pudo apreciar con claridad sus rasgos faciales puesto que seguía en la oscuridad del porche, pero tenía un bigote espeso y el flequillo que le asomaba por debajo de la gorra del uniforme le cubría parte de los ojos. Por un momento, Maggie pensó que había algo familiar en él, pero no tuvo tiempo de pensar en ello porque el policía le habló.

—Señorita Evans, gracias por abrir. Ha habido una emergencia y debe venir conmigo. El jefe Parker me ha dado órdenes de que la recoja y la lleve sin demora a la comisaría.

—¿Ha ocurrido algo? Se suponía que tenía que quedarme aquí esta noche...

—Como ya le he dicho, al parecer ha habido una emergencia. Yo no tengo los detalles, pero el jefe Parker le informará en cuanto lleguemos. Debemos irnos inmediatamente, por favor —insistió el agente.

Maggie miró por encima del hombro hacia la entrada principal, pero la cocina quedaba en el lateral derecho de la vivienda y desde ahí no podía ver la entrada. Escuchó las voces de Helen y Alan, y supuso que estarían atendiendo a un nuevo grupo de niños.

—De acuerdo, si me permite un momento para que avise a mi novio y a mi amiga...

El agente la interrumpió.

—No tenemos tiempo para ello. Lo siento, pero el jefe Parker ha sido muy claro al respecto: sacarla de aquí cuanto antes y llevarla a la comisaría.

La cogió de un brazo con suavidad y tiró de ella. La sorpresa invadió a Maggie y le

impidió reaccionar. El hombre la sacó al porche, cerró la puerta y comenzó a caminar hacia el jardín sin soltarla.

—Pero-Pero... No entiendo tanta prisa.

—Todo le será explicado a su debido momento.

El tono de voz del agente había cambiado. La amabilidad inicial había dado paso a la impaciencia y algo más que le puso los pelos de punta a Maggie. Intentó zafarse del agarre que él ejercía sobre su brazo, pero fue inútil. La sujetaba con enorme fuerza y caminaba deprisa. Maggie se encontró teniendo que apretar el paso para poder seguirlo.

Siguieron andando hasta donde terminaba el jardín y comenzaban las dunas que daban a la playa.

—¿Por qué vamos a la playa? —preguntó Maggie confundida.

—Porque por aquí llegaremos antes a nuestro destino. —Fue la crítica respuesta que le dio el agente.

Llegaron a la playa y el agente giró hacia la derecha a más velocidad. Maggie se encontró trotando para poder mantenerse a su nivel. Llegaron a la altura de la casa de Alan y el agente tomó el camino de madera que conducía de la playa a la misma.

—¿A dónde vamos?

El policía no contestó y ella intentó detenerse, pero él no se lo permitió. Estaba muy oscuro, Maggie casi no podía distinguir los tablones que formaban el camino y no comprendía por qué se dirigían hacia la casa.

—Por favor, no entiendo a dónde vamos. ¿No tiene su coche aparcado en la calle? Deberíamos haber dado la vuelta a la casa de Helen...

—Oh, por favor. ¿No podrías callarte un rato, Margaret? Me estás dando dolor de cabeza.

Al oír mencionar su nombre completo un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Solo había una persona que había insistido en llamarla de esa manera desde que se habían conocido.

El agente la soltó, se quitó la gorra y la peluca que llevaba. Se tiró del bigote y arrastró con él parte de la piel de la cara. Maggie ahogó un grito, pero unos instantes después se dio cuenta de que se trataba de prótesis faciales.

Con horror, reconoció a la persona que tenía justo delante de ella: Penélope.

∞

—No está bien que asustes así a los niños, Alan.

—Ellos no me vieron, no es mi culpa que cuando me moví se asustaran —se justificó él.

Helen depositó la cesta de dulces en la mesa de la sala central con una sonrisa y continuó caminando hacia la cocina. Alan la seguía detrás mientras intentaba quitarse la sábana que lo convertía en un fantasma ante los visitantes.

—Espera, déjame ayudarte o te vas a ahogar tú solo con la tela —dijo Helen entre risas.

—Necesito uno de esos margaritas de manera urgente —dijo Alan—. Dijiste que no solían venir muchos niños a tu casa.

—Y así había sido siempre. No sé qué ha podido pasar este año, creo que el pueblo entero está pasando por mi casa —contestó ella encogiéndose de hombros.

Ambos se volvieron hacia la encimera de la cocina para encontrar que Maggie no estaba.

—¿Maggie? —la llamó Alan.

—Habrá ido al baño —sugirió Helen mientras se acercaba a la batidora—. Qué extraño,

Maggie solo ha echado el hielo y se empieza a derretir.

—¿Maggie? —Alan se volvió en dirección al aseo más cercano.

Aporreó con cuidado la puerta y esta se abrió despacio. Comprobó que no había nadie dentro. Se giró para encontrarse que Helen lo había seguido.

—Quizá estaba cansada y ha subido un rato —comentó ella pensativa.

Alan no esperó a Helen y salió con paso rápido hacia la escalera principal. Subió los peldaños de dos en dos como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Tenía un mal presentimiento sobre aquello.

Fue directo a la habitación de invitados donde su amiga los había acomodado, pero allí no había rastro de Maggie. Empezó a mirar en cada habitación, abriendo todas las puertas mientras gritaba su nombre. Helen intentaba seguirle el paso, pero él corría de una habitación a otra sin detenerse a esperarla.

Cuando Alan terminó de revisar toda la planta superior bajó corriendo e hizo lo mismo en la planta baja, pero la búsqueda no dio ningún resultado.

—Alan, tranquilízate, por favor. Debe haber una explicación para esto. Llamaré al móvil de Maggie. —Helen fue hacia el comedor donde había dejado su teléfono y empezó a marcar.

Alan temblaba sin poder evitarlo, ¿a dónde podría haber ido Maggie? Sabía que tenían que quedarse en casa de Helen hasta el día siguiente. Ideas descabelladas se cruzaron por su mente, se pasó las manos por el pelo en un intento de poner orden a sus pensamientos. ¿Y si Penélope le había hecho algo? Pero era imposible que Maggie no los hubiera alertado si la hubiera visto.

El sonido del tono de llamada entrante del móvil de Maggie se escuchó en ese momento en la cocina. Se volvió a tiempo de ver cómo Helen cogía el aparato en la mano y lo miraba asustada.

—Alan...

—Voy a llamar a Brian ahora mismo. Algo le ha pasado a Maggie.

∞

Maggie entró en la casa sin atreverse a mirar atrás. Por el camino de madera que conducía a la vivienda había intentado andar despacio para hacer tiempo, pero Penélope le había clavado el cañón de la pistola en la espalda y la había empujado. Le había dejado claro que si no apretaba el paso iba a acabar con aquello allí mismo. Y Maggie necesitaba alargar la situación todo lo posible, tenía que darle tiempo a Alan y a Helen para que notaran su ausencia y avisaran a la policía.

Atravesaron las que antes habían sido las puertas venecianas que daban al patio trasero, y de las que ahora no quedaba prácticamente nada. Era desolador el estado en que se encontraba la vivienda, Maggie pensó con tristeza en todo el trabajo y esfuerzo que se había realizado allí, y que había terminado en contenedores de basura.

—Es el marco perfecto para nuestra foto, Margaret —dijo Penélope en tono exultante.

—¿Qué le pasa a tu voz? —preguntó Maggie en un intento de mantener una conversación.

—Oh, sí, es verdad. Lo había olvidado. Es simplemente esto —dijo, mientras que con la mano libre se arrancaba un pequeño aparato que había llevado en el cuello—. Es un distorsionador de voz, no pensé que fuera a funcionar tan bien, pero al parecer a ti te convenció de que yo era otra persona.

Maggie miró el dispositivo que yacía en el suelo. Estaba cubierto por un trozo de plástico que imitaba el color de la piel humana. Otra de las prótesis que Penélope había usado en su

disfraz.

—Está bien, vamos a empezar. Siéntate ahí —dijo la chica rubia señalando con la pistola una silla que había en el centro de la habitación.

Maggie obedeció y se sentó en ella.

—¿Qué vas a hacer, Penélope?

—¿Tú qué crees? —Preguntó de forma retórica—. Voy a matarte, creo que eso había quedado claro la última vez.

Penélope empezó a desabrocharse la camisa sin soltar la pistola. Se la quitó y Maggie observó el relleno que llevaba alrededor de la cintura y que la había hecho parecer tener sobrepeso. Un oficial de policía de mediana edad con sobrepeso. El disfraz cumplía con el estereotipo completo de agente de la ley.

—No puedes hacer esto, irás a la cárcel. —La chica rubia no pareció escucharla. Lo intentó de nuevo—. Penélope, no merece la pena que arruines tu vida por esto.

La aludida se detuvo un momento y la miró fijamente. No había apenas luz, pero Maggie fue capaz de ver la expresión de los ojos de Penélope y aquello la asustó más que la propia pistola.

—Maggie, Maggie, Maggie... Ya has arruinado mi vida, aunque parece que no te das cuenta —le dijo con condescendencia—. Lo he perdido todo, por lo tanto, lo único que me queda es impedir que vosotros tengáis lo que debía ser mío.

La chica rubia siguió deshaciéndose del resto de prótesis, se quitó también el uniforme de policía dejando al descubierto la ropa negra ajustada que llevaba debajo del mismo. Lo metió todo en una enorme bolsa de basura, junto con el bigote y la peluca, que cerró con un nudo doble.

Penélope se metió la mano en el bolsillo del pantalón negro que llevaba y sacó una especie de cilindro alargado. Lo situó delante de la pistola y con lentitud lo enroscó a la misma. Vio que Maggie la observaba y dijo:

—Es para asegurarme que nadie escucha la detonación. No me fio de tu querida vecina, ya se entrometió una vez y por eso sigues viva —explicó con frialdad.

Maggie sabía que se le acababa el tiempo. No había manera de que a Alan o Helen se les ocurriera que ella se encontraba en la casa de al lado. Era demasiado obvio que Penélope la hubiera llevado allí, y por eso era un buen plan. La exnovia de Alan mantenía su capacidad de planificación y organización en perfectas condiciones, aunque la parte de su cerebro que tenía que distinguir entre el bien el mal no funcionara correctamente.

—Bien, ha llegado la hora —sentenció una sonriente Penélope—. Te voy a dar la oportunidad de pronunciar tus últimas palabras, del mismo modo que hacen en las cárceles con los presos cuando van a ser ejecutados. Así que adelante, di lo que quieras.

Tenía que hacer algo, era su última oportunidad. Imágenes de Alan aparecieron en su mente, de los últimos meses y los momentos que habían pasado juntos. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Pensó en su madre, que no había tenido ninguna oportunidad contra el cáncer, a pesar de lo que había luchado contra la enfermedad. Greg... Su amigo que la había apoyado de manera incondicional desde que se habían conocido. Había mucho por lo que vivir.

Inspiró y exhaló con lentitud, tal y como le habían enseñado en unas clases de yoga a las que había ido hacía unos años. Iba a usar su último recurso y esperaba que fuera suficiente y le diera el tiempo necesario para escapar.

Alan no paraba de pasearse por el salón principal de Helen.

Brian había tardado en llegar solo dos minutos. Había traído consigo a tres hombres, por un momento Alan se sintió mal porque hubiera dejado a los habitantes del pueblo a su suerte en una noche tan señalada. Pero el sentimiento se desvaneció tan pronto Maggie volvió a acudir a su mente.

—Hemos revisado la casa al completo, no hay puertas ni ventanas forzadas. No hay nada roto. ¿Cuánto tiempo has dicho que estuvisteis en la puerta con los niños? —preguntó el jefe de policía.

Alan resopló sin poder evitarlo. Ya habían respondido a esa pregunta. A esa y a todas las que había hecho Brian desde que habían llegado. Helen se acercó a él y le puso una mano en un brazo en un intento de tranquilizarlo. Él se lo agradeció con un gesto, aunque en realidad estuviera a punto de estallar por la frustración y la preocupación.

—Por norma general no vienen tantos niños a mi casa. Esta calle es residencial, no hay tiendas cerca. Como te he dicho Brian, todos los niños del pueblo parecen haber decidido venir este año —explicó Helen contrariada—. Dejé a Maggie preparando Margaritas, el último grupo no era muy numeroso, pero Alan los asustó con su disfraz y estuvimos unos minutos más con ellos.

—Unos diez minutos, Brian. No ha sido más de ese tiempo —contestó Alan.

El agente se quedó pensativo golpeándose la barbilla con el bolígrafo.

—Es muy poco tiempo. Si alguien se ha llevado a Maggie no puede estar muy lejos.

Habló por el walkie-talkie que llevaba en el uniforme. Dio orden de que se avisara a todos los agentes para que abandonaran sus puestos y patrullaran el pueblo en busca de Maggie. Les dio su descripción y nombre completo, recalcó que era una prioridad puesto que había desaparecido. Justo antes de pronunciar las palabras “cambio y corto”, le solicitó al agente de la centralita que enviara a todos los agentes de servicio una foto de Penélope Ashford y procedieran a su inmediato arresto en caso de que la vieran.

—Tiene que ser ella, ¿verdad? —preguntó Alan con voz temblorosa.

—Sí. —Fue la escueta respuesta del policía.

Alan se dejó caer en el sofá y Helen se sentó a su lado. Le agarró una mano entre las suyas.

—La encontrarán, Alan. El jefe Parker va a hacer todo cuanto esté en su mano.

—El problema es si la encuentra demasiado tarde. Brian, tú...

El jefe Parker no lo dejó terminar.

—No va a pasarle nada. La encontraremos —afirmó con rotundidad—. No os mováis de aquí, ante cualquier novedad, llamadme. Os mantendré informados.

El agente salió por la puerta principal y los dejó a los dos solos. Alan se levantó y volvió a pasear por la habitación.

—Creo que te vendría bien una infusión relajante —dijo Helen.

—¿Y si no la encuentran? ¿A dónde se la ha podido llevar Penélope? Oh Dios, cómo no me di cuenta de lo mal que estaba...

—Alan, no te flageles. Su familia no te contó nada sobre su trastorno y ella mantuvo un comportamiento normal contigo en todo momento. No es culpa tuya. —Helen se acercó y lo abrazó, algo que él agradeció—. Voy a prepararte esa infusión, te ayudará a estar más calmado.

Lo dejó tumbado en el sofá y se encaminó hacia la cocina.

—Penélope, no tienes que hacer esto. Podemos sentarnos los tres y hablarlo. Quizá Alan no se ha dado cuenta de lo que perdía al dejarte...

—¿Que no lo sabía? Me lo dijo a la cara: nunca me ha querido. ¿Qué hay que hablar sobre eso? Está claro que piensa que está enamorado de ti y no va a querer volver conmigo mientras tú estés en este mundo.

El tono de voz de Penélope subía con cada palabra y la ira envolvía cada uno de sus movimientos. No parecía estar muy centrada, por lo que Maggie pudo apreciar. Miraba para todas partes y no dejaba de mover la mano que sostenía la pistola. Se le habían escapado algunos mechones de pelo rubio del moño que llevaba y aunque seguía estando muy oscuro, la expresión de su rostro era terrorífica. Maggie pensó que tenía que intentarlo.

Se levantó despacio y le habló.

—Creo que si dejas la pistola en el suelo y llamamos a Alan esta situación se podrá arreglar —dijo despacio.

—¿Qué haces de pie? ¡Te dije que te sentaras!

Penélope se acercó a ella hasta que solo hubo medio metro entre las dos. Maggie comprobó las profundas ojeras que rodeaban los ojos de la otra chica, así como la mirada desquiciada con la que la observaba.

—Penélope, escucha, todo se puede...

En ese momento, Maggie volvió la cabeza hacia la ventana que daba a la entrada principal de la casa y gritó. Aquello hizo que la otra chica se volviera hacia allí también y apuntara con la pistola. Maggie aprovechó esos pocos segundos para abalanzarse hacia ella y agarrar la pistola con ambas manos.

Penélope se giró demasiado tarde y se encontró con que Maggie sujetaba el arma y la empujaba. Intentó cogerla del pelo, pero Maggie fue más rápida y lo esquivó. Empujó a la chica rubia con todas sus fuerzas y consiguió derribarla, cayendo junto a ella. La pistola salió lanzada hacia el fondo de la habitación, y quedó junto a la chimenea carbonizada.

Maggie se levantó con rapidez, pero justo cuando intentó dar el primer paso, Penélope la asió de un tobillo y tiró de ella con fuerza. Cayó al suelo sobre el brazo derecho en un golpe seco que la dejó aturdida durante unos segundos. Parpadeó varias veces y cuando intentó incorporarse un poco, vio con horror cómo Penélope se arrastraba a cuatro patas en dirección a la chimenea. Sacudió la cabeza y como pudo se puso en pie, corrió en dirección a la otra chica y consiguió agarrar la pistola al mismo tiempo que Penélope. Esta se levantó y con una fuerza excepcional la estampó contra la chimenea. Maggie sintió un dolor agudo en el brazo sobre el que había caído, pero se aferró con todas sus fuerzas al arma. Siguieron forcejeando, Penélope tiró de ella y cambió el agarre del arma poniendo ambas manos en el cañón de la misma. Con una mano desenroscó el silenciador y golpeó a Maggie en la frente con él. El golpe la dejó desorientada durante unos segundos y sintió como algo líquido y rojo le resbalaba por la frente y le caía sobre el ojo izquierdo.

La otra chica alzó la mano para golpearla de nuevo, pero Maggie lo vio venir y con todas sus fuerzas se lanzó hacia ella aferrando la pistola y usando el arma para alejarla de su cuerpo. Ante el envite, Penélope soltó el silenciador y con la mano agarró la pistola por encima de la de Maggie, la estrujó y apretó todo lo que pudo, y en ese momento el sonido de un disparo hizo que las dos se quedaran inmóviles.

∞

Helen acababa de llenar la tetera de agua. La depositó sobre el fuego y durante unos segundos se quedó allí mirando por la ventana de la cocina que daba hacia la casa de Alan. A través de los árboles vio un pequeño destello de luz por la parte trasera de la casa.

Se quedó petrificada con la mirada fija en esa parte de la casa. Entonces unos pasos a la carrera la sacaron de su ensimismamiento.

—¿Helen, has oído eso? —La voz de Alan la sacó de su abstracción.

—Acabo de ver una luz en tu casa...

—¡Ha sonado como un disparo! —Alan se volvió corriendo hacia la puerta de la cocina —. ¡Helen llama a Brian y dile que venga de inmediato! ¡Están en mi casa! —gritó mientras desaparecía en la oscuridad del jardín de Helen.

∞

Alan corrió como nunca lo había hecho en su vida. Ni siquiera cuando jugaba al fútbol en el instituto recordaba haber corrido con semejante velocidad.

Cruzó el jardín de Helen como una exhalación, cuando llegó al muro de piedra que separaba las dos propiedades lo saltó con agilidad y se precipitó corriendo hacia el patio trasero de su casa. Atravesó las destrozadas puertas del salón y paró en seco.

Escuchó un sollozo callado, y necesitó unos segundos para que su visión se acostumbrara a la oscuridad. Dio dos pasos al frente y tropezó con algo. Miró hacia abajo e incrédulo reconoció el cuerpo de Penélope. Levantó la cabeza e intentó encontrar el origen del llanto, cuando lo hizo fue como si toda la sangre se evaporara de su cuerpo.

Caminó hacia Maggie y se tiró de rodillas a su lado.

—Maggie, soy yo, Alan. ¿Estás bien? Ya ha pasado todo —dijo con lentitud mientras le apartaba el pelo de la cara y observaba con horror que había sangre en ella.

—Yo-yo... La he matado. No quería, ella se agarró al gatillo y yo...

—Sssshhh, tranquila, no pasa nada. No te preocupes por nada. ¿Qué tal si dejas la pistola en el suelo? —le preguntó él con suavidad.

Maggie se miró la mano derecha y parpadeó confusa. Depositó el arma en el suelo junto a ella con una expresión de incompreensión.

—Pensé que había salido despedida. Yo... Ella quería matarme, pero yo no quería matarla a ella —explicó con voz débil.

Alan comprendió que estaba en estado de shock. La abrazó y la apretó contra su cuerpo. No podía evitar el alivio que sentía y que discurría por todo su ser. Maggie estaba viva, a salvo de la locura de su exnovia. Contempló el cuerpo inerte de Penélope y no pudo sentir nada excepto un enorme peso que abandonaba su cuerpo.

Empezaron a oírse sirenas en la distancia y un suspiro de alivio abandonó los labios de él. Maggie estaba en silencio a su lado y se aferraba fuertemente a su ropa. Los sonidos se volvieron más intensos hasta que oyó como varios coches entraban y frenaban bruscamente en la rotonda de entrada. Se escuchó un fuerte golpe en la puerta y el primero que entró por ella fue Brian. Avanzó hasta donde Penélope yacía inerte y los miró a ambos al fondo de la habitación.

—Gracias a Dios —dijo el agente mientras enfundaba su pistola.

EPÍLOGO

Un mes después

Alan salió por la puerta de la cocina, sosteniendo en una mano una jarra de limonada y varios vasos en la otra. También sujetaba con el hombro y la cabeza el móvil por el que hablaba.

—Sí, mamá —dijo poniendo los ojos en blanco—. Claro que sí, Maggie y yo iremos a verte la próxima semana. —Calló un momento mientras escuchaba lo que su madre le decía al otro lado de la línea—. Yo también te quiero, pero ahora tengo que dejarte. Le diré que luego te llame. Adiós.

Se acercó a la mesa alargada en la que se sentaban al sol Maggie, Helen y Amanda.

—Aquí tenéis limonada. No es verano, pero es lo mejor para beber cuando se está sentado al sol —explicó mientras repartía los vasos.

—Muchas gracias, Alan, eres un magnífico anfitrión. Estoy deseando que organicéis vuestra primera fiesta —dijo Helen con una sonrisa.

—Bueno, todavía queda bastante por hacer, aunque los chicos de Greg han estado trabajando como nunca —asintió Maggie—. Me alegra que Alan decidiera quedarse la casa.

Lo miró y no pudo evitar que su corazón se acelerara. Estaba completa y absolutamente enamorada de él, y aunque adoraba la casa, hubiera entendido si Alan no hubiera querido quedársela. Al fin y al cabo, su exnovia había fallecido en aquel salón.

—A ti te gusta la casa, Maggie, por lo tanto no hay nada más que hablar —afirmó con rotundidad.

Empezó a llenar los vasos con el líquido amarillento cuando les llegó el sonido de unas risas de la parte delantera de la casa.

—¡Estamos en el patio de atrás! —Gritó Alan a los visitantes.

Por el lateral de la casa aparecieron Greg y Brian.

—Me acabo de encontrar a este agente de la ley caminando en esta dirección. Por supuesto, no me ha quedado más remedio que recogerlo, aunque creo que el hacer autostop no está permitido en este estado —dijo Greg en tono socarrón.

—Quería hacer ejercicio, pero no me has dejado opción de continuar con mi paseo —esgrimió el policía.

—Ya que estáis aquí, sentaos y bebed la mejor limonada que hayáis probado en vuestra vida —invitó Alan.

—¿La has hecho tú?

—No, Greg. La ha hecho Maggie —contestó Alan resignado.

—Entonces sí que la probaré.

Durante un rato charlaron y disfrutaron del sol. Comentaron los planes que cada uno tenía para las fiestas navideñas, las cuales estaban a la vuelta de la esquina.

Maggie observó a sus amigos y se sintió feliz por primera vez en mucho tiempo. Contempló cómo el sonrojo de Amanda se acentuaba cada vez que Brian le dirigía la palabra a ella, y cómo él entonces desviaba su atención hacia otra persona. También fue consciente del rictus serio de Helen cuando Greg hacía una broma. Intentó prestar atención a su vecina cuando esta le explicó el truco para conseguir un asado perfecto, al mismo tiempo que alentaba a Amanda a que participara más en la conversación.

Aunque la mayor parte de tiempo no podía apartar la mirada de Alan. Estaba enfrascado, en ese momento, en una conversación con Brian que parecía bastante importante.

—¿De qué habláis vosotros dos? —inquirió.

Brian se volvió hacia ella, miró a Alan y este último asintió.

—Es sobre tu caso, Maggie. El padre de Penélope ha estado intentando por todos los medios de que su denuncia fuera aceptada por el juez, pero este ha rechazado todas sus peticiones una y otra vez —confirmó el policía—. Después de leer el informe pericial de la escena del crimen, así como el del forense, y teniendo en cuenta todas las denuncias que habías, que habíais —se corrigió señalando a Alan también—, interpuesto las semanas anteriores... Bueno, al juez no le ha quedado ninguna duda al respecto. Es un caso claro de defensa propia. Aunque el señor Ashford y su séquito de abogados no parecen estar conformes.

—Me gustaría hablar con él —musitó Maggie.

—Ni pensarlo. No tienes nada de qué hablar con él —respondió Alan malhumorado.

—Quisiera explicarle en primera persona lo que pasó, creo que, quizá, eso podría ayudarlo a superar su dolor...

—Maggie, en este caso estoy de acuerdo con Alan —repuso Greg, y añadió—: Sin que sirva de precedente, por regla general no llevas nunca la razón, Mr. Calvin Klein.

Aquello hizo reír a Maggie. Si alguien sabía cómo animarla, ese era sin duda el constructor.

—Bueno, creo que eso debería ser decisión de Maggie y a mí no me parece mal que quiera hablar con ese señor. No creo que vaya a hacerle cambiar de opinión, pero si a nivel personal ella lo necesita, debería hacerlo —dijo Helen mientras apretaba una de las manos de Maggie con cariño.

—Gracias, Helen.

—¿Y desde cuándo eres tú su psicóloga personal? ¿Qué bien puede hacerle ir a ver a semejante individuo? No tienes ni idea de lo que estás hablando —le espetó Greg enfadado.

El silencio se hizo en el grupo. Brian carraspeó y desvió la mirada hacia el árbol más cercano, mientras Amanda se escondía tras su pelo negro y lacio. Maggie abrió los ojos como platos y miró a Alan, el cual se encogió de hombros y negó levemente con la cabeza.

Helen se levantó con brusquedad arrastrando con fuerza la silla.

—Como no entiendo de nada de lo que se habla, mejor me voy. Hablamos luego Maggie.

Se dio la vuelta y cruzó a su jardín por la puerta que había hecho instalar Alan. Le había pedido a Greg que quitara un trozo del muro que separaba ambas propiedades e instalaran una verja de hierro de la cual tenían llaves tanto él como Helen.

Maggie se la quedó mirando hasta que la mujer se perdió entre los árboles y llegó a su casa. Se volvió hacia Greg con el ceño fruncido, este tuvo la decencia de moverse inquieto en su silla.

—¿Por qué tenías que ser tan desagradable con ella? —le reprendió molesta.

—No es mi culpa que ella piense que lo sabe todo —protestó Greg.

Se escuchó de nuevo el carraspeo de Brian y una sospechosa tosecilla proveniente de Alan. Miró a este último y comprobó que se cubría la boca con la mano.

—Quizá no he sido demasiado amable —admitió Greg mientras se rascaba la nuca.

—No, no lo has sido. Ve y discúlpate, Greg. Helen no se merece que la trates así.

—¿Que me disculpe, Maggie? —preguntó con asombro él.

—Sí, ya me has oído. No serás bienvenido a esta casa hasta que no seas amable con ella —continuó Maggie.

Greg miró a su alrededor y no encontró apoyo en ninguno de los presentes. Sabiendo que había perdido esta batalla, se levantó de mala gana y se dirigió hacia la puerta.

—Está bien, me disculparé. Ahora vuelvo.

Maggie lo contempló con expresión satisfecha cruzar a la casa de Helen y caminar hasta el porche trasero de la misma. Cuando se giró de nuevo hacia sus amigos se encontró con que todos sonreían.

—Hubieras sido una buena policía, Maggie —dijo Brian.

—O una buena sargento —agregó Alan.

Los dos hombres rieron ante su ocurrencia. Maggie cogió su vaso de limonada y con una sonrisa de complacencia dio un sorbo y saboreó la mezcla ácida y dulce de su bebida.

Sí, se sentía feliz y rodeada de personas que la querían. Una vez que terminara la renovación de la casa tendría, por fin, un lugar en el que sentirse en casa. East Hampton era ahora su casa.

AGRADECIMIENTOS

Un libro no se escribe solo gracias a una persona, pero si incluyo aquí a todos los que me han ayudado de una manera u otra, ocuparía el mismo espacio que la mitad de esta historia. Así que intentaré ser breve.

Gracias a Nina, sin tu apoyo este libro no se habría escrito. Me has empujado a hacer algo con lo que llevaba mucho tiempo soñando. Sabes que te quiero muchísimo, pero por si acaso lo dejo aquí escrito. Juntas para siempre.

A mi Mr. Darcy, por su amor incondicional y su apoyo en todo lo que hago. Estábamos predestinados, así que no nos queda otra que seguir juntos el resto de nuestras vidas.

A mi Little Gamberro, mi Pequeña Observer y mi Walkman. Los tres son una parte muy importante de mi vida y los quiero con locura.

Gracias a mi lectora cero, correctora y amiga. No hace falta que mencione tu nombre, sabes que eres tú.

A la cuarta de las Chosen Four, por estar ahí y escuchar, aconsejar y compartir, tanto los buenos como los malos momentos.

Por último, y no por ello menos importante, a todos los lectores que han decidido leer esta novela. Quiero que sepáis que sois el combustible de los libros, sin vosotros las historias no tendrían razón de ser. Espero que disfrutéis este libro tanto como yo lo he hecho escribiéndolo.